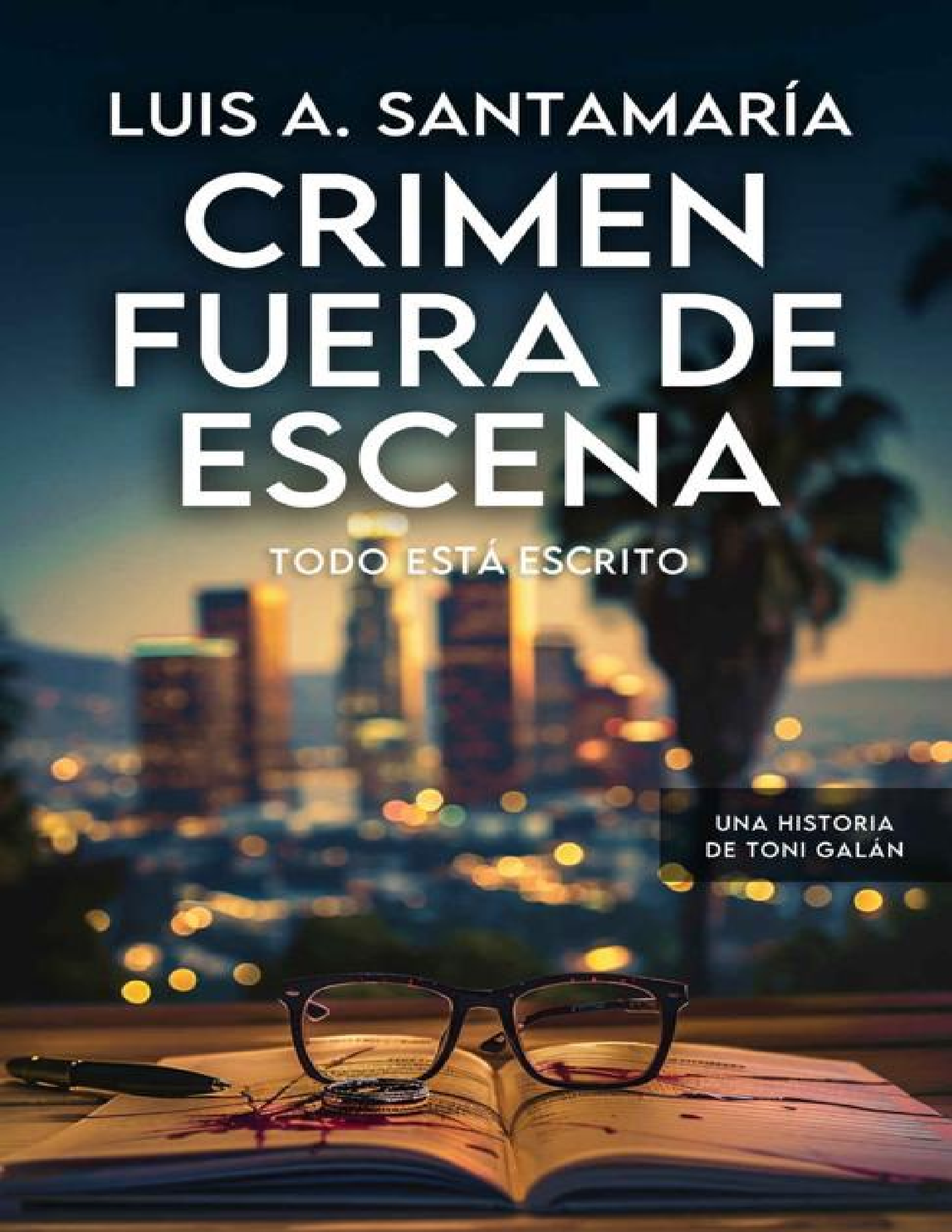




LUIS A. SANTAMARÍA

CRIMEN FUERA DE ESCENA

TODO ESTÁ ESCRITO

UNA HISTORIA
DE TONI GALÁN

LUIS A. SANTAMARÍA

CRIMEN FUERA DE ESCENA

UNA HISTORIA DE TONI GALÁN



Estoy muy feliz porque
sigues ahí, el otro lado.

Te doy la bienvenida a este
nuevo y apasionante viaje.

¡Gracias por leerme!

Abrochete el cinturón, porque...

¡VIENEN CURVAS!

Luis A. Santamaría

ÍNDICE

[Un regalo antes de comenzar](#)

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)
[37](#)

[Gracias por leer 'Crimen fuera de escena'](#)

[ASUNTOS PENDIENTES \(MÓNICA LAGO #6\)](#)

[La serie policiaca de Mónica Lago](#)

[Un libro gratis](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del Autor](#)

[Otros thriller de Luis A. Santamaría](#)

Copyright © 2024 Luis A. Santamaría

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Autor: Luis A. Santamaría

Fecha de edición: Agosto de 2024

www.luisalbertosantamaria.com

*Gracias, querido/a lector/a, por comprar este libro.
Con ello, no solo adquieres entretenimiento. También estás colaborando con una buena causa:
el 15% de los beneficios de este libro serán donados al Proyecto M1 de investigación de la
Esclerosis Múltiple.*

Gracias por ayudarme en esta ilusionante iniciativa.

Puedes ayudar a impulsar la investigación de la Esclerosis Múltiple en <https://proyectom1.es/>

UN REGALO ANTES DE COMENZAR

Si me sigues desde hace tiempo, sabrás que me gusta recompensar a aquellos lectores que confían en mis libros para invertir su valioso tiempo en ellos.

El estreno de esta nueva serie es una oportunidad perfecta para que te haga un nuevo regalo. Tienes todos los detalles en el audio que encontrarás dentro.

Si por el contrario acabo de entrar en tu vida, estás de enhorabuena por partida doble. Te lo cuento aquí:

[Regalo](#)

Para Silvia.
Esta historia es más tuya que ninguna. En todos los sentidos posibles.

Solamente el suelo que piso me escucha al andar.

— MIKEL IZAL

Nacen con forma de signo de interrogación.

Con las ideas siempre ocurre así.

Casi siempre.

Otras veces, son afilados signos de exclamación que sesgan la noche como guadañas.

Introducción. Planificación de un crimen.

A la hora de planificar un asesinato, lo más importante es el *modus operandi*. Un patrón común que provoque morbo y repugnancia a partes iguales.

En ocasiones, este patrón define a las víctimas.

Otras veces, es justo al revés: las víctimas crean el patrón.

Mi primera «víctima» (enseguida entenderás las comillas) se remonta a una fría noche de insomnio. Elegí matar a la joven, después de haber sido vigilada en secreto, *cuando la ciudad cayó dormida y su hogar estaba silencioso como un fantasma*. El proceso fue meticuloso: un rápido golpe en la cabeza para incapacitarla, seguido de múltiples incisiones precisas que aprendí en un viejo manual de cirugía de mi prima. La sangre que brotaba del cuerpo de la mujer era *un oscuro río de vida que se extinguía*.

La segunda fue unos meses después. Alguien me había aconsejado que la clave era ser lo más macabro y carnal posible, así que decidí probar algo diferente. En esta ocasión fue al aire libre. La víctima estaba en un parque, era una mujer que solía correr todas las mañanas. Esta vez utilicé un método más elaborado, algo que dejaría a la policía perpleja. Le administré un sedante y la llevé a un lugar apartado. Todo fue cuidadoso y premeditado, asegurándome de que cada detalle estuviera perfectamente ejecutado para mantener el anonimato.

Mi madre solía decirme que tenía una imaginación desbordante. Patricia también me lo decía. No puedo evitarlo, forma parte de mi naturaleza. Veo una tarta y pienso en una espada. Inmediatamente, mi cabeza salta a una boda; sonrisas y lágrimas de felicidad. Y luego, un anillo huérfano. A partir de ahí, a volar. En mi mente se cuele un esbozo de un dedo sin su alianza. Tal vez un dedo cercenado...

Alianzas. Dejémoslas al margen por ahora.

Volvamos a mis primeros crímenes.

Todos ellos eran buenos, pero les faltaba algo.

Entonces descubrí los asesinatos en serie. Y, con ellos, el concepto de patrón.

El patrón es lo que define a un asesino en serie.

Un buen patrón debe ser distintivo, dejar una marca inconfundible para el lector o el espectador. Puede ser una firma, una forma específica de disposición del cuerpo, o incluso un

elemento ritualístico. Este patrón no solo aterroriza al público, sino que también establece una conexión entre los crímenes, un nexo que los hace ineludibles y memorables. Como una macabra obra de arte, cada asesinato debe contribuir a un todo mayor, un tapiz de horror que solo el asesino comprende en su totalidad.

La buena noticia es que nunca he necesitado un motivo para perpetrar esas muertes. Tan solo debo asegurarme de que mis personajes cuentan con uno. Y a veces, ni siquiera eso.

¿Qué motivo tenía Hannibal Lecter para comerse a sus víctimas? ¿O Annie Wilkes para secuestrar y torturar a su ídolo literario? Basta con hacer hincapié en su perfil psicopático y ya tienes vía libre para desatar el terror. Sí, de acuerdo, alguien podría argumentar que estos villanos sufrieron vivencias traumáticas durante su infancia, y *bla, bla, bla*...Habrás leído mil manuales de escritura que así lo aseguran; manuales escritos por estudiosos sin alma. En mi opinión, son simples adornos para rellenar la ficha del personaje, nada más.

Como decía, puedo permitirme el lujo de matar cada día. Lo hago desde el teclado de mi escritorio y sin temor a las consecuencias, ya sean legales o morales. ¿Sabes eso que dicen que un escritor vive varias vidas? Pues, en mi caso personal, como escritor de thriller sangriento, las vidas que he vivido me darían para sumar varios miles de años encerrado en prisión.

Esa inmunidad en el mundo real de lo que plasmo en la ficción solía ser la buena noticia.

La buenísima noticia ahora es que me pagan una fortuna por cada asesinato.

¿Cuánto? Recientemente he descubierto algo: cuanto más sangriento y morboso es el crimen, mayor es la repercusión. Lo que se traduce en mayor audiencia. Lo que a su vez se traduce en... ¡lo adivinaste! ¿Oyes el sonido de la caja registradora?

Un sueño hecho realidad.

Por eso, para llegar a ese punto, es importante planificar, dar con el *modus operandi* adecuado.

¿Qué? Ah, sí, lo olvidaba...

¿La mala noticia?

La mala noticia es que, desde esta noche, todo lo anterior ha puesto mi vida patas arriba, convirtiendo el sueño en la peor de mis pesadillas.

Ocho días después de la emisión del episodio piloto y un día tras la emisión del segundo episodio. Apartamento de Toni. Atardecer.

Peter Montgomery, «las manos milagrosas», está recogiendo sus bártulos mientras me sirvo una generosa copa de rioja.

—No deberías beber —me advierte, casi pidiéndome perdón por ello—. Y menos un lunes por la tarde. Ya lo sabes.

Es el clásico comentario que normalmente me sentaría como una patada en el estómago, pero a Peter no se lo tengo en cuenta.

—No, no debería —respondo, haciendo girar la copa como un sumiller. En alguna parte he leído que la huella del vino en el vidrio determina su calidad, aunque en este momento me siento ridículo. Culmino el ritual llevándome la copa a la boca y dando un buen trago, que disfruto hasta la última gota. Está templado, suave y afrutado. Delicioso—. Pero hoy es un día especial.

Peter hace un gesto negativo con la cabeza pero sin dejar de sonreír, como si yo no tuviese remedio.

Tiene razón. Estoy siendo deliberadamente irresponsable.

Lo primero que me prohibieron los médicos fue el tabaco; por suerte, nunca he probado un cigarrillo.

Lo segundo fue el alcohol:

—Puedes beber una copa muy ocasionalmente, pero estando bajo tratamiento, el alcohol puede saturar tu organismo —dijo la doctora ese día aciago—. Y necesitamos cuidarlo. Por lo demás, vida normal.

«Vida normal». Supongo que una vida normal para ella incluía visitas recurrentes al hospital, extracciones sanguíneas y el miedo constante a perder la vista, a hormigueos inesperados o a olvidar un precioso recuerdo. No me tires de la lengua.

Y aquí estoy, a punto de envenenarme con una generosa copa de vino un lunes por la tarde, en mi casa, a pesar de las recomendaciones médicas. Sí, sé que suena horrible, pero, como le he dicho a Peter, hoy es un día especial. Hace un rato, en una tarde como la de hoy (el sol brillaba, el cielo era de un azul inmaculado y la brisa veraniega olía como el cabello de una amante), sintiendo en mis pies desnudos el tacto de la arena que el mismísimo Dios desearía pisar, me he sentido más próximo que nunca al *God Bless America*. Nunca me detengo en la playa de regreso

de la oficina, principalmente porque odio la playa. En realidad, lo que detesto es que se me mojen los pies y se me llenen de arena. Pero también opino que cualquier tacto singular merece la pena ser disfrutado. Estar presente, en definitiva. Lo pienso desde que perdí la sensibilidad en las piernas de manera temporal. El caso es que hoy en especial me sentía reconciliado con la vida. La productora nos ha concedido una generosa prima a gran parte del equipo de la serie. La primera de muchas, según ha prometido Evelyn, si la tendencia sigue así de ascendente. Y es que el capítulo emitido ayer, el segundo de la primera temporada, fue mejor de lo esperado. El piloto ya cumplió las expectativas de audiencia (hace tiempo aprendí que empezar una historia con un terrible asesinato, sin demasiados preámbulos, es un valor seguro), pero lo de ayer confirma que la serie tiene tirón entre los espectadores.

Al fin y al cabo, se trata de una serie de thriller violento. No apta para públicos sensibles. Dedicada a un nicho reducido.

«Así pues —alzo la copa en el aire como si brindase conmigo mismo y me recreo en el líquido púrpura—, por el éxito».

Doy un segundo trago. Más corto, más sabroso.

—Un día es un día, Peter —le digo, pasándome la lengua por el labio superior. Una frase que junto a «lo que no mata, engorda», «la vida son dos días» y «no hay cojones», se ha llevado más vidas que mil desastres naturales juntos.

Él alza las manos. «¡Inocente, señoría!». Odio cuando hace eso.

—No tienes por qué darme explicaciones —dice—. No soy tu médico. Ni tu madre.

Lo cierto es que sí debería dárselas. De hecho, casi espero que me suelte una retahíla de advertencias del tipo «no querrás terminar en una silla de ruedas, ¿verdad?», como hacen todos y que tanto odio. Él sí está en potestad de decirme esas cosas. Pero no lo hace.

—Por suerte, no lo eres —respondo mientras saco de la nevera el segundo premio del día: un filete de solomillo de ternera, previamente empapado en aceite con especias, pimienta y sal—. Eres mi ángel de la guarda.

Peter viene a casa tres tardes a la semana. Dos horas al día. A razón de cincuenta dólares la hora.

Una cuota elevada para un fisioterapeuta.

Solo que Peter no es un simple fisio.

Peter tiene la importante misión de asegurarse de que mis piernas estén listas y en guardia. Preparadas para cuando vuelva a ocurrir lo inevitable.

Mi ángel de la guarda.

La mayoría de la gente alza las cejas y se queda con la boca abierta cuando se enteran de que Peter, a pesar de su gran tamaño, se gana la vida dando masajes. Uno tiende a pensar en una delicada mujer de dedos largos y hábiles, o en un afeminado muchacho sin vello en el cuerpo y debilidad por los aromas dulces, cuando se habla de un fisioterapeuta. Peter, por contra, tiene la planta de un jugador de baloncesto y la voz áspera de un cantante de rock. Uno con manos milagrosas.

—¿Es bueno? —Peter ya ha plegado la mesa camilla, que ha dejado en su sitio, tras la puerta del salón, y ahora está guardando los geles en su bolsa de deporte. Me fijo en que está mirando el libro que hay sobre la mesita del salón.

—*El juego de Ender*, de Orson Scott Card. —Me cuesta seguir la conversación porque tengo la carne chisporroteando en la sartén, la salsa a la pimienta en la cazuela y las patatas en el horno. Cielos, y luego digo que la carrera de guionista es estresante—. Un clásico.

—¿Ciencia ficción?

Lo miro confundido.

—¿Qué pasa?

Él levanta el libro. Va directo a ojear la sinopsis en la contraportada.

—Chavales pilotando naves y seres alienígenas con forma de insectos gigantes. —Un resumen peculiar, el de Peter—. ¿Es para evitar encasillarte? —añade con guasa.

—¿Eso también se lo dices a Ryan?

Sí, Peter también le masajea los muslos a Ryan Gosling.

Enciendo el extractor para que el salón no empiece a llenarse de humo. No quiero que Peter llegue a su casa oliendo a barbacoa. El ruido de succión del aire es una invitación a Peter para que se largue, aunque no era esa mi intención.

Alfred, acomodado en su rincón, levanta el hocico un segundo cuando Peter me saca de mi frenética actividad en la cocina para darme un rápido abrazo de despedida.

—Hasta el miércoles —dice, y sale de casa con la bolsa colgada del hombro.

Antes de irse, ha encendido el televisor, donde está a punto de comenzar el partido de los Lakers. Me conoce mejor que yo mismo. Ojalá fuera una mujer. Entonces, le pediría una cita.

Vuelvo a estar solo con Alfred.

Y la cena está lista.

Al sentarme al sofá (en efecto, voy a cenarme un solomillo a la pimienta en el sofá y no me avergüenzo), dedico un segundo a observar, casi como si lo venerase, el póster enmarcado que cuelga de la pared junto al televisor. Fue un regalo de la productora el primer día de rodaje:

EL ASESINO DE NOVIAS

En la parte inferior, junto con otros muchos participantes:

GUION DE ANTONIO GALÁN

Hago un gesto negativo con la cabeza. Todavía no puedo creer que pusieran mi nombre real en el cartel oficial. Cuando me trasladé a la costa oeste desde España, me presenté a todo el mundo como Toni. Antonio nunca me ha gustado, y lo que es peor, uno corre el riesgo de que acaben llamándole Toño o Toñín. Siendo todavía un chaval, probé a ponerme absurdos sobrenombres como Antoine o Anthony. Una vieja novia de la facultad hasta me llamaba Sweet T. por mi famosa sonrisa torcida que la volvía loca. Sí, tal vez fue una suerte que no se me quedara el nombre de Sweet T. Finalmente, en América, me decanté por Toni. Toni Galán es fresco, es pegadizo. Y tiene el toque justo a yanki. ¡Toni Galán, guionista de éxito! ¡Toni Galán, afamado escritor latino! Pero en el cartel, ¡*pam!*!, Antonio Galán. Apuesto a que fue cosa de Evelyn. Sí, son puñaladas típicas de la jefa. Para demostrar quién manda. O tal vez sea su manera de mantener la emoción en su vida personal. Solo Dios lo sabe.

Ninguna prima económica podrá compensarlo.

El póster, además del cartel de la serie, podría definirse como propaganda. En concreto para Ethan, que es quien acapara casi toda la imagen. Ethan Pierce es el actor protagonista, y por ende, el mejor pagado. Interpreta a un asesino en serie atormentado con un pasado oscuro y que atraviesa problemas de personalidad doble. Un colosal cliché, ya lo sé. ¿Qué puedo decir? Escribo para la audiencia; jamás dije que fuera un William Goldman.

Cada vez que me siento en mi sofá, Ethan me observa con esa mirada fruncida tan ensayada. El pobre cree que algún día le darán un Oscar. Aunque, quién sabe, si Cher tiene una estatuilla a

la mejor actriz, cualquier cosa es posible.

La ventana está abierta. Abajo, un perro ladra enrabiado. Alfred alza las orejas ante el coro nocturno. Rumia un gruñido entre los colmillos.

—No es nada —le digo, llevándome un pedazo de carne a la boca. El sabor del éxito, me digo. Alfred sigue mi movimiento con la mirada y se relame. Soy débil y le lanzo un pedazo pequeño de pan, que lo devora casi antes de que toque el suelo.

Termina la primera parte. Los Bucks se han adelantado y ya ganan por once puntos a los Lakers. No me importa demasiado, no me van mucho los deportes, a decir verdad. Pero sigo a los Lakers por tres motivos:

Uno, para sentirme más de aquí.

Dos, para tener de qué hablar con los chicos en la oficina.

Y tres, para poder meterme con Peter. Nacido en la bahía de Oakland, es un fanático de los Warriors.

En algún punto del gran laberinto de hormigón que es la ciudad de Los Ángeles, una sirena aúlla. El sonido ondea en mi apartamento como un lamento prolongado. Aunque la temperatura en el salón es agradable y el sofá cómodo, me estremezco. El sonido de las sirenas es el horror. Siempre me ha causado malestar. No, no siempre. Creo que mi fobia nació cuando experimenté el primer gran brote. Es un lamento en bucle que me eriza la piel. Te agarra de las solapas de la camisa y te arrastra fuera de tu zona de confort, abandonándote en un callejón oscuro de la mente, vulnerable ante las amenazas de la vida.

Agito la cabeza y me refugio en mi celebración privada.

El vino tinto deja huella en el vidrio según le doy vueltas. Me llevo la copa a los labios y le doy un pequeño sorbo. Esbozo una mueca. Es el sabor de aquellas vacaciones con Patricia. Antes, casi en otra vida, íbamos todos los veranos a una isla de Canarias y nos tirábamos diez días encerrados en un complejo turístico. De esas escapadas a las que vas quemado y vuelves moreno. Luciendo pulserita, nos tostábamos al sol, leíamos novelas antiguas y hacíamos el amor. Por la tarde, nos sentábamos en el bar y bebíamos vino mientras un pianista convertía el momento en una postal viva.

Eso era antes de los síntomas. De las pruebas médicas. Del primer brote. Y de las broncas.

Doy otro sorbo al vino. Caramba, qué bien entra. Noto que me está subiendo a la cabeza.

«Es el amargo sabor de la traición», me digo.

«No deberías beber a solas y en lunes», me digo también.

Pero hoy quiero obligarme. Bebo otro sorbo, este más prolongado. Quiero recordar. Porque hoy es día de celebración.

Hoy es día de gritar: «La cagaste, cariño. Y de qué forma».

El partido está terminando cuando una segunda sirena aúlla de nuevo.

¿Cómo saber cuándo tu vida pende de un hilo? Es imposible, aunque, en ocasiones, sí es predecible.

En este caso, me llega como un rayo en mitad de un día despejado y soleado de verano.

El partido, durante un tiempo muerto del último cuarto, se ha visto interrumpido abruptamente, dando paso a un avance informativo de urgencia. Dos presentadores encorsetados, con los cuellos de las camisas impidiendo el paso del oxígeno a sus cerebros, miran a la cámara con expresión seria, aunque tampoco de funeral. Basta con decir profesional.

Suena una música dramática de fondo, la única señal de que mi vida está a punto de cambiar. Porque eso nunca se sabe. La vida cambia en un instante.

Una mujer ha sido encontrada muerta en la ciudad. Muestra síntomas de asesinato con

violencia. Mencionan el nombre del barrio. Está muy cerca de donde yo vivo.

Intrigado por la noticia, doy un nuevo sorbo al vino. Soy adicto al morbo, supongo que todos lo somos. ¿Quién no ha aminorado la velocidad ante un accidente grave en la autopista? En mi caso, es por un tema laboral; las tragedias ajenas son alimento para mi imaginación. La realidad siempre supera a la ficción, dicen. Y yo estoy de acuerdo.

De manera inconsciente, enjuago el zumo de uva en el interior de mi boca como si fuera colutorio. Me concentro en la voz crepitante del reportero. Estoy atento a los detalles. La edad de la chica, sus rasgos físicos... Siento que se me empiezan a humedecer las axilas a medida que dan más información. Parece que ha sido un asesinato a sangre fría, no producto de un atraco que se ha complicado, o un asalto por motivos sexuales. Las evidencias recogidas apuntan a que el asesino quería dejar algún tipo de mensaje.

El reportero da paso al presentador del informativo, que repite estas evidencias en el plató y proporciona algunos detalles más.

La copa se me resbala de las manos, ahora con vida propia, y estalla en varios pedazos al caer al suelo.

El vino dejará mancha, pero eso no importa ahora.

Se produce un silencio sobrecogedor en el salón; no es solo el televisor, es como si el tráfico de los alrededores, los aviones en el cielo, el perro que ladraba y hasta la hierba, los árboles y la ciudad entera se hubieran aliado contra mí.

Sin saber cómo, estoy de pie frente al televisor, que vuelve a emitir los minutos finales del partido. Mi cabeza, sin embargo, sigue atrapada en la chica muerta.

—Es imposible —baluceo. Tengo que sentarme o me desmayaré—. Esto no puede estar pasando.

Siento que, frente a mí, el televisor contiene la respiración. Yo también contengo la mía.

Mis dedos recorren la tapicería del sofá en busca del mando a distancia.

Mis ojos permanecen abiertos, pero siguen viendo esas imágenes. Los presentadores trajeados y ese reportero narrando una tragedia cuya repercusión seguramente desconoce. ¿Qué sabrá él?

Finalmente doy con el mando. Apago el televisor y el apartamento queda en silencio.

La ventana abierta tampoco devuelve sonido alguno.

Alfred limpia con la lengua los restos de vino del suelo. Normalmente se lo impediría, pero mi cabeza ahora está en otra parte, rebobinando como una cinta de música antigua.

Cinco años atrás, verano en el campo, escribí una novela para la historia.

Cuatro años atrás, Madrid bajo la nieve, recibí los resultados de la resonancia. Luego vino un largo periodo de discusiones y peleas. También de negociaciones, llamadas, viajes y revisiones de contratos que mi mente pronto borraré.

Dos años atrás, este mismo mes, escribí el primer asesinato:

XXX cercena su dedo, el pecho de ella aún latente y lo guarda en una pequeña bolsa de plástico. La ausencia de la falange y un ramo de flores de novia es lo único que deja.

XXX no tenía nombre aún, pero ahora sí lo tiene. Es Derek Cross, el asesino de novias. Yo le había puesto otro nombre, pero la productora me hizo cambiarlo por ese en el último momento. Dijeron algo sobre marketing y mencionaron la palabra «gancho».

Alfred sigue lamiendo los restos de vino, pero yo sigo sin reaccionar.

De pronto, ronroneante, un avión comercial surca el cielo nocturno. Me imagino que voy en él. «Ahí vamos mi pasado y yo, origen Madrid, a punto de aterrizar en el aeropuerto de Los Ángeles para cumplir mis sueños. Dispuesto a empezar de cero.»

Poco antes, había recibido un email en inglés con mi nombre presidiendo el texto:

Mr.Galán, nos ponemos en contacto con usted porque queremos que viaje a Los Ángeles para

una posible oferta...

Volviendo a leer la dirección de envío, había esbozado una tímida sonrisa. Era una productora estadounidense.

Todo vulnerabilidad (uno no sabe lo que es el miedo hasta que se encuentra solo, a miles de kilómetros de su casa, y padeciendo una enfermedad neurodegenerativa), asistí a las oficinas de la productora. Allí conocí a Evelyn Crowe. Hicieron falta incontables reuniones para que alcanzáramos un acuerdo. Y no por mi parte, yo tenía claro que aceptaría la oferta desde el primer segundo en que pisé las mullidas moquetas de la sede central. Pero ellos tenían muchos flecos que concretar. Todavía no conocía la obsesión por los detalles de la que sería mi jefa.

—Hemos seguido de cerca tu trabajo en España y nos ha llamado la atención —recuerdo que dijo, justo después de estrecharme una mano pequeña pero firme como un yunque. Como yo no reaccioné, añadió, en un tono que casi sonaba a provocación—: Vaya, es mucho más locuaz en sus libros.

Mi trabajo en España... Mis libros... Se refería a mis novelas de suspense. Cuando la vida era más difícil y en parte más plácida.

Ahora mi nombre aparece en el cartel publicitario de la serie de moda. No siempre fue así. Hubo una época en la que las teclas de mi teclado brillaban bajo la luz de un flexo de segunda mano; en la que escribía con sangre cada renglón; en la que mi sustento dependía del éxito de la siguiente novela. En contrapartida, eran días en los que no me despertaba en plena noche empapado en sudor, preguntándome aterrado: «¿será hoy? ¿será esta noche cuando abra los ojos y descubra que me he quedado ciego?»

Pero, un día, mi suerte cambió. Un día gané un premio literario. Uno no sabe lo que es ganar hasta que no ha perdido antes quince o dieciséis veces. Recuerdo cada minuto de aquel día.

Tanto como cada minuto del día que me hicieron la punción lumbar.

La doctora sonreía afablemente.

—Antonio, ahora te voy a realizar la punción —dijo—. Necesito que te tumbes de lado, en posición fetal. —Me enseñó un dibujo a modo de ejemplo—. Bien, voy a darte una buena noticia. Habremos terminado en menos de cinco minutos. Vamos a pincharte ahora mismo. Pondremos anestésico local en la zona. Va a ser molesto, pero pasará enseguida. No obstante, avísame si no puedes con ello, porque podemos sedarte.

Asentí con la cabeza. Naturalmente, era mentira que sería molesto. Fue *muy* molesto. Pero como los médicos siempre tratan de suavizar el daño, podía considerar esa afirmación como una predicción exacta del futuro. Algunas veces las mentiras son más de fiar que las verdades.

La doctora colocó algo en mi espalda. Cerré los ojos con fuerza. De repente, una extraña sensación me atravesó desde la parte baja de la espalda hasta el alma.

Pisaría ese hospital, y también otros, muchas veces a partir de entonces.

Pero estaba hablando del premio. De la noche a la mañana pasé de escribir bajo seudónimo en Wattpad, a verme copando marquesinas en las paradas de autobús, y más tarde, a ver mi nombre en carteles de series multinacionales dignas de prestigiosos premios. Por fin me servía para algo la carrera de filología y el curso de escritura creativa. Ahora sé que la oferta de Evelyn fue al mismo tiempo mi bendición... y mi maldición. Aquel libro fue mi billete dorado para visitar la fábrica de chocolate de Willy Wonka; un inexplicable éxito editorial sin precedentes que me

convirtió en *bestseller* y me catapultó a la fama de la noche a la mañana.

Y ha supuesto una losa que ahora, que soy un prestigioso guionista de Hollywood, me siento incapaz de levantar.

Mis ojos vuelven a detenerse en el póster de la pared. «El episodio piloto te deja sin aliento», entonó la revista *Variety* en un artículo titulado *¿Es El asesino de novias la serie del año?* «Un thriller tan crudo como meticulosamente rodado».

Reacciono a tiempo de recoger los restos de solomillo de la mesita antes de que Alfred termine de darse un festín. Dejo el plato y los cubiertos en la pila (ya los recogeré mañana, me digo) y me meto en la cama sin cepillarme los dientes. Alfred sube al colchón de un salto y se acurruca junto a mis pies. Normalmente, sentir su calor corporal, su respiración sosegada, me ayuda a conciliar el sueño, pero no hoy. Esta noche no puedo dejar de escuchar la voz de Evelyn.

Era la última reunión. El contrato estaba firmado y nos acompañaba el que sería el equipo técnico de la serie:

—Buscamos una trama impactante, Antonio. Es lo que la audiencia está demandando.

—Por favor, llámame Toni.

—Y tú no me tutees, Toni.

—Como quiera, Evelyn.

Sus mejillas se ruborizaron y un brillo de ira cruzó sus ojos. Enseguida supe que no era ira, sino excitación ante la ocasión de poder exhibir su poder ante su nuevo cachorrito. También supe que no era buena idea desafiar a la que iba a ser mi jefa.

—Como iba diciendo antes de que me interrumpieras, necesitamos algo que mantenga a los espectadores hundidos en sus asientos —dijo sin pestañear, haciendo lo propio conmigo a base de perforarme con la mirada—. El viernes tendrás escrita una trama desarrollada para una temporada de diez episodios. También me traerás una lista de los personajes protagonistas, con un villano que posea una motivación creíble y un personaje femenino empoderado. —Luego carraspeó y añadió por lo bajo, dejando claro que no comulgaba con sus siguientes palabras—: Hay que contentar al mercado actual.

—Una cosa... —Levanté la mano para intervenir, pero Evelyn siguió hablando.

—La trama tendrá un final convincente pero abierto, por si queremos rodar una segunda temporada. Nunca hay que descartar esa posibilidad. Quiero que traigas desarrollados una serie de giros argumentales que dejen al espectador con ganas de más, y, muy, muy, muy importante, el primer episodio debe ser frenético. Quiero que el espectador se quede sin aliento.

Después hizo un gesto con la mano indicando que había concluido la reunión.

Así pues, en esas me había metido. Tenía que sacarme de la manga todas esas cosas para que el espectador quedara sin aliento.

Lo había repetido hasta por tres veces.

Muy, muy, muy importante.

¿Cómo iba a lograrlo?

Esa tarde me fui a dar un paseo por la playa para ordenar mis ideas. Me habría gustado perderme en un bar, pero esa vez sí que obedecí las consignas médicas.

A lo que se refería Evelyn realmente, en relación con el primer episodio, era que había que levantar el polvo desde el principio, poner las cosas en movimiento. Naturalmente, es un principio en el que se basan casi todas las novelas de éxito de los últimos años, y yo estaba familiarizado con el concepto.

Se me ocurrió al tercer kilómetro, cerca del muelle de Santa Mónica.

Me vinieron como chispazos. Tan fuertes que por un instante pensé que estaba sufriendo un

nuevo brote.

«Un asesino en serie».

«Asesino de mujeres».

«Mujeres jóvenes».

«Y siguiendo un patrón tan sádico como original».

Sí, eso siempre funcionaba. Desde que, en los años noventa, David Fincher diera el pistoletazo de salida con *Seven*, la fórmula había sido un filón.

¿La jefa quería que la audiencia quedara sin aliento en el primer episodio? Pues escribiría un asesinato nunca visto para los minutos finales. Algo que les hiciera apartar la mirada de la pantalla y al mismo tiempo contar los días para la emisión del segundo episodio.

Ahora, tumbado sobre la cama, con el cuerpo de Alfred meciéndose al son de su respiración, pienso en la chica que han encontrado muerta esta tarde. Aunque encienda la luz, me acosa una especie de penumbra que persiste adherida a los objetos como una capa de mugre tenaz. Pienso en los presentadores trajeados. No me quito de la cabeza la voz del reportero mientras enumera las particularidades del asesinato. A medida que lo hace, la escena se dibuja en mi mente con una precisión tal como si una versión onírica de Goya lo estuviese inmortalizando en tiempo real:

Un dedo anular cercenado.

Un ramo de novia.

No es la primera vez que ese cuadro se muestra en mi mente.

Fue pintado por primera vez hace dos años, después de la última reunión, durante el tercer kilómetro de mi paseo, cerca de la noria de Santa Mónica.

La noche que lo escribí.

Dos días después de la emisión del segundo episodio. Cinco días para la emisión del tercer episodio. Apartamento de Toni. Día.

El sol naciente aún no ha despejado las sombras de las imponentes palmeras de la playa, pero los más madrugadores ya acuden a los modernos locales en el paseo que recorre la costa desde Venice hasta el límite septentrional de Santa Mónica. Los colores brillantes y diseños únicos de las fachadas añaden un toque pintoresco al paisaje urbano. Casi todos los menús anuncian lo mismo: huevos benedict regados con un zumo detox. Hoy en día, todos quieren empezar el día con el desayuno de moda.

No todos. Yo le doy vueltas al café desde la barra encimera de la cocina tras abrir con desgana un paquete de galletas. ¿Qué le voy a hacer? Me gusta la comida infantil, mantengo el alma del niño glotón que fui. También le vuelve loco a Alfred, que me acosa con ojos saltones, la lengua colgándole salivosa de la mandíbula y su cola barriendo el suelo, a los pies del taburete.

Estoy tan cansado que siento que voy a derrumbarme como una enorme figura de arena de las que se levantan en la playa.

Esperando a que el primer café haga efecto en mi organismo, escudriño somnoliento los detalles del mobiliario, del techo y las paredes en busca de recuerdos que me distraigan y que me alejen de la visión de la chica.

Un dedo anular cercenado.

Un ramo de novia.

La estancia principal es mi santuario, un espacio que me sirve como sala de estar, dormitorio y oficina, todo en uno. A mi derecha, mi cama tamaño *queen*, testigo de sueños llenos de guiones aún por escribir, aunque no esta noche. Sobre la cama, una serie de estantes flotantes albergan mis libros de cine, guiones clásicos, novelas de suspense y alguna que otra figura de Star Wars: Darth Vader, Chewbacca y mi preferido: el maestro Yoda.

Esta mañana, como es habitual aquí, la luz natural se cuela suavemente en el espacio a través de un amplio ventanal que ofrece vistas al mar, un telón de fondo constante que me inspira y tranquiliza. A pesar de ser un piso alquilado, la decoración es de cosecha propia. Frente a la ventana, mi escritorio minimalista de vidrio y metal, con notas adhesivas llenas de ideas sueltas, libros de consulta, y sobre el que reposa mi fiel ordenador portátil. Hace tiempo que va necesitando una merecida jubilación, pero me resisto a deshacerme de él; a fin de cuentas, sus

teclas escribieron mis primeras historias. Plantas en macetas aportan al apartamento un toque de color y vida —la monstera, mi preferida—, mientras que fotografías en blanco y negro de escenas icónicas de películas adornan las paredes, creando un ambiente que, a mi modo de ver, es a la vez inspirador y acogedor.

La cocina, desde donde hoy ingiero el desayuno sin ganas, es una maravilla de diseño. Armarios de alto brillo en tonos claros se combinan con electrodomésticos de acero inoxidable y una barra de desayuno que sirve a modo de comedor. Aunque el espacio es compacto, está equipado con todo lo que necesito para preparar desde un café matutino hasta una cena sencilla.

Las parejas jóvenes de cierto poder adquisitivo viven en apartamentos como este hasta que pueden permitirse una mansión con jardín y piscina privada. Los artistas que se conforman con tener poco y disfrutar mucho vuelven allí cuando sus hijos dejan el nido. Y, por supuesto, los guionistas solteros al borde de la madurez que trabajan demasiado y salen poco, también acabamos aquí. A pesar de su reducido tamaño, el apartamento es mi refugio personal, un lugar donde puedo crear, soñar y, sobre todo, vivir a mi propio ritmo, con el eterno vaivén del mar como banda sonora de la vida cotidiana.

Me sobresalta el timbre del móvil. Lo cojo para que deje de sonar.

—Hola, mamá.

—¿Qué tal el tratamiento, cielo?

—Es esta tarde.

—¿Esta tarde?

Me la imagino mirando el reloj y se me escapa una sonrisa silenciosa.

—Aquí es primera hora de la mañana, ¿recuerdas?

Suelta un gemido y después se ríe.

—¡Siempre se me olvida!

—Mira que te lo tengo dicho —oigo que dice papá de fondo. Sonrío más. Aprieto el teléfono con fuerza, siento que hoy los necesito más que nunca—. Tienes que restar nueve horas.

—¿Te he despertado? —pregunta mi madre, sofocada por el error.

—No, no te preocupes.

—Bueno, pues que vaya todo bien, ¿vale? Cuando termines, no se te ocurra volver a casa solo. Pídele a Hada que vaya a buscarte.

No tengo intención alguna de pedirle eso a Hada.

—Claro.

—Me gusta esa chica —dice. Ya es como una tradición. Es mencionar ella el nombre de Hada, y...

—Y a mí, pero no como tú crees. Oye, mamá... —Me rasco la cabeza, no sé si debo sacar el tema—. ¿Estáis viendo papá y tú la serie?

Un suspiro de los suyos. Cuando era niño, podía sentir que la casa temblaba.

—No me gusta el cine violento, ya lo sabes —contesta—. Pero sí, ¿cómo voy a perderme tu serie?

Mi mirada se desliza hacia el póster, mi mayor logro. Hacerlo mientras escucho la voz de mamá cobra un sentido especial. Se lo debo a ellos. Siempre he pensado que, cuando un niño crece sabiendo que lo quieren, puede con todo.

Espero a que añada algo más, pero no lo hace, y respiro aliviado por ello.

—Necesitas una novia, hijo. Una mujer formal, no esa fresca de Heidi... ¿cómo se llama?

—Heidi Goldman. Y ya no estoy con ella desde hace semanas. Fue algo pasajero.

«De hecho —pienso para mí—, solo llegué a conocer su dormitorio. Tres gloriosas veces».

—Ese es tu problema desde que te divorciaste, que todas las mujeres son *algo pasajero* para ti. Pero el tiempo pasa rápido, hijo, y cuando menos te lo esperas, te ves con setenta años viendo *La rueda de la fortuna* más solo que la una.

Eso ha dolido.

—¿A qué ha venido eso, mamá?

—Olvidalo. Haz caso a tu madre y échate una novia. Hada, o quien quieras. Pero que no sea una actriz, esas no son de fiar.

—Lo intentaré —suspiro.

—Bueno, te dejo —añade—. Avísame cuando salgas del hospital.

—Te escribiré al móvil, a esas horas aún será temprano en España.

Nos despedimos con un beso y le mando otro para papá. Al colgar, me quedo mirando el calendario sobre la encimera, una sencilla agenda y lista de tareas pendientes a la antigua usanza.

La mayoría de las treinta casillas del mes están en blanco. La del día de hoy es una de las pocas excepciones. En bolígrafo rojo, escribí las palabras **TRATAMIENTO A LAS 15.30**. El día de la desparasitación de Alfred, una vez cada tres meses, también lo tengo marcado con un círculo. Y el domingo pasado, así como el próximo y cada domingo del mes, hay garabateadas, con un rotulador verde en grandes letras mayúsculas, dos palabras:

¡NUEVO CAPÍTULO!

Por encima de todo lo demás y con signos de exclamación.

Aquello que me causaba excitación y ganas de ver nacer otro día hasta el estreno del siguiente capítulo de la serie, ahora me provoca escalofríos. Una pregunta me ronda, con tal insistencia que hasta he soñado con ella: *¿Volverá a matar?*

Mojo una galleta en el café y me la llevo a la boca. Mi mente, al igual que los restos de galleta, empieza a dar vueltas.

La literatura radica esencialmente en veintisiete letras que van de la A a la Z. Veintisiete letras y vuelta a empezar. Así de sencillo. Es la misma historia una y otra vez, por siempre. Todo lo que un escritor puede ofrecer al mundo es su utilización de las veintisiete letras. Eso es todo. Y esto aplica a los guiones de cine, por supuesto.

Por eso me resulta inaudito que una simple historia de entretenimiento, formada por esas veintisiete letras mil veces repetidas y ordenadas de una manera concreta sobre un papel, haya dado el salto a las calles, arrebatando una vida.

«No —me reprendo—. Tú no eres responsable de su muerte».

En el ángulo que forman las paredes y el techo, la mujer que viene a limpiar una vez a la semana no se ha percatado de una minúscula telaraña, apenas un resto de gasa gris sin aquella que la tejió. Allí, no sé por qué, se me ha quedado atrapado el recuerdo del primer beso de Patricia. Yo tenía dieciocho años, los mismos que ella.

El recuerdo está difuso, emborronado por un poco de todo: el paso de los años, mis heridas cerebrales y la desmedida cantidad de alcohol ingerida esa noche. Son las típicas cosas que ocurren en las fiestas universitarias. Se baila, se bebe, se suda, se canta y se salta. Todos, hasta el más callado e inadaptado (no digo que yo lo fuera) conocen a todos, y una norma prevalece sobre lo demás: si se te ponen unos labios a tiro, los besas. Punto.

Tomo un sorbo de café sin apartar los ojos de la pequeña telaraña. ¿Por qué sonrío? Son inocentes y divertidos momentos que devora el olvido y que, de pronto, al mirar una telaraña, el recuerdo los rescata.

Era una noche de tantas. A las intempestivas horas cercanas al amanecer, me fijé en que me miraba. Ella se me acercó. Se presentó como Patricia. Se hospedaba en la residencia de estudiantes y cursaba segundo curso en historia del arte. Yo, cómo no, filología inglesa. Un detalle que pareció hacerle gracia. Me dijo algo que no capté. Apenas alcanzaba a entenderla en medio del jaleo. Pero ella seguía hablando, y lo hacía, de eso sí me percaté, con la cara muy cerca de la mía. La cara en la que, a pesar del lápiz de ojos y los labios pintados de rojo, yo no veía más que a una niña suplicando ser querida. Por eso, cuando en la penumbra roja de la discoteca, de buenas a primeras ella me puso la mano en la entrepierna, yo reaccioné dando un respingo y retrocediendo un paso. Pensé en una broma, alguna novatada que alguien estuviera conspirando contra mí, aunque ya habían pasado varios meses desde que empezara el curso.

El resto diminuto de la telaraña me regala el recuerdo de esos labios rojos, húmedos y con sabor a nicotina buscando mi lengua con deseo.

—¿Quieres ver mi habitación?

Cuatro meses después me presentó a sus padres.

Los recuerdos, como suele pasar, se amontonan dolorosamente. Un día alguien me dijo que los recuerdos duelen, sobre todo los buenos. A medida que me hago mayor, soy cada vez más consciente de que así es.

Ahora, a miles de kilómetros y decenas de años de aquello, inclinado sobre la encimera de la cocina, me entra la risa. Me río sin saber por qué, pues en realidad me siento sucio, cómplice desde anoche del mal que asola este mundo.

«¡No fue culpa tuya!»

Se ha hecho tarde. Lavo rápidamente los cubiertos y me preparo para afrontar el día. Alfred me busca la mano. Eso me da ánimos. Acaricio su coronilla y él restriega su hocico buscando mimos y ganándose una chuche. Prometiéndole volver a la tarde, me incorporo y salgo de casa.

Conduzco un Volkswagen Beetle con capota abatible que adquirí de segunda mano a un compositor de bandas sonoras; todo un imán para las chicas. Llevo la radio sintonizada en la KROQ-FM, en un espacio dedicado a la música alternativa y soft rock. En este momento se oye a The White Stripes haciendo una nueva versión del clásico de DollyParton: *Jolene*. Daña a los oídos. Como ver a Tom Cruise en esa versión de la película de Alejandro Amenábar. Tal vez música alternativa signifique en realidad música de la peor clase.

Cambio al *bluetooth* y reproduzco una lista de grandes éxitos de Supertramp desde mi móvil. Subo el volumen, me pongo las Rayban y piso el acelerador mientras dejo que la brisa, cargada con olor a mar, juegue con mi cabello. El día se antoja lleno de posibilidades.

La música tiene un efecto mágico y reparador. Siempre que no sea música alternativa.

Imagina conducir por las avenidas de Santa Mónica a bordo de un coche descapotable. El cielo está despejado, pintado de un azul intenso que, reflejado en el espejo retrovisor, se funde con el horizonte del océano Pacífico.

A mi alrededor, las calles de Los Ángeles vibran con una energía contagiosa y optimista. «Como si nadie hubiera matado a nadie recientemente», me digo haciendo una mueca. Las palmeras se contonean en las amplias avenidas, dando vida a los pósteres, postales y carteles de películas con los que la mayoría nos conformábamos de jóvenes.

El olor a café recién hecho y a panadería se mezcla con la salinidad del mar. Las terrazas de

los cafés cobran vida mientras el mundo despierta alrededor en lo que cualquiera denominaría el sueño californiano, y, si el universo tuviera sentido del humor, ahora sonaría The Mamas & the Papas.

Este sueño tiene un comienzo.

Se remonta a 2020.

Bien podría ser antes o después, pero es bueno fijar una fecha.

Menudo año el 2020. El de la gran pandemia mundial; en el que los ingleses dijeron *Bye, bye* a los europeos; cuando las vidas negras importaron más que nunca; el año en que la Mamba Negra, El Pelusa y James Bond (el genuino) murieron. Fue el año en el que me arrebataron el futuro y me pidieron el divorcio. También en el que me dieron una segunda oportunidad.

Ahora, cuatro años después, soy un joven de treinta y cinco, soltero, apasionado y con grandes ambiciones literarias. Tengo un apartamento con vistas al Pacífico, un perro fiel y el mejor trabajo del mundo. También tengo deficiencias cognitivas, problemas de vista, una leve aunque persistente cojera y un corazón roto.

Bonito sueño, ¿eh?

Lo del sistema nervioso lo causó una enfermedad degenerativa. Está por ver que sea cuestión genética.

Lo del corazón roto fue cosa de Patricia Llanos.

Nuestro idilio comenzó durante el primer año de carrera, tras ese beso ebrio y húmedo. Era ya tarde para perder la virginidad, si se hacía caso de las fanfarronadas de los amigos. Yo no era el típico empollón, con gafas y ortodoncia, repelente de mujeres, y tampoco fui víctima de ningún caso de acoso escolar. A decir verdad, siempre me llevé bien con las chicas de mi edad, pero mientras mis amigos se pavoneaban describiendo y comparando sus experiencias orgásmicas, yo siempre parecía atraer a las chicas equivocadas, a las buenas chicas, las que aún decían que no..., o que habrían dicho que sí, si yo hubiera tenido el valor de dar un paso al frente.

Todo cambió en la universidad, cuando conocí a Patricia, y con ella, la lujuria. Fue una atracción mutua a primera vista. Patricia era la clase de chica con la que los hombres anhelaban pasar una noche loca, y al mismo tiempo temblaban ante la posibilidad de tener algo más serio con ella. En aquella época había una palabra para definirlo: *calientabraguetas*, término que solía considerarse lo opuesto a decente. Cuando uno ve a una mujer decente y hermosa, quiere escribirle un poema. Cuando yo veía a Patricia, quería retozar con ella sobre una cama de hojas secas bajo el anaranjado atardecer.

En esa época, antes de conocerla, usaba una frase con todas las chicas. Siempre decía: «algún día seré un escritor reconocido». Y todas se reían, se pensaban que iba de broma. Menos Patricia. Ella creía en mí.

Le pedí matrimonio el mismo día de la graduación.

Nos casamos, dos años más tarde, en Ibiza. Un fiestón en la playa hasta el amanecer. Éramos como una canción de Simon y Garfunkel: tiernos, melancólicos y empalagosos.

Fuimos inseparables durante tantos años, que me cuesta creer que acabara. Aún sigo preguntándome qué fue lo que pasó. ¿Cuál fue la mecha que lo prendió todo?

—Afrontaremos esto juntos —dijo ella un día, en cuanto llegamos a casa, de vuelta del hospital.

Para entonces, la lujuria de los primeros meses había dado paso a la más absoluta entrega,

complicidad y cariño, y yo solía pensar, con una sonrisa esculpida en la cara, en aquellos que habían huido despavoridos de la *calientabraguetas*.

¡Qué joya se habían perdido!, pensaba entonces.

Me creí su promesa. Y pienso con sinceridad que ella también se la creía, porque me lo dijo mirándome a la cara y sin pestañear, con los ojos húmedos, los labios fruncidos y las manos fuertemente aferradas a las mías, como si temiera que fuese a caer por un precipicio.

«Afrontaremos esto juntos».

No me miró a la cara cuando, al cabo de unos meses:

—Tengo cena con unas amigas. No me esperes despierto.

Aquello se volvió repetitivo. Demasiados problemas, decía. Demasiado estrés. Como si fuera ella la que tenía que convivir con la enfermedad.

Por supuesto, ese tipo de obstáculos pueden superarse, pero no lo hicimos, lo cual, en retrospectiva, dice mucho. Yo nunca presioné. Sentía que no era justo que, además de obligarla a vivir el resto de su vida con un enfermo, le impidiera hacer su vida con otra gente. En cierto modo, sigo sintiéndolo.

¿Se estaba viendo con otro hombre? No lo sé, y nunca se lo pregunté; ni siquiera cuando se quitó la alianza con rabia y la tiró al mar. Hay cosas que uno no quiere saber, como por qué la mujer que le juró amor eterno pasa tanto tiempo fuera de casa o sale de la habitación para contestar al teléfono.

Dicen que mi enfermedad se ha llevado miles de vidas por delante, pero se ha llevado mucho más que eso.

Desde entonces, me he preguntado a menudo si nuestro final hubiera sido otro si no me hubieran diagnosticado la enfermedad. Tal vez Patricia se habría comportado diferente. O quizás yo habría sido menos arisco en los días malos.

O puede que nuestro destino estuviera escrito.

No tiene sentido darle más vueltas, pues así es como ocurrió.

Y está bien así.

Al fin y al cabo, Paul Simon tuvo su gran carrera en solitario, ¿no?

Cinco días para la emisión del tercer episodio. Oficinas de la productora. Día.

Cuando enfilo la avenida que sube hacia las oficinas, mis sospechas más pesimistas se ven confirmadas. Inmediatamente bajo el volumen de la radio y me encojo en el asiento. Como si fuese un delincuente, me digo, absurdamente avergonzado. Levanto el pie del acelerador y me subo las gafas de sol para cerciorarme. Una joven reportera de chaqueta roja está hablándole a una cámara frente al edificio principal. Gesticula y blande su micrófono con vehemencia.

El circo ha comenzado.

Acelero hasta que la pierdo de vista y aparco cerca de la puerta. «No tienes nada que esconder. Ni siquiera sabe quién eres». Aun así, camino hacia el vestíbulo lo más rápido que me permite mi cojera, sin llegar a correr.

Las oficinas de la productora se ubican en Silicon Beach, a escasos quince minutos en coche desde mi apartamento, justo en lo alto de la cuesta, cruzando la calle desde los estudios de grabación. Es el corazón de un distrito creativo y tecnológico donde *startups* de tecnología y gigantes del entretenimiento conviven y florecen.

Las calles que rodean los estudios están bordeadas de modernos edificios de oficinas, estudios de diseño, galerías de arte, y una variedad de espacios creativos que reflejan la innovadora energía de la ciudad. Cafés de moda, restaurantes que ofrecen desde cocina gourmet hasta opciones saludables y orgánicas, y boutiques independientes se encuentran al alcance de cualquiera que disponga de una cartera gruesa, proporcionando abundantes opciones para el ocio y la recreación.

Dicho de otra manera, si vives en Los Ángeles y no trabajas en Silicon Beach, no eres nadie.

Hada García arquea las cejas al verme entrar en la redacción completamente destemplado. Me planta delante de los ojos mi taza de café, rebosante y humeante, y sonrío con ceño. Siempre he pensado que su nombre la define. También sus actos. Es una adorable abuela de cuento, solo que de veintinueve años. Somos como madre e hijo, pero de la misma edad. Si no fuera por el moño, tan apretado que duele con solo verlo, el pálido maquillaje y las faldas de ejecutiva, podría pasar por una mujer atractiva. En la última cena de Navidad, a la que se presentó con la melena suelta y los labios pintados de rojo, faltó poco para que le pidiera una cita. Habría sido el mayor error de mi vida, dado que es la única amiga que tengo aquí, Alfred aparte.

Ha sido así desde que nos conocimos, hace ocho meses. Ella había sido contratada recientemente como secretaria de Evelyn Crowe y yo trataba de sobrevivir en la piscina de tiburones sin ser devorado. Mi acercamiento a ella fue movido por el egoísmo más puro, he de admitir. Yo era nuevo en la ciudad y necesitaba a alguien a quien acudir si necesitaba ayuda o sufría una crisis sanitaria repentina. Hada era un encanto y hablaba mi lengua materna, resultaba perfecta. Ofrecerle mi amistad es lo mejor que he hecho en la vida.

Está claro que me ha estado esperando.

—Vaya cara traes —dice, observando mis ojeras, que deben de parecer medallas.

—Es la única que tengo, Hada. —Me llevo la taza a los labios. Me quema, pero también me conforta. En este momento, me siento un yonqui de la cafeína. Ya llevo dos y no han dado ni las diez—. Apenas he dormido esta noche.

Se detiene en el acto.

—No habrás ido a la sala de baile sin mí.

El trimestre pasado, cuando empecé a bailar salsa, el Toni Galán introvertido, y nada dado a las muestras públicas de felicidad, descubrió un talento oculto y una manera de canalizar la frustración y el sentimiento de injusticia. Lo conseguí de la mano de Hada «caderas explosivas» García. La joven secretaria es californiana, pero por sus venas corre sangre cubana. Y ya se sabe lo que dicen de que los cubanos nacen moviéndose al ritmo de Celia Cruz. Los viernes por la tarde, al acabar la jornada en los estudios, Hada deja a un lado su disfraz de ejecutiva y acude al barrio latino, donde cada noche se celebran batallas de salsa. Momentos previos a su actuación, Hada se despoja de su abrigo, dejando a la vista un atuendo colorido más ligero de ropa, y da rienda suelta a su talento oculto. Yo esto lo sé porque, a las pocas semanas de que nuestros caminos se cruzaran, ella debió de captar el aura de negatividad que me envolvía, o tal vez pensó que todos los latinos debíamos de bailar salsa como ella, pero el caso es que me arrastró a su mundo y me hizo una promesa con sabor a desafío: «antes de que se estrene la serie, Toni Galán, vas a aprender a bailar». Casi se me empañaron los cristales de las gafas cuando la vi en acción por primera vez.

—Sabes que jamás te haría eso —le digo.

—¿Es por lo de anoche?

—¿El qué de anoche? —bromeo mientras camino hacia mi escritorio. Ella me sigue.

—Muy gracioso —finge una carcajada—. Tú también, podrías haber escrito una de amor. O mejor, una pornográfica.

No son muchas cosas las que Hada se toma en serio. Yo lo sé y se lo perdono. Durante los difíciles primeros meses en la ciudad, la única que alguna vez me tendió una mano (con el idioma, la ciudad, etcétera) y me mostró cierto afecto fue Hada, y por ello me veo moralmente obligado a perdonarle cualquier cosa.

—Oye, ¿podrías pasarte esta tarde por casa para dar de comer a Alfred y sacarle un rato? —le pido.

Ella sabe que yo sé que no hace falta ni que conteste, peor igualmente lo hace.

—Claro. ¿Te toca hospital?

Finjo que no me afecta.

—Sí.

—Por supuesto, no te preocupes por Alfred.

Le doy las gracias.

—No te sientes —me detiene cuando voy a aposentar mi cansado trasero en mi silla. A pesar de que sus ojos negros no dan a entender nada tras los cristales de las gafas de secretaria, algo me

dice que se trata de algo importante.

—¿Por qué no?

—La madre de dragones —dice.

—¿Evelyn?

Asiente con la pena del policía que está comunicándole a una madre el fallecimiento de su hijo.

—Quiere verte. —Así es Hada García, portadora de sabroso café y pésimas noticias en partes iguales—. En su despacho.

Me quito las gafas. Mi visión túnel se vuelve borrosa durante el segundo que tardo en llevarme los dedos al puente nasal, aprieto (estoy sudando) y vuelvo a ponérmelas. Trago saliva y suspiro.

Ella asiente con la cabeza, como si lo sintiera.

Alguien ha matado a una chica inocente siguiendo el mismo método que un día escribí, y ahora Evelyn Crowe quiere verme en su despacho. ¿Hay una forma peor de empezar el día?

Mientras camino los pocos pasos que me separan del despacho de Evelyn Crowe, cruza mi mente un repentino deseo de ser transportado a un lugar lejano, donde no tenga que afrontar la ardua tarea que me aguarda.

Cuando abro la puerta, el despacho exhala una nube invisible de perfume y ambientador, casi como si me tosiera. Yo también me pongo a toser.

—Buenos días, Galán —me saluda Evelyn sin levantarse de la mesa. Esta, más que un escritorio o una mesa de reuniones, es un tablero blanco lacado de forma ovalada y fino acabado que se asemeja a un panel futurista, pero sin botones. Evelyn viste su icónico traje de chaqueta pantalón de color blanco crudo; blanco como la sala y crudo como su carácter. Como cada vez que coincido con ella en persona, pienso que se la ve más pálida y envejecida que en las fotos. No en vano, se aproxima a los sesenta, un hecho que ni toda la fortuna ni los premios que llenan su ego en cada ceremonia de los Emmy podrán cambiar.

Lo acompaña Kip Dolan, su perro de presa.

—¿Qué hace él aquí? —pregunto a Evelyn sin dignarme a mirarlo a él siquiera.

—Kip es nuestro abogado y la situación es alarmante. He creído conveniente que nos acompañe esta mañana y esté al tanto de todo lo que se habla en esta sala. Kip ha tenido la amabilidad de modificar su agenda para poder estar hoy aquí.

Hago una mueca. Desde el minuto uno he odiado a ese hombre. Kip me observa desde la mesa como si yo fuera un vagabundo orinando en su felpudo.

La voz de Evelyn («siéntate»), rugosa como si hubiera acumulado óxido con el uso, se desliza sin dificultad por toda la sala. Me estremece como la primera vez.

Algún día, la productora estrenará una serie en la que la antagonista sea como Evelyn Crowe, incluyendo su mancha en la piel, escribió alguien. Y ahí está, un grotesco lunar con la forma de América del Sur ocupando gran parte de su cuello, que casi atrae la mirada como un escote generoso y bronceado, solo que provocando el sentimiento inverso. Ella, lejos de disimularlo con un pañuelo o un jersey de cuello vuelto, lo luce desafiante. Es como si le dijera al mundo: «Esta soy yo y este es mi lunar. ¿Algún problema?».

Reprimo el impulso de jugar con mis manos y hago lo que me pide, fingiendo controlar la situación, recordándome a mí mismo que solo es una mujer. Una mujer que domina una importante porción del pastel del negocio de entretenimiento en la actualidad. Una mujer con cuya paga, financio todos mis caprichos y necesidades.

A pesar de su menudez, tiene un porte militar, con el mentón afilado como un puñal y siempre ligeramente levantado. Los pómulos tiran de su piel sin maquillar y el pelo corto y rubio, que es una palmera, luce desbocado como el de un niño travieso. Sus ojos, negros, pequeños e

inquisitivos como los de un felino, parecen examinarme. No recuerdo un instante en la vida de Evelyn Crowe en el que no pareciera estar examinando algo.

No obstante, es él quien me da más miedo.

—No me gustan los españoles, torturan a sus animales —fueron las primeras palabras que Kip me dirigió—. No es usted torero, ¿verdad?

—No, señor. Y tampoco bailador de flamenco.

No pilló la broma.

—¿Y simpatiza con la matanza de toros? —insistió.

Negué con la cabeza.

—Yo una vez corrí delante de ellos en San Fermín. Verano de 1994 —dijo entonces, tal vez tratando de empezar una conversación. Hasta se pasó la mano por la chaqueta del traje y me dirigió lo que parecía una falsa sonrisa. Fue ridículo, como si no recordara cómo se hacía para sonreír.

—Yo soy más de correr tras las mujeres —fue mi ingeniosa respuesta. Pretendía hacerme el gracioso. No le hizo gracia y el amago de sonrisa se esfumó tan rápido que más tarde me preguntaría si la habría imaginado. Tan solo emitió un gemido flojo, se dio la vuelta y se alejó de mi vista con sus andares desgarbados. Es el mayor intercambio de palabras que he mantenido con Kip hasta la fecha.

Tras ellos, toda la pared es un ventanal con vistas al centro de Los Ángeles que parece invitarme a mirar. Esta mañana los rascacielos resplandecen bajo el sol ante el incesante escrutinio de las montañas, al fondo, como envueltos por un halo angelical. Tengo la impresión de que, si me asomo, Evelyn me empujará a través del cristal en una caída de cinco pisos. O chasqueará los dedos para que Kip Dolan lo haga.

Es precisamente el chasquido de sus dedos (solo una vez, pulgar y corazón enfrentados) lo que sirve de orden. Inmediatamente, Kip toma un diminuto mando a distancia que hay sobre la mesa y pulsa un botón. No dice «A sus órdenes», pero tampoco habría desentonado en él. La pantalla de sesenta y cinco pulgadas que hay en un rincón se enciende.

Me apresuro a limpiar los cristales de las gafas con la tela de mi camisa y me inclino sobre la mesa para percibir los detalles. Hay quien dice que tengo algunos dones, la mayoría de ellos intelectuales, pero la vista de lince desde luego que no está en la lista.

La imagen comienza en mitad de una secuencia que me resulta más que familiar. Es de noche y parece verano. De hecho, lo es, concretamente el 24 de junio. Lo sé porque tuve que documentarme. A lo lejos, la playa bulle por la celebración del *Santa Monica Pier 360 & Summer Festival*. La música fiesterera y las luces de colores, que brillan con vida propia en las atracciones del muelle, no engañan al espectador, pues una música monocorde de misterio lleva a la escena de la mano. Una joven (¿Se llamaba Trisha? Esto no lo recuerdo bien; demasiados nombres y apellidos que son cambiados una y otra vez) está discutiendo con su marido, una riña sin importancia. Se gritan y se prometen no querer saber nada el uno del otro, sabiendo ambos que mañana durante el desayuno estarán besándose. ¡Ah, los besos de reconciliación, qué bien saben!

Kip y yo observamos la pantalla con atención. Por el rabillo del ojo, veo que Evelyn no me quita ojo, como estudiando mis reacciones. Tomo conciencia de mi respiración, mi postura, mi expresión facial. Me esfuerzo por parecer natural y después me pregunto por qué lo hago.

No me atrevo a mirarla. Caramba, casi no me atrevo ni a respirar.

Trisha emprende el camino de vuelta a casa en solitario. Sus lágrimas son más de rabia que de tristeza, y el alcohol ingerido en el festival tampoco ayuda. Es precisamente el alcohol lo que

le nubla la mente, lo justo para que no se percate de que se ha metido por una serie de calles secundarias que ninguna joven osaría transitar a esas horas de la noche. De pronto, deja de mirar el móvil para alzar la vista. Se ha perdido. Un hombre sin dientes le suplica unas monedas para sus hijos. Trisha se asusta y echa a correr. Una corriente de aire frío se le cuele por la minifalda. Yo no quería vestirle de colegiala sexi, me resultaba demasiado evidente y juvenil, más aún teniendo en cuenta que el personaje estaba cerca de los treinta, pero ellos insistieron. La mujer que no deja de mirarme insistió. «La audiencia manda», me dijo. Es su frase favorita. Debería aparecer en su lápida. Cualquiera día, sacaré a la venta camisetas con esa frase.

Vemos los últimos minutos del capítulo en silencio.

El llanto de Trisha es ahora un lamento sentido porque tiene miedo. Está tratando de ubicarse en la aplicación de mapas del móvil, pero siempre ha sido torpe para orientarse. Se oye un susurro. Será el viento, piensa. Acelera el paso. En alguna calle cercana suena una sirena. ¿Te he dicho ya que odio las sirenas? Trisha echa a correr sin rumbo. En un callejón con olor a orín, tropieza con algo y cae sobre el asfalto. El bolso aterrizó unos metros más allá. La caída le lastima una rodilla, que mañana presentará una fea marca. Eso le pasa por no ponerse pantalones.

No llega a incorporarse.

La cámara vira para que el espectador pueda verlo antes que ella.

Una sombra se cierne tras Trisha. Silenciosa. Negra. Y una punta de cuchillo emerge de su mano cerrada.

Es Derek Cross, el asesino de novias, apareciendo su silueta en escena, por primera vez, en el minuto cuarenta y siete del metraje.

—Suficiente —habla Evelyn.

Kip vuelve a pulsar el botón y la imagen queda congelada con el rostro de Trisha experimentando la sorpresa de estar siendo atravesada por un filo.

¿Sabes eso que se dice de que los artistas odian sus propias obras? Imagina lo que siento en este momento respecto a la mía.

No había visto esas escenas desde el estreno. Pero en esta ocasión todo es distinto. Una mujer ha muerto en el mundo real. Ya no es una criatura de papel y tinta negra. Tampoco lo es Derek Cross. Ahora son seres humanos. Con corazón, tripas y un pasado.

—Supongo que estás al corriente de lo que ocurrió anoche en la ciudad —dice la jefa, juntando las yemas de los dedos hasta formar un triángulo. Si relajo los ojos, casi puedo ver el Ojo de la Providencia en su interior: la visión de Dios sobre la humanidad; el Nuevo Orden Mundial; el billete de un dólar.

—Lo vi en las noticias —respondo asintiendo, seco.

No reacciono demasiado bien a la presión ni a las interacciones sociales, ni siquiera a estar cerca de otras personas. De modo que una reunión con la jefaza y su perro de presa pone mis desgastados nervios en posición de alerta. Me gusta la soledad. Una vez fui a una psicóloga para hablarle de la ansiedad, los sudores fríos, las náuseas y los mareos que sufría al pensar en el futuro que me espera con mi enfermedad, y ella me diagnosticó una leve fobia a la gente. No mencionó la palabra sociopatía, pero estoy seguro de que estaba pensando en ella. Me aconsejó relacionarme con otras personas con normalidad y que no me hacía bien pensar constantemente en mi enfermedad. La mujer tenía un taco de revistas de cine encima de la mesa, y yo no podía apartar la vista de él mientras ella decía aquellas palabras que me enfurecían a cada instante. En cuanto terminó de pronunciar todas esas patrañas sobre normalizar la tragedia, me alegré de tener una excusa para levantarme y despedirme para siempre. Me llevé una revista que prometía en portada un ácido análisis de la carrera de Mel Gibson. Aún recuerdo la cara de estupefacción de

la psicóloga cuando salí por la puerta con su revista bajo el brazo.

Odio que normalicen lo anormal. Lo hacen para sentirse mejor con ellos mismos, porque creen que están haciéndome sentir mejor a mí. Pero logran el efecto contrario. ¿Es que no lo ven?

Evelyn no es mi antigua psicóloga. Está comprobando el pulido de sus uñas. No parece muy enfadada, aunque tampoco está bailando la Macarena.

—¿Y qué opinas? —inquire.

—Una tragedia. Esa chica era tan joven.

Kip mira a la jefa con cara de deseo, como si le rogase, ávido de una nueva muestra de humillación pública, que me echara a los leones.

—Muy joven. Exactamente, veintinueve años. —Ella vuelve a mirarse las uñas—. El funcionario encargado de la limpieza que halló el cadáver asegura que le faltaba un dedo y que había un ramo de flores junto al cuerpo, rozándole la mano.

—Lirios y rosas blancas. Dieciocho en total. Mitad de un tipo y mitad del otro.

Evelyn asiente en silencio y frunce los labios. Yo me miro el regazo y me quito un pelo de perro del muslo. Tengo que hablar menos.

—En cuanto al dedo, se trataba del anular —digo, hablando de más—. La alianza era de dieciocho quilates, aunque ese dato no llegó a mencionarse en el guion final.

Evelyn parpadea educadamente, o eso cree ella.

—Alguien ha matado replicando al detalle lo ocurrido al final del primer episodio —dice.

—Bueno, esta es una ciudad gigantesca y *El asesino de novias* es una gran serie, Evelyn.

—No me gustan los pelotas.

—Quién lo diría —digo, mirando fríamente a Kip, que se revuelve en su asiento. Cuando uno ha pasado por diecisiete sesiones de tratamiento intravenoso, le pierde el miedo a casi todo.

—Tampoco me gustan los listillos —añade Evelyn.

Kip Dolan capta el mensaje y me dedica su sonrisa más deleznable, que acompaña con una asimétrica caída de párpados.

—Ándese con cuidado, Galán —me amenaza, representando muy bien su papel de poli malo—. Este asunto podría salpicarle, yo en su lugar no me lo tomaría a broma. —Parece decidido a dejarme claro que soy un minúsculo insecto debajo de su zapato—. Y míreme cuando me dirijo a usted.

Lo hago, porque de la valentía a la imprudencia hay un paso muy corto. Sonríó por dentro. Ese pelota sirve a la jefa de la misma manera en que serviría a una impresora de billetes. Desde que he entrado por la puerta y lo he visto ahí sentado, me he esperado el numerito del poli bueno y el poli malo. Incluso algo peor, ya que Kip todavía no me ha amenazado con la posibilidad real de un despido procedente. Así con todo, prefiero el poli malo mil veces. Kip Dolan es un animal salvaje que te ataca de frente, es previsible y hasta cierto punto manejable, como los toros que tanto detesta. Evelyn Crowe, por contra, es como una serpiente silenciosa de cuyo ataque no te percatas hasta que te ha inoculado su veneno.

—¿Tienes idea de quién ha podido ser? —me pregunta ella.

Agito la cabeza.

—Algún chalado, supongo. ¿Eso no deberías preguntárselo a la policía?

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Ha podido ser prácticamente cualquiera. Desde un fanático de la serie hasta uno de esos *haters*, pasando por todo espectro existente entre uno y otro —respondo, devolviéndole una vez más esa pelota sin sentido—. Basta con que alguien viera el primer episodio, se le cruzara un cable y se lanzara a la calle creyéndose Derek Cross. Hay que reconocer que soy la leche creando

villanos verosímiles.

—La interpretación de Ethan Pierce también es muy buena. Y cuenta con miles de fans. Alguno más que tú —sonríe.

Touché.

—¿Cuántas personas vieron el primer episodio? —pregunto.

—Más de medio millón en Estados Unidos.

—Pues ese es el número de sospechosos, me temo.

—Quién mató a esa chica no me importa —dice, fría como la cadena de su pulsera—. Lo importante es que esto no vaya a más.

—¿Ir a más?

—Usa la cabeza, Galán. Alguien está imitando a tu personaje, y resulta que tu personaje es un asesino en serie que mata esposas por placer y se lleva sus dedos con la alianza puesta.

—¿Crees que puede haber más muertes?

Se levanta. A pesar de su corta estatura, la sombra que dibuja en la mesa y se alarga hasta mí es la de un gigante.

—Lo único que sé es que ahí abajo hay una reportera muy mona hablándole al país. Relacionando el violento asesinato de una joven con mi serie. Como esto se haga viral y traspase fronteras, estamos jodidos. —Se lleva una uña a la boca y mordisquea la punta, recordando a una ardilla—. Mierda, con lo bien que habíamos empezado.

Evelyn Crowe tiene una secreta ambición, aunque tal vez no sea tan secreta. Casi todos los días asegura que no quiere ser la siguiente Kathleen Kennedy, lo cual nos hace pensar que sí quiere serlo.

—Por favor, mantengamos la calma —digo—. ¿Puedo irme ya?

Me levanto.

—No hemos acabado —dice Evelyn.

—Siéntese —se apresura a añadir Kip.

Tenía que intentarlo.

—¿Tienes algo que ver en todo esto, Toni? —se atreve a preguntar ella, siempre tan directa, escudriñándome con un desdén que endurece sus ojos grises hasta teñirlos de un azul pálido acerado.

—Por favor... —Ellos continúan mirándome como miraba Smith a Chris Rock en la ceremonia de los Oscar del veintidós, justo antes de levantarse y cruzarle la cara—. ¿Cómo voy a tener yo algo que ver? ¿Acaso tengo cara de asesino?

—Más te vale que así sea, porque como se descubra que estás mínimamente relacionado con el asesino o la víctima, estarás jodido. —Evelyn me señala; su dedo es corto y afilado—. Como el asesino sea, no sé, un primo lejano tuyo, estarás jodido. Y como vuelva a matar, entonces sí, estarás...

—¿Jodido?

No tenía que haber dicho eso.

—Es usted un imbécil, Galán —murmura Kip. Hasta la jefa se vuelve sorprendida. Imbécil. Todo un atrevimiento para Don Pudor.

Emito un bufido burlón sin siquiera mirarlo a la cara.

Kip contrae el rostro enrojecido y se yergue aún más, seguramente para ofenderme de nuevo, pero Evelyn lo detiene haciendo un gesto con la mano.

La jefa vuelve a ocupar su asiento tras la mesa.

—Hoy a primera hora he estado reunida con la junta directiva —dice, retomando un tono de

voz más calmado—. Por el momento parece que estamos salvando los muebles con este escándalo. La policía ya está investigando, pero por ahora siguen sus propias pesquisas y no han centrado su mirada en nosotros.

—¿Lo ves? No hay de qué preocuparse —digo, porque solo quiero salir de allí, aunque no me creo mis propias palabras.

Evelyn hace un gesto negativo con la cabeza pero sin dejar de sonreír.

—El domingo se emite el segundo episodio. Si después de la emisión ese hombre volviera a matar, si de verdad se creyese el auténtico Derek Cross, estaríamos hablando de un caso de asesinatos en serie.

En realidad, según la definición oficial, se requieren un mínimo de tres crímenes para que pueda hablarse de asesinato en serie, pero dudo que ella lo sepa.

—Como en la serie —interviene Kip.

Vuelvo a mirar la pantalla. Trisha sigue congelada con la misma expresión de terror.

—Como en la serie —repite ella, obligándome a volver—. La prensa y la calle se nos echarían encima. La policía pararía sus escandalosos coches en nuestro aparcamiento. Y si todo eso llegara a pasar, tendríamos un serio problema. ¿Qué crees que pasará cuando la masa vea las noticias y empiece a relacionar la serie con un asesinato real? Se producirá una marea imparable de habladurías y rumores, y ya sabes cómo es esto; intentarán boicotearnos.

—Y seguro que le suena de algo lo de estar jodido. Verdaderamente jodido —añade Kip en tono burlón—. A propósito, ¿qué tal el tratamiento?

Tengo que morderme la lengua. Podría decirle que él es diez años mayor que yo y que, con todas las grasas saturadas y refrescos gaseosos que ingiere, por no hablar de su adicción al tabaco, no vivirá muchos más para contarlos, pero no quiero que me despidan.

—Si llegamos a ese punto, es posible que tengamos que cancelar la serie asumiendo pérdidas millonarias —sentencia Evelyn—. Y no queremos eso, ¿verdad?

—A nadie le gusta perder millones de dólares. —Me encojo de hombros.

—Puto listillo —masculla Kip.

—Y tú no vuelvas a mencionar mi problema de salud —le replico.

Él enarca las cejas y se ríe como un memo.

—¡Calmaos los dos! —exclama ella, sumiendo la sala en el más absoluto silencio. Me mira y se recrea en mi expresión—. El caso es que parece que a ti te gustaría menos que a nadie, Toni —retoma.

La miro y trago saliva. No me gusta el cariz que está tomando la reunión.

—Evelyn, me parece que...

—Rescindiríamos tu contrato de inmediato.

Ahí está, el veneno de la serpiente.

—La hipotética situación y su contrato nos los permiten —apostilla Kip—. Estaríamos hablando de un trabajador de la productora involucrado en una investigación policial. En ese caso, el despido sería perfectamente procedente y cien por cien legal.

Resoplo tan fuerte como puedo.

—Pues supongo que no queda mucho más que decir —digo, esperando que se me note la rabia en la voz.

—Lo siento mucho. Ahora, puedes irte.

Kip Dolan está sonriendo cuando me levanto y me despido cordialmente con la mirada. Me siento como un ternero camino del matadero.

—Ah, Galán —me llama Evelyn—. Baja a los estudios y dile a Quincy que venga.

—¿Quincy Jones?

—¿A cuántos Quincys conoces aquí? ¡El Gran Hombre, por supuesto! —Hace un gesto con la mano para que me volatilice—. Venga, aire, Galán.

Me pregunto, no por primera vez, qué hago allí, por qué la jefa me ha llamado realmente. Yo no soy un Kip Dolan, dispuesto a aplaudir sin ningún criterio las locuras de Evelyn e inflar su ego. La jefa hará lo que le venga en gana, como ha hecho siempre, y nada de lo que yo diga a partir de ahora tendrá importancia. Mi lugar está en la oficina. Más aún, en mi apartamento. Siempre sobre un escritorio ordenado, mi teclado y un compromiso de tranquilidad.

Pero no siempre es posible estar en el lugar que uno quiere, como estoy a punto de comprobar. Resignado, doy media vuelta y emprendo el camino hacia el epicentro de la vanidad, la excentricidad y las puñaladas por la espalda: los estudios de grabación.

Cinco días para la emisión del tercer episodio. Estudios de grabación. Día.

Mi pesado andar me lleva hasta el edificio de al lado, no sin antes pasar por la cafetería. Tras la incómoda reunión en el despacho de Evelyn Crowe, el vaso de capuchino para llevar me parece insuficiente.

Los estudios de grabación se encuentran en una vasta extensión que hay cruzando la calle, donde una serie de gigantes cajas de zapatos prefabricadas de hormigón se alinean hasta donde se pierde la vista.

Las escenas de interior de *El asesino de novias* se graban en la caja de zapatos número dos, y hasta un niño podría dar con ella a la primera, pues en la cara frontal de la fachada hay grabado un dos del tamaño de la Casa Blanca.

Resoplo y me adentro. De mi cuello cuelga una tarjeta que me acredita como miembro del equipo. Me dejan pasar.

Como siempre que accedo a ese mundo paralelo reservado a las estrellas y sus súbditos, caigo preso de una especie de ensueño, como si mi mente fuera una cámara desenfocada. Podría tratarse de un nuevo brote, pero esta vez no lo es. Es solo el efecto que este lugar produce en mí.

Me detengo y busco a Quincy Jones con la mirada, pero es como tratar de encontrar una cucaracha en una noche cerrada. Las profundidades del lugar engullen por completo la luz de los focos.

Al fondo, una pared está ocupada por un bar de jazz que resplandece como la luna llena en un cielo despejado; las botellas de distintos licores exhibidas tras una barra brillante por el barniz recién impregnado, los taburetes con asientos circulares de cuero negro... Todo en el escenario parece pertenecer a otro siglo. Reconozco la escena. La escribí para el capítulo siete.

Quincy es el director principal de la serie, por lo que deduzco que voy bien encaminado. Echo a andar por el gran espacio diáfano, lo más en línea recta que me permiten los percheros móviles empujados por los de vestuario, los apresurados y escandalosos chicos de iluminación y los obstáculos (sillas plegables, cajas, mesas con comida, etcétera) que me voy cruzando por el camino.

«El Gran Hombre», ha dicho Evelyn. En el caótico mundo del cine, donde las sombras de los egos suelen ser más largas que las del atardecer en el desierto, así es como Quincy Jones es

conocido. Un título que, según murmuran algunos, le viene grande, y no por la magnitud de sus ataques de ira, precisamente. El venerable maestro de ceremonias, con más años en el oficio que una cámara de rollo, es famoso por su irritabilidad.

—Ah, el Gran Hombre —suspiró Hada una vez que la pregunté por Jones. Su sarcasmo era tan espeso que podía cortarse con el mismo cúter que se usa para abrir las cajas de utilería—. Es un visionario, no cabe duda. Capaz de ver la más mínima imperfección en un plano que, para el resto de los mortales, sería una obra maestra.

—Así que los rumores son ciertos —dije sorprendido, porque uno vive con la esperanza de pensar que los ataques a algunos famosos por parte de un gran sector de la prensa son infundados. Al parecer, este no era el caso.

—¡Los actores están encantados con él! —rió Hada con ganas—. No hay nada como comenzar el día con un buen sermón sobre la importancia del arte, seguido de un monólogo sobre cómo la incompetencia del elenco casi arruina su visión. ¿Quién necesita un «buenos días» cuando puedes recibir un repaso exhaustivo de tu árbol genealógico?

El relato de Hada dibujaba al Gran Hombre como un coloso de la vieja escuela, una reliquia de esos tiempos en que el cine se hacía con más pasión que presupuesto.

—Pero hay que reconocerle algo —concluyó con una sonrisa que era la antesala de una travesura—. El viejo cascarrabias tiene un don. Un don para hacerte cuestionar tu carrera, tu talento, y hasta tu existencia. Y aún así, ahí siguen los muchachos, día tras día, buscando su aprobación. Porque, al final de la jornada, se sabe que bajo esa fachada de director tirano, hay... bueno, realmente nadie está seguro de qué hay, pero debe ser algo bueno, ¿no?

—Hablas como si esos *muchachos* —abrí comillas— vinieran a trabajar por el amor al arte. Pero basta con dos minutos de conversación con alguno de ellos para saber que tienen un concepto de sí mismos mucho mayor que el de Quincy, y habiendo logrado muchos menos méritos que él.

Hablaba en plural, pero estaba pensando en Ethan Pierce.

Y en este instante, como si mi mente tuviera la capacidad de materializar los recuerdos, paso junto a Pierce.

Él no me ha visto a mí. Y si me ha visto, no se ha percatado. Es sabido por todos: los actores de renombre reaccionan a los guionistas como el que ve pasar una pelota de playa por delante de su toalla. Va vestido de Derek Cross, el personaje que interpreta, lo cual significa que ha rodado o está a punto de hacerlo: botines altos, pantalones vaqueros, cinturón de gran hebilla a lo *cowboy* y camisa de cuadros abierta en el primer botón; el sombrero lo ha dejado en el camerino, o se lo ha endosado a alguien de vestuario. Está charlando con un grupo de muchachos jóvenes y rebosantes de salud. La mayoría me suenan, bien de haberme cruzado con ellos, bien porque salen en la serie. Son todos actores. Beben de sus botellas de agua y ríen cada frase que dice Pierce.

—Ese tipo cree que puede ir por ahí matando mujeres como si fuera Derek Cross. —Se lleva la mano a la entrepierna y aprieta con fuerza, siguiendo el movimiento con todo el cuerpo—. ¡Pues puede comerme la verga! —grita, provocando una explosión de risas a su alrededor—. Imitadores a mí...

Sigo caminando sin detenerme, alucinado con el amor que ese hombre se profesa a sí mismo. Por gente como él, los botes de champú vienen con una sección de instrucciones. Pensándolo bien, el hecho de que Ethan se muera por ser el personaje que interpreta (y que yo creé), no hace sino que me sienta orgulloso de mi trabajo.

Noto que uno de los tipos que está con él se me queda mirando y me persigue con los ojos

hasta que tiene que forzar el cuello. Una vez más, me suena de vista, pero no recuerdo que nos hayan presentado.

Agito la cabeza y procuro no pensar demasiado. O más bien, pensar en otras cosas. Por ejemplo, en encontrar a QuincyJones, darle el mensaje de Evelyn y salir de ese lugar echando leches.

Vislumbro su nombre antes que a él. Grabado en la tela negra y tirante de la parte trasera de una silla plegable:

MR. JONES
DIRECTOR

Sin verlo venir, en mi cabeza empieza a sonar la canción de los Counting Crows. ¡Ay, qué tiempos los noventa!

Junto a la silla hay otras sillas iguales pero con otros grabados.

A ambos lados, un impresionante juego de cámaras, trípodes, cañones de luces, brazos de micrófonos y enormes difusores de luz que parecen los paraguas de unos gigantes. Revoloteando en torno a todo este equipo, los técnicos de iluminación, sonido y auxiliares de dirección.

Y más allá, el decorado. Visto de cerca, el suelo brilla recién fregado y las botellas son luciérnagas de colores. Pero si se vira la mirada solo un par de metros hacia un lado, el bar de ensueño se transforma en una cortina negra que oculta una pared de hormigón. La magia del cine.

Quincy Jones está compartiendo puntos de vista (por decirlo de una manera sutil) con sus ayudantes frente a la barra.

No me ha visto, pero igualmente se dirige hacia donde yo estoy. Su caminar es pesado.

—Señor Jones —pronuncio con toda la firmeza que me permite la ausencia de saliva en mi garganta.

Se sienta en su silla de director. No me mira a la cara ni me ofrece asiento.

—¿Qué pasa, Galán? —Su voz áspera suena como unos neumáticos viejos sobre una calzada pedregosa.

De pronto me pregunto si debería estar allí. Me pasa cada vez que bajo a este lugar.

—La jefa quiere verte —digo.

—¿Evelyn? —pregunta desdeñoso, casi como si no pudiera soportar una respuesta. Yo asiento. Me gustaría entablar conversación (al fin y al cabo es el director de la serie, un pez gordo), pero entre Hada, Evelyn y Kip, descubro que me he quedado sin ideas—. ¿Qué le pica ahora?

—Está nerviosa por lo ocurrido anoche.

—Joder, pues por aquí vamos retrasados con el episodio. Eso es lo que debería ponerle nerviosa. Tendría que estar aquí abajo, supervisando, empujando para que sus potrillos se pongan las pilas, y no en el trono de su gran despacho blanco, alimentando el juego de la prensa. —Sin levantarse, se vuelve hacia la puerta que conduce a la parte trasera y que conduce a las caravanas—. ¿Se puede saber dónde se ha metido nuestra actriz protagonista? —vocifera a todos y a nadie en concreto—. Dioses, esa mujer pasa más tiempo en maquillaje que mi esposa en Rodeo Drive. Lo que necesita esa niña es un buen correctivo. Normal que Woody Allen la rechazara —masculla entre dientes antes de señalar al primer ayudante que se cruza en su camino—. ¡Tú, chico! Ve a buscar a Mia y dile que mueva su precioso trasero hasta aquí.

Se dice de Mia Clarke que pasa más tiempo en maquillaje y peluquería que en cualquier otro

sitio; que cuando se ducha, se atascan los desagües por las toneladas de química que el agua se lleva por delante, como bromeó en cierta ocasión un técnico de luz.

Una broma que nunca entendí, dado que Mia brilla con luz propia sin necesidad de ser espolvoreada. Especialmente en torno a su rostro inmaculado y bañado en pecas, pues es como si sobre su marmórea piel, bajo los ojos, alguien hubiera esparcido canela en polvo.

Marmórea. Un adjetivo muy adecuado, con una salvedad: el mármol puede calentarse bajo el influjo del sol, efecto que, según dicen, no se ha visto en la actriz.

Entonces, como la primera vez, me quedo de piedra al verla.

Aunque los actores van y vienen por los estudios en un flujo continuo, dejándose ver, pavoneándose, Mia Clarke se pasa la mayor parte del día encerrada en su caravana. He coincidido con ella alguna vez, pero siempre desde lejos: algunas veces paseando por fuera de los estudios en compañía de su agente; otras, en una silla plegable, fingiendo que lee algo para no ser molestada mientras los peluqueros retocan tal o cual mechón, o rodeada de los focos del set de grabación, donde se convierte en la mujer de las mil caras: un día es una chica solitaria preparándose para acostarse y recibiendo una llamada inesperada, con el cepillo de dientes aún en la boca; otro día es una mujer de fuerte personalidad dando largas a algún hombre, tal vez después de que él la haya invitado a cenar. Hoy será una reportera en acción que busca evidencias que ayuden a resolver un caso importante.

Atraviesa el set con la parsimonia y seguridad de quien da un paseo por el campo en una estupenda tarde primaveral, como si todo un equipo de producción no tuviera sus ojos clavados en ella. Hay quien hasta resopla impaciente. Ella, sin embargo, no detiene sus ojos en nada ni nadie. Está flotando en su mundo.

A mi lado, casi puedo oír las muelas de Quincy Jones rechinar.

—¡Ya era hora! —grita a la vez que se prepara para grabar la nueva toma—. Venga, todo el mundo a trabajar de una maldita vez.

Mia accede al escenario, sumergiéndose en el humo falso y nebuloso. Ahora sí, sonríe a los que serán sus compañeros de escena, que parecen derretirse en su presencia. Es más alta que la mayoría de las mujeres pero no que la mayoría de actrices. A la luz de los focos, su cabello es una llamarada. Se lo han peinado hacia atrás a partir del centro de la cabeza, sujeto por una horquilla de plástico desprovista de adornos. Es un estilo que no favorece sus facciones delicadas, ya que destaca su palidez, su rostro vacío de color. Sus ojos grises parecen demasiado grandes y la sangre no baña sus labios. Lleva puesta una blusa blanca por encima de una camiseta azul de algodón fino con el cuello vuelto. Me digo que los pantalones vaqueros que han escogido desde vestuario no le pegan nada, e inmediatamente me recuerdo que es culpa mía, pues yo puse esos horrendos vaqueros en el guion. Lo hice antes de saber que Mia Clarke sería la actriz que interpretaría al personaje femenino.

En su rostro hay algo que me recuerda a Patricia, especialmente cuando ladea la cabeza y entorna los ojos como si tratara de ahondar en tus más oscuros secretos, aunque no se parecen en nada. «Hay melancolía en su mirada, eso es», me digo. Me acuerdo de cuando Patricia decía que la única ocasión en la que los actores se mostraban tal como eran, era tras perder un premio. «Fingen, aplauden al ganador y tratan de que no se les note, pero ese vacío en la mirada no se puede ocultar». Entonces, yo los imitaba en una ridícula actuación y ella se reía a carcajadas.

No he visto a Mia Clarke riéndose a carcajadas de nada.

Quincy Jones grita una orden y el escenario, caótico hasta ahora, se distribuye en un segundo: los técnicos se volatilizan y los actores ocupan sus respectivas posiciones. Yo me camuflé entre las cámaras como una sombra en la oscuridad y simplemente me dedico a

deleitarme con lo que tengo delante.

El director de fotografía mueve un brazo detrás de una cámara y el auxiliar de cámara hace chocar la claqueta, en la que se lee: ASESINO DE NOVIAS. EP.8 - ESC. 9 - TOMA 1.

«Espectacular —me digo al verla en acción—. Absolutamente espectacular».

Durante el rodaje de la escena, Mia Clarke presenta una expresión calmada, despreocupada y distante. Yo estoy seguro de que se encuentra plenamente concentrada, y en cuanto a si está nerviosa, desde luego no se aprecian signos. Me digo que solo hay una explicación para ello: Mia se las ha ingeniado para alcanzar, después de mucho trabajo, la zona sagrada, ese espacio atemporal en el que no tienen cabida ni el público, ni la retribución, ni el prestigio, ni la escena siguiente, ni la presión, ni las críticas, ni los hombres, ni el pasado o el porvenir. La zona de Mia es un espacio restringido que solo comprende un escenario, un compañero de escena y las líneas de un guion. Allí es otra persona; el personaje que debe interpretar. Todo lo demás se desvanece.

Advierto que estoy ante Mia Clarke en su estado más puro. La Mia Clarke actriz. Nunca la he visto así, a pesar de que ya he rondado los sets de rodaje en otras ocasiones. Ahora veo a una mujer abducida por su personaje, que la necesita como un parásito necesita a su huésped. Yo sé bien lo que es eso. También he estado ahí (mi zona abarca un teclado y un bloc de notas), y una parte de mí mismo permanecerá para siempre atrapada en ese mundo. Resulta reconfortante estar ahí. En muchos aspectos, es el mejor lugar donde uno puede estar. Patricia se equivocaba. Escribir no es un oficio romántico, es un estilo de vida. Personalmente he encajado los golpes que me ha asestado la vida, y lo he hecho gracias a la perspectiva y la calma que me proporciona la zona. De Mia no solo se cuentan chistes sobre el tiempo que pasa en maquillaje. También se dice que la vida le ha maltratado. Desde luego, los rumores están ahí, siempre flotando en el aire. En ese sentido somos almas gemelas, aunque ella no lo sepa. Es posible que no conozca ni mi nombre. Sin embargo, allí está, con la cabeza bien alta, dominando la escena, haciéndola suya. ¿Cuántas personas son capaces de algo así? En mi opinión, solo aquellas que tienen una zona y han aprendido a disfrutar de ella.

Quincy grita «¡Corten!» y el director de fotografía vuelve a agitar el brazo, señal de que la escena ha terminado.

Mia levanta la vista hacia el público. Agradece los elogios de sus compañeros de escena y del equipo técnico llevándose la mano al pecho, aunque lo más seguro es que no vea nada por culpa de los cañones de luz que siguen apuntándola directamente. Continúa en la zona. Lucha por permanecer allí. Por un instante, sus ojos se cruzan con los míos. No me sale otra cosa que asentir, sin pretender enviarle ninguna señal que la devuelva a la realidad. «Quédate en tu zona», pienso. En la zona, ningún desgraciado reproduce el asesinato escrito por un humilde guionista, saboteando un trabajo de meses de dedicación.

Como si me entendiese, se queda anclada en mi mirada un segundo más de lo que podría considerarse normal. Un segundo en el que el mundo se detiene. Yo me acaricio con la mano el cuero cabelludo en un gesto nervioso. Después, Mia Clarke abandona el escenario y vuelve a perderse en las sombras que conducen a las caravanas.

Sonrío. Es una victoria modesta, pero cada cual se conforma con lo que puede.

Cinco días para la emisión del tercer episodio. Exterior. Atardecer.

Unas horas más tarde, a mi salida del hospital, me encuentro dando un rodeo hasta la playa, entreteniéndome con mis propios pensamientos. Es un hábito que adquirí para los días de tratamiento, una manera de cuidarme a mí mismo.

Un «Estás siendo muy valiente, Toni».

Alguien tiene que decirlo, ¿no?

A veces, incluso me siento en la arena y me dejo llevar hasta que se oculta el sol. California carece de croquetas, la Champions League o el Parque del Retiro, pero tiene unas puestas de sol que quitan el aliento.

Hoy no es uno de esos días. Hoy tengo la cabeza llena de pensamientos que me inquietan y dan vueltas en mi mente sin cesar.

«Rescindiríamos tu contrato de inmediato», ha dicho Evelyn.

Aunque la tarde es cálida, los ecos de su voz me erizan la piel.

De un tirón, me quito el apósito del brazo. Duele un segundo, casi tanto como hace un rato, cuando la enfermera me ha pinchado en la misma zona para colocarme la vía. Es mi nueva rutina, que me acompañará siempre.

«Vida normal».

Sus muertos vida normal.

Me limpio los cristales de las gafas, sacudo los restos de arena de mis manos y me levanto para volver a casa, donde Alfred debe de estar esperándome.

Doblando la calle, veo a lo lejos a un grupo de chavales echando un partidillo en la cancha de baloncesto que hay en la manzana de al lado de mi edificio. Suena rap a través de uno de esos equipos de estéreo portátiles. En esa cancha siempre flota el rap.

Es un escenario habitual a esas horas del día, así que no tendría por qué llamarme la atención.

Pero hoy lo hace, porque uno de esos chavales, la nota discordante, salta a la vista como una amapola en un campo de girasoles. Camina encorvado, con pasos cortos y apresurados y las muñecas torcidas hacia dentro. Abandona la verja y se adentra en la cancha («no, chico, pero ¿qué haces?»), entorpeciendo el lanzamiento de tres puntos del tipo más corpulento de todos y haciéndolo fallar estrepitosamente. Este se vuelve en el acto. Viste una camiseta de Kobe

Bryant (la versión blanca con el dorsal veinticuatro) que le queda grande. Sus hombros brillan por el sudor y está tan acalorado que parece que va a estallar. En el brazo de lanzamiento, del codo para abajo, luce un tatuaje de un vikingo (muy original) que se ondula con la curvatura del bíceps, y lleva el pelo recogido en finas trenzas al más puro estilo afroamericano, a pesar de ser blanco como sus antepasados, que un día llegaron en un barco de madera.

Tras ver cómo el balón rebota penosamente en el aro, mira al chico con los ojos inyectados en sangre y pompas de saliva entre los dientes.

Las pocas risas producidas tras el lanzamiento se desvanecen como el humo de un tubo de escape. En el silencio que sigue, casi se puede oír el rumor de la marea, a cuatro manzanas de distancia.

—¡A ver, tú, subnormal! —grita. Le da un empujón. El chico retrocede, pero logra mantener el equilibrio. El Kobe blanco le propina un segundo empujón, más fuerte que el primero, pero el chico tampoco cae.

Otros jugadores forman corro alrededor de él. Le zarandean, le tocan y le gritan. Se ríen de sus gestos, de sus balbuceos y de sus michelines por debajo de la camiseta. Él mira al suelo, asustado. Gime cuando le pellizcan la barriga. Quiere que paren.

—¿Qué te pasa, subnormal? —grita Kobe, agarrándolo fuertemente de la barbilla—. ¿Te crees que puedes jugar con nosotros, o es que te has perdido?

—Fijo que se ha meado encima —dice otro, seguido por una carcajada grupal.

—¡No jodas, qué asco! —Kobe retira la mano como si estuviera sosteniendo una víbora—. ¿Es verdad eso, subnormal? ¿Te has meado en los calzoncillos? ¿O es que te gusto? —Se levanta la camiseta, sus abdominales son como un anuncio de chocolate Valor. Da un paso adelante y palmea al chico en la entrepierna—. ¿Te has empalmado al verme? ¿Es eso? ¡Fijaos, chicos! ¡A este subnormal se la pongo dura!

El chico no contesta. Solo mira al suelo sin entender nada. Y llora. Lloro en silencio.

—¿Conoces a Derek Cross? —sigue el tipo, acercando tanto su cara a la del chico que le salpica con la saliva. Mis puños se cierran—. Pues yo soy su primo peligroso.

Podría decir que pienso que la cosa podría acabar mal para el chico y que por eso echo a correr hacia la cancha, pero estaría mintiendo. No pienso, solo me dejo llevar. Porque, si pensara, recordaría que tengo un sistema nervioso que no siempre me obedece y unos músculos que tienen vida propia. Por no hablar de la visión de mi mundo que, debido a la neuritis óptica, es mucho más pequeña y más oscura. Lo llaman «visión túnel».

No soy una persona violenta y tampoco generosa. No colaboro con ninguna ONG ni asociación benéfica. La cosa no va por ahí. La cosa va por un simple hecho que acciona una palanca en mi cerebro: si alguien se mete con un enfermo mental, le partiré la cara.

Así que, sin saber bien cómo, ya estoy allí. Irrumpo en la cancha y aparto a todos los chavales que pillo a base de empujones. Mientras lo hago, me acuerdo de una escena que escribí una vez. Mi protagonista recibía una buena paliza y acababa en el hospital con una ceja abierta por hacerse el héroe. Pero aquellos eran hombres, depredadores callejeros, y no adolescentes granudos, como es este caso. Me los quito de en medio como si fuesen molestas telas de araña.

Su líder, el Kobe blanco, es harina de otro costal. Debe de medir más de un metro noventa, pues me saca media cabeza y tiene esa clase de musculatura en la que se marca el sistema circulatorio.

Tampoco me detengo a pensar en eso. Entre las muchas características que he desarrollado en los últimos años, el miedo no es una de ellas. Cuando llevas decenas de visitas al hospital, cuando te inoculan una y otra vez una química preparada para frenar el desarrollo de tu

enfermedad, cuando te acostumbras a mirar directamente a los ojos del médico y comprendes que tu vida está en manos de lo que pone en los papeles que tiene sobre el escritorio de la consulta, entonces el miedo se vuelve tan cotidiano que simplemente desaparece.

En su lugar, ha surgido un desprecio creciente por aquellos que se creen invencibles. Payasos. Me gustaría mirarlos a todos a la cara y decirles que la vida es una lotería. Que nunca sabes si tú serás el siguiente.

Al igual que hice la primera vez que me sometí al Natalizumab, me dejo llevar. Agarro al líder del tirante de su camiseta y, sin darle tiempo a reaccionar, le hundo el puño en la mejilla.

Tiene un mentón duro. La mano me tiembla por el dolor, y solo pienso en la bronca de Peter el próximo miércoles.

Eso, si sobrevivo a este día.

Mi contrincante escupe un coágulo de sangre y se vuelve furioso. Antes de que se lance a por mí, le rodeo con los brazos y nos tiramos al suelo. Intenta revolversse, pero yo coloco mi antebrazo en su cuello y ejerzo presión hasta que sus gritos se convierten en gorgoteos.

Sé que, si sus lacayos participan, no tendré posibilidades, de la misma forma que sé que no lo harán. Son más jóvenes y yo tengo a la abeja reina. En mis tiempos del instituto, en Madrid, yo solía ser uno de ellos. Cuando eres un aspirante a chulo pero te quedas en perdedor, te conformas con reírle las gracias al líder y rezar para que no te caiga ninguna a ti. No te arriesgas a interceder en una disputa en la que no te juegas nada salvo la reputación.

Y esos muchachos no tienen reputación.

Ejerzo más fuerza con el brazo hasta que temo ir demasiado lejos.

—Es la última vez que pronuncias la palabra «subnormal». —digo. Aflojo el brazo—. Asiente si lo has entendido.

Me mira con los ojos desorbitados. Esto es nuevo para él. Lleva una mano a mi brazo tratando de liberarse. Yo aprieto más.

—¡No puedo respirar!

Las gafas se me caen y todo se vuelve borroso.

—Asiente —repito—. O no volverás a respirar nunca más.

Mi presa asiente con la cabeza. O eso creo, pues ahora solo veo una mancha oscura y poco nítida

—No volveré a meterme con alguien menor que yo —grito. Vuelvo a aflojar el brazo para que pueda respirar—. Repítelo.

—¡No volveré a hacerlo! ¡Lo juro! ¡Lo juro!

Antes de levantarme, le propino un rodillazo donde más duele. Se retuerce de dolor, gimoteando como una niña. No es por sadismo, sino para ganar tiempo. Me cuesta enfocar y el brazo me duele una barbaridad. Recojo mis gafas y me doy la vuelta. Tengo que salir de allí ahora que ese tipo aún cree que puedo acabar con él.

—Espero no volver a veros por aquí —los amenazo, poniendo mi voz más dura, mientras me alejo. «Sin pararte pero sin correr, que no piensen que te mueres por desaparecer».

El círculo se rompe a mi espalda y los chavales se alejan en estampida, dando por finalizada la pelea, el partido y la tarde. Al cabo de unos segundos, oigo una voz iracunda marcada por la vergüenza.

—¡Como te pille te mato, *hijoputa*!

«Seguro que sí», me digo sin atreverme a mirar atrás.

Estoy fuera de la verja que delimita la cancha cuando me acuerdo del chico. Miro a mi alrededor, y aunque vuelvo a llevar las gafas puestas, no lo veo por ninguna parte.

Espero que sea lo bastante listo como para no volver a esta zona de la ciudad.

Al llegar a casa, Alfred acude directo a olfatear mis nudillos. Están despellejados y me escuecen a rabiarse. Me lame los restos de sangre con su lengua húmeda y áspera. Voy a pasar otra noche mala, pero no me importa. Me siento bien por haber puesto en su sitio a ese malnacido.

Solo lamento que mi miopía y la maldita visión túnel me privara de disfrutar del todo de su cara de pánico.

Me acuesto temprano. Durante la cena, no he podido reprimir el impulso de poner las noticias por si habían atrapado al asesino de la chica. O por si había vuelto a matar.

Peor ni una cosa, ni la otra.

Me cuesta conciliar el sueño. Desde aquella vez que me quedé momentánea pero completamente ciego, no he vuelto a atreverme a dormir con las luces apagadas.

—¿Estás bien, Toni? —me preguntó alguien en la ambulancia—. Venga, ya queda poco. Hemos llegado al hospital.

Fue una noche, hace mucho tiempo, antes de saber que más de veinte lesiones poblaban mi cerebro.

«Una mala postura», me había dicho, esperando pacientemente a que la extraña sensación desapareciera y la sensibilidad se restaurara por sí sola para poder volver a dormirme.

Solo que, a diferencia de otras veces, la sensibilidad no regresó.

Yo no conseguía recordar qué tenía que hacer para caminar. La sensación había empezado esa tarde, con unos incómodos hormigueos que subían desde el pie derecho hasta la cintura. No le había dado importancia, ni siquiera se lo mencioné a Patricia para no asustarla. Además, esa noche me había acostado con fuertes migrañas y un dolor agudo en la parte superior de la cara. No le di mayor importancia, me tomé una aspirina y me quedé dormido. Una pesadilla me despertó a mitad de la noche. Supe que algo no iba bien cuando no encontré los dígitos de color verde brillante en el despertador.

Intenté levantarme de la cama y moverme para estimular la circulación, pero solo logré tropezar y caer al suelo. También estaba ciego. No es agradable despertar de repente y descubrir que no puedes caminar ni ver, te lo aseguro.

El pánico se apoderó de mí. Desde el suelo del dormitorio, oí con el corazón en un puño que Patricia se despertaba. Yo estaba aterrado por la incapacidad de entender o explicar lo que sucedía.

—¿Qué haces? ¿Qué pasa? —dijo Patricia con un sobresalto en su voz. Cuando encendió la lámpara del dormitorio, yo seguía viendo una única mancha negra.

—¡No veo nada! —grité—. ¡Y no siento la pierna! ¡No la siento, cariño!

Me bajaron de la ambulancia en una camilla. Fue la primera vez que monté en una, y la única que lo hice estando plenamente consciente.

Oía la voz asustada de Patricia a mi alrededor, pero no podía verla. Recuerdo que me aterrorizó pensar que jamás volvería a ver su hermosa cara.

En el hospital, me subieron a una mesa. Me tomaron el pulso y me sometieron a una batería de pruebas diagnósticas. Me introdujeron en diversas máquinas que Patricia más tarde describió como «de aspecto futurista». También le llamaron la atención los rostros de los médicos. Dijo que se iban ensombreciendo a mi alrededor con el paso de las horas. Yo no entendía nada. Uno solo sabe lo que es el miedo cuando pasa por algo así.

Recuperé la sensibilidad en la pierna esa misma noche. La vista no volvió hasta pasados ocho

días.

Mi vida no, esa no llegué a recuperarla nunca.

Más adelante, alguien me explicaría que había sufrido mi primer brote significativo. Vendrían más, como los calambres en el cuello y los hormigueos en las puntas de los dedos.

Aquella noche fue solo el comienzo de todo lo demás.

Desde entonces, siempre dejo una rendija de la ventana abierta y las cortinas semicorridas. Las voces de la noche se cuelan en mi dormitorio, Los Ángeles nunca descansa, y me pregunto si despertaré con el grito desgarrador de alguna otra mujer o el aullido de las sirenas.

Egoístamente, no puedo dejar de pensar en que mi carrera pende de un hilo. Estoy aquí, a miles de kilómetros de mi casa, solo y enfermo. ¿Qué voy a hacer si me despiden? ¿Qué sería de mí?

Son pensamientos basados en el miedo, claro. Al final caigo rendido. Dormiré siete horas del tirón y acudiré a la oficina, donde nadie hablará por lo bajo de un nuevo caso del asesino de novias y donde no tendré que enfrentarme a las amenazas de Evelyn y su perro de presa, Kip Dolan.

La vida volverá a ser normal y hasta llegaré a olvidarme de que una mujer de nueve dedos murió en ese callejón.

Al menos, durante tres tranquilos días.

La calma que precederá a la tempestad.

Dos días después

Tres días para la emisión del tercer episodio. Apartamento de Barbara Cole. Atardecer.

El sol de verano aún cuelga alto sobre el perfil metropolitano, pero en el apartamento de Barbara Cole las sombras ya empiezan a alargarse. Ella, con su cabello brillando como fuego bajo la última luz del día, se siente por un instante parte de una película clásica: hermosa, radiante y despreocupada. Aunque está ese leve presentimiento que no consigue descifrar.

Recorre la cocina, preparando la mesa para dos. Hoy se cumple un mes desde que dijo «sí, quiero» y todavía siente el cosquilleo nervioso del gran momento. En su dedo anular, una sencilla alianza de oro capta la luz del atardecer, un círculo perfecto que resplandece promesas y pasión. Mark, que otra vez se ha quedado trabajando hasta tarde, le ha prometido una cena romántica en casa. A Barbara le decepciona un poco no salir, aunque la idea de una velada tranquila en su nuevo hogar la reconforta.

Una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro cuando coloca la aguja sobre el tocadiscos y en el apartamento empieza a sonar *Smooth Operator*, de Sade. Para Barbara no hay canción más sensual.

Sin embargo, no todo es de color de rosas. Su corazón no deja de recordar la noticia de la semana, esa joven asesinada en circunstancias horribles. Se llamaba Lucy O'Brien. Barbara ha seguido su historia con un nudo en el estómago, especialmente después de saber que estaba recién casada. Se sentía incapaz de apartar la vista de las fotos de la mujer sonriente que ahora solo es un recuerdo.

«No debería afectarme tanto», se dice a sí misma, intentando disipar el miedo que la envuelve cada vez que piensa en ello.

Con la cena servida, las copas llenas de vino y las velas encendidas, Barbara se asoma al balcón para respirar el aire caliente de la ciudad mientras espera a Mark. El bullicio de Los Ángeles se eleva hasta ella, un murmullo constante de vida y movimiento. Un escalofrío inesperado recorre su espalda cuando, coincidiendo con el final de la canción, nota un breve silencio, como si la ciudad entera contuviera la respiración. Decidida a no dejar que un momento de paranoia arruine su noche, se gira hacia el interior.

Mientras regresa a la cocina, la puerta del apartamento se abre con un susurro.

Un viento suave barre el espacio, apagando las velas.

—¿Mark? —llama, con una mezcla de esperanza y nerviosismo.

Ahora son las luces las que se apagan con un ruido mecánico seco, *¡tac!*, dejando el apartamento sumido en la penumbra del ocaso.

Barbara deja escapar un gemido agudo.

—¿Cariño?

El silencio que sigue es perturbador. El corazón le late más rápido mientras enciende de nuevo las velas, la luz trémula reflejando el propio temblor de sus manos.

De repente, deja caer el encendedor, que rebota contra la tarima. Una figura se ha materializado en el umbral del salón. No es Mark. El visitante, una sombra incierta, se acerca sin decir palabra. Ella retrocede instintivamente, golpeándose en la cadera con la esquina de la mesa.

—¿Quién... quién eres? —balbucea, su voz casi un susurro.

La visita no responde. Barbara solo atisba dos ojos desconocidos tras un pasamontañas negro. En ellos se aprecia un brillo frío y calculador. Barbara intenta correr, pero la sombra es rápida, sorprendentemente rápida. Antes de que pueda encerrarse en el dormitorio, la atrapa por el brazo, fuerte como el hierro. En un instante, ella vuelve a pensar en Lucy O'Brien, momento en que es consciente de cuál será su amargo destino. El pensamiento hace que luche y patatee con desesperación, pero el agarre solo se intensifica.

Ella se retuerce como una serpiente y clava el tacón de su zapato en el empeine de su agresor. Se oye un grito de dolor y queda libre. El alivio dura poco. Con un movimiento ágil, el agresor se recompone y la empuja contra la pared. Ella siente el frío del metal justo antes de ver el brillo de una pequeña hoja. Grita, un sonido ahogado por el miedo, pero no hay nadie para oírla. El visitante le agarra de la muñeca y lleva su mano contra la pared, donde ejerce más presión. Con la precisión de un cirujano, como quien va a colgar un cuadro, incrusta el machete en la pared, seccionando el dedo anular de Barbara. El shock es inmenso, abrumador; poco a poco, la oscuridad empieza a cerrarse en torno a su visión.

—Por favor —alcanza a susurrar, las palabras mezclándose con lágrimas y sangre.

El otro, sin embargo, no muestra compasión. Cuando atraviesa el abdomen de Barbara con el filo, ella casi pierde el sentido. El agresor recoge la alianza caída y, con un gesto casi ceremonial, deja caer una liga de novia blanca junto a ella, el encaje manchándose lentamente de rojo.

Cuando abre los ojos de nuevo, Barbara yace en el suelo del salón. Tiene mucho frío, tanto que apenas siente su cuerpo. Solo vislumbra a la figura alejarse, desapareciendo tan silenciosamente como apareció, dejándola desvanecida y sola mientras su vida se desangra en el suelo frío de su perfecto hogar.

Los últimos pensamientos de Barbara son para Mark, para los sueños que nunca se cumplirán y para un amor que se ha extinguido demasiado pronto. La ciudad de Los Ángeles, juez neutral ante un nuevo crimen, continúa su danza eterna bajo el cielo estrellado.

Dos días para la emisión del tercer episodio. Apartamento de Toni. Día.

Todo lo sucedido desde el hallazgo del cadáver de Lucy O'Brien se me revela como una pesadilla. La amenaza de despido de la productora, el altercado con los pandilleros en la cancha de baloncesto... Todo podría ser un mal sueño si no fuera por el dolor que me punza las manos y las heridas en los nudillos que insisten en recordarme la cruda realidad.

También los informativos, que abren hoy con la noticia de un segundo asesinato, obra del llamado *Asesino de novias*, un apodo macabro que se me ocurrió en un momento de cinismo. La mera idea revuelve mi estómago.

Me tortura pensar que mi creatividad, una vez fuente de orgullo, ahora es el vínculo con estas tragedias. Cada episodio que escribí, cada línea de diálogo, resuena en mi mente como un eco siniestro de lo que ha ocurrido. ¿Es posible que mis palabras hayan dado forma a un monstruo real? La idea es absurda, y sin embargo ahí está, acosándome con la persistencia de un fantasma mientras mastico la tostada con aceite de oliva y jamón, ambos productos de importación, de mi desayuno.

Al llegar a los estudios, veo un coche de policía y unidades móviles de la televisión a las puertas del edificio de oficinas. Una reportera me ha visto apearme del coche en el aparcamiento y me grita una pregunta mientras me abro camino, pero el rumor provocado por el resto de voces se lleva sus palabras.

Una vez en mi planta, varios compañeros me llaman cuando cruzo la oficina, pero tengo demasiada prisa para hacerles caso. Y muy pocas ganas, para ser sincero. Echaría a correr, pero soy el guionista de la serie, y el guionista debe conservar la dignidad. Además, no me conviene llamar demasiado la atención. No más de lo que lo estoy haciendo.

Me refugio en el baño, cierro con pestillo, abro el grifo y, con un sorbo de agua en el cuenco de las manos, ingiero una aspirina para el dolor de cabeza. Al salir, una náusea súbita me golpea sin aviso. No llego a volver al baño y termino vomitando en la papelera más cercana.

Consigo rehacerme y me limpio el mentón con la mano. Con paso incierto, esquivo el rebaño de pufs decorativos que invitan a permanecer en pie y me acerco al despacho de Hada, que tiene la puerta abierta. Este es un anexo del de Evelyn, mucho más reducido pero también más colorido y personal. Las vistas son las mismas, pero desde aquí se me antojan, por alguna razón,

más cálidas. Algo que agradezco en una mañana turbulenta como la de hoy.

—Siento que hayas tenido que ver eso —me disculpo, secándome el sudor frío de la frente.

Hada, con los dedos rozando el teclado del Mac —mecanografía con la delicadeza de una pianista de la sinfónica—, me ofrece una risa cómplice. Una taza humeante emana un fuerte olor a jengibre desde la esquina del escritorio. Hada es adicta a ese brebaje al que llama té.

—No te preocupes. Eres el tercero al que veo vomitar en la papelera hoy, y aún no son ni las nueve —dice con un tono que roza la complicidad.

Se levanta y me ofrece una caja de pañuelos. Tomo uno y me dejo caer en la silla auxiliar, agradecido por el gesto.

—Yo que tú no me pondría demasiado cómodo —advierde, arrugando el gesto de una forma que, por algún motivo, me hace sentir desgraciado.

—Más malas noticias no, por favor —suplico.

Pero ya se sabe lo que se dice de los problemas: nunca vienen solos.

—Evelyn acaba de encerrarse en su despacho con la flor y nata.

—¿La flor y nata?

—Los peces gordos: la junta, los de marketing, el director... solo falta el guionista principal.

—Si sus ojos pudieran hablar, me dirían «lo siento»—. Te espera dentro.

Dos días para la emisión del tercer episodio. Oficinas de la productora. Día.

La sala está atestada cuando entro en ella. Demasiada gente, pienso. También pienso que, si Evelyn y yo pudiéramos tratar el asunto a solas, nos entenderíamos mejor.

No me lo creo ni yo.

Recorro la sala con los ojos en busca de rostros amigos. Encuentro pocos, por no decir ninguno. A un lado de Evelyn, Kip se muestra erguido. Tiene una expresión huraña en el rostro. Al otro lado, Quincy «El Gran Hombre» Jones, el director de la serie, está desplomado en su silla, imperturbable. En torno a la mesa, un ejército de ejecutivos y gente exitosa que no conozco. Todos con ademán hostil. El equipo de dirección, deduzco. Tengo la repentina impresión de que estoy fuera de lugar aquí, en esta sala, con estos fulanos. Recuerdo lo que una vez me dijo Hada, a los pocos días de ingresar en la productora. «Aquí todos son vagos o aduladores», me advirtió. Al mirar a los hombres sentados en torno a la mesa, me pregunto cuáles serán los vagos y cuáles los aduladores, y creo conocer la respuesta.

Vuelvo a centrarme en Evelyn. Va vestida con un traje de dos piezas de color rojo que, en esa sala tan blanca nuclear, me obliga a pensar en una salpicadura de sangre. En sus labios, también pintados del mismo color intenso, aflora un principio de sonrisa que puede significar cualquier cosa. Entre las cuidadas manos de la productora hay un folio impreso y un cuaderno de anillas, ambos perfectamente alineados sobre la mesa.

Hoy el televisor está apagado y pegado a la pared.

Tomo asiento en una de las pocas sillas libres que encuentro. Recibo miradas de reojo cuando hago chirriar las patas contra el suelo al arrimarme a la mesa.

De pronto, Evelyn Crowe toma el folio impreso y comienza a leer en voz alta lo que viene escrito en él. Enseguida me doy cuenta de que se trata de un artículo de prensa.

—*Barbara Cole, de 33 años, ha sido encontrada muerta en su propio piso. Fue Mark Jackson, su marido, quien tristemente la encontró en tal estado a su llegada a casa del trabajo.* —En su boca, ese «tristemente» ha sonado de todo menos triste. Su tono es solemne, como el que emplearía en la ceremonia de los Oscar—. *El equipo de intervención encontró a la víctima en pésimas condiciones. Especial interés suscitan los siguientes hechos: Barbara yacía boca arriba, en una posición grotesca, en el suelo de su salón. Estaba desnuda y presentaba un*

agujero en el vientre. Desnuda, salvo por una prenda: una liga de novia en torno a uno de los muslos.

Siento que se me revuelve el estómago, y sé que, si no me hubiera desahogado en la papelera de Hada hace dos minutos, ahora estaría liando una buena delante de los jefazos.

—*Además* —prosigue Evelyn, cruzando las piernas. Podría decir que me ponen las mujeres con traje de ejecutivo, pero no sería más que un cliché. Lo que está claro, aunque odie admitirlo porque se trata de mi insensible jefa, que además tiene edad para ser mi madre, es que Evelyn Crowe está estupenda con ese traje—, *la joven tenía el dedo anular derecho cercenado a la altura de la tercera falange. Ni la extremidad ni la alianza han podido recuperarse en el lugar del crimen.* —Cuando termina de leer, mira al frente, recorriendo algunos pares de ojos, y dice en voz alta lo que todos estamos pensando—: Igualito que en nuestro segundo episodio.

Muchos de los presentes se mueven inquietos en sus asientos, algunos evitando el contacto visual.

—Igualito, salvo por una cosa —interviene Quincy Jones, que no puede estar más tirado en su silla—. Las dos víctimas hasta la fecha son pelirrojas, mientras que en la serie, no.

Los músculos se me tensan.

—Podría ser un minúsculo dato sin importancia —responde Evelyn.

—O podría no serlo —replica Jones.

—¿Creéis que la prensa se hará eco? —pregunto. Todos los ojos se clavan en mí de repente, y yo no puedo evitar encogerme en la silla.

Veo que Evelyn tiene que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. De un plumazo, comprendo que esto va a convertirse en una de las mayores noticias del año. La masa presionará y los medios de comunicación se abalanzarán como buitres sobre la carroña.

Ella se vuelve hacia mí con expresión de desdén.

—Sí, Toni, por supuesto que se hará eco. Ya se ha hecho eco. ¿Es que no has visto las noticias?

Las he visto, claro, de lo contrario no habría llegado a la oficina con el estómago convertido en una batidora, pero tengo la esperanza de que esta no sea más que otra noticia pasajera de la que todos se olvidarán pasados los pocos días, y así se lo transmito.

—Eres un ingenuo —me replica—. Esto va camino de convertirse en el caso del mes en todo el país y parte del extranjero. Harán tertulias sobre el asesino de novias en todos los canales de televisión, y no descarto la emisión de algún documental. ¡Eh, Walter! —grita a un hombre de gran bigote que se mantiene callado y muy tieso al fondo de la mesa—. Podríamos sacar nosotros ese documental, ¿qué me dices? —Walter Bean, el director de documentales de la productora, hace un gesto ambiguo y se retuerce la punta del bigote—. Piénsalo, ¿vale, cielo? —insiste Evelyn antes de lanzar una de sus carcajadas características. ¿De verdad acaba de llamarle cielo? Me provoca un escalofrío que se acrecenta cuando la jefa vuelve a centrar su atención en mí—. Resumiendo: sí, Toni, mi querido e inocente guionista, esto va a causar sensación.

Entiendo que la reunión va por un camino distinto al que yo había imaginado, y entonces, por primera vez, pienso en el tercer episodio de la temporada, que será el próximo en emitirse. Si nada lo impide, será dentro de dos días. Me entran ganas de vomitar otra vez.

—No podemos seguir con la serie —proclamo. Las palabras me saben a bilis en la boca, pero me obligo a pronunciarlas—. Cancelemos la emisión del tercer episodio hasta que la policía atrape al asesino.

Advierto que Evelyn sonríe con tranquilidad mientras deja el folio impreso donde estaba y pasa a abrir el cuaderno de anillas por la primera hoja. Incluso desde mi lejana posición puedo

ver los gráficos y los números en negrita.

—Mírame —me desafía, y como yo no levanto la mirada de la mesa, insiste—. Toni, mírame.

Lo hago.

—A ver, ¿tengo cara de que me importen tus jodidas opiniones?

Se oye un rumor de risas socarronas en torno a mí, así que guardo silencio. Me noto la cara ardiendo del bochorno y la rabia.

—Ahora hablemos de cifras, que para eso nos pagan —bromea ella, y más de uno ríe, esta vez por compromiso—. Estos son los números de los dos primeros episodios. —Me lanza el cuaderno, que se desliza por la pulida tabla hasta llegar a mí—. Como ves, no fueron lo que esperábamos. El primer episodio tuvo 1.2 millones de espectadores y el segundo apenas alcanzó el millón.

Efectivamente, es lo que refleja la hoja del cuaderno. Alzo la vista hacia Evelyn.

—Pensé que más de un millón de espectadores estaba más que bien para un episodio piloto —digo, y en el acto me arrepiento. Yo y esa manía que tengo de hablar más de la cuenta.

—Gracias por el análisis. ¿Sabes qué nos iría más que bien, Toni?

—No, Evelyn —contesto, y me preparo para un nuevo comentario mordaz.

—Lo que nos iría más que bien, superbién, sería que te pusieras a escribir desde ya la segunda temporada y dejases las opiniones y las audiencias para los mayores.

Nuevas risas en torno a la mesa.

El comentario ha sido más mordaz de lo que esperaba, y noto que el rostro me va a estallar.

—No, señores —ahora se dirige a todos—. Para una serie de estreno con un presupuesto de marketing como *El asesino de novias*, estos no son números que nos hagan sentir cómodos. Estamos aquí para producir éxitos como churros, y esos números nos dicen que algo no está resonando. Al menos, es lo que nos decían hasta que ese fan bruto se puso a matar a diestro y siniestro. —Vuelve a dirigirse a mí—. Toni, pasa de hoja y lee en voz alta los números grandotes —me pide, burlona. No me mira al hablar, sino que mantiene la vista fija en un punto aislado de la mesa.

Hago lo que quiere.

—Los datos de ayer fueron los siguientes: 2.8 millones de espectadores en el primer capítulo y 2.5 millones en el segundo —leo.

Un murmullo de alivio recorre la sala.

Kip deja escapar un gemido de satisfacción, de verdadera satisfacción. «Tranquilo, sabueso, todos sabemos que tú elaboraste estos informes para la jefa», pienso. Caramba, se lo ve tan aliviado que casi dan ganas de ofrecerle un cigarrillo.

—Con sumo agrado —repite ella en tono burlón—, me alegra ver que lo has pillado. Si aún no te ha quedado claro, Toni, puedo traer una pizarra o pedir a Kip que te haga una presentación en PowerPoint.

—¿Lo haría con varios colores? —pregunto—. Me encantan los colorines.

Evelyn hace una mueca. Oigo como Kip se atraganta. Se hace el silencio.

En ese momento, Quincy Jones estalla en carcajadas. Tres hombres encorbatados ríen también. Las risas rápidamente se generalizan, y al final, hasta Evelyn se echa a reír.

Mientras tanto, Kip Dolan no aparta los ojos de mí en todo momento. Apuesto a que tiene los puños cerrados por debajo de la mesa.

—Estos son los números de ayer, después del segundo asesinato —retoma Evelyn con una sonrisa casi insolente. Habla con voz tranquila y sus ojos grises brillan triunfales—. Eso es más

del doble de nuestra audiencia inicial. Este es el tipo de drama que atrapa a los espectadores, señores, el que los trae de vuelta. Y, según me comentan, esta mañana los espectadores siguen creciendo. Necesitamos mantener este impulso. Los números demuestran que la gente se muere por ver la serie en la que se basa el asesino para perpetrar sus crímenes. ¡Caballeros, nos ha tocado la lotería!

El murmullo crece. Alguno, hasta aplaude como un borrego.

—¿Lotería? —interrumpo el éxtasis colectivo. Siento varias miradas sobre mí—. ¡Está muriendo gente con esto!

—Y yo estoy conteniendo las lágrimas, ¿es que no lo ves? —repone ella, llevándose una mano al pecho con una mueca teatral. Su ironía me enerva.

—Estamos cometiendo un error, Evelyn —insisto, con un tono más elevado—. Nos estamos manchando las manos de sangre por un poco más de audiencia. —Y en voz baja, solo para mí—: Es repugnante...

Evelyn me mira de nuevo y resopla, dejando claro que estoy acabando con su paciencia.

—Hablas como si el asesino estuviese en esta sala, entre nosotros. No somos culpables de nada, Toni. Tú tampoco, si es lo que te preocupa. Solo escribiste un buen guion y un fanático loco, que se cree el mismísimo Derek Cross, se ha puesto a matar mujeres casadas. ¿Eso nos convierte en asesinos? —No me deja responder—. No, Toni, no lo somos. ¿Acaso es culpable el creador de un videojuego violento de las reacciones exageradas de aquellos que lo juegan?

Me doy cuenta de que es la segunda vez que repite lo del fanático. Parpadeo.

—Ya que lo mencionas, hubo en España un caso muy sonado de un videojuego en el que el protagonista era un joven armado con una katana samurái —explico—. Muchos chicos, desde distintos puntos del país y que nada tenían que ver unos con otros, empezaron a asesinar a sus padres y hermanos en un caso criminal sin precedentes. La policía detuvo a algunos de esos chicos, pero no pudo capturar a todos. Al final, tuvieron que eliminar el juego del mercado.

La historia no es cierta, me la acabo de inventar, pero podría serlo, y a veces con eso basta.

—No cancelaremos la serie salvo que las autoridades nos obliguen. El asunto está cerrado —zanja ella, autoritaria. Me fijo que, en torno a la mesa, unos cuantos hombres trajeados asienten con la cabeza, y de pronto comprendo que son el resto de abogados de la productora; el equipo de Kip Dolan al completo. Evelyn se ha preocupado de estar muy bien rodeada—. Dejemos que la policía haga su trabajo y nosotros centrémonos en el nuestro. Ya estamos viendo un aumento en las discusiones en línea y en las suscripciones a nuestras redes sociales. La serie está en boca de todos, debemos aprovechar el momento.

Solo le falta relamerse.

—Las autoridades cancelarán la serie, Evelyn —insisto—. Es cuestión de tiempo.

—Que lo intenten —repone arrogante, casi insolente, y abre los brazos como si quisiera abarcar la sala—. Para eso tengo a todos estos hombres tan apuestos que hoy nos acompañan.

Muchos de esos hombres apuestos sonríen orgullosos. Alguno hasta se ruboriza. Es patético.

—¿Cómo planeamos capitalizar este aumento súbito? —pregunta Kip, haciendo gala de su don innato para lamer traseros, aunque todos los presentes sabemos que la facturación y la publicidad no son su competencia—. ¿Algún cambio en la estrategia de promoción?

—Me alegro de que saques el tema, Kip. Esta mañana he recibido algunas llamadas de compañías que se mueren por patrocinarnos. Ya hablaremos de esto en el foro adecuado, pero vamos a tener que estudiar la manera de incluir a Starbucks, Apple y Adidas en los próximos capítulos. —Mira a Quincy, que escucha impertérrito—. Si hay que regrabar alguna escena, lo haremos. También sugiero una colaboración con *influencers* que puedan hablar sobre los

episodios y generar así más expectación.

—Excelente idea. Coordinémonos con marketing y pongámoslo en marcha inmediatamente —aplaude Kip.

Evelyn sonríe mientras los ejecutivos comienzan a hablar entre ellos con renovado entusiasmo.

Miro a mi alrededor sin dar crédito. Donde todos ven el símbolo del dólar, yo solo veo sangre. Es por eso que mis labios vuelven a tomar la iniciativa.

—Si vamos a regrabar escenas, propongo volver a montar el tercer episodio.

—¿Pero es que usted nuca cierra el pico? —Kip ajusta el nudo de su corbata mientras me atraviesa con su mirada aguileña—. El tercer episodio se emite en pocos días.

—Precisamente por eso. —Me dan ganas de acabar la frase con un «idiota», pero logro contenerme—. Ese tipo está esperando a que se emita el capítulo para replicar el tercer crimen, y todos sabéis lo terrible que es. Mucho más grotesco y sangriento que los dos anteriores.

—¿Ese es el del velo de novia? —pregunta uno.

—Uff, sí, ya me acuerdo —comenta otro—. No apto para estómagos sensibles.

Evelyn solo sonríe, seguramente pensando en nuevas cifras de audiencia. Consciente de que, si en esta sala se está hablando de lo terrible que es el próximo capítulo, ahí afuera los espectadores tienen que estar convirtiendo el asunto en algo viral. Agito la cabeza como si lo viera: hashtag VOLVERÁAMATAR, o algún tipo de ocurrencia insensible que un perdedor con los dedos manchados de Doritos se ha inventado de repente, convirtiendo su día en glorioso.

Kip sigue mirándome como si fuera el hilo suelto de una camisa: se muere por eliminarme. En cuanto a Quincy Jones, me fijo en que cada vez tiene el rictus más ceñudo. Resulta difícil discernir si lo que hay tras su espesa barba es una sonrisa o una mueca grotesca.

—No hay tiempo para modificaciones —zanja Evelyn, aunque todos sabemos que sí lo hay—. El episodio se emitirá tal y como está, y esperamos cosechar grandes cotas de audiencia. En cuanto a lo otro, repito, no es asunto nuestro. Que sean las autoridades quienes atrapen al asesino. Y no quiero hablar más del tema.

Voy a protestar, pero hay algo en los ojos de Evelyn Crowe que me convence de lo contrario.

—Gracias a todos por vuestro trabajo duro y dedicación. Vamos a convertir esto en nuestro mayor éxito. Ahora, si nos disculpáis, me gustaría quedarme a solas con Kip y el equipo de abogados.

Es una manera elegante de deshacerse de la escoria. Soy el primero en levantarme, y lo hago arrastrando la silla a propósito para dejar claro mi descontento.

Mientras la puerta se cierra a mis espaldas, oigo a Evelyn decir con voz burlona: *¡está muriendo gente!*, y estallar en carcajadas.

—¿Dónde está Hada? —pregunto a la mujer que se sienta en el puesto justo enfrente de su despacho.

—Creo que en los estudios. Le ha surgido un recado.

Me llevo la mano al rostro. Otra vez ese sitio...

Le doy las gracias y me encamino hacia allí. La reunión con la directiva me ha dejado aún peor cuerpo que con el que había llegado, pero también me ha dado una idea. Evelyn ha dicho: «Solo escribiste un buen guion y un fanático loco, que se cree el mismísimo Derek Cross, se ha puesto a matar mujeres casadas». Ha repetido el término «fanático» en varias ocasiones.

Puede que mi voto no valga nada entre todos esos hombres trajeados y la arpía de Evelyn

Crowe, pero no pienso quedarme de brazos cruzados mientras espero a que una tercera mujer muera de una forma terrible.

Nada más acceder al estudio de grabación, cruzando la calle, Ethan Pierce y sus fieles acólitos me dan alcance. Dios, el día mejora por momentos.

—Eres el guionista, ¿no? El español.

Paso rozándolo. Él me sigue.

—Tengo que felicitarte —insiste Pierce, y yo me detengo intrigado por el motivo de su felicitación. Al fijarme en su rostro, entiendo por qué Hada lo llama Ethan Caracaballo, y hasta relincha por lo bajo cuando lo ve llegar. Ethan Pierce es un «guapo estándar»: cabello oscuro y ondulado, cara de cantante de banda juvenil frustrado, complexión fuerte y siempre vestido en plan moderno pero casual, un poco a lo Jerry Maguire. Pero mirándolo más de cerca queda claro que no es nada del otro mundo, aunque, tal como dijo Hada una vez, «es guapo cuando lo ves tras el filtro de la cámara, lo que llaman *la magia de la televisión*». Ethan lleva en el lóbulo de la oreja un aro dorado que le queda ridículo—. Gracias a ese friki, nuestros asesinatos por pantalla lo están petando. A la gente le está encantando la serie desde que tiene su réplica en la vida real. ¿Alguna vez ha ocurrido algo parecido?

Retomo el paso. El olor de su colonia me llega como un tufo pastoso y dulzón. Es el aroma de la vanidad.

—Me temo que no estoy de acuerdo —respondo después de sortear un canuto de gruesos cables—. Los espectadores tienen un mínimo de ética, a diferencia de algunos actores que conozco.

La sonrisa se le ha agriado como la leche en mal estado, aunque tiene la decencia de sonrojarse.

—¿Te crees mejor que yo, Galán? —Su voz es ahora un trueno grave y vibrante. Tiene el rostro congestionado de rabia.

Estoy a punto de soltar otra agudeza, pero me trago las palabras. No es el momento de enfrentarme a una de las estrellas del espectáculo. Demasiados enemigos me he ganado ya.

Él se detiene, y mientras yo me alejo, grita:

—¡Eres igual que todos nosotros, tío! Por muy digno que pienses que eres, todo esto te está viniendo de perlas para hacerte un nombre. Pero la triste realidad es que, si en el futuro acabas recibiendo algún premio, en el fondo sabrás que todo es gracias al asesino de novias. ¡Tus éxitos, como los de todos nosotros, siempre estarán manchados de sangre, Galán!

Me doy cuenta de que tiene razón. Lo quiera o no, estoy sacando provecho de unos asesinatos. No me he sentido tan como un político en toda mi vida.

Enfadado por ello, levanto el brazo y le dedico mi dedo corazón sin volver la mirada siquiera, con la esperanza de que el gesto ponga punto final a la conversación. Los duelos verbales me colman la paciencia.

Él no responde a la ofensa, y la parte de mí que no puede resistirse a un poco de melodrama se siente algo decepcionada.

Por otra parte, ahí ha estado otra vez, esta vez en boca del actor. Pierce se ha referido al asesino como «fiki». Y, como decía, antes Evelyn ha repetido la palabra «fanático» en reiteradas ocasiones. A nadie le ha llamado la atención. En cierto modo, es normal. Si pensamos en ello, la primera conclusión nos lleva a que el asesino ha tenido que ver la serie antes de perpetrar los crímenes. Es de lógica, ¿no? Tal vez no sea un fanático, ni un friki, pero, desde luego, sí que hablamos de un espectador. Uno de los más de dos millones de espectadores que relucen en el cuaderno de anillas de Evelyn Crowe.

Sin embargo, hay otra posibilidad en la que nadie ha reparado. Es remota, pero plausible. ¿Y si el asesino de novias no es un espectador? ¿Y si ni siquiera necesitó ver los capítulos para reproducir los asesinatos? En ese hipotético caso, solo alguien con una característica muy concreta podría haberlo logrado.

Alguien que conociera el guion.

Entonces, es muy probable que el asesino esté ahora entre las mismas cuatro paredes que yo. Y solo confío en una persona para que me ayude a dar con él.

La identifico fuera, en el *parking*, saliendo de la caravana de cierto actor secundario. Porta su tablet, que la acompaña a todas partes. Ella sonríe al verme, los rayos de sol incidiendo directamente en sus ojos hasta ofenderla, aunque puedo percibir su confusión cuando me detengo frente a ella.

—¿Ya estás mejor del estómago, blandengue? No tienes buena cara.

—Acabo de intercambiar unas palabras con Cross.

—¿La superestrella? —pregunta con sarcasmo desmedido. De inmediato, se pone a relinchar como un caballo y estalla en carcajadas, pero esta vez yo no la acompaño.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me increpa.

—Hada, necesito tu ayuda.

Dos días para la emisión del tercer episodio. Apartamento de Toni. Atardecer.

Cae la tarde. Estoy en casa, repasando una y otra vez los episodios de la primera temporada, tanto los emitidos como los ya grabados, por si encuentro algo que se me esté escapando y que pueda darme alguna pista, cuando Hada llama a la puerta. Me sonrío cuando abro. Una sonrisa sincera es algo que se agradece en un día así. Alfred se restriega en sus rodillas y ella le acaricia la cabeza. Me fijo en que sostiene un folio entre sus manos.

—¿Has encontrado algo? —pregunto cuando la dejo pasar.

—He conseguido cierta información que podría resultar interesante.

Hada accede al salón, y de repente todo se acelera. Es lo que ella provoca. Tiene una pasión y una energía que la convierten en una entidad viva y dinámica imposible de ignorar.

—Por fin algo de luz. ¿De qué se trata?

—Dos actores que salieron mal de la productora. Uno de ellos, Tom Sanders, fue despedido hace unos dos años. Tú aún no estabas aquí, pero se formó un gran revuelo porque tenía un papel importante en una serie del género *western*.

—¿Qué serie? —pregunto por curiosidad.

—No la conoces, no llegó a emitirse. El escándalo fue tan sonado que acabó echándola por tierra.

—¿Y sabes qué fue de él?

Hada asiente.

—Está muerto.

—Vaya. —Siento que el globo de mi estado de ánimo vuelve a desinflarse—. Eso no aporta nada de luz.

—Es que hay más.

—¿Más?

—Las circunstancias que rodean su muerte son... —se muerde el labio inferior— confusas.

Ladeo la cabeza.

—¿Confusas?

—Según parece, Tom Sanders se suicidó hace ocho meses.

—¿Cómo?

—Esa es la parte confusa del asunto. Él y su esposa estaban pasando el fin de semana en su casa de Santa Bárbara. Una tarde cogió su coche y se tiró por un acantilado, o algo así.

Noto que empiezo a espabilarme.

—¿Qué? Me tomas el pelo.

—No. Todavía no he conseguido reunir todos los detalles. El Los Angeles Daily News solo sacó una nota breve al respecto. —Hada esboza una sonrisa y me tiende la fotocopia de un recorte de periódico atrasado—. Lee esto.

El titular reza: TRAGEDIA MORTAL.

«Menuda economía de palabras», pienso. Sigo leyendo.

El actor Tom Sanders murió la pasada madrugada al sufrir un grave accidente cuando su vehículo descapotable se salió de la carretera y cayó contra las rocas del acantilado de More Mesa. El cuerpo de Sanders, conocido por sus papeles en varias películas de acción de bajo presupuesto, aún no ha sido encontrado.

Según fuentes de la policía local, el accidente ocurrió aproximadamente a las 7:45 p.m., cuando el coche de Sanders se salió de la carretera en una curva cerrada. Todo apunta a que Sanders se quitó la vida.

La jefa de policía de Santa Bárbara, Elena Rodríguez, indicó que «las condiciones meteorológicas eran favorables y no parece haber factores externos que hayan contribuido al accidente. Estamos investigando las causas del siniestro, pero la nota de culpa que le dejó a su mujer no deja mucho lugar a la interpretación. En cuanto a la ausencia del cuerpo, es todo un misterio; todo indica que fue arrastrado por la corriente, en cuyo caso, la recuperación del cadáver será una misión complicada».

Releo la noticia dos veces.

—*El cuerpo de Sanders aún no ha sido encontrado* —leo en voz alta—. Huele a chamusquina.

Hada asiente.

—¿Podemos hablar con la mujer?

—Lamentablemente, falleció el mes pasado. Un infarto se la llevó. Estaba con antidepresivos.

Sacudo la cabeza con el entrecejo fruncido. Así que no hay cadáver y tampoco testigos. Las preguntas que acuden a mi mente resultan obvias: ¿es posible que Tom Sanders siga con vida? ¿Cabe la posibilidad de que simulara su propia muerte con el fin de fraguar su venganza? ¿Venganza contra quién? ¿Contra la productora que lo despidió? ¿Y por eso se dedica a matar a mujeres inocentes? Resulta un tanto infantil, pero no puede descartarse. En tal caso, ¿por qué ha esperado dos años? Ciertamente, *El asesino de novias* acaba de estrenarse. Es sabido que la productora tiene muchas esperanzas depositadas en ella, pero aun así... Por no hablar de que, en vista de los índices de audiencia, es posible que al final todo esto esté favoreciendo a Evelyn Crowe, lo que significaría que Sanders estaría obteniendo el resultado inverso al deseado.

—No creo que él tenga nada que ver —digo.

Ella me mira con mirada confusa.

—¿Y eso?

—Fue despedido hace dos años. Antes de que me contrataran a mí. Y por supuesto, antes de que yo empezara a escribir el guion.

—Bueno, pero trabajó aquí y conoce la empresa —apostilla—. Puede que más tarde se colara en las oficinas y robara una copia. Por otro lado, tal vez no necesite conocer el guion de antemano. Tal vez sea un hombre vengativo que simplemente está reproduciendo los asesinatos

después de verlos emitidos por televisión.

Reflexiono sobre lo que me dice. Todo tiene sentido, y al mismo tiempo nada lo tiene.

—Oye —digo, levantando la vista hacia Hada—. Podrías haberme contado todo esto por teléfono. No era preciso que viajaras hasta aquí.

—¿A qué demonios viene eso? —me espeta—. Me apetecía pasar a verte y contártelo en persona. Se me ha ocurrido que podría resultar interesante. ¿Te importa?

—En absoluto. Solo era un comentario.

—¡A veces eres tan borde!

—¡De acuerdo, de acuerdo! —Levanto las manos en gesto de rendición—. Olvida lo dicho.

Ella gruñe por lo bajo. Odio cuando hace eso.

Tiempo atrás, antes de irme de España, me invitaron a un congreso. No me suelen gustar los congresos, no me gusta viajar ni me gusta demasiado la gente. No es nada personal. Algunas personas sí me gustan mucho, pero digo en general. En fin, las fiestas de dos... esas sí que me gustan. El caso es que, de vez en cuando, solía ir a congresos de escritores y disfrutaba hablando con algunas personas. Se aprende mucho. Una vez descubres lo tremendamente ignorante que eres, resulta sencillo saber que tienes millones de cosas por aprender. Por eso es tan importante rodearse de gente inteligente. Y tener mentalidad de niño. Prueba a hablar con un niño. Simplemente pregúntale cómo ve el futuro. Es mágico. Lo proyectan de una manera tan optimista y con tanta ilusión, que prefiero mil veces preguntarle a un niño cómo ve el futuro que a un adulto. Casi todos los adultos son un coñazo.

Yo no tengo hijos y no creo que llegue a tenerlos. En Santa Mónica hay pocos críos, y una productora de cine es el lugar menos indicado para buscar uno, pero Hada es lo más parecido a un niño que he encontrado. Y no pienso soltarla nunca.

—¿Y qué hay del otro? —pregunto.

—¿Qué otro?

—Antes has dicho que había dos actores que habían salido por la puerta de atrás. Hemos hablado de Sanders, pero aún queda el otro.

—Chase Donovan. —Pronuncia su nombre como si fuese un producto descatalogado.

Es un nombre no significa nada para mí, pero tampoco me resulta del todo ajeno. Se trate de quién se trate, quedó sepultado en mi memoria, junto a las funciones trigonométricas, la tabla periódica y la fecha de cumpleaños de Patricia (ya, voy yo y me lo creo).

—Entró en el casting de *El asesino de novias* de los primeros, pero duró poco —continúa Hada—. Apenas alcanzó a rodar un par de escenas del episodio piloto.

—¿Llegaste a conocerlo?

—Más su currículum que a su persona. Me cruzaría con él un par de veces, poco más. Su currículum era mediocre, por cierto.

—¿Por qué lo echaron?

—No llegué a saberlo, se mantuvo todo con un hermetismo total. En esos casos, suele deberse a algún tipo de escándalo que no quieren que llegue a la prensa.

—¿Sabes dónde vive?

Agita la cabeza.

—En esa época se alojaba en una habitación de hotel que la productora ofrecía a los nuevos a un precio reducido. Su dirección actual la desconozco, aunque recuerdo que era de aquí, del barrio de Sherman Oaks. —Me observa con curiosidad—. ¿Piensas que él mató a las chicas?

—Eso es mucho decir. Digamos que me gustaría hacerle una visita y charlar con él.

Se queda en silencio.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—¿Por qué tiene que ocurrir algo?

—Conozco esa cara. Hay algo que te molesta.

Se ríe porque la conozco demasiado bien. Resulta entrañable cuando reacciona así.

—No es eso —dice—. Es solo que... ¿no crees que estás yendo demasiado lejos?

El comentario me ofende.

—¿Demasiado lejos? Hoy han amenazado con despedirme si el asesino sigue matando y la prensa y policía siguen acechando a la productora. ¿Qué haría entonces? Mira esto. —Accedo a mi móvil y, después de una rápida navegación por mi historial, le muestro el panel de ventas de mis libros—. Por si fuera poco, estos últimos días mi catálogo de novelas ha visto reducidas sus ventas drásticamente porque mi nombre ya ha empezado a relacionarse a nivel internacional con los crímenes. No puedo quedarme de brazos cruzados, Mia. Mi carrera y mi futuro están en juego.

—Está bien, de acuerdo —asiente—. En ese caso, te ayudaré en todo lo que pueda, ya lo sabes. ¿Puedo usar tu baño? —dice de pronto—. Tengo una emergencia.

—No tienes ni que preguntarlo.

Hada desaparece por el pasillo. Yo decido darme un respiro y saco un paquete de galletas Oreo del armario. Son cerca de la ocho de la tarde, esa hora en la que el sol baña de naranja mi salón a través de las rendijas que dejan los estores, cuando Hada vuelve al salón. Lleva su móvil en la mano.

—Mañana echan el partido en el Gilmore —informa.

—¿Y qué?

—El Gilmore es un *sports bar* frecuentado por actores y artistas de perfil bajo, en su mayoría hombres, ubicado en Sherman Oaks. Puede que me falle la memoria, pero Chase Donovan era un fanático del baloncesto.

—¿Crees que estará allí?

—No me jugaría las joyas por ello, pero es todo cuanto puedo decirte.

Le acerco el paquete de las Oreo.

—¿Una galleta?

Lo rechaza. Yo sí cojo otra, pero me contengo de chupar la crema blanca, haciendo gala de inmensa madurez.

—¿Tienes su correo electrónico? —le pregunto.

—Supongo que no me costaría buscarlo. ¿Puedo usar tu portátil? —Tarda menos de diez segundos desde que le doy permiso hasta que me enseña la pantalla con los últimos emails enviados por ChasedByDonovan@hotmail.com.

—Son todos hostiles y amenazantes hacia la productora, especialmente contra Evelyn Crowe —observo, incapaz de controlar mi lado cotilla y adicto al drama—. ¿Cómo es que tienes tú estos emails?

—Soy la secretaria de Evelyn, ¿recuerdas? Voy en copia de casi todo lo que llega a ella, especialmente lo que tiene relación con los empleados.

Asiento en silencio. Tiene sentido.

—Pues sí que es verdad que no se fue muy contento, precisamente —digo, repasando los emails. Los términos «indemnización», «demanda» y «abogado» se repiten a lo largo de estos, en todo momento aderezados con palabras fuera de tono y en un lenguaje más bien burlón. Casi podría tratarse de un escritor, pienso—. Parece que era una joya.

—¿Por qué estás apuntando su dirección de correo? —me pregunta Hada al ver que estoy

escribiendo en mi cuaderno.

—Voy a enviar un email a Chase Donovan, citándolo en ese bar. A ver si cuela.

—¿Y crees que quedará contigo, así por las buenas?

—Tengo una idea para convencerlo.

Hada se pone a olisquear.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Vuelve a inhalar sonoramente.

—Me huelo una absoluta pérdida de tiempo —contesta.

Pero su olfato se equivoca.

Un día para la emisión del tercer episodio. Interior del Gilmore. Noche.

El establecimiento se llama Gilmore, lo que me recuerda a la antigua serie de televisión protagonizada por una madre y su hija del mismo apellido. La sintonía empieza a sonar en mi cabeza, como si alguien hubiese pulsado los botones de un tocadiscos automático. No puedo pararla. Lorelai Gilmore le pinta las uñas de los pies a su hija Rory. La dulce Sookie prepara un delicioso pastel. Luke, el tipo duro, pasea su gorra observando la vida con desdén. Emily Gilmore juzga a su hija con la mirada y Richard, su esposo, se encarga de mantener la fiesta en paz con un elegante gesto de gafas.

Sin duda, la humedad está reblandeciéndome el cerebro.

Es temprano, y eso que he perdido media tarde decidiendo qué ponerme. ¿Qué elige uno cuando acude a una cita falsa con un actor fracasado en un garito deportivo de un barrio de clase alta? Al final he optado por una camiseta de los Dodgers debajo de mi cazadora de cuero y me he calado una gorra de béisbol en lugar de perder tiempo mojándome la cabeza. Me encanta esa gorra. Me la regaló Hada en mi último cumpleaños.

El *disfraz* no es casual. Es como yo me imagino a los exitosos directores de cine de la nueva generación. Nada que ver con Quincy Jones y los de su quinta, barbudos desgredados que dirigen repantingados en su silla con una camiseta negra que desvela sus vergüenzas. Los nuevos cineastas, por lo que he podido observar en el tiempo que llevo aquí, son tan estrellas como los actores principales o los cantantes de pop. Son marcas personales con patas. Eso incluye la estética, el protocolo frente a las cámaras y el cuidado de sus redes sociales.

Y esta noche, yo tengo que pasar por uno de ellos.

Estimado señor Chase Donovan, permíteme el atrevimiento de tutearte.

El email lo había redactado Hada, más acostumbrada a ese tipo de comunicación. Yo traté de convencerla para que usara un lenguaje más formal, pero ella me dedicó esa mirada suya, tan venenosa y tierna al mismo tiempo, que parecía gritar: «¿quieres confiar en mí?»

Me dirijo a ti con la confianza de que podamos arreglar un encuentro cordial, bla bla bla...

¿Conoces el bar Gilmore? Si no me han engañado mis fuentes, tú creciste cerca, así que es posible que lo conozcas, bla, bla bla...

Pronto iniciaré un ambicioso proyecto en el que creo que encajarías a la perfección. Pero dejemos algo para mañana, si te parece. De lo contrario, se romperá el misterio. Y yo soy un gran amante del mismo...

Lo envié con mi dirección falsa. Creé a Blake Harrison al día siguiente de aterrizar en Los Ángeles, siguiendo un divertido test en un grupo de cinéfilos de Facebook.

- Nombre: la actriz que coincide con el día del mes en que naciste (Blake Lively).
- Apellido: el actor que corresponde con tu mes del año (Harrison Ford).

Lo hice por diversión, pero también movido por la idea de que nunca se sabía cuándo me vendría bien adoptar una identidad más anglosajona.

Al fin había llegado el momento.

Donovan ha contestado esta mañana con un escueto:

Allí estaré, señor Harrison.

Cuatro palabras en un monitor, píxeles negros sobre blanco provenientes de un desconocido, que me han provocado un escalofrío.

Empujo la puerta del Gilmore cuando aún falta una cuarto de hora para las nueve, que es cuando he quedado con Chase Donovan. El local, oscuro, con pocas ventanas, está iluminado por lamparitas de pantalla verde situadas sobre cada mesa que le dan un toque distinguido y antiguo. Se oye el golpeteo de tacos en las bolas de billar, el entrechocar de carambolas y algún que otro brindis por encima de la música rock de los noventa. Pocas cosas más reconfortantes y patriotas que el *Whiskey in the jar* de Metallica en un garito de la costa californiana.

Mire donde mire, no hay pared sin televisor; todos superarán las cincuenta pulgadas, y cada uno de ellos está emitiendo un partido o deporte distinto. El paraíso del americano medio.

Deambulo entre las mesas y voy directo a la barra, que está más animada. Me apoyo ocupando uno de los taburetes giratorios. Estoy tentado de empezar a dar vueltas, pero decido que sería considerado una demostración de inmadurez y no lo hago. Ante mí, el barman empieza a agitar una coctelera, como queriendo tentarme. Me distraigo mirando alrededor: hay pocas mujeres. La clientela se ve salpicada por, lo que yo llamo, nuevos ricos. Jóvenes con camisas Dolce & Gabbana, zapatillas Gucci y el Lambo en la puerta, ansiosos por demostrar (y en muchos casos solo aparentar) que pueden permitirse todo eso. Y luego está la grotesca moda de llevar los pantalones cortos y los tobillos desnudos. ¿Tanto les gustan sus tobillos que se ven en la necesidad de lucirlos allá donde van? Es dantesco.

Hay pocas mujeres, como decía, pero las que hay son de categoría.

Y es que tengo que pellizcarme cuando reconozco a Mia Clarke al fondo de la barra, con la única compañía de una copa de Martini. A pesar del calor y el ambiente cargado en el interior del local, lleva puesto un jersey fino, negro, de cuello alto, que la estiliza.

Mia es de esas mujeres por las que los jóvenes pierden el corazón y los viejos la cartera. Ha recorrido un duro camino hasta convertirse en la actriz famosa que es ahora, y algo me dice que no duda en hacérselo pagar a los pocos afortunados que logran acercarse lo suficiente.

Parece una bomba a punto de estallar. Y me fascina.

Estoy a punto de reunir el coraje para acercarme y colocarme junto a ella cuando un joven que está jugando una partida de billar emerge de las sombras, captando toda mi atención.

—¿Quién es ese? —pregunto al coctelero, aunque sé la respuesta. Solo quiero tantear.

—¿Él? —responde en voz baja, apuntando con un ojo y sin volver la cabeza. Está

concentrado vertiendo la mezcla verde en cinco vasos anchos—. Es uno de esos actores que van de un lado a otro, sin llegar a encontrar su sitio. Habla raras veces, aunque sabe contar una buena historia cuando tiene ganas. Desaparece durante un mes, o un año, y se presenta aquí de nuevo. Se fue y vino muchas veces en la primavera pasada, pero no lo veía desde hace tiempo. Su nombre nunca lo oí, pero por aquí se le conoce por el apellido: Donovan. Anda siempre a grandes pasos, aunque nadie sabe el porqué de tanta prisa. Y siempre se lo ve vacilando o flirteando con mujeres, normalmente mayores que él y de mayor poder adquisitivo. Aunque se ven pocas de esas por aquí. Es raro que haya vuelto.

Le doy las gracias y me dirijo hacia mi presa.

Hay dos jugadores más con Donovan. El primero es un hombre de grueso bigote que podría ser su padre; bajo, tripón y con dos brazos sonrojados y desnudos por debajo de un chaleco con parches típicos de motorista. Desde luego, no tiene aspecto de actor. El otro es un tipo alto y desgarrado, con la chaqueta un par de tallas grande por encima de una camiseta rosa. Bien podría hacer tanto del típico amigo del protagonista en una comedia romántica, como del primero en morir en una invasión zombi.

—¿Chase Donovan? —le grito por encima de la música. Cuando tengo su atención, le estrecho una mano—. Soy Blake Harrison. Es un placer.

Veo que le cambia la expresión de acero al oír mi nombre falso. Con suavidad, apoya el taco en el borde de la mesa y me corresponde el saludo. Acto seguido, se prepara para reanudar la partida, hecho que me confunde.

Huele a gel mentolado, y el pelo moreno aún lo tiene húmedo, como si acabara de salir de la ducha. Viste unos vaqueros rotos y una camisa azul oscuro con el primer botón estratégicamente desabrochado para dejar entrever unos pectorales bronceados y marcados.

Parece mirar la vida con cierta petulancia, como si esta fuese un videojuego trucado. Pero también tiene un punto afable. Su sonrisa temeraria, una voz un tanto atolondrada y su aspecto descuidado, como si acabara de levantarse, lo hacen más atractivo para el sexo opuesto que los músculos trabajados en el gimnasio o el vello depilado, en contra de lo que él mismo pueda pensar o entender.

Sonríó porque esas son las palabras que usé para describir al personaje que Donovan iba a interpretar, y ahora que lo tengo delante, veo que el equipo de casting eligió bien. Lástima que tuvieran que despedirlo.

—¿Te apuntas? —me pregunta mientras se inclina sobre el paño verde para alinear el taco bajo la barbilla, en postura impecable, repitiendo una y otra vez el vaivén en el ángulo formado por el pulgar y el índice. Me doy cuenta de que interpreta perfectamente el papel de joven triunfador entregado a la vida. Juega con calma y habilidad, sereno. Desliza con suavidad el taco entre los dedos, muchas veces, antes de aplicar el golpe hacia la bola adecuada e introducirla en el agujero. Sabe lo que hace.

—Soy nulo al billar —respondo al acto, porque es la verdad. En realidad, lo que pasa es que nunca le encontré el atractivo a golpear bolas con un palo.

—Como quieras —se encoge de hombros.

—Tenía la esperanza de que pudiéramos hablar en privado.

A Donovan le basta con una mirada fugaz a sus dos compañeros.

—Estaremos en la mesa del fondo —dice el motero del bigote, captando el mensaje. Su voz suena como si masticase metralla.

—¡Sí, vamos! —confirma el otro, colocándose un mechón en un gesto que habrá realizado millones de veces en su vida.

Nos quedamos solos en torno a la mesa de billar. Pedimos dos bebidas que pago yo. Él sigue golpeando bolas mientras hablamos de nada en concreto. Es algo violento, casi maleducado.

—¿En qué estás trabajando ahora, Chase? —pregunto. No he preparado la conversación, así que iré donde esta me lleve.

—En nada. Me estoy tomando un tiempo sabático. ¿Y tú?

Me quedo cortado. No esperaba esa pregunta.

—Estoy preparando una nueva película —digo, saliendo del paso.

—Ah, sí, el ambicioso proyecto que mencionabas en tu email. —No lo conozco lo suficiente para saber si ha ido con ironía, aunque me lo parece.

Asiento en silencio.

—Te confieso que he buscado tu nombre en redes sociales —dice, mientras le da tiza al taco con mucha parsimonia—. No he encontrado nada.

—No estoy en las redes. Por privacidad, ya sabes.

—Tampoco he encontrado trabajos previos.

—Tengo un seudónimo —respondo, haciendo gala de buenos reflejos.

—Bien hecho. En este mundillo de víboras, la privacidad es esencial. ¿Puedo saber tu seudónimo?

Considero que ya basta de ser encantador, y además, por este camino se desvelará mi mentira nada más empezar, así que pongo un toque de hierro en mi voz y afronto el tema de mi interés:

—Escucha, Chase, tengo entendido que te despidieron de tu último trabajo a las primeras de cambio.

Los dos botellines están sobre el borde de la mesa de billar; el suyo, de cerveza; el mío, de kombucha. Él bebe un sorbo del suyo, pensativo.

—No se puede ganar siempre —dice.

—Desde luego. —«A mí me lo vas a decir»—. Aunque no tienes aspecto de ser de los que pierden.

—Hago lo que puedo.

—¿Qué pasó?

De pronto suena el griterío eufórico de aquellos que están pendientes de las pantallas, haciendo retumbar las paredes. Me sobresalto. Alguien ha ganado el partido con un lanzamiento sobre la bocina. Donovan sigue inmóvil, con los párpados un poco entornados, estudiando la posición de las bolas.

—Deberías apuntar más a la izquierda si no quieres colar la blanca —le sugiero, una vez me he recompuesto.

—Sé muy bien dónde tengo que apuntar —dice con frialdad.

Suelta un fuerte latigazo y muchas bolas de la mesa salen disparadas en todas las direcciones. Rebotan y chocan entre sí. Tres de ellas acaban colándose por los agujeros. Un golpe maestro tras el cuál Donovan se yergue impasible, como si lo que acaba de hacer fuese de lo más sencillo. Billaristas...

Yo alzo un momento la mirada para encontrar sus ojos. Me observan con tranquila curiosidad. No parece inquieto.

—¿Qué pasó, Chase? —insisto.

—¿Es esto una prueba?

—¿Cómo?

—Que si me estás haciendo una entrevista de trabajo.

Continúo sosteniéndole impávido la mirada. Si la aparto, corro el riesgo de que el pez rompa

el sedal y se zambulla de un coletazo.

—¿Nos conocemos de antes? —pregunta ahora Donovan, como si hubiera caído en algo de pronto.

—No lo creo.

—¿Quién demonios eres? La verdad.

—¿La verdad? Ya lo ves —digo, controlando una tímida sonrisa—. Uno que detesta el billar y bebe kombucha.

—¿Me estás vacilando?

—En absoluto.

—No eres director, eso seguro.

—¿Lo dices por lo de internet? Ya te he dicho que...

—Ningún director se mostraría tan interesado en un actor mediocre como yo. Así de sencillo. Sonrío.

—¿Siempre eres tan brutalmente sincero?

—Solo cuando sospecho que me están engañando. —Entrecierra los ojos—. Ahora que lo pienso, pareces periodista.

Me sobreviene una carcajada. A lo largo de mi vida me han llamado muchas cosas, pero nunca periodista.

—Haz el favor de no insultar.

Él ríe también entre dientes ahora, aunque sin humor.

—Tienes razón —dice—. Las cosas no siempre son lo que parecen.

—Es verdad. No siempre.

—Pero sigues sin aparecer en internet. No conozco a un solo director, productor, actor de esta industria, ni siquiera compositor musical, que no aparezca en decenas de páginas en la red.

No contesto a eso.

—¿Qué quieres de mí? —insiste— ¿Por qué querías verte conmigo aquí?

Apuro el contenido del botellín.

—*El asesino de novias* —digo, y una arruga casi imperceptible vibra en las comisuras de sus labios.

—¿Qué pasa?

—Te llamaron para el casting.

Él se ha inclinado de nuevo hacia la mesa con la intención de golpear a la bola, pero no llega a hacerlo; ni siquiera coloca el taco.

—Sí.

—Y te contrataron como actor de reparto.

Vuelve a erguirse.

—Actor secundario, por favor. No hables como esos pedantes de la academia.

—¿Llegaste a leer el guion? —sigo con mis preguntas.

—Pues claro. Hasta llegué a rodar un par de escenas. ¿A qué viene tanta pregunta?

Un poco más de acero en la voz:

—Viene a que creo que te mueres de ganas por vengarte de Evelyn Crowe y su ejército de lacayos.

—Yo, y cientos de personas más en esta maldita ciudad. ¿Qué más da eso? Mira, si lo que quieres es una declaración explosiva contra Crowe, llegas meses tarde, amigo. Toda esa basura ya fue publicada, es de interés público mi aversión hacia esa mujer y todo lo que tiene que ver con la productora.

—Me preguntas que qué más da. Está muriendo gente, y creo que el autor de las muertes es alguien que tiene motivos para destruir la productora desde dentro.

Ahora Donovan me mira de un modo diferente. Como si buscara grietas en la estructura.

—No sé de qué hablas.

—Las muertes que se han producido imitando a Derek Cross en *El asesino de novias*.

Quiero pillarlo, acorralarlo contra las cuerdas. Espero con mi comentario que palidezca hasta alcanzar su piel el color del marfil de la bola blanca, pero no lo hace. Sin embargo, algo parpadea en su expresión, como una llama tras una cortina.

—No veo la serie —responde.

Tuerzo el gesto.

—El caso está siendo noticia.

—Tampoco veo las noticias. ¿Tú crees que me importa un carajo que hayan matado a dos mujeres en una ciudad de cuatro millones de habitantes?

—Mientes —le ataco.

—Hace un minuto era brutalmente sincero —responde.

—¿Cómo sabes que fueron dos mujeres? —pregunto, ignorando el cínico comentario.

—No se te pasa ni una, ¿eh? Acabas de decir que están imitando al de *El asesino de novias*. Novias implica mujeres.

—A ti tampoco se te pasa ni una.

Deja escapar el aire.

—Pero digamos que algo he oído.

—¿Dónde estabas cuando mataron a esas chicas?

—¿Ahora me interrogas? Ni siquiera sé cuándo las mataron. —Yo tampoco lo sé—. Se te da mejor el papel de director de cine que el de inspector de policía, capullo. Por un segundo, casi habías conseguido engañarme.

Miro a mi alrededor. Varios tipos se han vuelto atraídos por nuestra acalorada conversación y nos observan con curiosidad. Donovan también se ha fijado. Es lo que no quería.

—Dame una sola razón para no denunciarte a la policía, Chase.

El silencio que sigue entre nosotros, a pesar del revuelo alrededor, es casi desagradable. Donovan ha bajado la vista y mira su cerveza. Al cabo de unos segundos la alza de nuevo, brusco, desafiante.

—No creía que fueras uno de esos. Tenía que haberlo imaginado al decirme que no sabías jugar al billar.

—¿Uno de cuáles?

—De los que se hacen pasar por otros en internet para lograr lo que quieren.

—¿Y de cuáles eres tú?

Otro silencio. Ahora Donovan sonrío con arrogancia.

—De los que van de cara.

—Si fueras de cara me dirías por qué te echaron, por qué no estás trabajando y por qué has contestado con evasivas cuando te he mencionado los asesinatos.

De repente, un tipo grita desde la puerta:

—¡Eh! ¡Tú eres ese actor, el del anuncio!

Más tarde sabré que se refiere a un anuncio de crema facial en el que Donovan salía sonriéndose frente al espejo. Estaba hasta en la sopa.

Pero ahora no tengo tiempo para pensar en eso, porque Donovan me está desafiando con la mirada. Comprendo que está tramando algo, tal vez aprovechando la intromisión del fan de la

puerta, pero lo comprendo demasiado tarde. El actor toma el taco con las dos manos, y por un segundo creo que piensa golpearme con él. Un segundo que tardo en reaccionar. Él me lo lanza con delicadeza, como si se tratara de un ramo de rosas. Instintivamente, alzo los brazos con las manos abiertas. Atrapo el taco en el aire en medio de exclamaciones de los de alrededor. Ese segundo lo ha aprovechado él para salir corriendo.

Cuando alzo la vista de nuevo, la puerta del bar ya está entornándose.

Y no veo a Chase Donovan por ninguna parte.

Corro hacia allí, haciendo a un lado al fan, pero el hombretón del bigote está ahora ante mí, interponiéndome el paso. Me arrebató el taco y lo enarbola con fuerza hasta que sus hinchados nudillos palidecen. No necesita hablar para dejarme claro que, si sé lo que me conviene, no seguiré a su amigo.

Por supuesto, me rindo.

Cinco segundos después, apoyado en el marco de la puerta de la taberna, veo a Donovan desaparecer calle abajo.

Cuando vuelvo a entrar al Gilmore, noto los ojos de todos encima de mí. Los míos, sin embargo, buscan instintivamente a Mia Clarke.

Pero ella también se ha esfumado.

Día de emisión del tercer episodio. Apartamento de Toni. Día.

A la mañana siguiente, estoy sentado sobre mi esterilla en mitad del salón, recuperando el resuello y con las axilas goteando sudor, sin saber que en unas horas estaré cruzando la puerta enrejada de una celda.

Con los años —y de las formas más horribles que uno pueda imaginar— he aprendido que la línea que separa la vida de la muerte, la felicidad pura del abismo más oscuro, es fina. Solo se necesita un segundo para atravesarla. En un momento la vida parece idílica: estás viviendo en un apartamento moderno y funcional con vistas al Pacífico; trabajas en lo que siempre te ha apasionado y te pagan bien por ello; recibes reconocimiento internacional. Entonces, ¡pam!, tienes la tele puesta, ves la cara de esas chicas en la pantalla (bellas y radiantes, en la mejor etapa de su vida), y recuerdas lo fina que es esa línea.

—¿Toni?

Es Peter Montgomery. Me vuelvo hacia él. Como siempre, Peter me sonrío. Es una sonrisa maquiavélica.

Resoplo agotado. No recibo ni una pizca de piedad por su parte. Nunca lo he hecho.

—Aún me debes cincuenta flexiones —dice, implacable.

Me lanzo al suelo y empiezo una nueva serie. Ya no veo los rostros de esas chicas, pero los locutores siguen hablando de ellas. Sus comentarios me llenan de rabia. La utilizo para completar mi serie de flexiones.

La gente subestima el poder de esa cálida y reconfortante vela que es la salud, y no se dan cuenta de la oscuridad y el frío que quedan cuando esa vela se apaga.

Hoy es domingo, se supone que Peter no debería estar en casa. Pero el viernes tuvimos que cancelar la sesión debido a la crisis que se me vino encima con todo lo de Evelyn Crowe y la productora, de modo que decidimos mover la sesión al día de hoy.

Da igual cuántas mujeres mueran o si pierdo el empleo de mi vida: las tres sesiones de pesas semanales son innegociables.

—¿Puedes hacer el favor de apagar eso? —le pido, señalando el televisor, mientras recupero el aliento—. No lo soporto.

Él se encoge de hombros y hace lo que le pido. Me observa desde la altura.

—Te veo bien —dice—. ¿Has tenido algún síntoma esta semana?

—No.

—¿Ningún hormigueo?

Meneo la cabeza.

—Bien, eso es que el tratamiento, combinado con nuestras sesiones, funciona.

—Sí.

—¿No deberías mostrar más entusiasmo?

—Por algo la llaman la enfermedad de los síntomas invisibles —explico. Es lo que no entiende la gente. Cuando tienes un virus digestivo, o problemas respiratorios, o incluso un cáncer terrible, resulta evidente a la vista. Todos te notan jodido y se apiadan de ti, es automático. Pero cuando cargas con una enfermedad como la mía, nadie parece darse cuenta. Te ven aparentemente sano, llevando una rutina normal, y se olvidan de la lucha que combates cada día. Los hormigueos, los mareos, los calambres o la ceguera transitoria... no, todo eso no se aprecia a simple vista. La enfermedad de los síntomas invisibles.

—Quizá te sentaría bien ir a ver a un psicólogo de la fundación —comenta.

Yo vuelvo a negar con la cabeza.

—No necesito un psicólogo, ya me desahogo contigo. Me vale con eso.

—Vamos, las treinta últimas —ordena.

Lo que sea para mantener la vela encendida —aunque ya no sea tan cálida ni tan reconfortante—, ni que sea por unos segundos.

Mientras estoy terminando la última serie de flexiones, siento mi móvil vibrar sobre el mueble del televisor.

—Es Hada —anuncia Peter, comprobando la pantalla.

—Luego la llamo —digo sin resuello. «Tres, dos, uno...»

—¿Cuándo le vas a pedir una cita? —dice, mientras yo doy un buen trago de agua de mi botella.

—Es la secretaria de mi jefa —argumento, como si eso lo explicara todo.

—¿Y qué?

—Además, no la quiero de ese modo. Y a ti no te pago para que metas en mi cabeza ideas maliciosas —contesto.

—Me pagas para que te ponga en forma. —Se sienta a mi lado, en la esterilla—. Las ideas maliciosas son gratis.

Me acerca a la boca una onza de chocolate. Puro, mi preferido.

—Te lo has ganado —dice.

Voy a hincarle el diente, pero, en el último segundo, Peter aleja la onza de mí.

—Solo después de los estiramientos, ya lo sabes.

«Sí, ya lo sé, pedazo de sádico».

—Te odio —gruño.

Es mi ángel de la guarda, pero durante una hora al día, tres veces a la semana, lo odio con todo mi ser.

Realizo los estiramientos bajo su supervisión y me gano el dulce como un perrito que acaba de dar la patita. No me importa. Siento el cacao deritiéndose dentro de mi boca, el delicioso amargor diciéndome que tanto esfuerzo ha merecido la pena, la satisfacción por el trabajo bien hecho.

Y, por un breve momento, la culpabilidad y el desazón por las dos mujeres muertas desaparece. Al menos hasta que, con un estremecimiento de inquietud, recuerdo que solo faltan

unas horas para que se emita el tercer episodio.

Estoy en el baño. Peter ya se ha despedido y me dispongo a ducharme. Contemplo mi cuerpo sudado. No soy ningún modelo, pero me conservo en forma. Es inevitable cuando te obligan a abandonar casi todos los vicios y haces ejercicio intenso de manera regular.

Algo bueno tenía que tener esta enfermedad, ¿no?

Me miro a los ojos, desafiante, en espera de que comience la película de mis recuerdos, algún relato de mi vida pasada.

Evoco una tarde nublada de 2019. Ya me ha venido a la memoria muchas otras veces. Podría decirse que es mi recuerdo favorito, solo que en realidad es todo lo contrario.

Ese viernes, los acontecimientos se plantaron en mi puerta y se sucedieron todos a la vez, sin hacer fila siquiera. Era el día más importante en la vida de Patricia. Por supuesto, se trataba de una exageración, pero así lo había expresado ella, siempre tan dada a dramatizarlo todo. Así que fue una inconveniencia que, pese al recordatorio que yo había configurado en mi móvil y el pósit que había pegado en la puerta de la nevera, me olvidara de ello por completo.

Luego estaba lo del manuscrito, que ya debía haber entregado a la editorial y que ocupaba gran parte de mis pensamientos. Comprobé el número de palabras, me fijé en que lo que había escrito esa mañana había desaparecido y, joder, tuve que escribirlo de nuevo. Me crecían los enanos. Pero solo necesitaba un esfuerzo más, media hora como mucho, y lo tendría listo para enviar. Si me concedían un rato en paz, podía tenerlo listo... si se obraba el milagro y el teléfono se mantenía el silencio...

El teléfono sonó.

—¿Hola? ¿Toni? Llamo de la editorial. El editor quiere saber cuándo nos vas a enviar el manuscrito.

Miré el reloj en la pantalla del ordenador.

—En cinco minutos, Rosa. Ya casi lo tengo. Solo tengo que exportarlo y adjuntarlo.

—Gracias, Toni. Entonces me quedo a la espera. Ciaoosooo.

En el mismo momento en que colgué, el teléfono volvió a sonar.

—Cariño —dijo la voz de Patricia—. No te has olvidado, ¿verdad?

Traté de recordar qué era lo que podía haber olvidado. Me llevé el móvil a la cocina, en busca de algo de comer, para ver si se me refrescaba la memoria. Encontré todo el frescor que necesitaba en un pósit amarillo pegado en la puerta de la nevera, junto a un imán de Islandia (recuerdo del viaje de novios) y una foto Polaroid de nuestra boda.

—¿Toni? —repitió mientras yo leía el pósit con el sudor subiendo por mi espalda.

—Perdona, Patri. Claro que no me he olvidado. A las nueve en el Leña. ¿Nos vemos allí?

—¿Después de lo de la última vez? Ni de coña. Eres capaz de volver a perderte. —Hizo una pausa—. Y soy Patricia, no Patri, ya lo sabes.

Quise decirle que yo no me había perdido, y que no tenía la culpa de que la avenida se hubiera puesto en obras justo esa semana, obligándome a dar un rodeo en plena hora punta de tráfico, y sin que el navegador del coche estuviera actualizado. Pero me lo pensé mejor y me mordí la lengua.

—Paso por casa a recogerte —dijo Patricia—. Iremos andando desde allí.

—Vale, Patri... —tosí—. Patricia.

—¿Has confirmado la reserva?

—Sí —mentí sin pensármelo. ¿Había que confirmarla? Me detuve a pensar. Si algún día alguien organizaba una competición de despistados, definitivamente yo podría representar a España y haría un digno papel.

En ese momento vi que me llegaba un email a mi servidor de correo. Era del hospital. Lo leí sobre la marcha. Era un recordatorio: esa tarde tenía cita con el neurólogo. La enésima, en la que volverían a repetirme lo mismo respecto a los calambres y mareos: «Tienes que procurar rebajar el nivel de estrés, Antonio. Y dormir mejor, que duermes muy poco». Mierda para ellos. Es lo que me gustaría decirles ahora a todos esos listillos. Pero, en fin, qué importa ya.

—¿Y si vienes a buscarme al hospital y quedamos en la puerta? —propuse.

—¿Tienes consulta? —elevó la voz.

—Sí, ya te lo dije.

—Joder, Toni. ¿Justo hoy?

—Yo no elijo las fechas, Patricia.

—Pues no puedo, he cogido cita en la peluquería para lo de esta noche. Nos vemos en casa —dijo, y colgó.

Veinte meses antes, en una joyería del exclusivo barrio Salamanca de Madrid, me había gastado en el anillo de compromiso más dinero de lo que había ingresado por mis dos últimas novelas juntas. Había que joderse.

Vi el recordatorio en el teléfono. Mejor tarde que nunca. En el mensaje, que yo había escrito unos días antes, había un número de teléfono. Y había llamado para hacer la reserva, estaba casi seguro. Pero ¿la había confirmado? Había querido hacerlo, pero el trabajo se había acumulado y tenía tiempo de sobra... hasta que al final había dejado de tenerlo.

Rosa estaba ahora escribiéndome un chat en la pantalla del ordenador.

Toni, ¿tienes ya el manuscrito?

Ya casi está, Rosa. Dame un segundo, ¿vale?

Terminé de teclear el número y respiré aliviado cuando alguien respondió:

—Restaurante Leña. ¿En qué puedo ayudarle?

—Sí, hola —dije, casi besando el altavoz—. Quería confirmar una reserva para tres, para esta noche.

Me preguntó mi nombre. Se lo dije. Resultó que no tenía ninguna reserva a ese nombre. Ni tampoco a nombre de Patricia. En cuanto a realizar una reserva para esa noche... En fin, basta decir que al hombre al otro lado del teléfono se le escapó una risita algo soberbia.

—Hoy ceno con el jefe de mi mujer y es de vital importancia. Sé que tenía que haber llamado antes, pero solo seremos tres. Nos valdría con una mesa alta...

Habían colgado.

¿Toni? —Era Rosa, en la pantalla—. Estamos esperando por ti.

Envié el maldito manuscrito. Volví a llamar al restaurante, donde aceptaron un soborno de cincuenta euros. Finalmente, con el corazón a mil, me vestí para acudir a la consulta con el médico.

Algo dentro de mí debía albergar esperanzas en que Patricia estuviera esperándome a las puertas del hospital, porque sentí una punzada de tristeza cuando vi que no había nadie preguntándome qué tal en mi enésima cita con el neurólogo.

Afortunadamente, no todo iba a ser malo, y un taxi me recogió al instante y me llevó a casa en menos de un cuarto de hora. Me apeé apresuradamente, dejé propina al taxista y subí al piso a toda prisa. Patricia aún no estaba en casa. Nada más entrar por la puerta, comencé a desvestirme y me metí en la ducha.

Estaban llamándome al móvil cuando salí chorreando.

—Cariño, soy Patricia. Espero que estés listo.

—Claro —mentí otra vez—. ¿Dónde estás tú? Habíamos quedado en casa.

—Esperándote en el portal, como siempre.

—OK, bajo enseguida.

Me peiné por encima con la mano, me puse una camisa, un golpe de colonia y salí corriendo, dando un portazo. Ella me estaba esperando dentro del portal, para no pasar frío, según dijo.

—Cariño. ¿Qué haces? —Me preguntó de camino al restaurante.

—¿Yo? Nada, ¿por?

—No te habrás dejado las llaves otra vez, ¿no?

—No, Patricia. —Dejé de palparme y metí las manos en los bolsillos del pantalón, un Calvin Klein hecho a medida que me había comprado para la ocasión y que me había costado casi tanto como el anillo de compromiso.

Sonríó ahora, tanto tiempo después, recordando la escena ante el espejo.

—Vale, cuando te presente a Del Val —dijo ella—, dirígete a él siempre de usted y no lo mires fijamente a los ojos, porque le incomoda. Ah, y no le lles la contraria. Y ni se te ocurra contar uno de tus chistes; no hacen gracia.

Del Val era su jefe, y en nuestra casa se le mostraba más respeto que al mismísimo Dios.

—Estoy impaciente —resoplé.

—¿Cómo dices, Toni?

—Que tengo muchas ganas de conocerlo por fin —repetí con un entusiasmo mejor fingido.

—Mejor, pero aumenta el ritmo —dijo Patricia, nerviosa—. No me gustaría hacerle esperar.

—Claro que no, Patri.

—Que no me lles así, Toni. Y menos delante de mi jefe, me haría parecer débil. ¿Me has entendido?

—Alto y claro.

Patricia miró su reloj y aceleró el paso.

Estábamos llegando al restaurante cuando ella me cogió del brazo. Al parecer, era importante que su ilustrísimo jefe, el señor Del Val, nos percibiera como una pareja sólida. Nuestras pisadas resonaban entre las fachadas. Yo intentaba seguir su ritmo, pero algo no iba bien.

—¿De verdad me estás diciendo que has tenido que prometer una propina al restaurante para que nos reservaran una mesa? —Conocía esa voz. Era la que ponía mi mujer cuando estaba a punto de iniciar una discusión que tenía ganada de antemano. Pero yo tenía la cabeza en otras cosas; en las luces borrosas de las farolas, por ejemplo, que se quedaban pintadas como trazos en mis retinas como en un lienzo horripilante—. Y encima una mesa alta. Son las que están junto a la puerta de la cocina, o peor, al lado de los servicios. —Suspiró—. Ahí es donde meten a los turistas extranjeros, lo sabe todo el mundo. Eres idiota, cariño. Qué vergüenza voy a pasar.

Seguía tirando de mí cuando tropecé con un banco de madera.

—¿Qué haces? No es buen momento para hacer el tonto, Toni.

—No me encuentro bien, cariño.

—No empieces a quejarte, ni se te ocurra. Ahora no.

—¡Patricia! —Sentía hormigueos en las extremidades del lado izquierdo.

—¿Qué pasa?

—No puedo ir a la cena, me estoy asustando.

Me miré la mano. Temblaba como si hiciera mucho frío. Si intentaba caminar, mis piernas respondían a medias. Patricia me agarró del brazo y tiró de él.

—¿Ya estás otra vez? —Me miró con los ojos muy abiertos. Me hacía daño—. Pues no es momento para que te pongas hipocondríaco. Será algo que te han dado en el hospital, hijo. Si le prestas atención, te domina. Pasa de ello y se te olvidará. Una vez que hayas tomado un par de

vinos en la cena, estarás perfectamente. Ahora, vamos. —Me apoyé en el respaldo del banco, aterrado—. Pero ¿qué haces?

—No puedo ir a la cena —repetí, muerto de miedo. Miraba a mi alrededor, pero la vida cada vez se me presentaba con más manchas borrosas.

Ella me miró. Estaba desconcertada, rabiosa y nerviosa.

—Vamos a llegar tarde —dijo, llevándose una mano a la frente—. Del Val me va a matar —gimoteó.

Prioridades. Siempre han sido el punto débil de mi mujer.

—Patricia, voy en serio. Yo...

—Toni —me advirtió con un dedo en alto, pero luego cedió un poco y me ofreció una solución de compromiso—. Después de cenar, si sigues raro, iremos a urgencias. Venga, vamos.

Volvió a tirar de mi brazo.

Raro. Yo no me sentía raro, carajo. Me estaba dando un ataque.

Me deshice de su agarre de un tirón.

—¿Vienes o no? —Era un ultimátum, más que una súplica. Cuando tu cuerpo deja de obedecerte, complacer a tu mujer deja de ser la máxima prioridad.

—No voy a permitir que esas películas que te montas me arruinen la cena, Toni. ¡Toni! ¿Qué estás haciendo?

—Me voy a pedir ayuda, Patri. Excúsame frente a tu jefe. Me está pasando algo grave.

—Antonio Galán Martín —dijo Patricia con voz gélida—. Vuelve aquí ahora mismo. O te arrepentirás, te lo advierto.

Le dediqué una última mirada y emprendí el regreso a casa, dejándola allí plantada, con lágrimas en los ojos y el rostro acalorado.

Durante los menos de quinientos metros que me separaban de casa, procuré no pensar en nada en absoluto. Me limité a poner un pie delante del otro, ignorando a aquellos con los que me cruzaba. Por cómo me miraban, debía de parecer que iba bebido o drogado. Traté de formarme una idea de cómo se me veía desde fuera. Un chico pálido, invadido por sudores fríos, con la mirada perdida y un caminar inestable.

Al cabo de unos minutos por fin llegué al portal. Un vecino que salía me aguantó la puerta y entré. Empecé a subir penosamente las escaleras hasta el primero. Solo cuando estuve frente a la puerta de mi piso me percaté de que me había dejado las llaves dentro, con las prisas. Todo estaba borroso. Agité los brazos en el aire para activar el sensor de luz, pero no funcionó. O eso creía yo, desconocedor todavía de que el problema eran mis ojos. Había empezado a ver el mundo con un filtro opaco y lleno de manchas.

Me volví con las manos por delante para no chocar, caminando torpemente, sin saber qué hacer. Estaba buscando el teléfono móvil de mi caro pantalón cuando pisé el borde de un escalón y caí al vacío.

Ojalá hubiera perdido el conocimiento, porque, de haber sido así, no habría vivido el terror de encontrarme tirado en el descansillo de mi edificio, sin poder enfocar bien y con una pierna dormida desde el tobillo hasta la cintura.

Lloré en soledad. No tuve el coraje de pedir auxilio a gritos. La espera se me hizo larga como una vida entera.

Había recobrado la nitidez en la vista cuando, algunas horas más tarde, Patricia salió del ascensor y me encontró sentado sobre nuestro felpudo, con la espalda apoyada en la puerta y las mejillas cubiertas de lágrimas secas.

No me preguntó qué había pasado. Tampoco me gritó por haberla dejado plantada.

—Venga, entremos en casa. Es tarde —fue lo único que dijo.

No volví a experimentar algo parecido hasta pasados dos meses, cuando, tras despertar completamente ciego, una ambulancia me trasladó al hospital y mi vida cambió para siempre.

—Afrontaremos esto juntos —me dijo entonces. Se ve que, ese día, no tenía ninguna cena de compromiso.

Lo afrontamos juntos. Hoy en día sigo afrontándolo. Solo. Patricia no lo soportó. O tal vez lo nuestro ya estuviera muerto desde antes.

Era una mujer muy guapa, tanto que, a veces, yo no podía evitar preguntarme qué milagro se había obrado para que ella estuviera conmigo.

Al final del matrimonio peleábamos mucho, sin cesar. Lo bueno de las peleas eran las reconciliaciones. Después de hacer el amor, en penumbra, ella me abrazaba con fuerza, con su larga y rizada melena derramándose sobre mi torso, y me pedía perdón. Me susurraba lo mucho que me quería, y yo le contestaba que la amaba y que siempre estaríamos juntos. Los dos lo creíamos de verdad.

¿Qué es lo que más echo de menos de ella? Lo feliz que era al sentir sobre mi pecho su larga y rizada melena pelirroja.

Estoy peinándome el cabello húmedo hacia atrás, cuando suena el teléfono en el dormitorio.

Es Hada. Me he olvidado de ella por completo.

—Ya creía que Peter te había raptado —dice, nada más acepto la llamada.

Su voz hace que me olvide del sombrío recuerdo de Patricia y de mi primer gran brote la noche de la cena fallida con su jefe.

—Se ha ido hace un rato. Estaba en la ducha.

—Dime que no estás desnudo mientras hablas conmigo.

Miro el espejo. La toalla firmemente anudada en mi cintura. En mi pecho, a la altura del corazón, un lema se vislumbra entre el vaho:

No le pidas a la vida menos problemas; pídele hombros más anchos para poder gestionarlos.

Acudí al salón de tatuajes al día siguiente de recibir el mazazo del diagnóstico.

—No del todo, puedes relajarte.

—No seas fantasma, Toni.

Sonrío.

—¿Qué querías, Hada?

—Saber cómo te fue ayer con Chase Donovan. Si es por ti, ya puedo esperar sentada a que me llames.

—Eres injusta.

—Soy realista. Venga, cuenta. ¿Cómo fue?

Le resumo mi encuentro con Donovan, la conversación que mantuvimos y cómo se escabulló antes de que pudiera sonsacarle nada.

—Si escapó, es que algo oculta —observa.

—Eso pienso yo. ¿Podrías conseguirme su dirección actual?

Oigo un gemidito agudo, como el de una ardilla juguetona.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Ya la he conseguido.

—¿De verdad?

—Intuía que tarde o temprano me la pedirías.

Me la dicta. Yo la apunto con un dedo en el vaho del cristal.

—Eres la mejor, Hada.

—Me debes una más —dice.

Estoy a punto de proponerle una cena informal, cuando llaman al timbre.

—Tengo que dejarte, están llamando a la puerta —me disculpo con ella—. Hablamos luego.

Nada más colgar, lanzo una foto al espejo con el móvil y acudo a abrir. Antes de que cruce el

apartamento, insisten, esta vez con una llamada más prolongada.

—¡Ya va! —grito.

Abro la puerta y trago saliva.

Es la policía.

En cuanto abro la puerta y veo a los dos hombres, sé que son policías. Al menos en eso, la televisión dice la verdad. El modo de vestir de los policías, por ejemplo, no es el mismo que el de los vecinos de una urbanización de lujo en primera línea de Santa Mónica. Aquí la gente no se pone traje y corbata un domingo por la mañana; se pone pantalones chinos y un polo por encima, o una camiseta debajo de una americana a juego, si no hace demasiado calor. Estos dos hombres llevan trajes de pobre confección de color marrón que me recuerdan a los que llevaría un funcionario de ventanilla con pretensiones.

No sonríen. Sus ojos escudriñan el apartamento por encima de mi hombro y tras sendas gafas de sol.

Otra pista es que conozco a casi todos los vecinos de la urbanización, pero a estos dos no los he visto nunca. Eso me preocupa. Algo me huele mal. Sé que yo no he hecho nada, por supuesto, pero aún así siento un hormigueo en el estómago que dice: «soy inocente pero me siento culpable».

Sé que han venido por las dos mujeres muertas.

«Solo quieren hacer algunas preguntas al guionista de la serie —me digo, buscando el lado positivo—. Lo has escrito mil veces: policías que visitan e interrogan a posibles testigos hasta que dan con un cabo suelto del que tirar».

Esbozo una sonrisa de falsa preocupación y me dirijo hacia ellos.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—¿Es usted Antonio Galán? —pregunta el más alto, sin duda el de rango superior.

—Sí.

Mira a su compañero, que es bajo, robusto y sin cuello ni cabello. Tiene una cabeza con la forma de corteza de aguacate, y su piel también es áspera y oscura, lo que aumenta la percepción. Lleva una chaqueta que no le queda del todo bien, y no lo hace, observo, porque tiene una pistola bajo la axila izquierda.

—Soy el detective Marcus Trent —dice el alto. Saca la placa y después señala a Aguacate—. Él es el detective Jerome Booker.

Booker también saca su identificación. Me las muestran. No sé por qué lo hacen. Me pregunto cuánto puede costar conseguir identificaciones falsas. Me percato de que estoy medio desnudo, aunque a ellos no parece importarles.

El que se ha presentado como Marcus Trent se quita las gafas —tiene los ojos extremadamente claros— y me tiende la mano. No me atrevo a negársela a alguien tan importante como un agente de la autoridad. La siento como una viscosidad. En cambio, sí lo miro a la cara para expresarle en silencio, con la luz de mis ojos, que soy inocente.

Siento que me está examinando a fondo; solo le falta inspeccionarme la dentadura y comprobar mis herraduras, como se hace con los caballos.

No tengo ni idea de lo que ocurre y tampoco me atrevo a preguntarlo. Tengo la inocencia de mi parte, pero la ficción nos enseña que, cuando dos agentes llaman a tu puerta, lo que sigue no es prometedor. Por un instante se me ocurre, tengo la esperanza, de que hayan venido por el asunto de mi ataque al chico de la camiseta de Kobe Bryant. Ojalá se trate de eso, me digo. Se resolvería con una multa, con un juicio rápido como mucho. Pero algo me dice que están aquí por otra cosa, por algo más grave.

Me percató de que, antes de soltarme la mano, se queda mirándola. Yo hago lo propio. Mis nudillos siguen despellejados. Mierda, eso no me ayuda.

—¿Dónde estuvo la noche del sábado pasado, señor Galán? —pregunta Trent.

Ante una pregunta como esa, deberían haber sonado todas las alarmas. Debería haberles dicho inmediatamente quién soy yo y que no respondería a ninguna pregunta sin la presencia de un abogado de la productora. Pero eso me convertiría de facto en sospechoso. Y soy inocente, maldita sea. Además, ¿un abogado de la productora? Lo más probable es que haya sido precisamente la productora, con Evelyn a la cabeza, tal vez el mismísimo Kip, quien me haya vendido a la policía. Ojalá Hada estuviera aquí. Ella sabría qué contestar.

Yo me limito a asentir y responder:

—Estuve en casa.

Entonces caigo: ¿por qué esa noche? ¿Qué ocurrió el sábado pasado?

—¿Puede confirmarlo alguien?

Bajo la mirada hacia Alfred, que nos mira, echo un ovillo, desde su cama.

—Creo que no —contesto—. ¿Qué está pasando?

—Será mejor que nos acompañe —vuelve a hablar Trent.

Y yo vuelvo a tragar saliva.

Cuando un policía te da una orden, tu instinto inicial es complacerlo. Es inevitable.

—¿Me dan un minuto para que me vista?

Me lo dan.

Esperan pacientemente en la puerta a que termine de vestirme y salimos fuera. La dirección de Chase Donovan ya se ha esfumado con el vaho del espejo del baño, aunque los agentes tampoco hacen por entrar y registrar el piso. No parecen interesados en lo que hay aquí dentro, sino en lo que tengo que decir.

El sol cae de lleno. El alto entorna los ojos y se pasa la mano por la frente perlada. Aguacate no parece dispuesto a dar esa satisfacción a nadie.

—¿Puedo preguntar adónde vamos? —insisto.

—No tardaremos.

—Eso no parece un sitio.

Ambos agentes cruzan sus miradas. Intento dar la impresión de que no pienso ponérselo fácil. Aguacate arruga el rostro y emite un gruñido desagradable.

—Vamos a comisaría —dice Trent. Nos disponemos a cruzar la calle, al otro lado de la cual hay un Chevrolet Monte Carlo gris algo desgastado. Me fijo en que tiene una rejilla de separación en su interior, para aislar a los pasajeros que van en los asientos traseros. Dios mío.

—¿Saben quién soy?

—Sí —dice Booker, el Aguacate, hablando por primera vez. Su voz es tan rugosa como su piel. Tose y escupe una flema al suelo—. ¿Quiere que nos arrodimos y le besemos la mano?

No me gusta su actitud, pero no me conviene empeorar las cosas.

—No quería decir eso.

—Mejor para todos.

Trent abre la puerta trasera del vehículo y me invita a pasar, con cortesía justa y sin una pizca de amabilidad. No tengo alternativa, así que entro. Trent rodea el coche hasta ocupar el asiento del conductor. Cuando lo hace, su compañero, adoptando claramente el papel de poli malo, me está observando por el retrovisor.

—Es usted el que escribe los capítulos de la serie *El asesino de novias*, ¿correcto? —pregunta Trent, arrancando e incorporándose al carril.

—Soy el guionista.

—Lo que sea —interviene Aguacate—. Ya me está tocando los huevos, ¿sabe?

—¿Perdón?

—Escritor, guionista, es lo mismo. ¿Le parece que estamos en una jodida lección de semántica?

Al principio creo que se trata de una pregunta retórica, pero veo que sus ojos me miran esperando una respuesta. Finalmente digo:

—No, claro que no.

—Pues atienda: hay dos cadáveres. Mujeres casadas. Asesinadas exactamente de la misma manera, y dejando las mismas pistas que como usted lo escribió.

Asiento con la cabeza para dejar patente que estoy al corriente.

—Bien. Pues ahora en comisaría va a contestar a todas nuestras preguntas sin rechistar, si no quiere acabar mal.

—¿Eso es una amenaza?

—Nadie está amenazando a nadie —interviene Trent sin dejar de mirar a la carretera a través de sus enormes gafas de sol.

Pero el comentario de Aguacate me ha encogido las entrañas. Acabar mal, en los labios de un policía malhumorado, es sinónimo de acabar detenido. El asunto tiene mala pinta.

Ya está toda la prensa lo bastante encima de la productora como para provocar un nuevo escándalo con la detención del guionista principal de la serie, aunque sea un escándalo sin fundamentos. Eso a ellos les da igual. Y a Evelyn Crowe, también. Supondría mi despido inmediato y el fin de mi carrera.

—Ayudaré en todo lo que pueda —digo en son de paz.

Veo que Trent mueve la cabeza como asintiendo.

—Bien, esa es la actitud, señor Galán.

—Por supuesto. Lo último que quiero es tocarle los huevos a nadie.

No estoy seguro, pero creo que mi comentario le ha provocado una sonrisa. Al mirar por el retrovisor, los ojos de Aguacate han desaparecido. Está mirando por la ventanilla en silencio.

No hablamos más en todo el trayecto. Tengo miedo de que enciendan la sirena. No me gustan las sirenas. Pero apenas hay tráfico esta mañana, así que me libro. Tampoco me han puesto las esposas, lo cual me tranquiliza una pizca.

Menos de diez minutos después, estamos bajando del coche en el aparcamiento de comisaría. Todo pasa muy deprisa. El cambio de temperatura al atravesar la puerta giratoria, las miradas de los agentes a nuestro paso por el vestíbulo, recorrer el largo pasillo en silencio, las escaleras que bajan al sótano, el eco de nuestras pisadas, y finalmente, la pequeña sala de interrogatorios. En cualquier otro momento de mi vida, estaría tomando notas sin parar, pues todos los escritores sueñan con visitar el corazón de una comisaría real.

Pero hoy no.

Hoy estoy acojonado.

Estoy sentado en una mesa de interrogatorios. Es metálica, como en *El asesino de novias*, y por un instante me pregunto si rodarían la serie en esta misma comisaría. Rápidamente me digo que es una ocurrencia absurda. La escena me recuerda a la cita en el juzgado, la mañana en que Patricia y yo firmamos los papeles del divorcio. Otra ocurrencia absurda. Espero que me ofrezcan un café. Trent lo hace. Está fuerte, amargo y servido en un vaso de cartón, por supuesto.

Trent y Booker, alias el Aguacate, se sientan frente a mí. Ya no llevan puestas las gafas de sol. Cuento los segundos hasta que uno de ellos se afloje el nudo de la corbata. Booker es el primero.

—Señor Galán, tenemos razones para pensar que el asesino de las chicas es alguien relacionado con la serie.

—De acuerdo —digo, porque no se me ocurre una respuesta mejor.

Trent tiene varios papeles sobre la mesa. Toma un taco, sus hojas unidas por finas anillas de plástico, y me lo acerca con suavidad, como si pudiera quebrarse al roce con el metal.

—Este es un informe redactado por el jefe del instituto forense. Corresponde a Barbara Cole, la segunda víctima.

En mi mente se dibuja una liga de novia.

—Aham.

—El informe dice muchas cosas que ya sabíamos y alguna cosa que no sabíamos.

Trent se detiene para observar mi reacción. Ojeo el informe por encima. Casi todo son fotografías, tanto de antes como de después de la autopsia. No me paro en ninguna o vomitaré. Finalmente asiento y deposito el taco en la mesa. Dejo que continúe.

—Una cosa que no sabíamos es que, debido al *livor mortis* del cadáver, el asesinato tuvo que cometerse el sábado pasado, hoy hace ocho días.

Ahora cobra sentido la pregunta respecto a esa noche en la puerta de mi casa. Experimento un escalofrío al darme cuenta de que con mi respuesta de antes he admitido carecer de coartada.

—¿Sabe adónde queremos ir a parar, Galán? —me pregunta Jerome Aguacate Booker.

—No muy bien —respondo, aunque me hago una idea.

—El segundo capítulo se emitió el domingo, el día después de que mataran a Barbara Cole —prosigue Trent, pasando rápidamente las hojas del informe forense—. De modo que podemos descartar que el asesino sea un fan de la serie. Le recuerdo que hemos empezado este interrogatorio diciendo que tenemos razones para pensar que el asesino es alguien relacionado con la serie. —Lo admite, así que es oficial: me están interrogando—. Bien, esta es la razón. De modo que no es que pensemos que el asesino esté relacionado con *El asesino de novias*. —Se inclina para perforarme con la mirada—. De hecho, estamos seguros.

Mi sospecha es cierta. Tengo la súbita esperanza de que estoy aquí en calidad de colaborador, y no de sospechoso. Estoy a punto de hablarles de Chase Donovan, el actor secundario que fue misteriosamente despedido por la productora y que ayer escapó de mí sin motivo aparente, cuando la conversación vira el rumbo. Las frases intercambiadas a continuación me harán cambiar de parecer:

—Antes de ir a su casa, hemos indagado un poco sobre usted —dice Trent.

Ladeo la cabeza. Algo no me gusta.

—OK.

Booker me lanza un papel, que se desliza por la mesa hasta llegar a mí. Me fijo en que es una fotografía. Concretamente, un primer plano de una mujer. Una mujer preciosa.

Siento que me hundo en la silla.

—Hemos sabido que estuvo casado con... —Se detiene para leer de su bloc de notas—, Patricia Llanos. Madrileña, como usted. Se divorciaron antes de que usted viajara a Los Ángeles. ¿Es correcto?

Patricia me sonrío. La foto no me suena. Tal vez la hayan obtenido de su perfil de Facebook, no lo puedo saber porque ella me tiene bloqueado. No obstante, parece actual. Está tan bella y venenosa como la recordaba. Mis ojos se pierden en su melena de fuego, más ondulada que como la llevaba cuando estábamos juntos, a lo Julia Roberts en *Pretty Woman*. Me encantaba entonces y lo sigue haciendo ahora.

Es como si, quien escogió la fotografía, estuviera pensando: «que se fije en el pelo». Acabo de tener una idea. Me estremezco.

Siento las miradas de los agentes clavados en mí.

—Sí, todo eso es verdad. Patricia Llanos es mi exmujer —confirmo—. ¿Qué tiene que ver con nada de esto?

—¿Por qué lo dejaron?

Cierro los ojos. Pienso en las broncas, las peleas, los reproches. Mis cambios de humor. Su egoísmo. Y mi egoísmo. *Afrontaremos esto juntos*. Pienso en lo difícil que es todo cuando cargas con una losa pesada las veinticuatro horas del día.

Trato de no llorar.

—A veces las cosas no salen bien, eso es todo. ¿Podemos volver al tema de los asesinatos, por favor?

—Volveremos cuando lo digamos nosotros. ¿Por qué acabaron la relación usted y la señora Llanos? —vuelve a la carga.

Les hablo de mi enfermedad. De los tratamientos. Y de los cambios que todo ello trajo a nuestra vida en pareja.

—Debe de ser difícil convivir con una enfermedad así. Háblenos de ella —me pide Trent.

Me sorprende su interés. Casi nunca hablo de mi situación con nadie, a excepción de Peter y de mi médico, por motivos obvios. La gente tampoco pregunta. He reflexionado mucho sobre esto. Mi conclusión es la siguiente: ellos creen que, hablando de la enfermedad, le darán a esta poder sobre mí. Y que, si no la mencionan, desaparecerá de mi cabeza. Como si eso fuera posible. Eso, al menos, es lo que se dicen a ellos mismos. La realidad es que temen que me derrumbe delante de ellos, les incomoda la posibilidad de verse expuestos a un momento embarazoso. Ocurre lo mismo con la gente viuda. Nadie quiere preguntar a un viudo por su estado de ánimo.

Pero Marcus Trent ha preguntado. Y Jerome Booker espera mi respuesta recostado en su respaldo, con los brazos cruzados y sin pestañear.

Así que me lanzo a hablar. Qué narices, podría ser reparador.

¿Por dónde empezar? Supongo que por el diagnóstico oficial.

El resultado de la punción lumbar fue definitivo: esclerosis múltiple.

Trent se interesa por las características de la enfermedad.

Lo he explicado tantas veces que ya me lo sé de memoria. Mi sistema inmunitario está averiado y ataca la mielina por error.

—Antes de que lo pregunte, la mielina es el material que rodea y protege nuestras fibras nerviosas —aclaro—. Al verse dañada, se producen interferencias en la transmisión de señales eléctricas entre mi cerebro y otras partes del cuerpo, lo que puede resultar en una amplia gama de síntomas neurológicos. En mi caso: visión túnel (veo la vida como si llevara puesto un casco de moto de manera permanente), hormigueos en las extremidades, calambres en el cuello y cojera

transitoria.

Mi mente viaja de vuelta a aquel día, en la consulta de la médico. Es inevitable. Recuerdo que, con el diagnóstico en la mano, me estaba costando horrores contener las lágrimas. Así que, para evitar el ridículo, me disculpé para ir al servicio, me encerré en uno de los baños y lloré. Lloré mucho. Recuerdo los techos. Siempre que me han jodido he mirado al techo, supongo que buscando explicación o consuelo. El techo de ese triste baño de hospital tenía una lámpara fluorescente. Pero ¿a quién le importa eso? ¿A quién le importaba mi terrible enfermedad? No podía parar de llorar. Se me acumulaba la saliva en la boca y los mocos en el surco nasolabial. El hipo era incontrolable.

Quería recuperar mi vida.

Desde niño, me había peleado todos los días para tener un futuro digno. No era un chaval listo ni delicado; no sabía hablar en público, ni practicar ningún deporte, y balbuceaba cada vez que me armaba de valor para dirigirme a una chica. No sabía hacer nada que no fuera inventar historias, y eso lo descubrí años más tarde. Pero lo que siempre tuve fue muchísima fuerza de voluntad y fe en mí mismo. Tenía cojones. Me había rendido a la vida. Y me había ganado mi futuro digno. Me mantenía en forma, nunca probé un cigarro, seguía una dieta equilibrada y pasaba revisiones periódicas. Había hecho todo lo que se supone que hay que hacer, joder. Y ahora, esa médico de universidad privada me lo arrebatava todo. Cuando te dan una noticia así... Dios, sabes que nunca volverás a ser el mismo.

—Lo siento mucho —dice Trent cuando termino de hablar.

—Sí —añade Booker. La corteza del aguacate ya no parece tan rugosa.

Como si pudieran hacerse una idea.

—¿Puedo irme ya, agentes? —pregunto.

Veo que Trent y Booker intercambian una mirada. Trent se encoge de hombros y Booker, retomando su papel de poli malo, recoge el testigo.

—Lo que sabemos hasta ahora sobre el asesino de novias es lo siguiente —Booker alza una mano abierta y empieza a bajar dedos a medida que habla—: Conocía el contenido de la serie antes de que los episodios se emitieran, y casualmente, usted es el guionista; los asesinatos se cometieron a tres y cinco manzanas de su apartamento, respectivamente, lo que podríamos decir *a tiro de piedra*, teniendo en cuenta que estamos en una de las ciudades más pobladas del planeta; las dos víctimas son pelirrojas, y su exmujer, con la que terminó peor que mal, también lo es. Por cómo ha reaccionado cuando ha visto la fotografía, es evidente que la herida sigue abierta. Todo esto carecería de importancia si contara con una coartada sólida para el sábado por la noche, pero, en fin —chasquea la lengua—, resulta que no la tiene.

La temperatura de la sala baja diez grados. Me digo que, al fin y al cabo, estamos en un sótano. Intento mantener la calma.

Booker se vuelve hacia la puerta. Allí hay un guarda cuya presencia ni siquiera he advertido. Aguacate le hace una seña con las cejas e inmediatamente, como si obedeciera a un comando informático programado en su procesador interno, el guarda se acerca a mí.

—Debido a todo lo anterior —habla ahora Trent. Su tono se ha endurecido y parece un juez severo—, es usted el principal sospechoso de los asesinatos de Lucy O'Brien y Barbara Cole. —El guarda me pone las esposas. No soy capaz de reaccionar.

—Estoy... ¿detenido?

—Retenido, si lo prefiere.

—No pueden hacer esto —protesto. Ya estoy de pie y con los hombros firmemente agarrados por las manos del guarda.

Trent también se ha puesto de pie. Acerca su cara a la mía. De estar fumando, me echaría el humo a la cara.

—Tranquilícese, es una mera comprobación.

—¿Comprobación para qué?

Oigo que Booker se ríe, pero no puedo verlo porque está detrás del guarda y de mí.

—Esta noche se emite el tercer episodio —explica Trent, a quien se le ve molesto con la situación—. Si aparece una tercera víctima, Dios no lo quiera, significará que usted es inocente y lo dejaremos ir.

—¿Y si no hay un nuevo cadáver? —Me estremezco solo con preguntarlo.

—Si no hay nuevo cadáver, señor Galán, tendrá que rendir cuentas con un juez.

Día de emisión del tercer episodio. Comisaría de policía. Noche.

Un miedo repentino me invade un instante antes de abrir los ojos y ahogar un grito. Es todo cuanto me concedo desde que percibo (o quizá sería más exacto decir que *no percibo*) mi brazo izquierdo, hasta que comprendo que es simplemente el resultado natural de haberme quedado dormido sobre él. Entonces cierro los ojos, me repito que todo está bien y me concentro en mi respiración mientras experimento el incómodo hormigueo que anuncia que la sangre comienza a fluir de nuevo por la extremidad.

Es fácil convivir con el miedo. Aprendes a controlarlo.

Pero no siempre ha sido así.

Cuando mi ritmo cardíaco vuelve a sus niveles normales y me aseguro de que no estoy sufriendo un nuevo brote, abro los ojos y miro a mi alrededor. La celda parecía más grande y cálida antes, por la tarde. A pesar de que carece de ventanas, sé que aún es de noche por la disminución del número de guardias.

El cansancio me cae encima de repente. Me siento en el único banco de la celda y espero. «Hace tanto frío aquí...», pienso, recordando mi cálido salón donde el agua caliente fluye bajo la tarima, gracias a la instalación de suelo radiante. En el calabozo de comisaría, sin embargo, hay poco calor. Aquí los muros son fríos, y el suelo, más aún.

Las rodillas me arden y, una vez pasado el momento de incertidumbre desde que la pareja de policías me encerró aquí, empiezo a acusar el estrés; apenas siento las manos y mi vista ha perdido facultades. Según los expertos, el estrés es uno de los detonantes principales para la aparición de nuevos brotes o la agudización de los ya existentes. También la falta de sueño. No sé cuánto tiempo habré dormido. Puede que horas, puede que diez minutos. Es imposible calcularlo.

«Trata de descansar», me digo, recordando mi conversación con Norman Fisk.

Fisk es el abogado que me ha facilitado la productora para mi complicada situación, lo cual tiene distintos puntos de vista: lo bueno es que cuento con la ayuda de un profesional experimentado sin la necesidad de solicitar a un funcionario; lo malo es que Evelyn Crowe está muy al tanto de mi problema, lo cual, intuyo, acabará por generarme aún más.

No es la primera vez que Evelyn intenta ayudarme.

—En la productora tenemos grandísimos profesionales que podrían ayudarte: psicólogos, fisioterapeutas, nutricionistas... —me dijo Crowe una vez, cuando se enteró de mi dolencia. Kip Dolan, cómo no, estaba con ella—. Solo tienes que decirlo y moveré algunos hilos.

—Ya tengo un fisio magnífico —repliqué en el acto, refiriéndome a Peter; solo el pensar en estar en deuda con esa mujer me provocaba temblores. Por otro lado, no quería hablar de mi problema allí, con aquella gente. Confiaba poco en Evelyn y nada en Kip. Bajo ningún concepto iba a permitir que vieran mi dolor.

No volvieron a ofrecerme ayuda en ese sentido, aunque desde entonces, siento que mantienen mi enfermedad como un bien preciado, un arma secreta que sacar en el momento oportuno para mantenerme callado, o quieto, o invisible.

Antes, nada más ver a Norman Fisk aparecer por el pasillo del calabozo, me ha venido a la mente un huevo. Era un hombre regordete, perfumado en exceso y completamente calvo. Solo un bigote gris y anticuado cubría su piel. No llevaba corbata pero sí americana, y su camisa parecía soportar demasiada presión, especialmente a la altura de la tripa. Su rostro estaba sonrojado y brillante a la luz del halógeno, como si viviera con estrés crónico. Daba la impresión de estar permanentemente enfadado.

Se ha mantenido a un metro de distancia de los barrotes, mientras que yo me aferraba a ellos con desesperación.

—¿Cómo está? —me ha preguntado.

—Mal, como podrá imaginar.

—¿Su primera vez entre rejas?

—Sí.

—Trate de relajarse.

—Estoy agotado.

—Es normal. Cualquiera lo estaría en su situación.

He hecho una mueca, aunque tratando que no se me notara el cabreo. Era por esa palabra. «Cualquiera». Es así, con esa palabra de mierda, como reaccionan todos.

¿Estás cansado? Yo también, todos llevamos una vida de locos.

¿Te duele la cabeza? Es normal, a mí también me pasa con los cambios de clima.

¿Preocupado? Cualquiera lo está con cómo va el mundo.

Perdón pero no, no es lo mismo. No tienen derecho a situarse a mi nivel, y punto. No tienen ni idea de lo que se siente al vivir en un cuerpo como el mío. Es lo que no entienden. Cuando digo que estoy cansado, no lo digo por decir, o por quejarme, o porque busque compasión. Lo digo porque hay días que literalmente no puedo levantarme de la cama. A veces, el simple movimiento de los labios para dibujar una sonrisa, se me antoja como una maratón.

—¡Pues vete a la fundación, con los que te entienden! —se enfadaba Patricia cada vez que le reprochaba su poca comprensión. Entonces yo salía de casa dando un portazo, pero no iba a la fundación, sino a perderme por la ciudad, a solas.

Así es como empecé a disfrutar de la soledad. Estando solo no hay enfados, ni incomprensiones. Nadie te dice *Yo también* ni *Cualquiera*.

Pero hoy no he podido irme dando un portazo y desaparecer de la vista de ese abogado. Es lo que tienen los calabozos.

Fisk pronto ha empezado a darme largas explicaciones sobre mis derechos. Me ha tranquilizado al mencionar que, por ley, solo podían retenerme durante cuarenta y ocho horas. Pero ha vuelto a dejarme hecho un flan cuando me ha advertido de que todo puede cambiar en función de lo que pase tras la emisión del episodio de esta noche.

—Esto no debe trascender bajo ningún concepto —ha insistido—. Imagínese el escándalo si la prensa se hace eco de que el guionista principal de *El asesino de novias* está detenido.

Aún me pregunto si esa frase era suya o la ha copiado de Evelyn Crowe.

Cuando por fin ha terminado de hablar y me ha llegado el turno, le he preguntado sobre la reacción de la gente respecto al tercer episodio:

—La gente no para de hablar del tema. Se han organizado quedadas para verlo, y muchas mujeres casadas han decidido quedarse en casa toda la semana. Ya sabe, por si acaso.

—¿Cuál es su estrategia?

Me ha mirado desde las profundidades de su bigote.

—¿Estrategia?

—¿Cree que podrá sacarme?

Ha dudado un segundo antes de responder.

—Está en un calabozo, Galán, no en la cárcel. No pueden retenerlo por más de cuarenta y ocho horas, como le he explicado.

—¿Y hasta entonces?

—Deberá permanecer aquí. Procure entretenerse.

—¿Y si el asesino no vuelve a matar?

—Entonces me temo que dará comienzo un largo proceso judicial.

—Pero ¡yo no he hecho nada malo!

—Está el tema de la proximidad de su vivienda con el lugar donde se cometieron los asesinatos.

—Vivir cerca del lugar de un crimen no convierte a nadie en asesino.

—Usted escribió ese guion, señor Galán. Hay quien diría que es usted el autor intelectual de los dos crímenes.

—Escribir no es matar, y usted lo sabe.

—Yo lo sé, pero ¿lo sabrá el juez?

—¡Gilipollecés! —he exclamado, desatado—. Esto es absurdo.

Fisk, encogiéndose de hombros, pero sin fingir que mi caso le preocupaba menos que una sesión en el Senado:

—No sé qué más decirle.

—¿Puede hacerme un favor?

—Depende de lo que sea. Pruebe a ver.

Le he dado los números de Hada y de Peter.

—Por favor, llámeles e infórmeles de mi situación.

Ha prometido hacerlo mientras cogía su maletín. Estaba preparándose para irse, cuando se ha detenido y se ha vuelto desde el hueco del pasillo:

—Señor Galán, ¿hay algún detalle que no me haya confiado? Es importante que lo sepa todo.

Ha habido un silencio. Lo he mirado fijamente y después le he dicho:

—Pues sí, hay algo.

Fisk ha vuelto a acercarse a la reja. Instintivamente, yo he soltado los barrotes.

—Es sobre la noche del sábado pasado, cuando se supone que mataron a la segunda chica —he dicho.

—Barbara Cole.

—Sí.

—¿Qué pasó?

—La policía me ha preguntado dónde estaba esa noche. Les he dicho que estuve en casa.

—¿Puede probarlo alguien?

—Es lo que me preguntaron. No, nadie puede atestiguar a mi favor en eso.

—Entonces no es una coartada fiable.

—Sobre todo porque no es verdad.

—¿Cómo dice?

—Mentí. Esa noche no podía dormir, así que salí a dar una vuelta.

—¿De madrugada?

—Sí, era tarde.

Vuelve a juzgarme con esa mirada de morsa.

—Señor Galán, debe decirme la verdad. ¿Mató usted a esas chicas?

—¡No!

Parecía conforme, pero ¿quién sabe, tratándose de un abogado en nómina de Evelyn Crowe? Las últimas palabras que me ha dedicado hablaban sobre que nadie debía conocer esa información, y que, de ser así, estaría completamente acabado.

Desde que se ha ido, he estado completamente solo. Ahora la oscuridad de la celda parece tragarse no solo la luz, sino también el tiempo, haciendo cada segundo interminable.

No me da miedo la soledad, eso lo aprendí tras el diagnóstico. Cuando la vida te golpea tan de repente y sin piedad, te vuelves una persona resiliente, no queda otra. Si había de estar solo, me prometí, convertiría la soledad en mi armadura. Y así lo he hecho desde entonces.

Antes de aquello, la sola idea de estar encerrado en un calabozo me habría vuelto loco, pero ahora no es así.

Tampoco me da miedo la muerte, ya no. Y si lo hace, he aprendido a vivir con él. Como decía, es muy fácil convivir con el miedo. Te acostumbras. Y si tienes un sentido trágico de la vida y sabes que tarde o temprano vas a morir, hasta llegas a disfrutarlo. Pero esto es diferente. Digamos que esta situación tiene un punto adicional de horripilancia. Y es que nunca he tenido que cargar con muertes ajenas.

Dos muertes hasta la fecha. Tal vez a estas horas ya se haya producido la tercera.

Mientras el silencio se instala como un huésped más en la celda, mis pensamientos empiezan a desbordarse como un río en época de lluvias. Recuerdo el rostro de Lucy O'Brien y Barbara Cole, dos mujeres cuyas vidas se han apagado bajo circunstancias horrendas, circunstancias que, de alguna manera, hay quien cree que yo he propiciado con palabras tejidas en un guion.

¿Acaso las palabras pueden ser tan poderosas, tan fatales?

Es absurdo.

«Un guionista escribe tramas, no destinos», me repito. Pero, en la fría soledad de esta celda, la línea entre ficción y realidad se vuelve dolorosamente borrosa.

Permanezco varios minutos sentado, respirando profundamente y procurando serenarme. Estudié técnicas de relajación y autoconocimiento durante las sesiones con el psicólogo de la fundación después de ser diagnosticado. La meditación era parte importante de lo que aprendí, y, sin embargo, nunca acabé de entender los principios básicos. Mi mente tendía a perderse en divagaciones. Ahora, encerrado en mi celda, trato de poner en práctica las reglas más elementales. Cierro los ojos. Aspiro despacio por la nariz, haciendo bajar el aire de modo que solo el vientre se dilate. Suelto el aire por la boca, más despacio aún, vaciando los pulmones.

«Muy bien —me digo—. Una vez se lleve a cabo el tercer asesinato y me dejen libre, ¿cuál será el próximo paso?»

La primera respuesta que emerge a la superficie es la más elemental: rendirme. «Abandona aunque te cueste, Toni. Empieza de cero en otra parte. Todo esto te supera. Y no solo por las

muertes de esas chicas; el ambiente de la productora no es para ti. En realidad, nunca quisiste trabajar para una serie de televisión. ¡Tú eres escritor! Te has metido donde no debías y ahora, han matado a dos mujeres inocentes, si no a más, y les han cercenado un dedo. Aprende la lección y abandona en cuanto puedas.»

¿Y luego qué? ¿Dejar el trabajo de guionista? ¿Abandonar la serie? De haberlo hecho así desde el principio, de no haber aceptado este trabajo, Lucy O'Brien y Barbara Cole seguirían vivas.

Esta idea hace que algo se desmorone en mi fuero interno. Abro los ojos. El corazón empieza a martillar de nuevo. Ya no hay marcha atrás. Lo hecho, hecho está.

Me pongo de pie, tratando aún de mantener la calma. Debo ser frío y analítico. Tengo que descubrir alguna pista en los últimos acontecimientos. Olvidar el horror, aunque sea por un instante. Olvidar el hecho de que quizá todo esto es por mi culpa. Autoconvencerme de que mi guion es solo una especie de manual de usuario del terror, y no el causante de todo el mal cometido.

Me obligo a pensar en los indicios.

Primer indicio: Barbara Cole murió antes de la emisión del segundo episodio, su autopsia lo evidencia. Eso confirma algo que ya sospechaba: el asesino de Cole, que supuestamente también es el de O'Brien, no solo es un depravado, sino que también conocía los detalles de la trama antes de su emisión. Conclusión: es alguien que trabaja (o trabajó) en la serie.

Hasta aquí perfecto. ¿Qué más?

Segundo indicio: El hecho de que las dos víctimas fueran pelirrojas, lo cual no concuerda con los acontecimientos de la serie. ¿Guarda este dato alguna relevancia, o es una mera coincidencia? Los agentes Trent y Booker usaron ese dato en mi contra, aludiendo al color del pelo de Patricia, que también era pelirroja. Este dato, ¿lo conoce también el asesino? Y, de ser así, ¿lo estará utilizando para martirizarme? Sin embargo, ¿cómo podría saberlo?

Es una hipótesis tan interesante como inquietante, pero no puedo confirmarla hasta que hable con el asesino, lo cual es imposible.

Estoy en un callejón sin salida, al menos por el momento.

Tercer indicio, que se relaciona con el primero: El asesino es alguien que trabaja (o trabajó) en la serie. Vale, ese matiz temporal es importante. Una vez confirmado esto gracias a la autopsia, el nombre de Chase Donovan vuelve a surgir en mi cabeza con más brillo que nunca. Cumple con la condición de haber trabajado para la serie, y además fue despedido de manera poco convencional y por motivos que se desconocen, de modo que cuenta con un móvil para vengarse de la productora. Por otro lado, respondió con evasivas cuando empecé a hacerle preguntas al respecto y salió corriendo en cuanto tuvo la oportunidad. ¿Por qué huiría, si no tenía nada que ocultar? ¿Acaso se comportaría así alguien inocente?

Pienso en las motivaciones del asesino (Donovan, o quien sea) para perpetrar los asesinatos. Hemos dicho que se sustentan en la venganza contra la productora, personificada en Evelyn Crowe. Por otra parte, quizá las muertes hayan tenido el efecto contrario. Ya lo adelantaba Evelyn el otro día: las cifras de audiencia están subiendo como la espuma. Quizá este hecho haga que el asesino entre en pánico y rectifique, interrumpiendo la cadena de muertes al ver que su macabro plan está obteniendo los resultados inversos. O tal vez esté al corriente del plan de la policía al retenerme en esta celda, lo cual podría llevarlo igualmente a detener las muertes.

Siento como si se me licuaran las entrañas. La incertidumbre de la espera rasga cualquier intento de calma que la meditación pueda ofrecerme.

En cualquiera de los dos casos, si el asesino deja de matar y no se encuentra un tercer

cadáver esta noche...

Rememoro las palabras de Norman Fisk:

«Entonces me temo que dará comienzo un largo proceso judicial».

La noche transcurre lenta y pesadamente en el interior de la celda. El silencio se quiebra ocasionalmente por el crujir de las puertas y el murmullo de los guardias. Consigo dormir a ratos, pero la espera es insoportable. Con cada ruido de una puerta, abro los ojos y me inclino con la esperanza de que esta vez sí vengan a sacarme de aquí.

Lo peor es la incertidumbre. El no saber si será dentro de cinco minutos o en unas horas. Cuarenta y ocho como máximo. Es lo que dijo Norman Fisk sobre el número de horas que, según la ley, pueden retenerme sin una prueba legal en mi contra.

Cuarenta y ocho horas pueden hacerse eternas en un calabozo.

Pienso en los rostros de aquellos que me han ayudado y de los que me han traicionado. Las palabras de apoyo y las miradas de sospecha parecen fundirse en un murmullo indistinguible. ¿Quién me cree inocente? Hada, tal vez Peter. ¿Quién ve en mí al creador intelectual de esos crímenes atroces? Posiblemente, el resto del país. La espera me consume, alimentando la amarga ironía de que, mientras en un tiempo intentaba entender las motivaciones de un asesino para mis historias, ahora debo desentrañar las intenciones detrás de cada mirada y cada palabra dirigida hacia mí.

—¡Acúsenlo o suéltelo! —oigo que alguien grita desde el fondo del pasillo. Es Fisk. Me levanto del colchón y me acerco a los barrotes. Nunca pensé que me alegraría tanto ver a ese picapleitos panzón.

Entonces caigo de repente, y siento que mis rodillas flaquean hasta el punto que tengo que agarrarme a los barrotes. Si Fisk ha dicho eso, significa que...

—¿Cómo está? —me pregunta al situarse frente a mi celda. Marcus Trent llega detrás de él. Su rostro está desfigurado.

—¿Qué ha pasado? —les pregunto a los dos.

—Ha vuelto a matar —explica Fisk, frío como el mármol. Sus palabras hacen detonar otro explosivo en mi interior—. Así que no tienen motivos para retenerlo más tiempo. Es usted libre.

—Espere un momento, letrado —interviene Trent, llevándose dos dedos a las sienes. Es evidente que no atraviesa su mejor día.

Fisk se vuelve hacia él como movido por un muelle. No va a dejarlo hablar, es un perro viejo.

—El asesinato de esta noche exime a mi cliente de cualquier culpa o posible sospecha —dice—. Ya no tiene motivos para retenerlo más aquí, de modo que insisto: o lo acusa, o lo libera.

Observo perplejo cómo los dos hombres discuten sobre mi destino como si fuese una pieza de ganado. Sé que está mal, pero mi alma se enciende radiante cuando Norman Fisk gana la batalla legal.

La puerta de la celda suelta un chirrido agudo al abrirse. Son las nueve y cuarto cuando me

devuelven el teléfono móvil y miro la hora. Menos de treinta minutos después, estoy saliendo por la puerta de la comisaría acompañado de mi abogado. El rostro de Trent es la viva imagen del abatimiento cuando, desde las escaleras que bajan a la calle, vuelvo la cara y lo veo perderse en las sombras del edificio.

Me complace la sensación de aire fresco de la mañana en el rostro. Entonces trato de asimilar los últimos acontecimientos. Entre las acusaciones de la policía y mi liberación antes de lo previsto, casi se me ha olvidado de lo ocurrido esta noche. El asesino ha vuelto a matar, y ya son tres las víctimas mortales.

Tengo que esforzarme para contener un nuevo vómito. No quiero montar el numerito aquí, a las puertas de la comisaría y delante del abogado. Pero es que el crimen del tercer episodio era tan...

«Respira, Toni».

Maldigo a todos aquellos que alguna vez, a lo largo de mi vida, me aconsejaron, de una manera u otra, escribir de la manera más morbosa y sádica posible. Ojalá nunca hubiera escrito ese guion. ¡Ojalá nunca hubiera escrito nada!

«Respira...»

—Señor —digo mientras Fisk y yo cruzamos el aparcamiento. Él se detiene—. Este nuevo crimen... —me cuesta encontrar las palabras apropiadas—, ¿ha replicado...?

—¿El asesinato del tercer episodio? —termina Fisk la pregunta por mí.

Yo asiento en silencio, porque su expresión no deja margen para la duda. Aun así, es cauto con los detalles:

—Elena Fring fue encontrada sin vida con la cabeza metida en la chimenea. Estaba atada de pies y manos y le habían cercenado el dedo de la alianza. Un velo de novia coronaba su cabeza calcinada. —Carraspea—. Según primeros indicios del forense, le suturaron el velo a la frente antes de ser quemada viva.

«Respira.»

Fisk ofrece acercarme a algún sitio. Le agradezco el gesto y también su apoyo en estas últimas horas extrañas, pero rechazo su ofrecimiento. Me apetece pasear. Necesito respirar. Y pensar.

Una vez se ha marchado en su coche, me enderezo frente a la entrada de la comisaría, cojo aire y me permito disfrutar un momento del sabor de la libertad.

Durará poco.

Muy poco.

Día después de la emisión del tercer episodio. Exterior de la comisaría de policía. Día.

Una nueva sorpresa está esperándome a la salida de la comisaría.

La sensación de libertad se desvanece tan pronto como mis ojos enfocan la verja que separa el patio de la calle. Allí, una masa de periodistas y curiosos con cámaras y micrófonos en alto, me espera ansiosa. Sin embargo, no son ellos los que perturban mi estado de ánimo. Antes de que pueda enfrentarme al tumulto, una voz conocida retumba a mis espaldas.

—¡Toni!

Doy un respingo y pienso que va a ser verdad que las malas noticias nunca llegan solas.

—Evelyn, qué sorpresa —saludo al volverme. La sonrisa de la jefa es tan amplia que casi podría catalogarse como excesiva. Kip Dolan, su sombra permanente, va con ella. ¿Se separarán en algún momento del día, o también compartirán colchón por la noche? Ni siquiera me digno a mirarlo a los ojos.

—Oh, vamos, Toni. No pongas esa cara. Sabes que estamos aquí para apoyarte. Siempre supimos que tú no tenías nada que ver con los terribles asesinatos, ¿no es así, Kip? —dice Evelyn, mientras Kip asiente con un entusiasmo que raya en lo teatral.

—Como siempre, a su lado, Galán —apostilla Kip con un tono que intenta ser reconfortante, pero suena vacío.

—Claro, claro. —Frunzo el ceño midiendo mis palabras.

—Supongo que estás al tanto de lo de la tercera mujer. —Evelyn es la imagen de la devastación... mal disimulada—. Pobre chica.

—Algo me ha llegado —contesto, parco, mientras veo de lejos a todos esos periodistas encaramados contra la verja, esperándome, ávidos de un titular jugoso—. ¿Ha dejado el velo? —pregunto.

En la serie, el psicópata Derek Cross quemaba viva a la tercera de sus víctimas y dejaba un velo de novia junto al cadáver calcinado. No tengo ganas de conocer los detalles de la muerte, pero por el velo sí albergo curiosidad.

—Sí, un velo de novia —contesta Kip—. Y el correspondiente dedo cercenado y sin alianza.

—Genial. ¿Y ahora qué? ¿Una rueda de prensa conjunta diciendo que todo ha sido un malentendido?

Evelyn intercambia una mirada rápida con Kip antes de continuar. Percibo que aquí hay alguna trampa; puedo notar cómo se cierra en torno a mí.

—Desde luego, hay que convocar una conferencia de prensa —confirma ella.

—Oigo un pero —digo.

—Lamentablemente, la situación es complicada, Toni. Este tercer asesinato... es un desastre, y tú, siendo el rostro detrás del guion...

—Déjame adivinar: ¿soy el chivo expiatorio perfecto?

—Vamos, Toni, ¡no seas así! Es solo que... bueno, tu arresto no ha hecho maravillas por la reputación de la serie. —Evelyn se ajusta la blusa, como si el aire de repente la afectara.

—Vaya, y yo que pensaba que los índices de audiencia eran lo único que importaba. —Suelto un murmullo quejumbroso algo infantil.

—Escucha, hemos decidido que lo mejor para todos es que te tomes un descanso. Temporalmente, claro. —Evelyn posa su mano en mi hombro. Tengo que contenerme para no apartarla de un manotazo.

—¿Un descanso? ¿Es un eufemismo de suspendido? ¿Despedido, tal vez?

—Solo hasta que todo esto se calme. —interviene Kip, con un tono preocupado que no acompaña a su sonrisa burlona.

—Increíble. Seguro que en la ceremonia de los Emmy de este año os dedican un premio especial a la humanidad y el buen ambiente de equipo. —La ironía muerde cada una de mis palabras.

—Toni, sé razonable. —Evelyn suspira, como si llevara la carga del mundo en sus hombros. —No es personal, son solo negocios.

Damas y caballeros, Evelyn Crowe, autora del cliché del día.

—Y una mierda, Evelyn. Todo es personal. Y todo son negocios.

Antes de que pueda añadir algo más y diga cosas que ellos no puedan pasar por alto, Evelyn y Kip se despiden con un breve asentimiento y se dirigen a un deportivo que los espera al final de la calle. El rugido del motor se traga las últimas frases no dichas, dejándome con la palabra en la boca.

Me quedo parado, observando cómo se alejan, con una mezcla de furia y resignación burbujeando en mi interior. Antes de que se hayan perdido al final de la calle, giro sobre mis talones y camino hacia la salida, donde me espera un nuevo problema. Armándome de una sonrisa sarcástica, me enfrento al enjambre de periodistas.

—Bien, damas y caballeros, ¿quién quiere hablar del hombre que escribió demasiado bien? —anuncio, mezclándome entre ellos con una determinación renovada.

No seré la marioneta de nadie, ni siquiera frente a las cámaras que buscan mi caída.

Una periodista levanta su micrófono y lanza la primera pregunta con un tono casi acusador:

—Antonio Galán, por favor, para la Fox. —«¡Toni! ¡Me llamo Toni!»—. ¿Cree que su guion ha podido inspirar los crímenes del *asesino de novias*?

Forzando una sonrisa cínica, respondo sin detener el paso:

—Todos somos adultos como para saber distinguir entre la ficción y la realidad. Pero ¿saben qué? Estoy pensando que, visto que os llaman la atención mis guiones, quizá deberían empezar a pagarme más por ellos.

Un murmullo recorre la multitud, algunos con risas nerviosas, otros simplemente sorprendidos.

El de la NBC, con su chaleco de cuadros que no se atreverían a llevar ni los de Milli Vanilli, retoma el tema:

—¿Qué tiene que decir sobre los rumores que lo sitúan fuera de la serie?

Conozco a ese tipo y sé que la pregunta está tirada con bala, así que no me molesto en rectificarlo y ponerle al día.

—Ah, eso. —Hago una pausa dramática. —Digamos que, en televisión, a veces escriben su propio guion antes de que puedas escribir el tuyo. Pero no se preocupen, ahora están de moda los giros inesperados constantes. Apuesto a que en el próximo episodio tendréis un nuevo *cliffhanger*. Podéis buscar su significado en Google.

Les dedico una última mirada desafiante y una sonrisa que no promete sumisión alguna, y me abro paso a través de una pequeña brecha entre los reporteros. Antes de que alguien más pueda lanzar otra pregunta, me deslizo entre la multitud y accedo a la acera, dejando atrás los flashes y las preguntas sin respuesta.

Como buenos carroñeros, siguen mis pasos con perseverancia. Estoy pensando resignado que los llevaré tras de mí durante todo el camino a casa, cuando un Porsche descapotable de color azul eléctrico se detiene a mi lado.

—¿Te llevo?

Vuelvo los ojos al oír la voz femenina.

Tengo que parpadear varias veces al reconocer a la mujer que va a volante: es Mia Clarke. Lleva un pañuelo a la cabeza y gafas de sol. Parece Greta Garbo hacia 1948.

Sin pensármelo dos veces, rodeo el deportivo y me siento al lado de Mia, que pisa a fondo hasta que dejamos atrás a la horda de periodistas.

Día después de la emisión del tercer episodio. Terraza del Silk Road Café. Día.

Mia Clarke es de esas personas que conducen rápido aunque no tengan prisa. Parece decidida a hacerme vomitar la triste cena del calabozo, a base de arroz y pollo, que ahora tiembla en la boca de mi estómago.

—Esta es Rita —me dice cuando me fijo en que lleva a un bulldog francés sobre su regazo, saltándose a la torera, de paso, una norma básica de la seguridad vial. La perra me mira con ojos saltones y suspira como si se sintiera decepcionada.

Yo me aferro al cinturón de seguridad mientras veo pasar frente a mis ojos las boutiques de lujo de Rodeo Drive, como joyas en un escaparate deslumbrante, donde las últimas colecciones de alta costura prometen exclusividad y elegancia. Estamos en el corazón del lujo y el glamour.

El deportivo se desliza hasta detenerse suavemente en la esquina de una calle lateral, a pocos pasos de nuestro destino. La luz del sol se filtra a través de las palmeras que adornan la acera, añadiendo un brillo natural a la atmósfera de opulencia que solo Beverly Hills puede ofrecer. Frente a nosotros, el Silk Road Café nos espera con sus mesas elegantes dispuestas en la terraza al aire libre, ofreciendo una vista privilegiada del desfile constante de compradores adinerados y turistas con sus cámaras preparadas.

Un camarero vestido impecablemente nos recibe con una sonrisa discreta que revela que no es la primera vez de Mia allí. Nos guía hacia una mesa libre en la esquina de la terraza. Es un oasis de calma en pleno centro urbano, el lugar perfecto para conversar sin ser molestados, rodeados de exuberantes plantas y sombrillas que brindan un refugio acogedor del vibrante bullicio urbano.

Cuando Mia toma asiento, lo hace como si estuviera haciéndole un favor a alguien. Es la sensación que transmite en todo lo que hace. Pedimos dos cafés y charlamos un rato de cosas insustanciales. Ninguno de los dos mencionamos la serie ni los asesinatos.

Mia me habla entre sorbo y sorbo de café, pero yo estoy demasiado ocupado observándola como para escucharla. A pesar del pañuelo de la cabeza, el viaje en descapotable ha hecho que la melena caoba le caiga despeinada hasta más allá del cuello, el cual protege con un segundo pañuelo, este de seda azul claro. El suyo es un rostro habitual en carteles publicitarios y portadas de revistas pero, observándola de cerca, es inevitable que uno se fije en su gran frente despejada;

lejos de resultar un defecto, impresión que seguramente daría en cualquier otra mujer, en ella suma un simpático toque femenino de distinción. Las gafas de sol son grandes, pero no impiden que entrevea una sospechosa sombra rojiza alrededor de sus ojos. La nariz también presenta el aspecto de haber sido frotada por un exceso de pañuelos de papel.

Es una actriz nata, me digo al contemplarla hablar. Una mujer que, por más llena de vida que pueda estar sentada a la mesa de esa terraza, se muestra sin duda el doble de viva sobre el escenario. Depende del público, la clásica mujer que solo alcanza su máxima cota bajo la complaciente luz de la admiración.

«Lo que necesita esa niña es un buen correctivo», dijo Quincy Jones sobre la actriz. Ahora, teniéndola cerca, no me imagino a nadie menos corregible.

—¿A ti qué te parece? —pregunta Mia, trayéndome de vuelta a la conversación. Sobre su cabeza flota el humo de su cigarrillo.

Yo no tengo la más remota idea de qué está hablando, así que contesto:

—Estoy contigo.

—Me parece horrible que te hayan despedido. —«Así que está con eso, cómo no», pienso. Los dedos con los que Mia sujeta el cigarrillo muestran uñas largas y cuidadosamente pintadas. Durante un segundo, una luz de placer desbordante cruza por sus ojos de personaje de cómic—. Como si tú tuvieses alguna responsabilidad en los asesinatos de esas pobres mujeres.

—Me han ofrecido un descanso, no me han despedido —repongo.

—Eso cuéntaselo a los periodistas. Olvidas que a mí también me paga la bruja de Everlyn Crowe.

—Una pasta, según tengo entendido.

Ambos sonreímos. La sonrisa de ella es la primera en apagarse.

—No puedo quejarme. —Echa el humo a un lado y aplasta la colilla en el cenicero. Luego alza la vista y me mira fijamente. Es una de esas mujeres que convierten el acto de escuchar atentamente en una forma de arte. El otro día, en el set de rodaje, Mia era todo energía y movimiento. Ahora esa energía es como un láser concentrado que me apunta directamente. Atiende a cada palabra que sale de mi boca con un nivel de complicidad e intensidad que parece palpable—. Das la impresión de ser un hombre sensible, Toni. Y no estoy segura de que eso te beneficie en absoluto.

—Sensible es mi segundo nombre.

Se agacha y el bulldog corre a sus brazos.

—Estás engordando, cielo.

La perra resopla.

—Perdona si soy algo brusco —digo—, pero no he tenido un día demasiado bueno, como sabes, y apenas he pegado ojo. Así que, ¿vamos a ser claros de una vez?

Mia sacude la cabeza, fingiendo sorpresa. Sus pendientes de aro tintinean suavemente.

—No sé de qué hablas.

—Me recoges en tu coche, me traes a este sitio, charlamos como dos amigos cuando nunca antes te habías dirigido a mí, finges complicidad... ¿Qué pasa aquí?

—¿Por qué tiene que pasar algo? ¿No puedo invitar a desayunar a mi guionista que lo está pasando mal?

—Dime la verdad.

—Está bien. —Me muestra su perfecta dentadura, y yo me siento como flotando en una de sus películas—. El otro día salvaste a mi hijo.

Eso es demasiada información de repente. ¿Mia Clarke tiene un hijo? ¿Y yo lo salvé?

Rebobino mentalmente, buscando entre mis recuerdos algún momento en el que yo haya ayudado a algún chico en apuros. No tardo en caer: aquel con quien se metía el Kobe blanco.

—¿El chaval de la cancha de baloncesto era tu hijo?

—Se llama Duke. El otro día llegó a casa llorando, desesperado. Me costó varias horas conseguir que me lo contara todo, él es así, como un libro cerrado. Cuando consigues abrirlo, en sus hojas te espera todo el color y la música del mundo, pero no es fácil. Y menos en el estado de nervios en que se encontraba.

—¿Qué te contó?

—Que unos chicos mayores se habían enfadado con él en la cancha de baloncesto. Y que un hombre guapo, con gafas y pelo bonito había aparecido como un superhéroe de Marvel para salvarlo. —Se detiene en mis ojos y sonríe—. Veo que mi hijo dio en el clavo con la descripción.

Carraspeo, tratando de digerir el piropo inesperado sin que se me note en las mejillas. Por otra parte, ¿superhéroe? Eso sí que me suena bien. Francamente bien.

—¿Cómo supiste que era yo?

Menea la cabeza.

—No lo supe hasta ayer —dice—. Tu rostro salió en las noticias después de que te detuviera la policía. Duke estaba montando un Lego en el salón. Inmediatamente se levantó y empezó a saltar y a gritar como cuando los Lakers ganan un partido en el último minuto. No paraba de gritar: «¡Es el superhéroe! ¡Es el superhéroe!»

No puedo evitar sonreír con orgullo. Como prueba de que su hijo estaba en lo cierto, le muestro las magulladuras en mis nudillos, ya casi cicatrizadas.

—Me alegro de haberlo ayudado —digo—. Esos chulos merecían un correctivo.

Mia se acerca para acariciar mis heridas, y de inmediato me estremezco. Aparto la mano siguiendo un mecanismo de defensa.

—¿Qué le ocurre a tu hijo? —pregunto, recostándome contra la silla para recuperar el espacio entre nosotros.

—Sufre trisomía del par 21. —Debe de percibir por mi expresión que no tengo ni idea de qué enfermedad se trata, porque rápidamente aclara—: Síndrome de Down.

Recuerdo los ojos brillantes del chico, ligeramente inclinados hacia arriba, y su sonrisa contagiosa un segundo antes de meterse en la boca del lobo.

—Lo siento —digo.

—No lo sientas. Duke es maravilloso tal como es. Mejor que todas las personas que conozco. Mucho mejor que yo.

—Ha debido de ser duro, aun así.

—No resulta sencillo criar a un niño con necesidades especiales siendo una veinteañera que trata de triunfar en la ciudad de las estrellas, si es eso a lo que te refieres. Pero nunca eché de menos a su padre. Decidió abandonarnos y hoy me alegro de que fuera así.

Impasible, le doy un sorbo al café. Es arábica de Colombia, de calidad. Conforta. Y tiene un aroma excelente. Me digo que es bueno estar vivo, sentado ante una mujer hermosa y magnética y bebiendo café orgánico de Colombia, y no tumbado sobre el fino colchón usado del calabozo.

—No hablaba solo de tu hijo —digo.

Advierto en ella un gesto distinto, inquieto.

—Ahora sí que no te sigo —dice.

—Sé lo que te pasó hace seis años. —Bajando la voz—: Lo de tu retirada de los escenarios.

Su expresión se endurece al instante.

—¿Me has investigado?

—¡No! En fin, Mia, tampoco es que sea como tratar de encontrar el Santo Grial. Eres una actriz de renombre, un personaje público. Cualquiera puede dar con tu historia a nada que se interese un poco.

—Así que eres uno de esos morbosos.

Casi hago una mueca. Se refiere a los fanáticos de la crónica rosa y negra, paranoicos que se creen detectives privados, normalmente aburridos de sus vidas vacías y obsesionados con los dramas y misterios que ocurren a su alrededor. Esta semana nos ha tocado a nosotros, pero ningún acontecimiento está a salvo de ellos. Inventan y propagan rumores, debaten sobre absurdas teorías y cotillean sobre los implicados, juzgándolos sin rubor alguno. Yo mismo he llamado a las puertas de salas de chat, hilos en las cloacas de las redes sociales y foros de internet en el pasado —al fin y al cabo es un pasatiempo como otro cualquiera—, pero solo para observar y divertirme.

—Me ofendes solo con pensarlo —me defiendo.

—Permanecí quince meses sin pisar un set de rodaje.

Asiento.

—¿Qué ocurrió?

—Estuve viendo a varios terapeutas, algunos de los más prestigiosos del país.

—Mira, no hace falta que hablemos de ello, siento haber preguntado —digo, porque no quiero afectarla más de lo que está, pero ella ya ha tomado la decisión.

—Lo que dicen sobre mí no es cierto.

—¿Qué dicen? —pregunto, aunque creo saber a qué se refiere.

—Que soy una presumida que se pasa el día con los maquilladores porque no soporto ver mi cara al natural. —En un arranque de rebeldía, se quita las gafas de sol, mostrándose tal y como es, sin pizca de maquillaje, y se limpia los ojos. A pesar de que los tiene algo hinchados y ribeteados en rojo, podría presentarse a un certamen de belleza y quedar en buen lugar—. ¿Te parece que tengo motivos para esconder mi cara?

—En absoluto.

Deja caer las gafas sobre la mesa y pasa a quitarse el pañuelo del cuello. Cuando se desata los dos primeros botones de la blusa y puedo ver el tirante negro de su sostén, noto que me sube la temperatura. Sin embargo, me enfrió nuevamente cuando me fijo en la piel de su pecho... —mientras la recorro con la mirada y voy ascendiendo, ella se aparta la melena— y de su cuello. No es una piel hermosa. Es un mapa de cicatrices endurecidas y pálidas, tejido de relieves irregulares que se entrecruzan en un intrincado patrón cuya textura se asemeja a un pergamino grueso y rugoso. Aquí y allá, pequeños puntos brillantes reflejan un tenue brillo bajo la luz, señales de las intervenciones quirúrgicas que buscaron sanar pero que también dejaron su firma indeleble.

No me permite mirar más de lo necesario y vuelve a ocultar sus complejos.

—Por eso prácticamente vivo en la sala de maquillaje —dice.

—Para ocultar tus quemaduras al público.

—A mí me da igual, hace tiempo que dejó de importarme lo que los demás opinan de mí. Pero ¿Evelyn Crowe? —El brillo de los ojos de Mia se convierte en una llamarada—. Ella jamás permitiría que la protagonista de su gran serie tuviera marcas en la piel, ¿faltaría más!

—Por eso sales en todas tus escenas con jerséis de cuello alto y pañuelos —digo, recordando que yo no escribí nada de eso en el guion.

—Exactamente. Si fuera por Evelyn, la mitad de mis tomas serían de desnudos. —En sus pupilas solo encuentro el más profundo desprecio—. Ya sabes, por la audiencia. Pero,

lamentablemente para ella, no soy como esas otras actrices bellas y perfectas.

—Por favor, Mia. Sigues siendo una belleza —digo, y noto que me sonrojo en el acto.

—Ahora ya conoces mi gran secreto. —Oigo el quiebro de su voz y siento el impulso de consolarla—. Procura que esa bruja no se entere de que lo sabes, o nos la cargaremos los dos.

Permanecemos callados un rato. Un hombre y una mujer de avanzada edad que lucen toda una colección de joyas (un Rolex de oro él; anillos, pulseras y un precioso colgante del mismo material ella) se abren paso hacia la mesa de al lado. Piden al camarero una botella de Dom Pérignon y dos copas de champagne. Segundos después, el camarero vuelve y llena sus copas hasta la mitad. El líquido burbujeante combina a la perfección con las joyas de los dos ancianos. También con su brillantes miradas antes de brindar, dar un generoso sorbo, y besarse juguetonamente en los labios. «No sé si es el amor o el dinero lo que da la felicidad —pienso—, pero lo que consigue la combinación de ambas debe de parecerse muchísimo».

—¿Puedo preguntar cómo te lo hiciste? —tanteo, mirando hacia el cuello de Mia. De inmediato deseo poder retirar la pregunta, pero es demasiado tarde.

Ella observa fijamente a algún punto por encima de mi hombro.

—Era una tarde tranquila, aunque en mi mente había una tormenta —se arranca al fin—. Él y yo íbamos a casarnos.

—¿Él?

—Mi prometido. Era un hombre ejemplar, maravilloso. Yo no podía creerme mi suerte. Todas las mujeres iban locas a por él, pero lo nuestro era de otra liga, fuegos artificiales. Era guapísimo. Yo no podía dejar de mirarlo. Y un caballero, de los que quedan pocos. —Hace una pausa para evaluar mi reacción a su comentario. Intento no regalarle nada—. Nos dio muy fuerte. En aquella época yo hacía mis pinitos en *sitcoms* y ganaba bastante dinero. Él iba teniendo trabajo como entrenador personal entre las mujeres de clase alta. —En mi cabeza empieza a desfilar la entrada de *Mujeres desesperadas*, aunque entre las protagonistas solo recuerdo a Eva Longoria—. No digo que fuera perfecto. Los hombres exitosos, tan conscientes del deseo que transmiten, tienen un punto de locura. Viene con el paquete, supongo. Pero en aquel momento me pareció tan excitante... y él era un volcán en la cama.

Me obligo a apartar la mirada hacia Rita, porque noto que me estoy sonrojando.

—Estábamos enamorados, teníamos dinero, la ciudad era nuestra, no teníamos responsabilidades...

Mia enciende un nuevo cigarrillo y da una calada con cuidado, como si el filtro fuera frágil y valioso. Los labios le tiemblan al expulsar el humo.

—Y daba gusto verlo con Duke, ¿sabes? —prosigue—. Mi hijo lo adoraba. Realmente llegué a verlo como el sustituto perfecto de su padre, así que, cuando me pidió matrimonio, le dije que sí y mil veces sí. Gran error. Con lo bien que estábamos antes de oficializarlo. Su comportamiento conmigo empezó a cambiar.

—¿En qué sentido?

—Bueno, lo que yo interpretaba como cierta excentricidad y algún cambio de humor... se convirtió más bien en comportamiento agresivo y bipolaridad, o algo así. Fue a raíz de que yo dejara la tele y me pasara al cine. Él empezó a tener celos, supongo que porque mi popularidad creció mucho. Yo venía de rodar y me hacía un millón de preguntas: que si se te ha acercado algún hombre, que si alguno ha flirteado contigo, venga, dímelo, no voy a enfadarme, alguien tiene que haber flirteado contigo, algún actor, tal vez ese director de fotografía, les has sonreído tú primero, les has dado pie, por qué vienes tan tarde... Los bulos de la prensa tampoco ayudaban, te puedes figurar.

—¿Te pegaba?

—Al principio solo eran gritos y discusiones. Y alguna que otra amenaza, pero no le di mayor importancia. Un día me levantó la mano, y yo se la aparté. Al día siguiente, me provocó para que discutiéramos, y entonces sí que me cruzó la cara. Estaba deseándolo. Le devolví la bofetada y él me fulminó con la mirada, pero la cosa quedó ahí.

Mia Clarke se detiene.

—¿Qué pasó entonces? —pregunto.

Ella aplasta el cigarrillo recién prendido contra el cenicero y yo me pregunto si estará viendo a su ex reflejado en él.

—Como veía que no iba a poder dominarme, empezó a tomarla con Duke.

—Valiente cabrón.

—Un día llegué a casa y vi que Duke tenía un moratón en el brazo. Se había caído, dijo mi ex. —Cierra los ojos con fuerza y luego los aprieta—. Otro día fue una herida en la pierna. El niño no controla bien su cuerpo, dijo él.

Mia frunce los labios y se lleva una mano a la boca.

—Es muy duro hablar de ello.

—¿Quieres que te pida un vaso de agua?

—No, quiero acabar con esto. Esta historia no la he contado nunca. A nadie. Tendría que haber hecho algo más, supongo. Tendría que haberlo visto antes, o...

Vuelve a pararse, y por un momento me temo que no vaya a seguir.

—Empecé a preocuparme por la salud de Duke. Así que un día no fui a trabajar. Cogí el coche, pero me quedé en el barrio. No sé muy bien por qué. Esa mañana tenía la sensación de que algo iba especialmente mal. O quizá fuera una premonición, no lo sé. Volví una hora después de irme. No me esperaba. Oía los llantos desde fuera. Mi hijo estaba llorando. Corrí al interior. Mi ex estaba en el jardín, haciendo yoga. Duke estaba arriba, en su habitación. Atravesaba un ataque de nervios y yo no conseguía que me contara lo que había pasado. Y eso fue la gota que colmó el vaso. Como te he dicho, mi hijo no es fácil. —Mia parpadea para quitarse una lágrima—. Pero desde entonces, Duke estuvo... —Busca la palabra adecuada— huidizo, eso es. Estaba huidizo con mi ex, como si le tuviera miedo. Mi pequeño requiere de un ambiente lleno de amor y paciencia, no de gritos y amenazas.

Cierra los ojos otra vez.

—Así que un día miré a mi prometido a los ojos y le dije que lo nuestro había acabado.

—Y no se lo tomó bien —deduzco.

—Dicen que el diablo está en los detalles. La culpa fue mía, tenía que haber pensado en los detalles antes de hacerlo enfadar.

Bebo un sorbo de mi café.

—¿Qué quieres decir?

Ella desvía la mirada. Me parece advertir una expresión de dolor agudo en su rostro.

—Estábamos en la cocina cuando reuní el coraje de decírselo. Nos preparábamos para cenar, y las patatas chisporroteaban en la freidora con el aceite hirviendo.

—Dios mío.

—Reaccionó de manera instantánea. Su rostro se transformó por la ira, y antes de que yo pudiera reaccionar, tomó la freidora y me arrojó el aceite. El dolor era indescriptible, una tortura que consumía mi piel, como si me arañaran por debajo de la piel con un millón de alfileres. Recuerdo gritar mientras me envolvía en una neblina de agonía. Afortunadamente, nuestro vecino, que estaba en casa, llamó a los servicios de emergencia. Desperté en el hospital cubierta

de vendajes y con un dolor insoportable. Más tarde me dijeron que, si Duke, mi pequeño héroe, no hubiera salido corriendo a aporrear la puerta del vecino, ese cabrón miserable me habría matado. Aun así, estuvo a punto de hacerlo.

Levanto la vista para mirarla. Lo fácil sería decir que tiene el pasado escrito en la cara, que aquella situación la cambió no solo por dentro, sino también por fuera. Pero nunca me ha convencido esa forma de pensar. No creo que los ojos sean el espejo del alma, como se dice. He visto auténticos cabrones con los ojos amables y hermosos. He visto personas íntegras que tienen una expresión totalmente vacía. He oído a otros escritores asegurar: «Supe que mi agente era un tipo honesto en cuanto me estrechó la mano y me miró a los ojos, esas cosas se notan» días antes de que los estafaran, porque todo eso solo son memeces. Seguramente lo que ellos vieron en sus ojos no era honestidad, sino el brillo del dinero fácil.

—Debió de ser un infierno —es lo único que acierto a decir.

—Las semanas que siguieron fueron un calvario de operaciones y terapias, sí.

Se hace el silencio.

—Vamos, no sientas lástima por mí. Eres tú el que acaba de salir del calabozo, ¿recuerdas? —bromea, aunque su expresión me dice que solo quiere romper a llorar.

—¿Qué pasó con él?

—Al ver aparecer a nuestro vecino, el muy cobarde escapó. La policía lo pilló unas horas más tarde y fue condenado a siete años de cárcel.

Parece irradiar infelicidad, como si se tratara de una fiebre extrema. Ella levanta la vista y sonríe. Una sonrisa que me embriaga y que incluso podría llegar a partirme el corazón. Me sorprende deseando inclinarme y abrazarla. Me domina un impulso casi incontrolable de estrecharla contra mi cuerpo y sentir la caricia de su cabello de fuego en la cara. Trato de recordar la última vez que experimenté semejante sensación por una mujer que no fuese Patricia. No se me ocurre ninguna respuesta.

—Háblame de ti —me pide de súbito—. De tu vida.

El cambio de tema me pilla desprevenido.

—Mi vida es muy aburrida —respondo, sacudiendo la cabeza.

—Lo dudo mucho —replica ella en tono jocoso—. Vamos, me distraerá.

Vuelvo a menear la cabeza.

—Sé que te convertiste en un escritor reconocido en España —añade—. Sé que sufres de una complicada enfermedad crónica. Sé que estuviste casado y que no salió bien. Y que, tras un exitoso intento de triunfar como guionista lejos de casa, has acabado siendo acusado de ser cómplice de triple asesinato. —Hace una breve pausa que en cualquier otra mujer parecería ensayada—. ¿Quieres llenar tú los espacios en blanco?

—Lo has resumido bastante bien.

—¡Venga, hombre! Te acabo de contar el episodio más terrible de mi vida. ¡Dame tú algo, no seas egoísta!

—Está bien, pregunta lo que quieras —digo complaciente con una sonrisa contenida. Me doy cuenta de que estoy a gusto en su compañía.

—¿Hay actualmente una señora Galán?

—La hubo durante un tiempo. Creo que ha sido uno de los puntos de tu lista. Pero eso se acabó hace años.

—¿Estabas enamorado?

—Mucho. Te habría caído bien.

—¿Por qué?

—Porque las dos hacéis preguntas incómodas. —Sonrío más.

—¿Qué buscas ahora?

—¿Que qué busco?

—En la vida. ¿Cuál es tu sueño?

—Lo preguntas en broma, ¿verdad?

—Solo voy al grano —repite Mia mirándome a los ojos—. Sé sincero conmigo, Toni; ¿qué es lo que más deseas en el mundo?

De nuevo, noto que me sonrojo.

—Quiero volver a casarme —le contesto, sin saber muy bien cómo han llegado esas palabras a mi boca—. Y quiero mudarme a las afueras y vivir tranquilo, escribiendo. Formar una familia, supongo.

Observo que ella no me estudia solo los ojos, sino también la boca. Y a veces también las manos. Cuando termino de hablar, se echa hacia atrás en la silla, como dándose por satisfecha. Sonríe.

—Eso está muy bien.

—Es humilde —digo.

—No todos estamos hechos para llevar una vida humilde —señala ella—, aunque la tranquilidad y sencillez sea lo que en el fondo todos deseemos.

Asiento.

—¿Cómo te dio por escribir? —me pregunta.

Es algo que ya me preguntó una mujer en cierta ocasión, hace no mucho. Siempre son ellas quienes se interesan por esa clase de cosas. «Por qué lo haces —dijo—. Por qué es tan importante para ti contar historias que no existen para que otros las lean. Y no me digas que es por dinero, porque sé que no es por eso». En efecto, cualquiera que sepa caminar y respirar al mismo tiempo sabe que escribir por dinero es una estupidez.

La pregunta había surgido en una habitación del hotel Rhea Silvia de Roma, desayunando frente a la ventana abierta sobre la Piazza Navona, tras una noche en la que yo buscaba llenar el vacío que había dejado Patricia tras el divorcio, y ella, bueno, supongo que ella solo quería divertirse. Ninguno de los dos habíamos dormido. «¿Por qué?», insistió ella mientras me desnudaba con la mirada por encima de su humeante taza de café. La brisa primaveral jugaba con las cortinas de lino blanco; las sábanas, que permanecían deshechas, se retorcían sobre el colchón como la piel de un *sharpei*. Contemplé sus ojos, aún con rastros del maquillaje del día anterior, de una oscuridad abismal —aquella mujer era una estudiante italiana, intelectual y sensual como eran las chicas de mis mejores sueños—; recorrí con la mirada sus largas y aceitunadas piernas que asomaban bajo el albornoz blanco entreabierto; me perdí en el nacimiento de unos senos pequeños pero firmes.

Tras un silencio, resumí la respuesta en pocas palabras: «No quiero vivir solo una vida, —dije—. La fiesta es corta y terminará pronto. Así que no estoy dispuesto a conformarme con el madrileño miope y aficionado a los libros que sufre lesiones cerebrales. Escribo para convertirme en esos personajes que van por ahí pisando el mundo, en lugar de que el mundo me pise a mí. Quiero al poli retirado. A la adolescente rebelde y también a la madre de familia. Quiero a la inspectora de policía con poco don de gentes, al asesino despiadado que no sabe que lo es, al abuelo gruñón y al niño perspicaz que tiene como mejor amigo a un pastor alemán. Los quiero a todos. Y no pienso renunciar a ellos».

—Es lo que mejor sé hacer —respondo a Mia finalmente.

—Venga ya. —No le complace mi respuesta.

«A ver si así», pienso, y me lanzo a hablar:

—Tengo el cerebro lesionado, Mia, y a veces me cuesta enfocar la mirada e incluso caminar. Necesito un entrenador personal y tres sesiones de deporte intenso a la semana porque no puedo correr el riesgo de tener una musculatura débil. Poseo fuerza en los brazos, pero a veces también en ellos sufro hormigueos, lo cual es un fastidio. Por no hablar de las migrañas que me visitan de vez en cuando, de repente y sin avisar. Nunca podré confiar en mi cuerpo y nadie me garantiza que no siga perdiendo capacidades cognitivas en el futuro. Además, es probable que muera antes de lo que debería. Si hubiera nacido en un país pobre o un entorno desfavorable, seguramente ahora estaría en silla de ruedas. Si no lo estoy, es únicamente porque una vez al mes me inyectan un fármaco en las venas que cuesta una pasta que no muchos se pueden permitir. Pero soy un escritor reconocido internacionalmente, y eso se lo debo a la literatura. —Veo que ella quiere intervenir, pero no se lo permito—. Tengo una idea bastante precisa de cuáles son mis puntos fuertes y mis puntos débiles. Mi mejor arma y mi punto más débil están ambos en el cerebro. Evelyn Crowe tiene el don para los negocios; tú, la capacidad de convertirte en la mujer que quieras; y yo tengo mi imaginación... Pero la imaginación hay que trabajarla, igual que un atleta ha de entrenarse a diario. —Me doy un golpecito en la sien con el dedo—. Esa es la razón por la que escribo.

—Tengo que leer alguno de tus libros —concluye ella.

—No están publicados en inglés.

—Me defiende bastante bien con el español —responde en un castellano más que aceptable. Ladeo la cabeza. Esta mujer es una caja de sorpresas.

—Yo también escribí un libro una vez —confiesa. Capto un rubor en sus mejillas—. Hasta lo publicaron.

—¿De verdad? —Me hago el sorprendido, porque ya lo sabía.

—No te preguntaré si lo has leído. Te daría vergüenza no haberlo hecho y yo me avergonzaría de que lo hubieras hecho. —A medida que habla, su semblante marmóreo se va animando, y un fulgor de claridad envuelve sus ojos verdes—. Así que, por favor, no lo leas. Es una porquería. Fue una artimaña editorial para aprovechar mi tirón como actriz y celebridad.

Dice la verdad, el libro es terrible. Es un batiburrillo de tramas inconexas que explora las relaciones sociales en el París de los años 40. Un bodrio.

—Eres demasiado guapa para ser escritora.

Una vez más, mis labios actuando por libre.

Ella me dedica una mirada cargada de escepticismo.

—Y tú demasiado listo para creer que voy a caer en tus halagos. —Vuelve a sonreír; el gesto acentúa las arrugas de las comisuras de los labios y los ojos. «Es humana», me digo.

—Volviendo al tema, ¿te resultó duro regresar después del parón? —pregunto, evitando caminos tentadores pero peligrosos.

—¿Lo dices por lo que representaba volver a actuar o por tener que superar el miedo al qué dirán?

—Por las dos cosas.

Mia respira hondo, parece meditar la respuesta.

—He estado mucho tiempo en terapia —contesta al cabo de un rato—. Me sentía terriblemente débil y frágil en aquella época. Pero echaba de menos la actuación. No tienes idea de cuánto. Recuperé el caché en un par de años. En cuanto a mi ex, no quise saber de él desde que se celebró el juicio. Para mí no existe. Fue una recomendación de mi psiquiatra. Sé que salió hace no mucho con una orden de alejamiento, por buena conducta y esas chorradas, según

dijeron. Pero no he vuelto a verlo. Todavía tengo pesadillas.

—Mira la parte buena.

—¿Que es?

—No llegaste a casarte con ese chalado.

—Chalado, estupendo eufemismo —bufa, y después anuncia—: Y hay algo más.

Me revuelvo en mi silla y espero.

Ella apoya los codos sobre la mesa, traga saliva y se humedece los labios con la lengua antes de hablar.

—Te he dicho que no he sabido nada de él desde que entró en la cárcel, pero no tuve más remedio que cruzármelo por el pasillo durante los juicios previos a su ingreso. Solía llevar una cazadora o americana, pero un día hacía demasiado calor. Cierta mañana llevaba puesta una camisa de manga corta, y lo recuerdo bien porque pude ver algo que me heló la sangre.

—¿Qué viste?

—En el interior de la muñeca se había hecho un tatuaje. Él nunca llevaba tatuajes, por eso me llamó la atención. ¿Sabes qué tatuaje era?

—Sorpréndeme.

—Una fecha.

Al ver que no continúa, pregunto:

—¿Qué fecha, Mia?

—El veintiuno de marzo de 2018. La fecha en que sucedió todo. Era como si conmemorara el día que casi terminó con mi vida.

Una ráfaga de viento empuja el pequeño florero que decora la mesa. El impacto de este sobre el cristal me rescata del hechizo que el relato de Mia ha provocado en mí.

Nos quedamos conversando un rato más. Una sensación de intimidad empieza a embargarme; me cuesta trabajo respirar cuando la miro. Cierro los ojos un instante. Me doy cuenta de que, en realidad, no está sucediendo nada. Si existe alguna clase de atracción, se trata simplemente del clásico caso de «síndrome de compasión hacia la damisela afligida», y no hay sentimiento menos políticamente correcto, por no decir primitivo, que ése.

Tal vez ella está teniendo la misma extraña sensación, porque de repente se endereza, como si saliera de un sueño profundo, y se excusa para ausentarse.

—Tengo que ir al servicio. ¿Te ocupas de Rita un minuto?

La bulldog me mira altiva y con la lengua fuera. «Ni se te ocurra tocarme, humano», parece decir.

—No te preocupes.

Una vez a solas, me quedo pensando en que Mia no ha indagado en mi enfermedad, a pesar de que le he dado pie a ello. No me ha hecho una sola pregunta al respecto, ni siquiera para compartir similitudes con la situación de su hijo. Aún no tengo claro si me gusta o me decepciona que no lo haya hecho.

También pienso en la historia de Mia. Resulta sorprendente cómo puede cambiar tu impresión sobre alguien cuando conoces una mínima parte de su pasado. Claro que, cuando esa mínima parte es tan catártica como la tragedia de Mia con su expareja, el cambio de parecer se antoja inevitable.

Sobre la mesa, junto al florero, Mia se ha dejado el bolso. Es uno de esos pequeños, como los que se usan en las bodas más como elemento estético que otra cosa. No es mi intención curiosear, pero observo que se ha dejado la cremallera abierta. Me inclino hacia delante, algo muy sutil, esperando ver lo típico que suele encontrarse en los bolsos de las mujeres coquetas

que se dejan ver por Beverly Hills: pintalabios, rímel, un pequeño frasco de perfume para emergencias... ese tipo de cosas. Pero no veo nada de eso. El bote de plástico con reflejos naranjas no parece de perfume, precisamente. Solo tengo que alargar el brazo un segundo para confirmar mis sospechas. Me siento sucio, como si estuviera revolviendo en el cajón de su ropa interior, pero la curiosidad me puede. Finalmente veo que son dos, y no uno, los frascos dentro del bolso.

Somníferos y antidepresivos, más en concreto.

Vuelvo a dejarlos en su sitio justo cuando Mia aparece por la puerta del local con un plato de macarons y esbozando una sonrisa radiante. Tras ella viene el camarero de antes. En la bandeja lleva dos copas de champán y una botella como la de los dos ancianos de la mesa de al lado.

—Envidiosa caprichosa —le digo cuando vuelve a sentarse.

—Brindemos por nuestro encuentro, Toni. —El camarero ha terminado de llenar las copas y ella le da las gracias—. Me ha encantado conversar contigo.

—No bebo —digo, y me pregunto si mi negativa la conducirá a preguntar esta vez. Entonces yo me vería obligado a explicarle los detalles del tratamiento y a contarle cómo fueron los primeros síntomas y brotes, y la conversación se alargaría, como mínimo, media hora más.

Pero no lo hace. Simplemente me coloca una copa en la mano y hace que brindemos.

—Un sorbito, aunque sea.

Brindo con ella. La miro a los ojos mientras bebo. Seguramente no debo hacerlo, pero por un sorbo no va a llegar la sangre al río. El líquido frío brota en mi boca como una sinfonía de burbujas efervescentes, cada una danzando sobre mi paladar, dejando tras de sí un rastro de elegancia que se extiende por todos mis sentidos. Está delicioso, un brebaje como nunca había probado antes.

Pasa el tiempo sin que ninguno de los dos nos percatemos. La terraza comienza a vaciarse, pero nos quedamos conversando un rato más.

—¿Volverás a trabajar en la serie? —me pregunta de pronto.

—Quién sabe, depende de cómo acabe todo esto.

—Aún está pendiente la segunda temporada.

—La cual, teniendo en cuenta los abrumadores niveles de audiencia de los primeros capítulos, parece obvio que va a confirmarse.

—Es increíble que unos terribles asesinatos estén provocando un interés tan inmenso en los espectadores —dice con un deje de lástima, a pesar del cual, me parece oír el eco de Evelyn Crowe en sus palabras—. ¿Quién crees que está detrás de todo esto?

—No lo sé. —Me llevo a la boca un macaron, su sabor no me apasiona—. ¿Te suena el nombre de Chase Donovan?

Una luz intermitente se enciende detrás de sus ojos mientras coge un macaron y muerde una pizca. Parece un pajarito.

—Sí, por supuesto que me suena. Es un bruto. Lo echaron al poco de que empezáramos a grabar. No sé muy bien por qué motivo.

—¿Tenía enemigos en la productora?

—Todos éramos sus enemigos y al mismo tiempo su familia. Era ese tipo de persona, no sé si me explico.

—Más o menos.

—¿Por qué lo preguntas? ¿La policía sospecha de él?

—La policía no, pero yo sí.

Detiene la masticación, puede que hasta esté conteniendo el aliento.

—No me digas que estás investigando por tu cuenta —dice—. ¿Es que eres una especie de Sherlock Holmes?

—Pienso dar con el asesino de novias, Mia.

—Escritores... —La palabra, en los labios de ella, tiene el tono de una blasfemia—. Eso de escribir os afecta la cabeza. Estáis todos locos. Jamás conocí a un escritor cuerdo.

—¿Alguna información sobre Donovan que debería conocer?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—El otro día coincidí con él en el Gilmore. Estuvimos hablando mientras él jugaba al billar. Te vi en la barra —digo, y me quedo mirando atento su reacción.

No percibo ninguna alteración inusual. Pero ella es una gran actriz, claro, así que no puedo sacar conclusiones al respecto.

—Me gusta ese sitio y el dueño es mi primo —dice—. Espero que no estés interrogándome, Toni.

—Diría que todo este rato hemos estado interrogándonos —contesto, seco.

Ignorando la provocación, Mia mira la hora en su fino reloj de pulsera.

—Debo irme —dice.

—Yo también. —Me pongo en pie.

—Quizá podríamos volver a vernos. —Vuelve a ponerse las gafas, haciendo su expresión más firme.

—Seguro que sí —respondo.

Me tiende su tarjeta y yo la acepto con la duda, pero también el deseo, del chico que prueba el alcohol por primera vez.

Más tarde, mi amiga Hada me dedicará una mueca ambigua al verme.

Yo le preguntaré a qué se debe esa cara, y ella me dirá, no sin cierto resentimiento, que llevo puesta esa sonrisa de melancolía que ponía al principio, cuando le hablaba de Patricia.

Mujeres.

El apretón de manos de Mia es firme y enérgico, algo poco usual en las mujeres de su estatus. Me acerca hacia ella. Desprende un olor casi imperceptible a jabón. Respiro hondo y ella inclina la cabeza hacia la mía, tanto que pienso que va a darme un beso en la mejilla. Mi corazón late con fuerza.

Y entonces, en un tono tan bajo que me hace dudar de que de verdad haya hablado, Mia Clarke susurra:

—Ten cuidado, Toni. Cada paso en esta ciudad forma parte de un guion, así que acepta este consejo: si vas a seguir con esto, será mejor que aprendas a leer entre líneas.

Día después de la emisión del tercer episodio. Apartamento de Chase Donovan. Día.

Chase Donovan vive en lo alto de una calle en cuesta, a unas pocas manzanas del Gilmore, en Sherman Oaks. Su puerta es la última de una serie de adosados de tres alturas, de esos tan estrechos que parecen pilas de libros en una estantería. No es hasta que asciendo las tres escaleras y llamo al timbre cuando me doy cuenta de que estoy tocando a la puerta de un sospechoso por triple asesinato.

Si llevara encima una pistola, me llevaría la mano a la culata.

«Si supieras manejar una —me digo— tal vez la llevarías encima».

Vuelvo a llamar, esta vez con más insistencia. No se aprecia movimiento tras esas paredes, tampoco tras las cortinas de las ventanas. Acerco la oreja a la madera, pero sigo sin captar sonido alguno.

—¡Blake Harrison! ¡Qué sorpresa!

La voz cargada de guasa proviene de la carretera. Chase Donovan me está sonriendo con la respiración apurada mientras se acerca a mí balanceando los brazos. Aunque lo justo sería decir que se dirige a su casa, y yo simplemente estoy en medio de su camino. Lleva puesta una camiseta de tirantes Nike que deja ver sus bíceps, ahora brillantes por el sudor, pantalones cortos y deportivos de la misma marca. Es evidente que viene de correr. Presiona un botón de su reloj inteligente (fin del entrenamiento) y vuelve a centrarse en mí. Parece tan desahogado y satisfecho que hasta da rabia.

A medida que lo tengo más encima, siento cómo el pánico recorre mi cuerpo. Involuntariamente, doy un paso atrás. Mi espalda choca con la puerta.

—Buenos días, señor Galán —saluda de muy buen humor—. Ya veo que te han soltado.

Sin esperar respuesta, saca del bolsillo un manojo con dos llaves y acerca una a la cerradura. Tengo que apartarme para que no me arrolle. Donovan gira la llave mientras mi cerebro se pregunta todo tipo de cosas: «¿y ahora qué?, ¿entro?, ¿me invitará a pasar?, ¿será una trampa sin salida?». Mi cara debe de ser un poema, porque Donovan se detiene a la mitad y me observa divertido.

—Has sido rápido.

—¿Qué?

—Me refiero a que me siento halagado, pero la próxima vez espera unos días antes de venir a verme. Te hace parecer desesperado.

—Ya, es que estoy un poco desesperado. Dime por qué saliste corriendo el otro día o llamo ahora mismo a la policía.

—Antes, comamos —dice con voz sosegada.

—¿Qué?

No comprendo el cambio de actitud en él. La otra noche se mostró evasivo y reticente a contestar a mis preguntas; hasta salió corriendo en cuanto tuvo la menor oportunidad. Hoy, sin embargo, me trata con el sosiego y la confianza de un amigo.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—¿Cómo?

—Aún no he comido. ¿Me acompañas? Acabo de tener un antojo.

Permanezco callado junto a la puerta. La respuesta fácil sería explicar que acabo de picar algo en compañía de Mia Clarke, pero algo me dice que no me conviene dar tantos detalles.

—¿Te va la comida india? —insiste mientras vuelve a guardar las llaves en el bolsillo del pantalón. Apesta a sudor. Me fijo en que tiene las sienes empapadas. Es normal. Si yo saliera a correr con esta humedad ambiental, me bastaría con cinco minutos para romper a sudar—. Conozco un sitio...

—¡Detente!

Me doy cuenta de que estoy gritando y bajo la voz.

—¿Por qué huiste de mí el otro día en el Gilmore?

Chase Donovan, que de nuevo está bajando las escaleras de acceso, se detiene, vuelve la cabeza y me mira. Su voz es seria al responder:

—Me mentiste. Dijiste ser otra persona para sonsacarme información. No vuelvas a hacerlo, no trato con embusteros.

Voy a responder, pero antes de que pueda articular una excusa convincente, él vuelve a darme la espalda y agita el brazo.

—Vamos, que me muero de hambre. Invitas tú y estamos en paz. Te contaré por qué me despidió Evelyn Crowe. Y tal vez pueda ayudarte con el tema que te está jodiendo la vida.

Me encanta la comida india. La sola idea de un plato de curry de pollo con arroz se presenta apetecible. Apenas he comido nada durante mi charla con Mia, y la verdad es que, tras la noche en el calabozo, mi estómago empieza a rugir.

Chase ya ha cruzado la carretera y procede a descender la calle a paso rápido.

—¡Vamos, Blake —ironiza—, no todos los días se come tikka masala con un sospechoso de asesinato! ¿O acaso prefieres pasar otra noche revisando papeles viejos y preguntándote qué diablos está pasando ahí fuera?

Respiro hondo, dejando que la ironía de la situación se asiente. No puedo evitar una sonrisa ante su descaro. Me doy cuenta de que, pese a todo, este hombre me intriga más de lo que me gustaría admitir. No las tengo todas conmigo, pero me resuena la frase de Maquiavelo, que en mi cabeza siempre suena con la voz de Marlon Brando en *El padrino*: «Ten cerca a tus amigos pero más cerca aún a tus enemigos».

«De acuerdo, veamos adónde nos lleva todo esto».

No sin cierta vacilación, voy detrás de él.

Día después de la emisión del tercer episodio. Calles de Los Ángeles. Día.

¿No vas a ducharte? —le grito a Chase Donovan mientras le doy alcance, esperando que mi tono casual disimule el temblor en mi voz.

Chase se gira de nuevo. Una media sonrisa juega en sus labios mientras observa mi vacilación.

—¿Tanto apesto? —se ríe.

Señalo su ropa deportiva, con manchas de sudor en torno a las axilas.

—No te dejarán entrar así en ningún restaurante.

—¿Quién ha dicho que vayamos a uno?

—¿Entonces? ¿Adónde?

—¿Sonaría demasiado melodramático si respondiera «en busca de la verdad»?

—Desde luego.

—Pues entonces la respuesta es que te llevo a un callejón sin salida, una trampa mortal. Una vez allí te rebanaré el cuello y te cortaré el dedo anular, no sin antes dejar la melodía de un vals nupcial flotando en el ambiente —replica con sarcasmo.

Me detengo, cansado de su ácido sentido del humor.

—¿A qué juegas, Donovan? No tiene gracia.

—Discrepo en eso.

Bajamos unas escaleras por un pasillo tan estrecho que no alcanza la luz. Agotado, le sigo. Empiezo a preguntarme si el día de hoy tendrá fin, y eso que acaba de empezar.

—Por aquí —ordena, sin dejar de avanzar.

—Siempre me ha gustado seguir órdenes de desconocidos —ironizo en voz baja.

Su mirada tiene ese brillo travieso de quien conoce todos los trucos de un juego, pero decide jugar una carta más. Me lanza una nueva provocación:

—Ese es el espíritu, Harrison. Hoy el curry, mañana el mundo —se ríe, una carcajada franca.

—No me llames así.

—Claro, Toni, solo bromeaba.

Zigzagueamos por calles secundarias y estrechos callejones que se retuercen bajo la sombra de edificios altos y antiguos. La travesía se torna aún más exigente cuando el asfalto da paso a

tramos de rampas desgastadas, descendiendo hacia niveles más bajos de la ciudad, donde los sonidos del tráfico se atenúan y el aire lleva un tinte ligeramente salado. Sin previo aviso, la urbanidad se abre hacia un panorama amplio, sorprendentemente hermoso... y familiar.

—Estamos en la playa —digo, asombrado.

—¿No hay quien te engañe, eh, Galán? —se burla Chase—. ¿Qué te ha dado la pista? ¿La arena o el mar? —La vista del vasto océano frente a nosotros llega como un golpe. La playa de Santa Mónica bulle de actividad. Veo varios deportivos aparcados junto al paseo, a la sombra de las palmeras. Hombres y mujeres en bañador van y vienen en mitad de su sesión de *running* o sobre bicicletas de alquiler; cuerpos perfectos y bronceados que parecen salidos de una teleserie de los años noventa. También hay canchas de baloncesto delimitadas por vallas, con suelos de hormigón y redes de cadena en las canastas. Los jugadores, la mayoría, de nuevo, sin camiseta, llevan consigo su propio hilo musical, a ritmo de rap, escupido por estéreos portátiles. Más allá, una joven pasea a siete perros al mismo tiempo que mira su teléfono móvil y contonea las caderas. Si vuelvo la cabeza, un ejército de jubilados juega al ajedrez bajo una lona que los protege del sol. Definitivamente, hay gente en Los Ángeles que ha aprendido a vivir muy bien.

—Venga, sígueme. Tengo hambre —me apremia Chase.

—¿Hambre?

Chase me conduce a una caravana decorada con todos los colores del arcoíris, ante la cual hay una pequeña multitud haciendo cola. El sentido del olfato me lo revela antes incluso que la vista: es un *food truck* de comida india.

—La fila no es casual —me explica Chase cuando nos situamos al final de la línea—. En este cacharro con ruedas sirven el mejor pollo de la ciudad, te lo digo yo.

Y así es como acabaré comiendo pollo tandoori al aire libre con el que aún es mi principal sospechoso. Una nueva dosis de surrealismo para el día de hoy.

Completamos el pedido con una ración de arroz basmati para compartir y dos botellas de agua fría, y nos sentamos sobre el muro de piedra que da a la playa.

—Bueno, Toni, espero que el pollo no esté demasiado picante para ti —dice al cabo de un rato, buscándome.

—Los he probado más fuertes, descuida.

—Mejor, porque lo que me dispongo a contarte es pura dinamita —sonríe sin dejar de masticar.

—¿Por fin vas a contarme por qué te despidieron?

—Es justo lo que tengo pensado hacer.

—¿Sin trucos?

—Sin trucos, hombre. Jamás habría dicho que los españoles erais tan desconfiados.

—Lo somos cuando escapan de nosotros en plena noche y nos acusan de asesinato.

—A mí que me registren —levanta ambas manos—, al menos de lo segundo. No soy yo quien utilizó una identidad falsa.

De pronto, se echa a reír.

—¿De qué te ríes?

—¿Has visto la serie *Castle*? —me pregunta.

—Por supuesto.

—Tú eres como Richard Castle. —Se cruza de brazos—. Un escritor de éxito moviéndote en un mundo que no conoces. Además eres alto, guapo, bastante ingenioso... —Se detiene un segundo para observarme con detenimiento—, aunque no tan guapo como Nathan Fillion. Ese cabrón me ha birlado a más de una chica.

—Si yo soy Richard Castle, supongo que eso te convierte a ti en Kate Beckett.

—Prefiero verme como Mike Lowrey —me sigue la broma.

—¿Lowrey?

Chase se mete un gran pedazo de pollo en la boca y trincha otro con el tenedor de plástico. Pone cara de que está delicioso, y debo admitir que ciertamente lo está.

—El agente de narcóticos que interpretó Will Smith en *Bad Boys* —responde.

Pongo los ojos en blanco. Me acuerdo de esa peli.

—Sí, ya, y yo soy Rihanna.

—Te sigues pareciendo más a Fillion —sonríe.

El aroma a especias pronto se extiende a nuestro alrededor. Inspiro profundamente y vuelvo a hablar.

—¿Vas a contarme tu historia o esperas al postre?

—Me acosté con la Gran Mujer —suelta de súbito.

Me cuesta pillarlo.

—La Gran Mujer... El Gran Homb... ¿Te acostaste con la esposa de Quincy Jones?

—Resulta que no solo tengo un gusto excepcional para la comida. —La sonrisa tímida de Chase hace que parezca casi un niño—. El director no se puso muy contento cuando se enteró.

—¿Os pilló con las manos en la masa, o ella confesó?

—Nos pilló.

—¿Dónde?

—En el set de rodaje. El decorado del colegio que montaron para el capítulo piloto. En el aula de quinto. Siempre he querido tirarme a una maestra.

Le sostengo la mirada un momento y me gusta lo que veo. Compruebo que asoma un amago de sonrisa en su boca. Un punto de desdeñosa chulería.

—Sabes que la mujer de Jones no es maestra, ¿verdad?

Se acentúa su sonrisa.

—En mi cabeza lo era. Además, también soñaba con tirarme a la mujer de un director. Fue un dos por uno. Y Quincy Jones me cayó mal desde el primer minuto. Ella no lo merece, es una buena mujer.

Le reprocho lo que hizo, no por Jones, por quien no guardo ningún afecto especial, sino por la estupidez de jugarse un buen papel como el que tenía en la serie, arriesgar su carrera de actor, por un revolcón.

—Hay revolcones por los que merece la pena morir. —Levanta el tenedor, y por un momento pienso que quiere que lo choque con el mío—. Y la señora Jones ocupa un lugar privilegiado en ese ranking.

—Insisto en que fue una estupidez.

—La vida no se acaba en el mundo del cine, Toni. Además, hay crímenes peores —se justifica Chase con una carcajada—. Por ejemplo, tu gusto a la hora de elegir la ropa.

Me miro con ceño. Llevo puestos unos vaqueros por encima de unas deportivas Adidas, y una camiseta que dice: SIN SPOILERS, POR FAVOR.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

Agita la cabeza y añade:

—Guionistas...

Bajo la mirada para ver que, mientras yo le daba un sermón, Chase ha dejado el plato vacío.

—¿Te has comido todo el arroz?

—Creía que ya estabas saciado. —Se encoge de hombros—. Puedo pedir más, si quieres.

—Déjalo. ¿Por qué no me contaste lo de tu aventura con la señora Jones la otra noche, en el bar?

Parpadea varias veces seguidas, como si se hubiera tragado una mosca que ahora empieza a rebelarse dentro de su boca.

—¿Estás loco? El Gilmore está atestado de actores y gente del mundillo.

—¿Nadie más lo sabe?

Menea la cabeza.

—Solo Evelyn Crowe, cuando Jones acudió a su despacho a pedir mi despido. Y el propio Jones, evidentemente. La hombría del director se había puesto en entredicho, pero su reputación aún podía ser salvada. Así que me despacharon, no sin antes amenazarme con hacerme desaparecer si se corría la voz de lo sucedido. La zorra de Evelyn puede ser muy concienzuda cuando se trata de ocultar un trapo sucio.

«Y que lo digas —pienso—. Si Hada no sabe nada de esto, es que no lo sabe nadie».

—Puedes estar tranquilo conmigo, soy una tumba —prometo.

—Gracias. ¿Decepcionado?

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo era tu gran sospechoso. ¿De verdad creías que me había puesto a matar a mujeres casadas solo porque me habían despedido? Con las veces que me han echado de un sitio en mi vida, ahora Los Ángeles estaría llena de viudos.

—Eres el único que podía tener motivos para joder a Evelyn —digo—. Tú, y ese tal Tom Sanders, a quien también despidieron sin motivo aparente.

—Ah, Tom. Se tiró por un acantilado.

—Lo sé.

Chase *Dandy* Donovan —de repente me viene a la mente el apodo, pero reprimo el impulso de pronunciarlo— endurece su rostro de pronto. Sus ojos reflejan cansancio; no por hacer deporte o dormir mal, sino de otro tipo. La seguridad de la que ha hecho gala desde que me ha visto en su puerta ha desaparecido, y rápidamente entiendo que las bromas se han terminado. Por primera vez, tengo la impresión de que me está examinando a fondo. No soy capaz de adivinar lo que pasa por su cabeza, pero siento que una sombra se cierne a nuestro alrededor.

—¿Puedo confiar en ti, Toni?

—¿Por qué?

—Hada García dice que eres de fiar. Pero quiero oírtelo decir a ti. ¿Puedo confiar en que lo que hablemos no saldrá de aquí?

—Un momento. ¿Has hablado con Hada? ¿Te ha llamado ella?

«Joder, Hada, te mato».

—No, qué va. Cuando tu cara apareció ayer en la tele, confirmé lo que ya sospechaba: que no eras director de cine, ni te llamabas Blake Harrison. Esta mañana me puse en contacto con las oficinas de la productora. Hada respondió la llamada, fue agradable volver a escuchar esa preciosa voz latina. Al principio, ella también pensaba que llamaba en busca de guerra después de nuestro encuentro en el bar, pero al final conseguí convencerla de que mis intenciones eran legítimas. Si tú no te hubieras plantado en mi casa esta mañana, yo lo habría hecho en la tuya un poco más tarde.

—¿Y cuáles son?

—¿El qué?

—Tus legítimas intenciones.

—Tengo información que podría ayudar a atrapar al asesino.

—¿Y por qué no lo has atrapado ya?

—No estoy dispuesto a mancharme las manos de sangre. Pero veo que tú sí. Te entiendo, este asunto te está jodiendo la vida.

—Vaya, gracias.

—De nada.

—Vale, ¿y qué es lo que sabes?

Chase Donovan se sume en sus pensamientos con un silencio tan inexpresivo y tan prolongado que empiezo a impacientarme. Me estoy preguntando si no se estará quedando conmigo cuando, finalmente, vuelve la vista.

—Apunta otro nombre: Jeremy Haskins.

—Haskins... Me suena.

—Es el director de montaje de la serie, uno de esos frikis que se pasan la vida encerrados en salas oscuras rodeados de ordenadores y equipos. Hace años lo nominaron a un Oscar, pero está de capa caída.

—¿Qué pasa con él? ¿Crees que puede ser sospechoso?

—De matar a las chicas, no. Dicen que el pobre hombre no es capaz de levantarle la mano ni a su perro.

Saca un paquete arrugado de tabaco de sus *shorts* deportivos y hurga en él hasta extraer un cigarrillo.

—¿Quieres uno?

Lo rechazo con la cabeza.

—Me sorprende que fumes —digo—. Tienes aspecto de cuidarte hasta el extremo.

—El malo siempre fuma. —Al parecer, Chase no sabe hablar sin sarcasmo.

—Bueno, sigue hablando sobre Haskins —digo.

—Haskins anda metido en un juego bastante sucio. Sé de buena tinta que está compartiendo información confidencial sobre varias series de la productora.

—¿Compartiéndolo con el autor de los asesinatos?

Expulsa el humo.

—Tal vez.

—¿Quieres decir que el verdadero asesino podría no ser de dentro de la productora, sino alguien que está manipulando todo desde fuera?

Chase asiente con expresión severa.

Yo lo observo con recelo. Algo no me encaja.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque los oí. A Haskins y al chantajista. Hablaban de copias y de material confidencial. También de grabaciones inéditas de capítulos. Haskins juró que eran las que se emitirían semanas después.

—Entonces, ¿viste al chantajista? ¿Podría ser el asesino!

—He dicho que los oí, no que los vi.

Siento cómo se me baja el subidón de golpe.

—¿Qué dijeron exactamente?

—Era tarde, a última hora. Yo era el único que seguía allí. Se pensaban que me había ido, que estaban solos. —Chase mira hacia los lados y baja la voz—. ¿Puedo confesarte la verdad, Toni?

—Eso estaría bien, Chase.

—Me había quedado dormido en el baño.

—¿Cómo?

—Sí, en un cubículo de esos, sentado en...

—Me hago una idea —lo detengo.

—El caso es que la noche anterior había salido y ese día tenía una resaca de tres pares de narices. No sé qué me pasó, nunca me había quedado dormido en el trabajo, pero sucedió. Cuando me desperté, el baño estaba completamente a oscuras. Eran las doce de la noche. Me subí los pantalones y salí. Como te he dicho, estaba todo a oscuras, así que busqué la salida a tientas. Me preocupaba que los de seguridad hubieran cerrado las puertas, quedarme encerrado. ¿Me sigues?

—Te sigo. Sigue tú.

—Pues llego al aparcamiento. Y entonces oigo voces. Dos hombres.

—Haskins y el chantajista.

Me chasquea dos dedos en la cara.

—Muy avisado.

—Gracias.

—Percibo que están discutiendo. Me acerco un poco para oírlos mejor. Oigo a Haskins que dice: «Esto tiene que terminar, el trato está más que cumplido». Está borracho. Se lo noto en la voz. Haskins nunca bebe, es soso como él solo, pero ahora va arrastrando la lengua. Y no para de decir: «¿Te das cuenta del daño que podría hacernos? No te imaginas lo que pasaría si se enterara alguien».

—¿Y qué dijo el chantajista?

—Que no se preocupara, que tenían un acuerdo. Pero Haskins no dejaba de insistir.

—¿De verdad dijo «hacernos»?

—Completamente.

—¿A quién crees que se refería?

—A Haskins y al chantajista.

—Puede. Y también cabe la posibilidad de que se refiriera a él y a un tercer implicado.

—Hum... podría ser.

—¿Por qué haría Haskins algo así? —pregunto.

—Solo se me ocurren dos motivos: por dinero o por miedo.

Al ver que Chase no sigue, digo:

—Vale, picaré el anzuelo. ¿Miedo a qué?

—Esto que estoy a punto de contarte es muy fuerte.

—Vamos, suéltalo, no puedes parar ahora.

Vuelve a mirar a su alrededor. Se acerca un poco a mí y baja aún más la voz:

—Haskins dijo entonces: «Yo no quería matarlo, fue un accidente».

—No me jodas. ¿En serio dijo eso?

—Repetidas veces, como que me llamo Chase.

—¿Jeremy Haskins es un asesino?

—No lo sé, no lo conozco lo suficiente. Pero está claro que alguien murió por su culpa.

—Joder.

—Lo que sí sé es que, mañana, la fundación *Make It Right* da una fiesta en el Four Seasons por el aniversario de su inauguración. Haskins estará allí, lo he comprobado. Rodeado de la flor y nata del mundo del espectáculo. Es la ocasión perfecta para tantearlo.

—No estoy invitado.

—Puedo conseguir dos invitaciones, no te preocupes por eso. Alguna ventaja tiene que tener

ser actor, además de poder seducir a las mujeres de los directores.

Me cruzo de brazos y finjo que me lo pienso un milisegundo.

—¿Por qué lo haces, Chase?

—¿El qué?

—Ayudarme.

—Soy un justiciero sin remedio —dice con una sonrisa—. Pero no se lo digas a nadie. He tardado años en convencer a la academia de que soy un cínico, pasota y egoísta, no quiero que tanto esfuerzo se quede en nada.

—Y ahora, ¿me dices la verdad?

Vuelve a sonreír.

—La verdad es que llevo un tiempo sin rumbo, y la perspectiva de atrapar a ese tipo me resulta excitante. Además, no me gusta la idea de vivir en una ciudad en la que las mujeres se quedan en casa por miedo a ser asesinadas. Un tiburón no puede comer si los bancos de peces no salen a nadar, no sé si me entiendes.

—Eres todo un caballero.

—Sí que lo soy —replica—. Y hablando de nadar, me están entrando ganas de darme un baño.

Nada más decirlo, se ha puesto de pie y se ha quitado la camiseta, las zapatillas y los calcetines, quedándose solo con los pantalones deportivos.

—¿Te apuntas? —Arroja la colilla a medio consumir al interior de una papelería que hay a un par de metros—. ¡Canastón!

Miro al mar y después a él. No está bromeando.

—¿Qué? ¿Bañarme ahora? ¡No!

—Como quieras —dice, encogiéndose de hombros, y sale corriendo hacia el agua, chapoteando al llegar a la orilla como haría un niño o un perro.

Me quedo observándolo, la sabrosa reminiscencia de las especias en mi boca, con dos pensamientos revoloteando en mi mente:

Uno, si de verdad puedo fiarme de ese tipo.

Y dos, que necesito un traje para la fiesta de mañana.

Día después de la emisión del tercer episodio. Interior de la iglesia. Tarde.

Antes del diagnóstico era creyente. No un devoto acérrimo, pero sí lo justo para temer la muerte, el perdón de los pecados y el juicio final. Hasta me casé por la iglesia. Fue Patricia la que se empeñó, pero no tuve ningún problema con eso. Cuando era niño y pensaba en el día de mi boda, siempre me veía recorriendo el pasillo central de una gran iglesia con mi madre colgada de mi brazo.

Fue al recibir los resultados de la primera resonancia cuando mi fe se quebró.

—Siéntate, Antonio.

La doctora abandonó el monitor, donde había estado repasando a conciencia las imágenes de mi cerebro, para mirarme a los ojos. Se tomó unos segundos, durante los cuales entrelazó las manos encima de la mesa y se pasó la lengua por el interior de los dientes. Podía notarse que estaba buscando las palabras adecuadas, aunque por experiencia sabía que estas no existían para un momento así.

—Tenemos que hacerte más pruebas para confirmar el diagnóstico, pero la resonancia es bastante reveladora.

Mencionó el nombre de la enfermedad. Dos palabras. Sonaban terroríficas. Sombras de tullidos empezaron a desfilar por delante de mis ojos. Sentí que palidecía. Cuando puedes notar que la sangre abandona tu piel, es que estás a punto de desmayarte.

—Es lo que te causó la ceguera transitoria, la parálisis en una pierna y los hormigueos —siguió hablando la doctora—. Lo siento mucho. Pero no te preocupes. Con la adecuada administración de medicamentos, podrás tener buena calidad de vida.

Eso fue lo que me dijo. Pocas veces en mi vida tan pocas palabras me hicieron tanto daño: «Lo siento mucho. Pero no te preocupes. Con la adecuada administración de medicamentos, podrás tener buena calidad de vida». No, hija de puta. Claro que me preocupo. Cucaracha insensible, insecto lobotomizado, me preocupo. ¿Cómo no va a preocuparme? Solo deja de importarte cuando no tienes corazón.

Las palabras aterrizaron sobre mí como puñetazos. Ella hizo una pausa, quizás dándome tiempo a coger aire y recuperarme, pero yo no dije nada, así que siguió con la paliza.

Creo que habló de pronósticos. Dijo algo sobre lo mucho que habían evolucionado los

tratamientos. Mencionó la palabra desmielinización (me volvería a explicar lo que significaba en posteriores consultas) y habló de una punción lumbar para confirmar el diagnóstico. Más tarde, en casa, Patricia, que me había acompañado a la consulta, me explicaría las recomendaciones médicas que me acompañarían desde entonces. Yo, aturdido, vaticinando una versión de mí mismo sentado en una silla de ruedas, me aferré al clavo ardiendo. Otras dos palabras, estas más amables:

Vida normal.

En ese momento sonaba bien. Sonaba de cojones.

Así que, volviendo a Dios, nada más ver en la resonancia los puntos blancos esparcidos como azúcar glas en la imagen de un corte de mi cerebro, mi fe en él reventó como una pompa de jabón. Casi pude sentirlo físicamente.

Y sin embargo aquí estoy, en la iglesia. Acudo ocasionalmente, impulsado quizá por la necesidad de introspección. Me siento siempre en el mismo banco de la parte posterior, miro las espaldas y las nuca de los asistentes y hablo conmigo mismo.

He probado con las cafeterías, pero me recuerdan demasiado a mis tiempos de escritor, cuando me acomodaba a mi mesa de siempre, en la cafetería de siempre, en la calle Velázquez, y me sumergía en vidas paralelas, surgidas de mi alma, con el eco de los platos, conversaciones ajenas y el tintineo de la caja registradora como música ambiental. Así que, por simple nostalgia, evito las cafeterías en soledad. Prefiero sentarme en la iglesia, donde nadie me conoce, y practico mi ateísmo religioso. No blasfemo, no llego tan lejos. Solo observo las esculturas, las imágenes en las vidrieras, la figura del niño Jesús, y pienso: no. A veces, incluso agito la cabeza en señal de rechazo. Si coincido con una misa, me dedico a negar con la cabeza cuando afirma el sacerdote.

Oremos. No.

El cuerpo de Cristo. Ni de coña.

En ocasiones, vencido por la modorra que provoca el rito, echo una cabezadita con discreción. Pero lo normal es que aproveche para meditar. Allí, rodeado de imágenes de apóstoles y seres de otra época, me brotan las ideas como cuando salía a correr, o como cuando Alfred y yo paseamos por la playa.

En parte, estoy aquí para aislarme del ruido. Hoy me basta con encender el televisor, más concretamente los programas de sucesos o los informativos, para sentirme furioso de nuevo.

Todo se reduce a la audiencia.

Hablemos de ello.

Con el paso de los días, los espectadores se han ido poniendo al corriente del drama que se está desarrollando de forma alarmante. La experiencia es parecida a presenciar cómo se estrella un coche a cámara lenta. Existe algo terrorífico y a la vez excitante en la desgracia de un semejante. Uno se queda boquiabierto, se pregunta cómo terminará todo, casi deseando que la colisión tenga consecuencias fatales. Las mujeres casadas siguen muriendo a nuestro alrededor. El corazón de Los Ángeles se deshace como un puñado de hojas secas estrujadas. Todos presencian lo que está ocurriendo a través de la prensa, ávidos de detalles escabrosos. Y, digan lo que digan, quieren que el drama continúe.

Hay de todo entre los curiosos. Hoy, los noticieros nos bendecían con las imágenes de una horda de manifestantes que protestaban frente a las oficinas de la productora. Portaban carteles que decían ¡ASESINOS! y otros más ingeniosos como ¡FICCIÓN SANGRIENTA, VIDAS REALES!, y coreaban consignas. También había otros tantos policías, que los mantenían alejados de la puerta. Mientras veía las imágenes, mi mente estaba en la ventana del tercer piso

del edificio principal. Apostaba a que Evelyn Crowe se encontraba tras el cristal, observando todo lo que había provocado. Sin embargo, me costaba discernir si en sus ojos había miedo o avaricia desmedida. A veces me imagino sus pupilas con la forma del signo del dólar.

Mi mente no logra alcanzar la calma. Desde que el asesino de novias ha entrado en mi vida, manifestándose en el mundo real, apenas he pegado ojo. Siento el cerebro reseco y los nervios hechos trizas. No dejo de pensar en los asesinatos. Los rostros de las víctimas se superponen a las caras inmutables de los santos. Un dedo anular cercenado... un ramo de novia... mi guion cobrando vida de la manera más macabra posible. ¿Quién podrá estar detrás? ¿Quién tendría acceso a mi trabajo antes de su emisión? Las posibilidades giran en mi mente como un carrusel enloquecido.

Antes de que tenga ocasión de preguntar por qué, unas manos me tapan los ojos.

—¿Quién soy? —susurra una voz conocida junto a mi oreja—. Te daré un par de pistas: soy lista, guapa y lo mejor que te ha pasado en la vida.

—¡Caray! —exclamo, puede que a un volumen demasiado alto, pues varios rostros se vuelven hacia mí con mirada reprobatoria—. Antes de la última pista habría pensado que eras Hada García —añado, bajando la voz.

—¿Y con la pista?

—Si hubieses hablado en masculino y añadido «con desbordante talento y adorado por las mujeres», habría pensado que era yo.

Hada García exhala una carcajada muda y me propina un cariñoso puñetazo en el brazo.

—Eres idiota —dice, y me abraza con todas sus fuerzas—. He estado muy preocupada por ti.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—He ido a tu casa. Dado que Alfred estaba solo, su cuenco vacío y es la primera vez que pasas la noche en un calabozo, he supuesto que la iglesia sería tu segunda opción, de modo que lo he sacado a dar un paseo y después he venido a buscarte.

Me conoce mejor que yo mismo. Y me asusta.

Nos sentamos juntos en el banco y, por un momento, ninguno de los dos hablamos; solo escuchamos el eco de nuestras respiraciones en el amplio espacio de la iglesia.

—Esto es bonito —dice.

—Ajá.

—Y aburrido —añade.

—Sí, condenadamente.

De inmediato, se gira hacia mí.

—¿Has hablado con Mia Clarke? —me pregunta, seguramente porque mi sonrisa melancólica me delata.

—Sí, esta mañana.

Hace una mueca.

—Y parecías paradito. Yo he hablado con Evelyn —dice, pasando inmediatamente a modo «trabajo»—. Le he sonsacado lo de esta mañana. Ya estoy enterada de tu *descanso*. —Abre comillas—. Lo siento mucho, Toni.

Apoya una mano en mi hombro. De alguna manera, me anima.

—Gracias —digo—. Yo he hablado con Chase Donovan.

Se endereza para mirarme con un frenético pestañeo que dice «¡Cuéntamelo todo!».

Yo le pongo al corriente.

—Así que Jeremy Haskins mató a alguien —dice Hada cuando termino.

—Eso es lo que Donovan asegura que oyó.

—Supongo que no habrás sido la primera persona a la que se lo cuenta.

—Lo dudo mucho. Pero ¿importa eso?

—No. —Se queda pensando, y al cabo de un momento, añade—: Deberíamos tirar de ese hilo. Si están coaccionando a Haskins para que extraiga los capítulos de la serie antes de su emisión, es muy posible que el asesino esté detrás de ello.

—No sé, Hada...

Me escudriña con gesto airado, como si estuviera pensando que no le gusta mi tono de voz.

—¿Qué pasa?

—Esto podría ser peligroso, estamos hablando de un asesino —digo, preocupado—. ¿Estás segura de que quieres seguir con esto?

—¡Anda ya! No me vengas con esas, que no eres mi madre.

—Como quieras —acepto, poco convencido; sé que es inútil tratar de disuadirla—. Pero no puedes decir nada, ni a Evelyn ni a nadie —la advierto con severidad en la mirada—. Haskins es nuestro único hilo, siguiendo con tu metáfora. Si lo perdemos, perderemos al chantajista.

—No te preocupes —promete, levantando una mano—. Estoy en tu equipo, no en el de Evelyn, ¿recuerdas?

—Estar en mi equipo podría hacer que pierdas el trabajo.

—Eso no va a pasar. Oye, puedo tratar de conseguirte una entrada para esa fiesta de mañana.

—No es necesario. Donovan tiene dos entradas. Iremos juntos y abordaremos a Haskins. Lo zarandearemos hasta que lo suelte todo.

—Dime, ¿estás orgulloso de mí por no haber insistido en preguntar de qué conoces a Mia? —sonríe.

—Eres la discreción personificada.

—Bueno, ¿y qué te ha dicho?

—¿Mia?

—No, su baboso bulldog francés.

Me sorprende que Hada conozca a Rita. Aunque no debería. ¿Hay algo de lo que ocurra entre las paredes de la productora que Hada desconozca?

—No hemos hablado de nada especial. Solo de nuestras cosas —digo, evitando profundizar.

Esquivo la mirada de Hada con rapidez. Ella tiene el don de percibir demasiados matices, y no quiero que me vea el rubor en los ojos. Entonces empiezo a contarle el terrible suceso que tuvo Mia con su ex, no sin antes hacerle prometer que no difundirá la historia. Mia me mataría si llegara a enterarse de que voy pregonando su drama personal por ahí. Pero confío en Hada. Como he dicho antes, es de las pocas personas en quien lo hago. Y está en mi barco.

Ella se limita a menear la cabeza, abrir mucho los ojos y llevarse la mano a la boca.

—No me lo puedo creer. ¿En qué mundo vivimos?

—En uno en el que matan a mujeres casadas solamente por el placer de replicar la trama de una serie de ficción.

Hada suspira.

—¿Puedo decirte algo?

—Claro.

—No sé cómo decirlo con delicadeza.

—La delicadeza no es lo tuyo, Hada.

—Cierto, así que allá va: creo que Mia Clarke no te conviene.

La miro y se me escapa. Otra vez esa mirada. Me arden las mejillas. ¿Desde cuándo tengo ocho años y he vuelto al colegio?

No sé cómo tomarme el comentario.

—¿A qué viene eso?

—Sabes muy bien a qué viene. Tienes problemas para conectar y establecer relaciones íntimas, Toni, eso no es ningún secreto. No hace falta ser terapeuta para ver que aún sigue abierta la herida que te dejó Patricia. Así que ándate con cuidado. Mia es una Diosa en un mundo de estrellas y supernovas. —No puedo evitar que mi sonrisa se agrande—. Espero que no vaya a explotar delante de tu cara.

—Descuida, ha sido un desayuno, nada más.

—Te conozco, Toni. Solo he visto ese brillo en tus ojos cuando hablas de Patricia, aunque asegures que la has olvidado.

Patricia. Ese nombre, dicho en voz alta, y por Hada, sigue haciendo que el mundo quede petrificado como los bustos de esos apóstoles.

—Gracias, Hada. —La miro, pero ella no me está mirando—. Te agradezco que te preocupes por mí. Pero soy mayorcito, puedo cuidar de mí mismo.

—Bien. ¿Qué más tienes?

Por cambiar de tema, le hablo de la autopsia de Barbara Cole, y de que, en base a los resultados de esta, Cole tuvo que ser asesinada un día antes de la emisión del capítulo en el que se basó dicho crimen.

—Lo que demuestra que el asesino no es un simple espectador de la serie, sino que conocía el argumento antes de la emisión del capítulo —observa.

No digo nada y asiento.

—Partiendo de esa base, parece evidente que el asesino de novias es alguien relacionado con la serie. —Se frota los brazos enérgicamente—. Brrrr, me ha dado un escalofrío.

—¿Tienes alguna apuesta personal?

—Podría ser Haskins. O su chantajista. —Se humedece los labios—. Podría ser Chase Donovan.

—Donovan no es —señalo.

—Todavía no puedo creerme que se tirara a la mujer de Quincy Jones.

—Y yo no puedo creer que sucediera sin que tú te dieras cuenta —bromeo.

Hada se lleva una mano a la frente.

—¡Estoy perdiendo facultades!

—¡Pst!

Una señora encorvada, con gafas y de pelo muy gris y rizado, como si llevara puestos unos rulos transparentes, nos abronca con la mirada desde dos filas más adelante. Es la segunda vez que lo hace. Estamos hablando demasiado alto.

Miro hacia el portón de la iglesia, a nuestras espaldas.

—¿Nos vamos? Empiezo a cansarme de este sitio. Y no es lugar para hablar de crímenes y actos de adulterio.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me pregunta Hada, poniéndose de pie.

—Buscar un traje de alquiler, esperar a que llegue la fiesta de mañana y lamerme las heridas, supongo.

—Venga, te invito a un *smoothie*.

—Qué atrevida.

—Y una pizza. ¡Tiremos la casa por la ventana!

Aún tengo el pollo de esta tarde danzando dentro de mi estómago, pero acepto la oferta. La compañía de Hada es mucho más seductora que mi plan original.

Abandonamos la iglesia. Dejo que Hada salga primero. Yo me tomo un segundo para volverme tembloroso hacia el niño Jesús, con la responsabilidad recorriéndome como una oleada.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Dos días después de la emisión del tercer episodio. Hotel Four Seasons. Noche.

La noche, tan espléndida que parece una burla macabra, cae sobre el Four Seasons de Los Ángeles. Las luces de la ciudad brillan como estrellas atrapadas en el asfalto. Chase y yo llegamos juntos, con nuestras miradas entrelazadas en un entendimiento silencioso.

Entramos en el salón principal, un espacio vasto y opulento decorado con cintas doradas y flores blancas, mientras la banda de jazz toca una suave melodía. La luz de los candelabros se refleja en el mármol pulido del suelo, y el murmullo constante de conversaciones animadas llena el aire. Atravesamos el salón con paso firme, aunque por dentro me siento como un pez fuera del agua. Mi esmoquin alquilado parece aún más incómodo en comparación con la seguridad que emana Chase, quien parece haber nacido para estos eventos de lujo.

—Relájate, Toni —me susurra, lanzándome una sonrisa cómplice—. Esta es solo una de esas noches en las que finges que eres uno de ellos, incluso si no lo sientes. Como decimos los americanos, *Fake it until you make it* (fíngelo hasta que no tengas que fingirlo).

Asiento, tratando de disimular mi nerviosismo mientras ajusto la pajarita. Adiestrados camareros portadores de bandejas de champán y canapés se deslizan entre los invitados, y me esfuerzo por no parecer demasiado ansioso al aceptar una copa de cerveza sin alcohol de una de las bandejas. El burbujeo del líquido ámbar me ofrece un mínimo consuelo. El bullicio de la multitud nos envuelve, pero nuestros ojos están fijos en un objetivo: Jeremy Haskins.

Me doy cuenta de que la sala está repleta de figuras conocidas, celebridades y magnates de la industria. Mi mirada se detiene brevemente en el actor, director y productor John Krasinski, quien conversa animadamente con un grupo de aduladores. A pesar de la tensión de la noche, no puedo evitar sentir una punzada de admiración. Es increíble que esté en la misma sala que John Krasinski, aunque supongo que es lógico. Después de todo, él es el promotor de la fundación *Make It Right*, el motivo por el que estamos aquí.

—Mira, ahí está Krasinski —comenta Chase, señalando discretamente hacia una esquina de la sala—. Siempre recordaré con cariño su papel en *The Office*. Aunque es una pena que no lo acompañe Emily. Tengo entendido que esa mujer es la bomba.

Se refiere a su esposa, la actriz Emily Blunt. Asiento por dentro. Todos en Hollywood estamos enamorados de ella de alguna manera.

—Sí, ya veo —respondo, aunque mi atención está ya en otra parte. Chase y yo seguimos moviéndonos con cuidado, manteniendo una conversación superficial con otros asistentes mientras buscamos a Haskins con la mirada. Accedemos a la terraza descubierta del ático cuando nos cruzamos con una camarera atractiva, de grandes gafas de pasta, blusa abotonada hasta el cuello y falda ajustada, que lleva una bandeja con canapés de *steak tartar*. Chase caza un canapé al pasar, se lo come de un solo bocado y le guiña un ojo a la chica. Si yo hubiese hecho eso, habría logrado una mirada airada y me habría quedado sin canapés durante el resto de la noche, pero Chase consigue una carcajada espontánea y una enorme sonrisa que se prolonga tanto como tardamos en perderla de vista.

—Separémonos. Así lo encontraremos antes —propone Chase, y se mezcla entre la multitud como un mago.

Ahora que estoy a solas, deposito mi copa, casi sin probar, sobre una bandeja vacía que lleva uno de los camareros. Me acerco al balcón y contemplo la ciudad desde las alturas. A mis pies, Los Ángeles se extiende como un vasto tapiz de luces titilantes, un laberinto de avenidas que serpentean entre rascacielos relucientes y barrios sumidos en penumbra. Las calles desde esta altura parecen venas luminosas, pulsando con la vida incesante de una ciudad que nunca duerme. El aire nocturno, fresco y cargado de una energía palpable, lleva consigo el murmullo lejano del tráfico y el eco de risas y música. En la distancia, las luces rojas y blancas de los coches se desplazan como enjambres de luciérnagas, y el resplandor dorado de las farolas ilumina las palmeras que bordean las avenidas, dando a la ciudad una apariencia casi etérea. Frente a mis ojos, aferrándose a la ladera de la colina como si luchara por no caer, veo las famosas letras blancas de HOLLYWOOD. Es curioso lo que ocurre con la mayoría de las cosas que idealizamos en nuestra mente. Lo pensé cuando vi este cartel en persona por primera vez. Es pequeño y se ve descuidado. Desde luego, mucho menos impresionante que la imagen que tenía en mi cabeza desde que lo veía en las películas cuando era niño.

Me vuelvo para seguir buscando a Haskins, pero es a Chase a quien encuentro. Está en un rincón, hablando con la camarera de antes. Sus labios se mueven sonrientes. Dice algo que parece sorprender a la mujer. Acto seguido ella suelta una sonora carcajada.

Mi nuevo socio está encantado de haberse conocido. Es uno de esos ejemplares con el don de atraer a las mujeres con poco esfuerzo. Yo, sin embargo, nunca he tenido esa cualidad. Ni por asomo. Odio decirlo, pero envidio a la gente así.

Finalmente encuentro a Jeremy Haskins entre la multitud. Está en una esquina del salón, de pie junto a una de las paredes, mirando su copa de vino con una mezcla de inquietud y resignación. Reconozco al director de montaje por su rostro huesudo, los ojos perspicaces y una boca de labios finos que parecen hechos para fruncirse. El esmoquin le queda grande, a pesar de que seguramente sea de la talla inferior, pero es una sensación que ha transmitido siempre, ya sea con un traje caro o con las camisas de seda que suele lucir habitualmente en los estudios. Da la impresión de que la primera corriente de aire se lo llevará volando. Por su aspecto, es obvio que le gustaría estar en cualquier lugar menos allí.

Conversa con un hombre de semblante sombrío que va vestido con una chaqueta blanca sobre una camisa negra. Un hortera de tomo y lomo. Tiene el pelo tan negro y engominado que casi parece azul, como el de Superman en los cómics. Luce un bigotito como si hubiera sido dibujado a lápiz. El aura de amenaza que exuda es imposible de ignorar.

—Ahí está Haskins — me susurra Chase, que de pronto vuelve a estar a mi lado, apenas moviendo los labios—. Parece que no le gustan mucho las multitudes.

—¿Y quién es el tipo que está con él? —respondo sin mirarlo, fingiendo interés en un cuadro

cercano mientras aguzo el oído para captar fragmentos de la conversación entre los dos hombres.

—¿El bigotitos? Ese es el que nos interesa. Acerquémonos, a ver qué trama —murmura Chase, tomando un sorbo de su champán.

Nos movemos con sigilo y nos colocamos estratégicamente cerca de ellos, fingiendo examinar la obra de arte mientras escuchamos con los sentidos en máxima alerta.

Haskins no parece haberse dado cuenta de nuestra presencia, demasiado concentrado en la figura que tiene frente a él. Parece nervioso. Su mirada salta de un lado a otro, como un ratón atrapado en un laberinto.

Ya estamos lo bastante próximos para escuchar fragmentos de su conversación. Chaqueta Blanca le entrega un sobre. Puedo ver el temblor en las manos de Haskins mientras lo toma.

—Con esto bastará, ¿no? —dice el director de montaje.

No hay nadie más con él, así que concluyo que está hablando con Chaqueta Blanca.

—¿Bastará?

—Para satisfacerlos. Y dar por cerrado el acuerdo.

No tengo claro de qué habla Haskins, pero es evidente que en la voz de ese hombre hay miedo.

—Lo está usted haciendo bien, Haskins —responde Chaqueta Blanca con una sonrisa siniestra que hace que se me erice la piel.

—Eso no responde a mi pregunta. —La voz de Haskins es apenas un susurro tembloroso.

—Es todo cuanto puedo decirle.

La desesperación de Haskins es palpable, y el otro parece disfrutar con su sufrimiento.

En ese momento, Ethan Pierce, el actor principal de la serie, aparece entre la multitud. «El que faltaba», pienso. Su presencia magnética captura la atención de todos a su alrededor. Al ver a Haskins desde lejos con Chaqueta Blanca, su expresión cambia, y una tensión palpable llena el aire. Ethan lanza una mirada fulminante al hombre de bigote antes de retirarse rápidamente, dejando a Haskins visiblemente perturbado.

—¿Has visto eso? —murmura Chase.

—Sí —respondo, mis ojos fijos en Jeremy Haskins. Algo en esa interacción ha encendido una chispa en mi mente, una conexión que aún no logro comprender del todo.

Tras el breve encuentro, Haskins y Chaqueta Blanca se separan. Haskins cruza el salón con paso apresurado. Veo que se dirige hacia el cuarto de baño. Aprieta el sobre contra su pecho como si fuera su salvavidas.

Chase y yo intercambiamos una mirada significativa. Él me toma discretamente por el brazo y me aleja a un sitio apartado antes de que seamos descubiertos.

—Esto es peor de lo que imaginábamos —digo.

—Voy a seguir a ese hombre tan misterioso —dice Chase—. Está claro que es el chantajista. Tú ve tras Haskins y trata de sacarle hasta las tripas. Y asegúrate de que no cometa ninguna estupidez.

—¿Lo seguirás en coche?

—Si es necesario, sí. ¿Por qué?

—Acuérdate de mantener cierta distancia y de apagar las luces de los faros.

—¿De verdad, Toni? No me había dado cuenta. Gracias por decírmelo. ¿Me permites que me lo apunte un momento? —Chase imita el movimiento de un bolígrafo con la mano y hace como que se escribe en la palma de la otra—. No-dar-las-luces-en-una-persecución-nocturna.

Suspiro, cansado de sus bromas sin gracias.

Él guarda el bolígrafo inexistente.

—Vale. Listos. Estaremos en contacto.

Me dedica un guiño de complicidad. Yo asiento mientras mantengo la vista fija en Haskins. Chase se aleja tras los pasos de Chaqueta Blanca, que ya ha tomado el ascensor hacia el vestíbulo.

Esperando que mi amigo consiga no perderlo, me dirijo al cuarto de baño, donde se ha encerrado mi objetivo. Entro con cautela. Está vacío. Uno de los cubículos individuales exhala una respiración acelerada.

—¿Haskins? —llamo en voz alta. Me lo imagino dando un respingo y girando bruscamente, su rostro pálido como la cera.

No contesta. Sin embargo, sé que está ahí, su fuerte respiración lo delata.

Empujo la puerta que nos separa, pero el pestillo está echado.

No hay tiempo que perder, me digo. Tomo una pequeña carrerilla para coger impulso, y arremeto con el hombro contra la madera. Esta cede.

Lo encuentro sentado sobre el váter inclinado sobre sus rodillas. Está tratando de abrir el sobre. Sus manos tiemblan descontroladas.

—Haskins. —Lo miro a los ojos, firme, mientras me recoloco la chaqueta del esmoquin.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —pregunta, su voz llena de pánico.

—Tenemos que hablar —es mi escueta respuesta.

La puerta del baño se balancea suavemente tras de mí, aislándome del bullicio de la fiesta. El silencio aquí es pesado, roto solo por el eco lejano de la música que se filtra a través de las paredes. El lugar está impecablemente limpio, con mármol blanco y cromo brillante que refleja la luz artificial. Haskins estaba sentado en la tapa del váter, luchando con manos temblorosas por abrir el sobre que le ha entregado Chaqueta Blanca, cuando yo he irrumpido y ha alzado la vista de golpe. Cuando se encuentran con los míos, sus ojos son los de un ciervo deslumbrado por los faros de un coche en plena noche.

—Haskins, necesitamos hablar —digo con voz firme, mis palabras resonando con eco en las frías paredes—. Ahora.

Haskins mira a su alrededor como si buscara una salida, pero sabe que no tiene escapatoria. Por un instante, el pánico parece paralizarlo, pero luego intenta recomponerse. Sus manos, sin embargo, siguen temblando.

—No tenemos tiempo para juegos —insisto—. La gente está muriendo ahí afuera.

—¿Qué es lo que dice? —Por su mirada, no tiene la más remota idea de qué estoy hablando—. ¿Quién es usted?

Me presento dando mi nombre y mi trabajo dentro de la serie.

—Sí... Ahora que lo dice, me suena su cara de verlo por las oficinas —admite cuando termino, mientras me observa en conjunto—. ¿Y qué tengo yo que ver con esas muertes? —me increpa. Parece animarse con cada palabra, hasta que al final grita—: ¡Fuera de aquí!

No puedo evitar mostrar las palmas de mis manos para apaciguarlo. Está muy nervioso y a ninguno nos conviene que nos escuchen.

—Sé lo del material inédito que estás filtrando en secreto —confieso.

En un segundo, su expresión cambia. Veo cómo traga saliva, y casi puedo oír el *glup*. La piel rugosa de su cuello se mueve verticalmente como un pistón neumático.

—Haré lo que pueda para ayudarte —digo, colocando una mano en su hombro en un gesto de apoyo.

Él se aparta bruscamente. Tiembla ahora como un perro pulgoso.

—¿Qué hay en ese sobre, Haskins? —pregunto.

—No te incumbe.

—Es cierto, no me incumbe. Pero verás, a lo mejor me entran ganas de ir al despacho de Evelyn Crowe y contarle que su director de montaje lleva meses traicionándola. Puedo ir mañana a primera hora, ella es muy madrugadora. ¿Qué te parece? A lo mejor a ella sí que le incumbe.

—¡No puedes hacer eso! —me provoca con ira—. ¿Crees que no sé que acaban de despedirte? No se habla de otra cosa últimamente.

No sé cómo tomarme el comentario.

—Precisamente, tal vez Evelyn vuelva a contratarme, agradecida de mi fidelidad. Ya sabes cuánto le ponen a la jefa los pelotas y los chivatos. Entonces, igual empieza a hablarse de cierto material que el director de montaje ha estado filtrando.

Es un buen órdago, y tiene aún más efecto cuando amago con volverme y salir de aquí.

—¡Espera! —grita.

Me detengo en el acto y lo miro. De pronto, siento lástima por ese hombre, que ahora contiene el llanto como si hubiera tocado fondo. Tiene el pelo más gris de lo que recordaba, la piel endurecida y los huesos de los pómulos marcados. El hombre que tengo ante mí no hace mucho que atraviesa la cuarentena, y sin embargo, cualquiera podría confundirlo con un pensionista. Sería un cliché decir que la culpa y el mal remordimiento hacen envejecer más rápidamente, pero hay clichés que dan en el clavo.

—Mira, no tiene sentido que lo ocultes aquí, conmigo. Sé lo que haces —digo, procurando adoptar un tono calmado y fraternal para apaciguarlo—. Y es evidente que te está superando.

Asiente.

—¿En qué lío te has metido para haber llegado a este límite, Haskins?

Él me mira, sus ojos desorbitados y su respiración entrecortada.

—No puedo... ellos... saben cosas sobre mí —admite finalmente, con lágrimas agolpadas en los ojos—. Si salen a la luz lo perderé todo. ¿Es que no lo comprendes?

Recuerdo las palabras de Chase respecto a la conversación privada que Haskins mantuvo con su chantajista cuando estos creían encontrarse a solas: «Yo no quería matarlo, fue un accidente».

Me acerco más, reduciendo la distancia entre nosotros hasta estar a solo unos centímetros. Quiero invadir su espacio vital, acorralarlo.

—Seré claro: necesito saber quién te está chantajeando. —Noto que mis palabras se van cargando de urgencia a medida que las pronuncio—. Tengo motivos para pensar que el material de la serie que le has estado filtrando está siendo utilizado para perpetrar los asesinatos.

Haskins vuelve a tragar saliva, su mirada clavada en el suelo.

—Hoy ese hombre ha estado aquí, me ha dado esto.

Enseña el sobre.

«Chaqueta Blanca».

—Lo sé. Os he visto. ¿Quién es? ¿Para quién trabaja?

—No conozco su nombre. Solo sé que es un periodista *freelance* y que tiene pruebas de cosas que, de hacerse públicas, arruinarían mi vida. —La frase se apaga en su boca como una cerilla.

¿Periodista *freelance*? ¿Se trata del verdugo de las tres mujeres? ¿O tal vez un intermediario que solo está vendiéndole la información al asesino? Me digo que podría tener sentido. O podría no tenerlo en absoluto.

—Eso ya lo has dicho. ¿Qué tipo de pruebas? —insisto, tratando de mantener la calma mientras mi mente corre a mil por hora.

Haskins vacila. Cuento los segundos. Jeremy Haskins no es conocido por ser de los listos en la productora, a pesar de su puesto de gran responsabilidad. Pese a su buen olfato para mezclar escenas, no es de los que tiene ideas brillantes ni sensacionales. Por eso, el sentido común me dice que cuanto más largos son sus silencios, mayor es el atolladero en que se encuentra.

Tarda un buen rato en contestar. Sus manos estrujan el sobre como si fuera su única ancla en un mar enrabietado.

—Estoy teniendo una aventura con alguien de la productora —dice finalmente.

Mi corazón da un vuelco. No es lo que esperaba, aunque esta revelación añade una capa

completamente nueva a la situación.

—Mientes —respondo, seguro de mis cartas, aunque mi lado curioso se muere por preguntar: «¿Con quién?».

Haskins se levanta, y por un instante, creo que va a propinarme un puñetazo.

—¿Estás llamándome mentiroso?

—¿Qué parte de la palabra *mientes* te ha planteado dudas, Haskins?

He decidido pasar a la ofensiva.

—Tengo mujer y dos hijas. ¿Por qué iba a admitir una infidelidad de no ser verdad?

Nos quedamos de pie, en silencio, un rato. Lo único que se oye es la música de fondo, muy baja. Un piano de cola.

—Conozco tu verdadero secreto —digo al fin—. Y es más grave que una infidelidad.

Espero un segundo. Dejo que se asiente el silencio. En muchos casos, el silencio hace que la gente caiga en las cosas evidentes. No es el caso de Jeremy Haskins.

—No sé de qué hablas.

Me digo que es hora de mostrar la jugada y revelar quién gana la partida. Trato de encontrar una manera delicada de decirlo, pero no se me ocurre ninguna.

—Sé que mataste a alguien.

Espero que palidezca, pero no lo hace.

—¿Cómo puedes... saberlo? —balbucea.

En lugar de palidecer, abre mucho los ojos y aprieta la mandíbula. Sus manos son dos puños que cuelgan.

Todo hace indicar un ataque físico. Me preparo para ello. Estoy pensando en que sería mi segunda pelea en una semana, cuando sucede algo inesperado. Afuera, el volumen del piano sube de repente, para, un segundo después, volver a bajar. Alguien ha abierto la puerta del baño y está desahogándose en uno de los urinarios.

Haskins relaja sus músculos: ojos, mandíbula, puños. Ya no estamos solos. Aprovechando la distracción, arranca de un salto, se desliza junto a la pared y abandona el baño rápidamente. Yo maldigo por lo bajo y salgo tras él, con la mente vacía de todo cuanto no sea no perderlo de vista, pero también analizando lo que ha dicho.

Llego a una sencilla conclusión: está mintiendo.

Jeremy Haskins avanza rápidamente a través del salón, esquivando a los invitados que aún disfrutaban de la fiesta sin ser conscientes del drama que se desarrolla a sus espaldas. Lo sigo de cerca, mis ojos fijos en su figura mientras se abre paso entre los invitados y se dirige hacia la zona de los ascensores. Estoy concentrado en no perderlo de vista cuando mi móvil vibra en el bolsillo interior de la chaqueta. De inmediato, saco los auriculares inalámbricos para poder hablar con las manos desocupadas. Uno de ellos se me resbala de la mano y rebota contra el suelo. Cuando voy a recuperarlo, la punta de un zapato caro lo envía lejos. Mi mirada lo sigue hasta que se pierde bajo una mesa de *catering*.

«Adiós a ese chisme», me digo, a la vez que introduzco su gemelo en mi oreja izquierda.

—Hada, te aseguro que no es buen momento —digo nada más responder la llamada.

—Te he enviado una foto —dice. Parece alterada. O excitada. En su caso, a veces, es difícil distinguir la diferencia—. Es importante.

Lo compruebo en la pantalla del móvil: en efecto, acaba de llegar un archivo. Lo abro. Es una fotografía de baja resolución, probablemente antigua. En el centro de la imagen se ve a un joven con una deslumbrante sonrisa y gran flequillo ondulado. Lleva un esmoquin negro y una corbata gris.

Sigo avanzando. Haskins está tomando el ascensor. Tengo que darme prisa.

—¿Qué es ese jaleo? —grita Hada.

—Sigo en la fiesta del Four Seasons.

—Vale. El de la foto es Jeremy Haskins en el día de su boda —explica.

—Sí, lo he reconocido. ¿Has encontrado algo en internet?

—Un poco —responde, restándose mérito.

Alzo las cejas. Cuando Hada admite haber investigado *un poco* sobre algo, es que se ha pasado el día con ello. No digo nada.

—Nació en un pueblo a setenta kilómetros de Indianápolis. Tenía veintiséis años cuando se casó —explica—. Era un joven muy apuesto y con un gran futuro por delante, todo un triunfador: capitán del equipo de baloncesto en el instituto, miembro del grupo de teatro, autor de varios documentales premiados, media de notable. Ya te haces una idea. Por supuesto, se llevó a la reina de las animadoras.

Es la historia mil veces contada en las películas americanas, pero no por ello deja de ser cierto. La mujer con vestido de novia que posa junto al joven Haskins podría pasar por una modelo de una campaña de novias felices. Ni siquiera la baja resolución de la imagen esconde el brillo de sus ojos en el mejor día de su vida. Aunque no llevara puesto el pomposo vestido blanco, pienso, daría esa sensación.

—¿Toni?

Me encuentro en la zona de los ascensores. No hay ninguno disponible y Haskins ya ha volado. Aparto un momento la vista de la fotografía para observar la pantalla que hay sobre el ascensor que ha tomado Haskins. Los dígitos me revelan que está descendiendo. «Quiere abandonar el hotel», vaticino, y decido bajar por las escaleras con la esperanza de darle alcance en el vestíbulo.

—¡Toni! —insiste Hada por el auricular.

—Lo siento. Vuelvo a estar contigo.

—¿Qué haces?

—Ahora mismo, bajar las escaleras mientras escucho la historia del día de la boda del tipo al que estoy siguiendo.

—¿Tú? ¿Teniendo las piernas como las tienes?

Mi amiga siempre haciendo gala de su gran tacto.

—Hago lo que puedo, Hada.

—Bien, atiende y no te tuerzas un tobillo, por favor.

—Soy todo oídos —digo entre jadeos.

—Ahora que ya conoces el contexto, mira esa segunda foto.

No tengo un segundo que perder, pero le hago caso y me detengo a regañadientes. Algo me dice que lo que Hada tiene es importante. Suele serlo.

El nuevo archivo que me acaba de llegar es una fotografía familiar, todos bien vestidos y llenos de alegría; la típica toma grupal que se hace en todas las bodas al terminar la ceremonia. La instantánea fue tomada frente a una escalinata de cemento, al aire libre. Algunos de los presentes llevan gafas de sol. Las personas mayores y los niños posan en primera fila, mientras que los hombres se agrupan en las filas de detrás. El primer rostro que he reconocido es el de Jeremy Haskins, de pie, junto a su recién nombrada esposa, en el medio de la imagen. Enseguida me doy cuenta de que el retrato que Hada me ha enviado en primer lugar es un fragmento de esta misma foto, cortado y ampliado.

En la parte de atrás, por encima de esos rostros sonrientes, veo la fachada pedregosa de una iglesia.

—¿Ves al hombre de la pajarita de la última fila? El tercero empezando por la izquierda —me guía Hada.

Recorro la fotografía con la vista y encuentro al hombre de la pajarita. Al hacerlo, empiezo a entenderlo, a verlo todo. No digo nada y espero a que Hada me lo explique.

A medida que ella habla, siento un escalofrío subiéndome por el cuello. Hada desvela la identidad del hombre de la pajarita en el preciso instante en que termino de bajar las escaleras y accedo al vestíbulo.

Todavía conmocionado por la nueva información, veo a mi presa a lo lejos. Camina apresurado por la zona de recepción y se dirige hacia la salida del hotel.

Agradezco a Hada la información, me despido y voy tras él.

—¡Haskins! —grito, pero él no se detiene. Acelero el paso, forzando a mi cuerpo a moverse más rápido mientras mis pensamientos se arremolinan. No puedo dejar que se escape, no ahora que estamos tan cerca de la verdad.

Finalmente lo alcanzo en el aparcamiento, tras la puerta giratoria que da acceso al edificio. Lo agarro del brazo y lo giro para enfrentarlo.

—No puedes seguir huyendo eternamente —le advierto con la respiración agitada—. Tú lo sabes mejor que nadie. No finjas que no ves la problemática. O colaboras conmigo, o te las ves

con la policía. Tú eliges.

Haskins me mira, su rostro pálido y sudoroso.

—No lo entiendes —dice con voz temblorosa—. Si se supiera, no solo perdería mi trabajo. ¡Lo perdería todo!

No se atreve a verbalizarlo siquiera, pero se está refiriendo a un ingreso en prisión.

—Escucha, Haskins —digo con un tono más suave pero no menos firme—. El chantajista no va a parar, y sabes que no puedes seguir viviendo así de manera constante. —Bajo la mirada hacia el sobre, que sigue arrugado entre sus manos—. Dime de una vez qué contiene.

Con un rápido movimiento, guarda el sobre dentro del bolsillo de su pantalón.

—No pienso decirte nada, es inútil. Y deja de seguirme o llamaré a seguridad.

—¡Adelante, hazlo! —exclamo—. Seguro que estarán encantados de escuchar la historia del hombre que mataste.

—¡Yo no maté a nadie!

—¿Ah, no? ¿Por qué iban a chantajearte entonces?

—Ya te lo he dicho. Le soy infiel a mi mujer.

Emito un bufido.

—Por favor...

—Quien te aseguró que me había oído decir que yo había matado a un hombre, te mintió. Yo jamás pronuncié esas palabras porque nunca he matado a nadie.

—Es verdad, no lo hiciste. —Se detiene en mis pupilas, está claro que no esperaba convencerme tan rápido. Como no quiero darle falsas esperanzas, le muestro la pantalla de mi móvil—. Supongo que reconoces esta foto. Pertenece al día de tu boda.

Quiero ver si la instantánea provoca alguna reacción en él. Y lo hace: Haskins se encoge como si fuera un vampiro en presencia de una cruz. Finalmente asiente. Por su expresión deduzco que, si no lo tuviera bien agarrado de la manga de su chaqueta, saldría corriendo.

—Este eres tú —lo señalo con el dedo en la fotografía—. Menudo pelazo, por cierto.

Traga saliva pero no dice nada.

Mi dedo se mueve un poco hacia la derecha.

—Tu mujer. Una belleza.

Sigue sin mediar palabra.

Ahora subo el dedo un poco, situándolo sobre el joven de la pajarita de la última fila. Pelo largo y oscuro, frondosas patillas. Es el único personaje de la foto que no sonríe. Su mirada forma una línea recta directamente hacia la coronilla de la recién casada, la señora Haskins.

—Y este que no le quita ojo a tu mujer, amigo mío, es el antiguo actor y víctima de supuesto suicidio, Tom Sanders.

Haskins levanta la mirada de la foto. Tiene el rostro contraído.

—Deberías perfeccionar tus dotes de investigador, Toni —dice.

—Sé que es Sanders —hago una mueca—, me he informado bien.

Él asiente. Sus pupilas titilan cuando finalmente me mira a los ojos.

—Es Tom, sí. Pero no la está mirando a ella. Me está mirando a mí.

Jeremy Haskins acaba admitiéndolo todo.

Me cuenta la historia de cómo Tom Sanders pasó de acudir a su boda a terminar, años después, cayendo por un acantilado. El silencio cuando termina es tan brutal, que hasta el roce de las ramas de los árboles al mecerse con la brisa se percibe con claridad. Resulta estremecedor.

—¿Qué va a pasar ahora? —me pregunta.

—Ahora, colega, yo voy a detener a tu chantajista, y este me llevará hasta el asesino de novias. En cuanto a qué va a pasar contigo, es tu problema.

—No puedo permitir eso, lo siento. Si lo haces, hará público mi crimen. Fue muy claro en ese aspecto.

Extiendo el brazo con la mano extendida.

—Vamos, Haskins. Dame ese sobre.

—He dicho que no.

Cierro el puño... («No lo hagas, Toni», me digo. Pero ¿desde cuándo acepta consejos Toni Galán de nadie, especialmente de Toni Galán?) ...y le asesto un revés en la nariz. Se oye un crujido, como si alguien hubiera pisado un escarabajo, y la nariz de Haskins comienza a gotear sangre.

No dejo que se recomponga y le arrebato el sobre que antes le ha entregado Chaqueta Blanca. Por suerte, me he asegurado de que en este rincón no hay guardas ni policías rondando.

—Hijo de... Pero ¿qué haces? —se queja él, perplejo.

—Te lo he dicho. Está muriendo gente por culpa de este embrollo. Tus problemas son irrelevantes.

Ignorando sus quejas, abro el sobre y examino su contenido. Es una tarjeta con una dirección y una hora concretas. Será esta noche. No demasiado lejos de aquí.

Me fijo en que Haskins está gimoteando como un niño. Se ha llevado a la nariz un pañuelo que ya está teñido de rojo. Le ayudo a ponerse en pie.

—Ahora, desaparece —digo. Parto el sobre varias veces por la mitad y me guardo los pedazos en el bolsillo—. Ni se te curra aparecer luego, o seré yo quien te delate. Yo en tu lugar, me entregaría a la policía y confesaría.

Un minuto después, estoy arrancando mi *escarabajo*, dejándolo tambaleándose con una mano en la nariz. No creo habérsela roto, pero no estoy seguro.

Durante el trayecto hacia el punto de encuentro con el chantajista, estaré cerca de arrepentirme de mis acciones. ¿Y si Haskins acudiera a la policía? Podría denunciarme por acoso y agresión.

No tardaré en relajarme y convencerme de que eso es improbable. Jeremy Haskins no lo

hará.

Y no lo hará porque tendría que explicar los terribles actos que cometió en el pasado, empezando por la muerte de su mejor amigo y padrino de su boda, Tom Sanders.

Dos días después de la emisión del tercer episodio. Desguace. Noche.

El trayecto hasta el lugar del encuentro apenas me lleva diez minutos. La noche es bochornosa y oscura cuando aparco a la sombra de un muro lleno de grafitis, a una distancia prudente de la entrada. Me apeo del vehículo y, con los brazos en jarra, echo un vistazo general. El antiguo dueño del terreno tras el muro debía de estar obsesionado por la seguridad de la propiedad privada, porque en su día colocó varias hileras de alambre de espino en lo alto del muro.

Durante el trayecto, he preguntado a *Siri* por el lugar. El asistente virtual me ha devuelto una imagen satelital que me ha permitido conocer la naturaleza de aquello que se esconde al otro lado de tanta protección. Sin embargo, incluso sin esa información sería evidente que estoy ante un desguace abandonado; las montañas de coches sobresalen por encima del muro.

Esta noche, la luna brilla como una moneda de plata nueva.

Sigo el camino del muro en paralelo hasta detenerme ante un portón de hierro cuyas dos hojas permanecen unidas por una pesada cadena y un robusto candado de hierro. Me dispongo a escalar cuando, para mi sorpresa, el portón cede a mi peso.

Candado falso disuasorio. Muy listos.

Retiro la cadena, empujo más una de las hojas y me cuelo dentro. Por si acaso, vuelvo a colocar la cadena en su sitio. El lugar parece abandonado, pero nunca se sabe.

Tras haber estudiado el terreno en base a las tomas aéreas de la aplicación de mapas, no me resulta difícil orientarme. A mi derecha, en el lado interior del muro, se apilan estructuras metálicas de chatarra que un día fueron los coches de alguien. Por su aspecto, hace mucho tiempo de su último viaje. La prensa industrial, que duerme ahora un poco más allá, les ha dado a todos ellos una curiosa forma de paralelepípedo.

Me recorre un escalofrío al pensar en la clase de encuentro que podría tener cabida en un sitio así.

Me vuelvo hacia el portón para asegurarme de que nadie me sigue. Luego, adentrándome en el terreno, camino por un callejón angosto que hay entre las montañas de vehículos aún por aplastar. Según internet, al fondo tiene que haber un edificio.

Lo encuentro pocos pasos más adelante. Parece un edificio industrial abandonado.

«¿Qué clase de chanchullos te traes entre manos aquí, Haskins?»

Mientras me aproximo a la entrada con cautela, la historia del director de montaje se cuela por la puerta trasera de mi cerebro. Mis pensamientos vuelven a la conversación que hace un rato he mantenido con él.

—Tom y yo éramos amigos desde la facultad. —Así ha abierto Jeremy Haskins la caja de los gusanos de su pasado—. Uña y carne, como suele decirse. Nos abonamos a los Dodgers juntos, acudíamos a todos los partidos. Los domingos organizábamos barbacoas con nuestras mujeres, llevábamos a los niños al mismo colegio... ese tipo de cosas.

—Sí, los mejores amigos. Como Chandler y Joey. Me ha quedado claro.

La sonrisa que me ha dedicado estaba llena de miedo, pero al menos había pillado la referencia a *Friends*. Algo era algo.

—Hace unos años, conseguí que Evelyn Crowe contratara a Tom para aquel *western*. Y también fui yo quien hizo que lo despidieran.

Aquello prometía.

—Explica eso.

—El matrimonio puede ser complicado, ¿sabes?

«A mí me lo vas a decir», he dicho para mis adentros. He dejado que hablara.

—Mi mujer, Brenda... joder, no tengo nada malo que decir de ella. En todos los años que estuvimos juntos siempre fue cariñosa y entregada a nuestro matrimonio. Fue un apoyo constante. Me dio dos hijas maravillosas. En fin, está claro que es mejor persona que yo. Se lo debo todo.

Volví a mirar la fotografía, centrándome en la novia. Así que no solo era una belleza, sino que además tenía buen corazón. Los unicornios existen, y ese hombre había despreciado a uno por otra persona. Levanté la vista hacia Haskins. Hay decisiones erróneas, y luego están de las que te arrepientes de por vida. Sospechaba que Haskins había cometido algunas de este segundo tipo.

—Y, aun así, le fuiste infiel —le he dicho, con un tono más acusador de lo que pretendía.

Él ha asentido. Era obvio que la mala decisión le había torturado durante infinidad de noches. Ante mí tenía los ojos de un hombre arrepentido.

—¿Qué tiene que ver tu mujer con el hecho de que participaras en el despido de Sanders? —he preguntado.

—Él estaba encaprichado de mí —ha asegurado. «Espera, ¿qué?» Yo he vuelto mi vista a la fotografía de inmediato. Y a los ojos de Sanders, mirando fijamente a Haskins desde las filas traseras. Y a la línea dura que era su boca. Ahora lo veía claro. Sanders no la estaba mirando a ella, sino al hombre a quien amaba. ¿Cómo no había podido verlo hasta entonces? Era una prueba más de que siempre vemos lo que queremos ver.

—¿Te lo dijo él? —pregunté.

—Más que eso.

Ladeé la cabeza y le dejé explicarse.

—Ocurrió el año pasado, en una fiesta casera que organizó uno de montaje con motivo de la ceremonia de los Oscar. Los dos habíamos bebido. Sin saber cómo, terminamos a solas en el ático. Hacía una noche preciosa, aunque el frío era palpable. Él me dejó su chaqueta y yo le sonreí. Supongo que me interpretó mal, o puede que no, yo qué sé. El caso es que eso le dio pie a confesarlo todo. Bueno, eso y el alcohol. Me dijo que estaba perdidamente enamorado de mí. Yo

le dije que esas bromas no tenían gracia y que estaba borracho. Entonces Tom, mirándome con firmeza, me aseguró que sus sentimientos se remontaban a la época de la facultad. Luego... yo... lo besé.

—¿Lo besaste?

—Desconozco qué me empujó a hacerlo. Nunca había besado a un hombre, pero supongo que Tom me inspiraba confianza, y el hecho de que me dijera todas esas cosas bonitas, no sé... creo que despertó algo en mí. El caso es que me gustó.

—El alcohol puede confundirnos a veces —señalé.

—No fue por el alcohol —me contradijo—. Después de esa noche, volvimos a vernos muchas otras veces. Procurábamos hacerlo cuando nuestras mujeres no estuvieran en casa y los niños aún no hubieran salido del colegio, y entonces dábamos rienda suelta al deseo mutuo.

—Pero, Jeremy, ¿tú eres gay? Estás casado con Brenda.

—Sí, claro que lo soy. Siempre lo he sabido. —Se detuvo en mis ojos, que debían de parecer un poema—. No te atrevas a juzgarme, no sabes lo que es crecer en el seno de una familia conservadora de Indiana.

Alguna idea podía hacerme, el interior del país era famoso por su estricta tradición católica. Me llevé la mano al mentón. Aquello era muy fuerte.

—¿Vuestras respectivas mujeres llegaron a enterarse? —pregunté, más intrigado de lo que esperaba.

—No, nunca.

—Vale. Y, sin embargo, hiciste que lo despidieran más tarde.

Asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

—Él se obsesionó conmigo, hasta le pidió el divorcio a su mujer.

—No me jodas.

—Creo que se confundió. O lo confundí. Me obligó a elegir: mi mujer o él. Yo no quería dejar a Brenda. Tenía miedo de perder a los chicos, y además, joder, amo a mi mujer. —Se detuvo en mis ojos. Los suyos estaban llorosos y temblorosos—. Sé que suena raro, pero es así. Sentía deseos carnales con Tom, pero al mismo tiempo detestaba la idea de abandonar a mi familia. ¿Tan raro es?

—No lo sé, Jeremy.

—Así que elegí a Brenda. Le dije a Tom que no volveríamos a quedar a solas.

—Y no se lo tomó bien.

—Se lo tomó fatal. Desde ese día me esperaba en la puerta de casa, corriendo el riesgo de que Brenda lo viera y nos descubriera, y me abordaba por sorpresa cuando salía a correr por el vecindario. Lo peor fueron los mensajes. Como no le respondía las llamadas, empezó a escribirme al móvil. Lo hacía sin parar. La cosa fue cada vez a más, así que tomé una medida drástica: acudí al despacho de Evelyn Crowe y le enseñé todos los mensajes que Tom me había estado enviando. Por supuesto, no le hablé de nuestra relación, simplemente informé del acoso que estaba recibiendo por parte de uno de los actores de la serie.

—Y Evelyn lo despidió.

Haskins asintió.

—Lo echó de inmediato.

En ese punto de la historia, ya empezaba a hacerme una idea de la fotografía completa. Con ánimo de ir al grano, expuse mi teoría:

—Entonces Sanders supo que lo habían echado por tu culpa, y, a modo de venganza,

amenazó con contarle todo, así que tú te lo quitaste de en medio. ¿He acertado?

—No exactamente.

Exhalé un suspiro.

—Haskins, colega, no tenemos toda la noche. ¿Podrías no darme la información por fascículos? Esto no es una maldita serie de suspense.

—Ya estamos llegando al final —aseguró, su voz apenas un susurro—. Ocurrió hace unos meses. Tom ya no trabajaba en la serie. Esa noche, todos se habían marchado a casa. Nosotros cometimos el error de quedarnos en los camerinos.

Fui a interrumpirlo, pero siguió hablando.

—No contaba con que Tom aparecería por allí, aunque, dada su enfermiza obsesión, debí de haberlo imaginado. Así que nos pilló. Era la primera vez que lo hacíamos en el trabajo, pero así es la vida.

—¿Te refieres a Brenda y a ti?

—No, Brenda y yo llevábamos meses sin mantener relaciones sexuales. Yo había empezado una aventura con otro hombre.

Creo que tosí. ¿Otro hombre? Mi rostro debía de hablar por sí solo, porque ni siquiera tuve que verbalizar la pregunta. Haskins levantó la mirada, y en sus ojos encontré una mezcla de miedo y resignación.

—Ethan Pierce. —Sus palabras cayeron como un martillo en el silencio de la noche—. Estoy teniendo una aventura con el actor Ethan Pierce.

Abrí mucho los ojos. Ahí estaba la confesión. Las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar, pero con cada respuesta surgían nuevas preguntas.

—Tom y yo tuvimos una acalorada discusión —continuó Haskins—. Estaba cabreado, nunca lo había visto así. «¡Dejé a mi mujer por ti!», me gritó. Volvió a recordarme que, cuando él me había hecho elegir entre Brenda y él, yo había optado por mi mujer. Me dijo que podía entender que no quisiera dejar a Brenda, pero el hecho de que lo hubiera sustituido por otro hombre, y para colmo, por otro actor, hacía que se sintiese engañado y humillado. Creo que eso terminó por destruirlo.

«Es comprensible», pensé.

—Traté de tranquilizarlo, hacerle entrar en razón, explicárselo todo. Pero fue inútil. Se alejó de mí y salió corriendo hacia su coche. Antes de arrancar, suplicando yo con las manos agarradas a su puerta, me juró que iría a mi casa esa misma tarde y revelaría mi mentira. Pensaba contárselo todo a Brenda.

Haskins hablaba a toda prisa para que yo no pudiera interrumpirlo y para que la bola que le estaba subiendo a la boca desde el centro del pecho no le privase de voz. Y continuó diciendo, con los ojos arrasados en lágrimas:

—Yo lo seguí, por supuesto. Estaba tan centrado en alcanzarlo que no vi que un tercer vehículo iba tras nosotros. No pensaba en nada, solo en que bajo ningún concepto Brenda podía enterarse. Habría sido el fin de mi familia, la pérdida de mis hijos... Estaba desesperado. —Se detuvo para secarse las mejillas y pasarse la lengua por los labios—. Brenda y yo vivimos en las afueras. La carretera que une la ciudad con nuestra casa es, digamos, sinuosa. Hay que ir con cuidado aunque la conozcas bien.

—Y vosotros ibais como aviones —adiviné, intuyendo cómo terminaría la historia.

—Tom le pisaba a fondo, pero mi coche era más rápido que el suyo, así que lo alcancé. Traté de que desacelerase y que se detuviera en el arcén, solo quería que lo habláramos con tranquilidad. Como amigos que éramos, nos lo debíamos. Pero él estaba decidido. Nunca lo

había visto así. —Carraspeó—. Y entonces, en una curva cerrada, le corté el paso y atravesé mi coche en su carril, obligándolo a detenerse. Aún puedo oír el chirrido de los neumáticos contra el asfalto. Él fue el primero en salir del coche. Allí, en un tramo de la curva donde el terreno se abría hacia el acantilado, continuamos la discusión que habíamos empezado en los estudios de grabación. La cosa fue a más y acabamos llegando a las manos. Él me golpeó primero, un impacto certero en el pómulo. —Haskins se llevó la mano al rostro como por inercia—. Entonces yo arremetí contra él. Solo quería tirarlo al suelo, hacer que parase. Pero calculé mal y lo empujé hacia atrás. Perdió el equilibrio y... —Hace una pausa para tragar saliva con dificultad—. Dios, estaba ahí, y al instante siguiente... ya no estaba. Fue terrible.

Di una amplia bocanada para tragar el testimonio.

—Así que Sanders no se suicidó, sino que lo empujaste para que no te delatara —concluí, airado.

—¡Fue un accidente! —Se detuvo en mi rostro, como si hubiera malinterpretado su historia—. ¡Yo no quería matarlo!

—Vale, lo que tú digas. ¿Qué pasó después?

Él, dubitativo:

—Me quedé allí un buen rato, sin saber qué hacer. Enseguida me di cuenta de que, si alguien pasaba por allí, no le habría resultado difícil hacerse una idea de lo que había ocurrido, especialmente cuando saltara la noticia de la desaparición de Tom. Así que me puse manos a la obra e hice lo único que podía hacer.

—Empujaste su deportivo por el risco, de modo que pareciera un accidente —me adelanté—. Muy listo. Sanders estaba en pleno proceso de divorcio y acababa de perder el empleo, así que todos se tragarían la historia de la depresión que acabó en suicidio. Sin embargo, alguien os vio.

«De lo contrario, no te estarían chantajeando», añadí mentalmente.

—Antes he comentado que un tercer vehículo nos acompañó en la persecución sin que nos diéramos cuenta. El conductor era el hombre de pequeño bigote con quien me has visto antes, quien me ha dado el sobre. Esa tarde, estaba siguiendo a Tom en busca de alguna exclusiva cuando debió de vernos salir de los estudios hacia nuestros respectivos coches. Así que decidió seguirnos.

—Y vio lo que hiciste —apunté. «Eso sí que es una exclusiva de primera».

—Estaba tan conmocionado por la muerte de Tom, tan concentrado ocultando los indicios, que ni siquiera me percaté de su presencia. Sin embargo, a los pocos días, ese hombre me envió un mensaje anónimo. Lo siguieron varios más. Al principio pensé que era una broma de mal gusto, pero luego comenzaron a llegar pruebas. Fotos, correos electrónicos, incluso grabaciones de mis hijas saliendo de casa. Lo que terminó por convencerme fue recibir una memoria USB con un archivo de vídeo dentro.

—¿Qué se veía en el vídeo?

—A mí empujando el coche de Tom acantilado abajo.

Asentí. Ese hombre tenía a Haskins bien cogido por los huevos.

—¿Y qué quería de ti? —pregunté, aunque la respuesta es evidente.

—Un encuentro clandestino.

—El cual aceptaste.

—Sí. Fue ahí cuando me pidió el material de la productora. Debía seguir sus instrucciones al pie de la letra. Me haría llegar la fecha y el lugar de las entregas mediante sobres como el que he recibido esta noche.

—¿Y si te negabas?

—Le diría a la policía que yo maté a Tom.

Asentí. La historia era buena, pero, como guionista profesional y escritor de suspense, quedaba un misterio por desvelar: ¿Era el chantajista de dudoso gusto estético el asesino de novias, o solo alguien que vendía el material al verdadero asesino?

Y, en este segundo caso, ¿a quién se lo vendía?

«Así que Jeremy Haskins mató a Sanders y por eso le están haciendo chantaje» —me repito mientras me aproximo a la entrada del edificio abandonado.

También me vuelve a la cabeza una y otra vez el hecho de que a Ethan Pierce le vayan los hombres. Me pregunto si Evelyn Crowe estará al tanto de ese dato, y, de estarlo, ¿le vendría bien o mal que saliera a la luz? Ahora entiendo por qué Pierce estaba tan tenso en la fiesta. Que se descubriera la verdad suponía el fin del matrimonio para Haskins y su detención, sí, pero a Pierce también le afectaba. Cualquiera que haya vivido un mínimo dentro del mundo del cine sabe que una noticia así puede ponerte en el punto de mira de todos los periódicos, revistas y programas de televisión.

Pero lo que de verdad copa mis pensamientos es la reacción de Tom Sanders, el gran perjudicado de la historia, cuando se enteró. Es comprensible, al fin y al cabo. El pobre hombre podía vivir con la agonía de que el amor de su vida lo rechazase. Lo que Sanders no pudo dejar pasar fue el hecho de que Haskins lo sustituyera por otro hombre. Eso no pudo soportarlo.

Una compleja historia amorosa con dramático final, que habría quedado en el olvido si cierto periodista de bigote no hubiera estado siguiendo a Sanders la tarde de la persecución que concluyó con su muerte.

Pero lo estuvo.

Consciente de las habladurías y los últimos rumores que situaban a Tom Sanders en el centro de las críticas, el periodista que hoy le ha entregado el sobre decidió marcarlo en corto.

Y se encontró con una exclusiva mucho más succulenta: la muerte de Sanders a manos del director de montaje Jeremy Haskins.

Utilizó lo que vio para exprimir a Haskins y sacar provecho de la tragedia.

Y aquí me encuentro yo, meses después, recogiendo los restos de todo ello.

Porque aún flota en el aire la gran pregunta: ¿es Chaqueta Blanca el autor de los asesinatos de las tres mujeres, o tan solo un intermediario que está traficando con el material inédito de la serie? En este segundo caso, aquel a quien está vendiendo el material tiene que ser el auténtico asesino de novias. Sea como sea, solo hay una manera de saberlo: preguntárselo directamente.

Al edificio del desguace se accede por un portón vertical abatible como el de los garajes o talleres. Está cerrado hasta el suelo, con lo que la entrada queda descartada por este camino.

Bordeo el edificio con el sentido del oído alerta; según el mensaje del sobre de Haskins, en unos minutos, Chaqueta Blanca acudirá a este lugar. Y no quiero que me pille por sorpresa.

Pronto encuentro una ventana con el cristal roto. Me deshago de la chaqueta del traje y me ayudo de una torre de palés para tomar altura y colarme, con cuidado de que la tela de mi pantalón no se atrape en ninguna punta afilada. Me suelto y caigo al suelo por el otro lado. Mis zapatos levantan el polvo y producen un eco siniestro cuando aterrizo.

Ya estoy dentro.

En el interior de la nave el ambiente es más fresco y oscuro que en el exterior. Las sombras envuelven el edificio, dándole un aire siniestro que me hace estremecer. Me adentro con cautela, sintiendo cada crujido de mis pisadas en el pavimento agrietado.

Pronto me acostumbro al entorno crepuscular. El polvo se arremolina en el aire con cada paso que doy, creando una niebla espesa bajo la luz de la luna que se filtra por los ventanales rotos en la parte alta de las paredes. Veo vehículos viejos y despiezados a mi alrededor, y me doy cuenta de que estoy en un cementerio de coches. También hay montones de cajas apiladas a lo largo de las paredes que proyectan sombras alargadas, dándome la cobertura que necesito para esconderme. Me agacho detrás de una pila próxima a la entrada, con la vista fija en el centro del almacén, donde se supone que se llevará a cabo el encuentro.

Sin embargo, ese encuentro nunca llegará a producirse.

Los minutos pasan lentamente. El frío del almacén se cuela por mis ropas, pero la adrenalina me mantiene alerta. De repente, escucho un ruido, el sonido de una puerta oxidada abriéndose. Me pego aún más a las cajas, conteniendo la respiración, al tiempo que escucho las pisadas acercarse.

Un hombre accede al centro de la nave. Puedo verlo bien, su silueta recortada contra la tenue luz. Va vestido de manera extravagante, y su pelo, obsesivamente engominado, brilla casi tanto como a la luz del salón del Four Seasons. El tipo de apariencia que jamás esperarías encontrar dentro de un desguace abandonado.

A no ser, claro, que el hombre en cuestión acuda movido por un tema de índole que nada tiene que ver con los coches.

Como un chantajista que espera recibir su pago, por ejemplo.

Los rasgos que puedo percibir, empezando por la radiante chaqueta blanca, coinciden con el hombre que antes le ha entregado el sobre a Haskins.

Constato el hecho de que Chaqueta Blanca es tanto el mensajero como el chantajista.

Se mueve con la seguridad de alguien que tiene el control, como si todo cuanto le rodea le perteneciera, hasta que se detiene. Comprueba la hora en su reloj de oro y se mete las manos en los bolsillos mientras aguarda.

Está esperando a Haskins, pero Haskins no va a aparecer.

«Es tu hora, Toni —me digo—. Sal ahí y obliga a ese memo a cantarlo todo».

Pienso en Chase. No hay rastro de él por aquí, lo cual me inquieta. La última vez que lo vi, salía tras el chantajista, pero, si este ya está aquí, ¿dónde se ha metido Chase? *Estaremos en contacto*, es lo último que me ha dicho antes de separarnos, en el hotel. Sin embargo, no he tenido noticias tuyas desde entonces. ¿Me habrá tendido una trampa? La duda me carcome, pero

no puedo permitirme distracciones ahora. Mantengo los ojos fijos en el chantajista mientras este sigue deambulando. Por lo mucho que mira su reloj, está impaciente.

De repente, el chantajista vuelve la mirada hacia mí.

«Me está viendo. —Trago saliva—. ¡Me ha pillado!»

Me digo que no habrá mejor momento para salir e interceptarlo por sorpresa, pero justo oigo una voz a mi espalda.

Casi al mismo tiempo, una punta fría se apoya contra mi sien.

—Adiós, Toni —susurra alguien, y de nuevo siento el frío metálico, ejerciendo aún más presión.

Antes de que pueda reaccionar, un golpe seco lo vuelve todo aún más oscuro.

Abro los ojos lentamente. El frío del suelo del desguace se cuela a través de mi chaqueta y un dolor sordo late en mi cabeza. Apenas siento las puntas de los dedos, solo un tímido hormigueo. Todo es confuso por un momento, pero pronto me doy cuenta de que tengo un cañón apuntando directamente a mi cabeza.

«Los momentos de estrés facilitan la irrupción de los brotes, Toni», me dijo la doctora una vez. Está claro que estos días no estoy siendo el paciente del año.

A mi lado está Chase. Su expresión es tensa, y algo me dice que lleva despierto más tiempo que yo. No abre la boca para hablar. Tiene su propio cañón apuntándole la nuca por detrás.

Algo exagerado.

O tal vez no. Jeremy Haskins ha estado acudiendo a este sitio de manera recurrente para entregar el material de la productora a cambio de silencio. Un material que era recibido y utilizado, casi con toda seguridad, por aquel que ha ejecutado a Lucy O'Brien, Barbara Cole y Elena Fring.

Y nosotros nos hemos inmiscuido.

Es sencillo llegar a la conclusión: no van a dejarnos salir de aquí con vida.

El miedo puede con mi curiosidad de volverme y ver los rostros de nuestros captores.

—Mira quién ha decidido despertarse —dice mi matón con voz burlona. Tiene un acento que no soy capaz de ubicar, como de la calle. El típico acento que evoca peligro y problemas.

Sin dejar de apuntar a nuestras cabezas, nos rodean y se colocan frente a nosotros, de manera que podemos verlos. Son dos latinos de piel tatuada y párpados caídos, como si forzaran una chulería mal disimulada. Uno, de pelo corto y labios gruesos, lleva un abrigo negro con capucha. El otro, un tipo delgado con unas rastas tiesas a lo Bob Marley, lleva el cuello cubierto por un tatuaje de un bebé que no llega a quedarle del todo bien.

Es este, el Bob Marley pistolero, el que me está a puntando a mí.

—¿Qué queréis de nosotros? —pregunto, intentando ganar tiempo para pensar.

—Buena pregunta, gafotas —se mofa Bob Marley. ¿Gafotas? No me llamaban eso desde quinto—. Pero aquí las preguntas las hacemos nosotros. ¿Quiénes sois?

Antes de contestar, miro a Chase de reojo. Con un movimiento inequívoco de cabeza, me indica que mantenga silencio.

—¿Dónde está Haskins? ¿Qué habéis hecho con él? —pregunta el del abrigo.

Frunzo la frente y clavo la vista en el polvo que gravita sobre el hormigón, hasta que el que acaba de hablar da un paso vehemente hacia mí y me coge por debajo de la barbilla. Los dedos gruesos me obligan a girar la cabeza.

—¡Mírame cuando te hablo! —exclama a pocos centímetros de mi cara.

Lo miro. El pecho de ese hombre es como un contenedor de basura: ancho, duro y maloliente. Tiene la nariz ancha y plana, y presenta calvas en varios puntos de la cabeza, como si alguien le hubiera quemado con un cigarrillo. Ahora que lo veo más de cerca, es alto y musculoso, con una cicatriz en la mejilla derecha. Una joya.

—He preguntado quiénes sois —repite, esta vez con un tono más lento y calmado, aunque más aterrador si cabe. Su aliento desprende un intenso olor a marihuana. Tengo que hacer un esfuerzo por no volver la cabeza.

He escrito mucho sobre tipos como estos dos. Los típicos matones sin cerebro al servicio de un líder. Es este último quien pone el cerebro. Así que no deberían ser un problema, salvo por dos detalles importantes: van armados y tienen más experiencia que nosotros en la lucha de cuerpo a cuerpo. Me preparo para lo que tenga que pasar, barajando opciones, todas nefastas, cuando oigo, no muy lejos, el ladrido de un perro. De un perro adulto. Rebotando en las paredes y encogiéndome los testículos.

Lo veo aparecer entre dos elevadores industriales, olfateando el asfalto a su paso con desesperación animal. Lo sigue la luz de una linterna que me permite distinguir el tipo de fiera que es: un pitbull. Cuando su olfato lo hace reparar en nosotros, nos muestra los dientes, señal inequívoca del descontento que le produce nuestra presencia aquí.

La parte positiva es que va encadenado. El hombre al otro lado de la cadena, Chaqueta Blanca, porta la linterna, cuya luz parpadea en las carrocerías oxidadas de alrededor, proyectando sombras danzantes que parecen burlarse de nosotros. En un depósito de metal, alguien pintó mucho tiempo atrás la palabra NEUMÁTICOS en rojo y azul. Las letras ya están medio borradas tras los años.

Chaqueta Blanca se detiene a unos metros de nosotros y obliga al pitbull a pararse de un seco tirón. Este profiere un gruñido por lo bajo y espera a la nueva orden de su amo.

—¡Eh! —le grita a Chase—. Bonito reloj.

—Gracias —contesta él por primera vez. Mis ojos caen hasta su muñeca. Es verdad que lleva un reloj espectacular, un Patek Philippe de correa dorada y esfera de color zafiro.

—Pues que yo lo vea. Eso quiere decir que mantengan las manos visibles en todo momento. Los dos.

—No vamos armados —replica Chase, levantando las manos. Yo lo imito, está claro que se desenvuelve mejor que yo en esta clase de enfrentamientos.

—¿Dónde está Haskins?

—Hoy hay nuevos mensajeros.

La respuesta de Chase no parece agradar a Chaqueta Blanca, que frunce ligeramente los labios. Desde aquí, su ridículo bigote se asemeja a una carrera de hormigas, y el resplandor de la linterna hace que su pelo engominado parezca el de una figura de porcelana.

—Haskins sabe perfectamente que solo puede venir él. De hecho, es el único que conoce este sitio. Ahora ustedes se presentan sin previo aviso y por separado, lo cual me hace pensar —abre los brazos—: ¿qué quieren estos caballeros?

—Queremos todos los capítulos de la serie de vuelta —exige Chase. Por el rabillo del ojo observo que ni siquiera pestañea. Y sin embargo, mantiene un aura de tranquilidad que me hace preguntarme si de verdad sabe lo que hace o solo es un chiflado más en una ciudad de locos.

La petición hace elevar una ceja en el rostro de Chaqueta Blanca. Está sorprendido. Tal vez porque no esperaba que estuviéramos tan bien informados.

—Me temo que eso va a ser del todo imposible —dice, y balancea la cadena con suavidad. El pitbull bufa como si fuera un toro bravo, haciendo volar miles de partículas de polvo, y yo no

puedo más que tragar saliva.

—Pues tenemos un problema —repone Chase.

Chaqueta Blanca esboza lo que quizá sea una sonrisa.

—Voy a pedirselo una vez más. Entréguenme el material...

—Le repito que eso no va a pasar —insiste Chase, firme en su postura.

A los matones no les gusta su actitud. Fruncen sus enormes entrecejos. Bob Marley se vuelve hacia Chaqueta Blanca, esperando que le dé permiso para llevar el asunto al siguiente nivel.

Este sonríe y se lleva los dedos al puente nasal. Los dos matones dan un paso más hacia nosotros, inclinando la cabeza, como si hubieran entendido la señal. Vuelvo a tener el frío cañón de la pistola presionando la parte alta de mi cabeza. Me obligo a mover los dedos de las manos, como estimulando la circulación de la sangre. Parece que está volviendo la sensibilidad. Chase, por su parte, no desvía la mirada del chantajista.

—Basta con que chasquee los dedos —dice Chaqueta Blanca— y serán el juguete de mi amigo. —Vuelve a menear la cadena—. Lleva algunos días sin comer —asegura. El hambre brilla en los ojos de la fiera.

Así que aquí estamos, al borde del mismo abismo por el que han caído tantos hombres a lo largo de la historia: el precipicio de la violencia. Lo malo de los precipicios es que son resbaladizos. Un paso mal dado, y no hay margen para la rectificación.

Pero en un instante, todo cambia.

Chase no se lo piensa. O tal vez lleva todo este tiempo pensando en ello. En el momento en que Chaqueta Blanca agita la cadena por tercera vez, puede que coincidiendo con una leve relajación por parte del matón del abrigo negro, Chase Donovan reacciona de una manera totalmente inesperada. Cuando alguien tiene una pistola, eso no se lo espera. Al menos, al principio. El matón ha cometido el error de situarse demasiado cerca, y está claro que lo ha pillado desprevenido. Chase se inclina rápidamente hacia delante y con una mano le agarra la pistola. Con la otra, se impulsa para incorporarse y le asesta un golpe no demasiado fuerte en la garganta a su hombre. Un golpe así, dado con fuerza excesiva, puede ocasionar daños permanentes. Chase solo quiere, al menos eso creo, dejarle sin respiración, provocarle arcadas, que afloje los músculos.

Y funciona.

El matón del abrigo retrocede trastabillando, con una mano en el cuello y agitando la otra en señal de rendición. Ahora es Chase quien tiene el arma en la mano, y la maneja como si pesase poco, o como si fuese una prolongación de su extremidad.

Aprovechando la confusión, giro la cabeza hacia un lado y mis dientes encuentran carne. Los clavo con fuerza en la palma de la mano de mi captor, que brama de dolor. Invasado por un instinto de supervivencia asombroso, hincó más los dientes y doy un tirón desgarrador, y de pronto siento que me ha soltado.

Su revólver ha caído al suelo. Me incorporo y lo recojo. Abro la cámara echó un vistazo. Sin balas. Mierda.

—La mía también está vacía —confirma Chase, y escupe una maldición.

«Idiotas», pienso. Pero no digo nada.

Una carcajada contenida nos hace volvernos hacia Chaqueta Blanca, que parece disfrutar con el espectáculo.

—Solo quería asustarlos —dice, sin dejar de sonreír. Sus hombres, mientras tanto, se lamentan más allá del círculo de luz que crea la linterna.

Desde el suelo, Marley suelta un gruñido sin dejar de lamerse el dorso de la mano, que no

para de sangrar.

—¡Mátalos! —pide con los labios sanguinolentos.

Chaqueta Blanca trata de mantener la sonrisa, pero la mueca se deshace en una expresión de duda cuando ve a Chase correr hacia Marley y darle una patada en la cabeza. El matón pierde la consciencia en el acto. El otro, al verlo, sale corriendo despavorido.

Me paralizó, expectante por ver lo que pasará a continuación. Chase hace lo mismo.

—Han cometido un error —dice Chaqueta Blanca. Con su perro, es el único que queda allí con nosotros.

Empiezo a sentirme mareado —problemas de equilibrio, latigazos en el cuello—, pero aun así me enfrento a él:

—Acabemos con esto —exclamo—. Entréguese y confiese los asesinatos de esas tres mujeres.

Ríe más alto.

—Pero ¿qué dice, hombre?

—Sé que Haskins le entregaba los capítulos de *El asesino de novias* por adelantado a cambio de mantener su silencio. He visto cómo esta noche, en el Four Seasons, le entregaba el sobre citándolo aquí. Lo sé todo. ¡Entréguese!

—¿Cree que yo soy ese tipo? —Una nueva carcajada reverbera en las paredes de la gran nave. Esta vez, hasta la fiera que espera a sus pies ladra, y el sonido recuerda al rugido de un león—. Sale mucho más rentable vender la vida privada de las estrellas a la prensa que ir matando a chicas por ahí, se lo aseguro.

Es una respuesta que no espero, y no sé si sentirme aliviado o abatido por lo que supone. De reojo observo a Chase, que sigue jadeando por el esfuerzo. Por su expresión, parece igual de sorprendido que yo.

—¿Haskins no le entregaba capítulos inéditos? —pregunto, confuso.

—En ocasiones, sí; hay productoras que pagan auténticas fortunas por conocer por adelantado los movimientos de su competencia. Pero donde está la verdadera pasta es en los trapos sucios de los actores, las actrices y los directores. Cuánto cobran las estrellas, con quién se encierran en los camerinos, qué clases de sustancias se llevan al cuarto de baño, ese tipo de cosas. Con Haskins tenía un trato que nos iba muy bien a ambos —continúa el chantajista—. Él me proporcionaba esa información, y yo a cambio mantenía oculto el secreto de su crimen. Pero a ustedes no los conozco, no tengo cartas con las que negociar. Por otra parte, algo me dice que no han traído nada que pueda servirme, y no puedo fiarme. Por lo tanto... —Algo en sus palabras hace que se me tense el cuerpo entero. Chase da un paso hacia mí—, no puedo dejarlos con vida. Lo siento.

Entonces, como quien deja escapar el hilo de una cometa, suelta la correa, liberando al animal.

«Dios mío».

El pitbull avanza lentamente al principio, como si disfrutara de la anticipación.

—Corre hacia la verja —me susurra Chase—. Han dejado el portón de la nave abierto. Me he fijado.

—Pero...

La fiera no aparta la mirada de nosotros. Muestra más sus dientes, cabeza gacha, pelo del lomo encrespado y postura lista para salir disparado.

—¡Hazlo! —grita Chase—. ¡Ahora! ¡Corre!

Reacciono y salgo corriendo hacia el exterior.

Chase también retrocede, caminando hacia atrás con las manos levantadas. Enseguida lo pierdo de vista.

Lo siguiente que oigo es el gruñido fiero del perro y el resonar metálico de su cadena al rebotar contra el duro suelo. A medida que corro a trompicones, miro hacia los lados esperando ver a mi amigo junto a mí, pero no sucede.

Me obligo a no mirar y seguir avanzando. Cierro los párpados con fuerza. Cinco segundos más tarde estaré atravesando el portón, con las lágrimas agolpadas en los ojos y una deuda de vida pendiente.

Corro con todas mis fuerzas, notando el latido de mi corazón en los oídos y sintiendo el hormigueo que sube desde mis pies hasta la cintura. Hace un rato que he dejado de oír a la fiera tras de mí, y también a Chase, a quien he perdido de vista.

Noto un nudo en el estómago imaginando lo que ha podido pasar a mi espalda.

Los zapatos de cuero resbalan en el pavimento, pero no me detengo hasta que llego al portón de hierro y me topo con un nuevo problema.

¡Esos cabrones lo han cerrado desde dentro!

No hay tiempo que perder. Los barrotes de las hojas del portón tienen una separación de unos diez centímetros. No es lo ideal, pero servirá. Tomo carrerilla. Doy dos zancadas en dirección a la verja cuando oigo el ladrido del pitbull. El animal ya está aquí.

No me vuelvo para comprobar si tiene restos de sangre en el hocico y salto, dando con el pie entre dos barrotes.

El dolor es agudo ahora, como una descarga que me atraviesa una pierna.

No oigo más ladridos. Con un esfuerzo sobrehumano, escalo la valla, agarrando los barrotes con ambas manos y flexionando las rodillas. Al llegar a la cima, giro el cuerpo, suelto una mano, paso la pierna izquierda al otro lado, rasgándome el pantalón del traje de alquiler en el proceso, y logro ponerme fuera del alcance del animal. Con las suelas de los zapatos, impacto en los barrotes por la otra cara del portón, frenándome. Finalmente, me suelto y caigo al suelo. Noto un pinchazo en la rodilla que acusaré más tarde, pero logro mantener el equilibrio.

Me vuelvo hacia la nave del desguace, buscando a Chase con la mirada en el camino que va desde la puerta batiente de este hasta la valla.

Me sorprende no verlo.

Tampoco veo al perro, ni a Chaqueta Blanca.

Justo en ese momento, aparece Chase, emergiendo de una de las ventanas rotas de la parte alta del lateral del edificio. En lugar de correr como yo, ha debido de subirse a una pila de coches, pensando que el chucho no se atrevería a seguirlo hasta allí. Una vez arriba, habrá buscado un hueco por el que salir, y ha dado con una de las ventanas de la altura superior.

Me alegra verlo de nuevo, y no puedo evitar que se me caiga la baba cuando lo veo descender de la ventana, de ahí saltar hasta el muro exterior ayudándose de una cañería, y pasar al otro lado con una facilidad asombrosa. Finalmente se descuelga y aterriza como un gimnasta olímpico, creando una nube de polvo a su alrededor. Desde la distancia, me dedica una sonrisa cansada. Solo le falta hacer una reverencia.

A lo lejos, oigo un coche que arranca. Refuerzos.

—¡Chase, sígueme al coche! —grito.

Él reacciona y sale corriendo hacia mí. Nos encontramos junto al muro. Cuando vuelvo la mirada, veo que un imponente BMW negro ha rodeado el edificio del desguace y está a punto de derribar el portón de entrada.

El estruendo que hace esta es atronador.

Diez segundos más tarde, piso el acelerador de mi escarabajo y salimos de allí a toda velocidad.

El BMW de Chaqueta Blanca es una máquina imponente, capaz de aplastar una verja de hierro sin sufrir apenas un rasguño. En contraste, mi VW es ligero y ágil, especialmente con los faros apagados, convirtiéndose en un fantasma escurridizo en las sombras. Ya les llevábamos varias manzanas de ventaja, y Los Ángeles, con su entramado nocturno, se presta a perderse en sus entrañas.

En menos de dos minutos, los despistamos.

—¿Estás bien? —me pregunta Chase en cuanto los hemos perdido. Aun así, no deja de mirar por el retrovisor, alerta.

—Tengo la cabeza abollada y los calzoncillos incomprensiblemente húmedos, pero no tengo nada herido de gravedad salvo la dignidad.

Se ríe.

—¿Adónde vamos?

—A dar parte en comisaría. Luego, te llevaré a casa.

Durante el camino, la calma de tener la carretera casi por completo para nosotros nos envuelve. Aprovecho esa serenidad para poner a Chase al día sobre el gran secreto de Haskins.

—Así que Sanders, que estaba perdidamente enamorado de Haskins, pilló a este engañando a su mujer con EthanPierce —resume. Parece sorprendido, y no es para menos.

—Aha.

—Y cuando Sanders se echó a la carretera con la intención de revelarle la mentira a la mujer de Haskins, este fue tras él. Se produjo una persecución y posteriormente una pelea. Y Sanders cayó por el acantilado sin que su cuerpo llegara a encontrarse.

—Aha.

—Y nuestro amigo, el bigotitos de chaqueta blanca, que se dedica a hacer negocio con la mierda de los demás, tuvo la suerte de verlo todo, y desde entonces ha estado coaccionando a Haskins para que le proporcionase material de la productora que más tarde pudiera vender a la prensa rosa, entre otros.

Asiento.

—En resumen, acabamos de desentramar un gran misterio, solo que no era el misterio que queríamos desentramar. ¿He entendido bien?

Hago una mueca silenciosa.

—Por cómo ha reaccionado Chaqueta Blanca cuando hemos mencionado al asesino de novias, no creo que sea él. Por otro lado, si es quien suministra los episodios de la serie al auténtico asesino, lo descubrirá la policía. Hoy hemos hecho grandes avances, Chase.

—Supongo que sí —dice, aunque no suena convencido.

Circulamos un momento sin hablar.

—¿Qué vas a hacer con tu coche? —le pregunto, acordándome que lo tiene aparcado junto al desguace.

—Mañana a primera hora pillaré un Uber y volveré a por él.

Son las tres y media de la mañana cuando salimos de la comisaría después de denunciar el asesinato fortuito de Tom Sanders por parte de Jeremy Haskins. También presentamos una denuncia contra el chantajista por amenazas de muerte y tráfico de contenido privado. No tenemos su nombre, pero sí todo lo demás: se trata de un reconocido periodista *freelance* con invitación a la fiesta del Four Seasons. También conocemos su modelo de coche. Con todos esto, el funcionario que nos ha tomado declaración ha asegurado tener suficiente información para ir a por él. No he podido evitar pensar en Trent y Booker. Mañana a primera hora, cuando acudan al trabajo, van a llevarse una alegría.

Antes de dejar a Chase frente a la puerta de su casa, no puedo contenerme más y saco a relucir un tema que me consume desde que lo vi desarmar al hombre del abrigo negro en un abrir y cerrar de ojos, y escapar del desguace con la agilidad de una lagartija.

—Una vez, cuando estaba empezando, trabajé en una película japonesa —explica—. No era muy buena. En realidad era mala de narices; dos bandas callejeras que se enfrentaban, emulando a los antiguos samuráis, para ver quién dominaba el vecindario. Una especie de West Side Story oriental, imagina la bazofia. Yo interpretaba a un irlandés que había viajado a la tierra del sol naciente, enamorado de su cultura. Me lo tomé muy en serio, convencido de que aquello me catapultaría a películas de mayor presupuesto. Al final, la película ni siquiera llegó a estrenarse. La cancelaron a mitad de rodaje.

—Lo siento.

—No lo hagas. Todo lo que hacemos forma parte de nuestro camino. En mi caso, participar en esa película me sirvió para especializarme en artes marciales, en el manejo de la katana y en habilidades ninja. ¿Entiendes lo que te digo? La película fue un desastre, y alguien con visión limitada diría que fue un error aceptar ese trabajo, pero si no lo hubiera hecho, tal vez hoy los dos habríamos muerto en ese desguace.

Me quedo un rato pensando, con las manos en el volante y el motor al ralentí. Me alegra que Chase Donovan participara en el rodaje de esa película oriental, supongo.

—¿Y la pistola? —pregunto.

—Eso fue cosa mía. A mi vuelta de Tokio, me di cuenta de que había disfrutado tanto del entrenamiento que ya no podía parar. Así que me apunté a clases de tiro y también de artes marciales. Pensé que no estaría de más si algún día me contrataban en una película que requiriera de esas habilidades. Además, Los Ángeles se ha vuelto peligrosa, como se ha demostrado hoy. Ya soy cuarto dan.

—¿Y eso qué es?

—Nivel superior de cinturón negro.

De repente, siento un renovado respeto por Chase Donovan. Sale del coche y se despide.

—Eh, Chase —le grito a través de la ventanilla bajada.

Se vuelve.

—¿Qué tal si un día voy contigo a esas clases de karate?

—No quería decírtelo, pero falta te hace —contesta, burlón—. Y lo mío es taekwondo, no karate.

Inclino la cabeza.

—Pues te tomo la palabra.

—Gracias. Aunque mi palabra no vale nada, como la de casi nadie en esta ciudad —dice, y, tras subir los peldaños que acceden a la puerta de su casa, la abre y se pierde en su interior.

El eco de mis pasos resuena en la calle desierta mientras yo, aún con el traje puesto, la camisa por fuera del pantalón y la pajarita ligeramente desalineada, recorro a pie los pocos metros que separan mi apartamento de mi coche. La fiesta en el Four Seasons hace rato que habrá terminado, pero mi noche apenas ha comenzado, como pronto comprobaré.

Aprovechando la luz de una farola, me llevo la mano al bolsillo interior de la chaqueta. Despliego la fotografía familiar de boda que me envió Hada. Examino de nuevo los rostros y veo a Jeremy Haskins, luego a su bella mujer, y finalmente a Tom Sanders.

Al diablo con todo.

Después de tanto, me veo de nuevo en el punto de partida. ¿Qué he conseguido? Desenmascarar a un pobre traidor a cambio de que casi me maten unos chantajistas de poca monta. Todavía tengo la cara de Chaqueta Blanca clavada en mis retinas cuando le he acusado de matar a las tres mujeres. Me ha hecho falta menos de un segundo para confirmar que ese hombre estaba muy alejado del caso del asesino de novias.

Estoy, pues, igual que ayer. Es como si ese cabrón morbosos fuera un fantasma imposible de cazar.

¿Realmente es así? Me digo que tal vez me está pudiendo el pesimismo. En estos momentos, la policía está buscando a Chaqueta Blanca para detenerlo, y entonces comenzará un largo proceso de interrogatorios. Si Chaqueta Blanca suministró los episodios inéditos al asesino de novias, pronto se sabrá, y entonces la policía estará más cerca de atrapar al verdadero asesino.

«No puedes hacer más de lo que has hecho», me animo.

Detrás de mí, un susurro bajo y amenazante me hace detenerme y girar. Me quedo inmóvil, escuchando. Nadie. Lo único que se oye es la ya familiar cacofonía del tráfico cercano.

Entonces lo veo. Una sombra apoyada contra el muro, a pocos metros de mí. Diría que me está mirando fijamente.

—Me rompiste la nariz, maricón.

Trago saliva al oír la voz hosca que me habla desde mi retaguardia. Me giro rápidamente y ahí está, frente a mí: ese chico con el rostro hinchado y amoratado, las venas del cuello dilatadas y los orificios nasales muy abiertos, bloqueando la salida de la calle. Es el Kobe Bryant blanco al que agredí el otro día en la cancha de baloncesto. Hoy lleva una camiseta amplia de color negro con una calavera blanca.

Oigo pasos y risitas detrás de mí. Más sombras.

Las luces revelan a tres muchachos descarriados, bajitos pero con ganas de pelea. Es fácil leer los ojos de un adolescente rebelde cuando busca camorra. En cualquier caso, estos rostros son nuevos, no los reconozco de la cancha.

Me estremezco al saber que estoy rodeado.

—Si me lo pides por favor —digo, enfrentándome al Kobe Calavera—, hoy te rompo los dientes.

Sus venas se dilatan aún más. Su amplia frente —se quedará calvo antes de que puedan meterlo en la cárcel, calculo— ha adquirido un intenso color rosáceo.

—A lo mejor te los rompo yo a ti, escritor —contesta, rabioso.

—Vamos, inténtalo.

Voy a correr hacia él, pero uno de los que están a mi espalda me agarra del brazo y me lo retuerce. Exhalo un grito entre dientes. De un fuerte tirón, me deshago de su agarre, solo para descubrir que estoy rodeado. Busco ayuda desesperadamente por encima de los hombros de los chicos, que me sonríen ávidos de la promesa de una buena paliza al hombre más odiado de la semana —el segundo, si se tiene en cuenta al asesino de novias—, y solo veo una calle desierta.

No hay testigos, algo de lo que Kobe Calavera seguro que se ha asegurado antes de enfrentarse a mí. Nadie paseando en las calles de alrededor, volviendo a casa tras una noche de excesos o con el brazo del amante entrelazado con el propio. Tan solo una ciudad dormida. Pienso que ahora me vendrían bien las habilidades de defensa personal de Chase, y me prometo que, si salgo de esta, iniciaré mi entrenamiento de manera inmediata.

—Mira qué elegante viene —dice Kobe Calavera al resto del grupo—. Cómo se nota que es el hombre de moda.

—¡Seguro que su reloj vale una pasta! —se oye entre el grupo.

Llevo un Casio de saldo, pero ni siquiera puedo pensar en eso. Retrocedo un paso.

—¿Qué pasa, escritor? —habla uno de los chavales, avanzando un paso más hacia mí. Bajito, fibroso, cadenas en torno al cuello—. Pensaba que te gustaban las encerronas nocturnas —añade con guasa, mostrándome unos dientes torcidos—. Te vendrá bien un poco de acción para tus próximos textos.

Sus palabras provocan una risa generalizada entre el grupo.

—Dicen que, supositoriamente, los escritores sacan sus ideas de las vivencias personales.

—¡Se dice supuestamente, anormal! —le corrige otro.

Más risas que se funden con el sonido metálico que produce mi espalda al chocar contra una verja.

Menuda noche llevo. Intento mantener la compostura, pero el sudor empieza a gotearme por la frente. Sé que no tengo salida. Aun así, levanto los puños, dispuesto a pelear.

—Vamos, chicos, no tenemos que hacer esto —digo, tratando de sonar calmado—. Podemos hablarlo.

Ni siendo generosos podríamos decir que mi comentario pasaría por válido ni siquiera en una película de serie B. Pero estoy agotado, mi cabeza es un tambor y las extremidades no me responden como deberían.

—Oh, lo vamos a hablar, claro que sí —responde Kobe Calavera, sacando una navaja del bolsillo trasero de su pantalón—. Vamos a hablarlo muy bien.

—¡Rájalo, Darryl! —exclama el analfabeto.

Así que Kobe Calavera ya tiene nombre: Darryl.

La hoja de la navaja brilla bajo la luz de la farola, y siento un escalofrío recorrerme la espalda. Sé que estoy en una situación crítica. Tengo que pensar con rapidez.

—Mira, lo que pasó en la cancha fue un malentendido —digo, retrocediendo lentamente—. No hay necesidad de que esto se convierta en algo peor.

—Demasiado tarde para eso —dice otro de los chicos, cerrándome el paso—. Aquí, todos queremos divertirnos un rato. Por tu culpa han cancelado mi serie favorita, ¿sabes? Merecemos algún tipo de compensación, algo que nos entretenga ahora.

«¿En serio? No me jodas.»

Siento la adrenalina bombear en mis venas. No tengo elección. En un movimiento rápido, lanzo un puñetazo al chico que me cerraba el paso, aprovechando el momento de sorpresa para abrirme camino. Pero no llego lejos. Una patada me alcanza en el costado y caigo al suelo, jadeando de dolor.

—¡Basta! —grito, intentando levantarme. Pero antes de que pueda reaccionar, siento un golpe en la nuca que me deja aturdido. «El estrés no te conviene, Toni». La visión se me nubla mientras los chicos ríen y gritan a mi alrededor, y no sé si es a causa del golpe o si estaré sufriendo un nuevo brote. El suelo se me antoja como una caricia plácida. Todo se desvanece en una oscuridad cada vez más profunda.

El mundo se reduce a dolor y confusión. Mi mente viaja a Chase, a cómo habría manejado él esta situación. Intento reunir fuerzas, pero mi cuerpo no responde. La última imagen que veo antes de perder la conciencia es la hoja de la navaja acercándose a mi rostro, y el sonido distante de una sirena que se aproxima. Es una dulce nana en mis oídos. Me dejo llevar.

Cuando vuelvo en mí, la luz de las farolas me parece extrañamente cálida. Mi respiración es irregular, y cada movimiento me provoca un dolor agudo. Los chicos ya no están, pero sus risas aún resuenan en mi mente. Con esfuerzo, me incorporo y miro a mi alrededor. El sonido de la sirena se acerca y pasa de largo. «Persiguen a los chicos», me digo aliviado, y por primera vez en mucho tiempo, me siento agradecido de que los patrulleros hayan decidido pasar por la zona.

Apoyándome en la verja, trato de ponerme en pie. Cada músculo de mi cuerpo protesta, pero sé que tengo que salir de aquí por si deciden volver. Cojeando, me dirijo hacia mi apartamento. La calma de su interior me reconforta casi tanto como el lomo de Alfred al tacto con mis mejillas. Debería darme una ducha, pero ni siquiera para eso me quedan fuerzas.

Mis terminaciones nerviosas, mis músculos, todo mi cuerpo lo siento como una alarma deslumbrante y estridente que me avisa. *Ya está bien, Toni. O paras de una vez, o esto acabará mal*, es el mensaje que me da la vida. Lo siento en cada poro de mi piel.

Ni siquiera sé cómo acabo tumbado en mi cama, con el traje aún puesto y Alfred tendido a mi lado. Es como si sintiera mi dolor.

Finalmente me quedo dormido con su lomo dilatándose y contrayéndose contra mi costado al ritmo de su respiración.

Tanto estrés no me va bien.

Tres días después de la emisión del tercer episodio. Apartamento de Toni. Madrugada.

Lo primero que hago al despertar, como todas las mañanas, es comprobar si siento mis extremidades y puedo moverlas.

Y puedo. «Hoy no es el día».

Sin embargo, tardó un minuto o dos en orientarme. Me duele la cabeza, tengo la garganta seca y las luces de la noche angelina que se cuelan por la ventana me hacen daño a los ojos.

Intento encajar las piezas. No tardó demasiado. Nada más llegar a casa, con la parte frontal de mi cabeza a punto de explotar, he acudido al cajón de las medicinas, me he tomado una pastilla de rizatriptán y me he tumbado a oscuras y en silencio. Era un comienzo, un buen comienzo. Los fantasmas empezaban a calmarse. Dejaron de gritar, se sentaron a mi lado y me cogieron de la mano. Pero no me libraba de ellos, así que he cerrado los ojos y me he dejado llevar.

Casi nunca recorro al rizatriptán, solo cuando tengo una gran necesidad, y, si esa no era la definición literal de gran necesidad, no tengo claro qué puede serlo.

No le pidas a la vida menos problemas; pídele hombros más anchos para poder gestionarlos.

Sigue siendo de noche. El dolor ha remitido pero los fantasmas siguen conmigo. Lentamente, como si cualquier movimiento brusco pudiera detonar una bomba dentro de mi cabeza, me llevo una mano a la cara y me presiono el puente nasal con la punta de dos dedos. La presión me alivia un poco, es lo único que lo hace.

Trato de pensar en otras cosas que no sea la migraña aguda que me atormenta. Asimilo los últimos acontecimientos. Entre las acusaciones de la policía, el encuentro con los chantajistas y la emboscada de los pandilleros, casi se me ha olvidado el asesino de novias. Ya se ha cobrado tres víctimas, además de mi despido y la cancelación de la serie. Ríete de Hannibal Lecter.

Solo espero que la policía haga ahora su trabajo con Chaqueta Blanca y este los conduzca al asesino.

Pronto me encuentro mejor. No me atrevo a saltar de la cama, pero tampoco podré volver a dormirme, así que me acerco los AirPods que tengo sobre la mesilla y me los llevo a las orejas.

En el teléfono móvil tengo guardados los audios de las transcripciones de los guiones originales de *El asesino de novias*. Busco el capítulo uno, bajo el volumen hasta un nivel de

intensidad amable y le doy al *play*.

Escucho el capítulo hasta el final, dejando que las voces de los actores me lleven en volandas en esta noche complicada. Es algo que siempre me ha gustado hacer, incluso antes de trabajar en Hollywood, cuando los guiones no eran míos. En cierta ocasión, Patricia comentó que mi cuerpo tenía muchas taras, pero que la ceguera permanente todavía no era una de ellas, y que no había motivos para que experimentara el cine como si fuera invidente. Yo me eché a reír. Patricia podía ser muy cruel cuando quería, pero hacía gala de un humor negro que me encantaba.

El capítulo termina. Ya casi no me duele la cabeza, pero no me encuentro mejor. Es por una sensación que tengo de que estoy pasando algo por alto. «Basta, Toni, ya no puedes hacer más». Accedo al menú y retrocedo un tramo en el capítulo. Vuelvo a reproducirlo. Solo una escena. Una muy concreta. La del asesinato de Trisha, la primera víctima.

Abro los ojos lentamente. Las primeras luces de la mañana empiezan a filtrarse por las cortinas del dormitorio, y una suave brisa me acaricia los pies.

La sensación se hace mayor. Es una idea absurda, me digo. Llevo días intentando ir más allá de todas las posibles pistas e hilos de los que tirar, pero de pronto, escuchando el audio del primer capítulo, se me ha ocurrido algo en lo que no había pensado hasta este momento.

Algo absurdo y simplón.

Sin embargo... «¿Y si fuera tan sencillo como eso?»

Me quedo un momento inmóvil, saboreando la sensación, dando forma a la idea.

«Imposible.»

No me fijé en ello la primera vez que vi el capítulo. Claro que, por aquel entonces, aún no había muerto nadie en la vida real. No había motivos para prestar atención.

Tampoco lo percibí en el despacho de Evelyn Crowe, cuando ella y Kip me obligaron a revisionar la escena del asesinato de Trisha. Y eso que el dato fue mencionado en la conversación.

Ahora, sin embargo, se me antoja evidente como el color del cielo o el hecho de que hoy volverá a brillar el sol.

Me incorporo con cuidado y me doy cuenta de que aún llevo puesto el traje. Un traje de alquiler que me veré obligado a comprar, dado que la posibilidad de devolverlo quedó descartada ayer, cuando perdí la chaqueta y me rasgué el pantalón al sobrepasar la verja en plena huida del desguace.

A mis pies, todavía adormilado, Alfred protesta.

—Lo sé —digo—. Esto es una pesadilla.

Activo la cafetera eléctrica, esperando que un café bien cargado despeje mis ideas. Mientras se calienta, me siento a la mesa de trabajo. Enseguida centro mi atención en mi portátil. El archivo que busco, oculto entre muchos otros ficheros y carpetas de la sección de Descargas, se llama «Resultado de resonancia», un título que difícilmente suscitará interés. Hago clic.

EL ASESINO DE NOVIAS

UN GUION DE TONI GALÁN

Leo del tirón las veintiocho páginas del capítulo piloto que escribí para el primer manuscrito, que incluye el primer asesinato, la introducción de los personajes protagonistas y muchos, muchos diálogos rápidos e ingeniosos. Es violento en todos los sentidos que recordaba, desde luego, pero también en otros que parezco haber inventado yo mismo. Me alegro de que la productora lo descafeinara un poco finalmente, a pesar de mi resistencia.

No es el tono violento lo único que fue modificado, sin embargo.

Me muevo inquieto en la silla. La cafetera se habrá vuelto a enfriar, pero ¿a quién le importa eso ahora?

Retrocedo con la mente al día que reservé el vuelo. Destino: Los Ángeles. Sin billete de vuelta. Estaba a punto de emprender un viaje hacia mi nueva vida, y yo seguía sin creérmelo del todo. Poco tiempo atrás, demasiado poco para asimilarlo, me habían diagnosticado una enfermedad crónica degenerativa y mi mujer me había pedido el divorcio. Nadie está preparado para dos golpes como esos, y menos si vienen tan seguidos. Apenas me estaba recuperando del primer revés, y la vida me propinaba un segundo gancho de izquierdas que me dejaba noqueado. Estaba literalmente contra las cuerdas. Y yo tal vez estoy abusando de las metáforas boxísticas. El caso es que, en cuestión de meses, cómo es la vida, me encontraba firmando un contrato con una tal Evelyn Crowe, presidenta de una de las productoras de cine de más presupuesto del mundo.

Como decía, acababa de reservar mi billete de avión cuando llamaron a la puerta. Un repartidor. Portaba un ramo de flores tan grande que apenas se le veía la cara.

Los sueños se cumplen, hijo. Disfruta del tuyo. Te quiero.

La tarjeta la firmaba mi madre.

Se me escapó una lágrima delante del repartidor, qué tontería. Y eso que nunca he sido yo de flores. Y mi madre lo sabía. Pero la clave estaba en lo que decía la tarjeta.

Aquello me removió. Me removió tanto que seguía ahí, impregnado en mi piel, rondando mi mente durante la elaboración del borrador del primer capítulo. Ese enorme y pomposo ramo de flores fue lo primero que acudió a mis pensamientos cuando tuve que tomar la primera gran decisión de la trama:

El patrón es lo que define a un asesino en serie.

Lo vi con mucha claridad: el asesino mataría a mujeres recién casadas, y al lado de cada cadáver dejaría un elemento característico de una novia en el día de su boda.

Empezaría con un ramo de flores.

Como el que me había enviado mi madre. Sería un bonito guiño.

Y exactamente igual al que, meses más tarde, el asesino dejó junto al cuerpo sin vida de Lucy O'Brien.

Parpadeo.

Algo no encaja. O encaja demasiado bien.

«¿Podría ser?»

Regreso al dormitorio, donde he dejado el teléfono móvil cargando, y llamo a Hada. Me salta el buzón de voz (es temprano hasta para ella). No conozco a nadie que escuche los mensajes del buzón de voz, ni siquiera Hada, así que le envío un mensaje de texto:

«Hada, necesito que me hagas un nuevo favor. Si no me equivoco, guardas un historial en el servidor de correo de todas las reuniones a las que ha acudido Evelyn Crowe en los últimos meses. ¿Podrías hacer una búsqueda de las primeras reuniones con el elenco de El asesino de novias? Especialmente en las que se repasaba el guion. Necesito que elabores un listado de todos aquellos que acudieron a alguna de esas reuniones. Es importante. Ya te contaré. Apúntatela a la lista, eres la mejor.»

Lo envío, dejo caer el teléfono sobre la mesa y me recuesto contra el respaldo, con esa sensación de abundancia intelectual que solo un brote fugaz de inspiración es capaz de proveer. La pastilla y la adrenalina bombeada en mi sangre por el descubrimiento me dan una extrema lucidez. Una aguda percepción de las cosas.

Para mi propia sorpresa, a esas horas de la madrugada, pido un par de bocadillos por una de esas aplicaciones. Llegan en quince minutos, aun tibios. Doy una propina al repartidor y me siento con ellos a la mesa situada frente al ventanal. Me los como mientras observo el suave mecer de las olas y reflexiono sobre mi hallazgo.

Las flores son la clave. En ellas se esconde el descuido del asesino. Un descuido con el que yo acabo de dar.

El asesino replicó el asesinato de Trisha en el primer capítulo de la serie con una precisión impecable, pero no perfecta. Ya vimos que el color de pelo de la víctima, pelirrojo, no se correspondía con el de Trisha, que había sido interpretada por una actriz morena.

Nadie, salvo los agentes Trent y Booker en comisaría, le ha dado importancia a ese detalle. Al fin y al cabo, para el asesino era imposible encontrar a una víctima que coincidiera al cien por cien con las características físicas de la actriz, salvo que hablemos de la propia actriz o de una hipotética hermana gemela.

Sin embargo, el color del cabello no era lo único en que el crimen se diferenciaba de la ficción.

También estaba el ramo.

En la serie, Derek Cross deja un ramo de dieciocho rosas rojas junto al cuerpo de Trisha, mientras que el asesino de Lucy O'Brien dejó nueve lirios y nueve rosas blancas.

Un dato que no ha llamado mi atención hasta esta noche, cuando he releído el guion, y que seguramente no lo habría hecho nunca de no haber sido por la tipología específica de las flores.

—Cambiamos las flores —había dicho Quincy Jones tan solo unos minutos antes de rodar la escena—. Quiero rosas rojas. Lo más rojas posibles. El rojo evoca sangre y pasión, y eso es justo lo que busco. ¡Recorred todas las calles de la zona en busca de una floristería si es necesario!

Así fue como se modificó el guion final el mismo día del rodaje, introduciendo rosas rojas y descartando el tipo de flores que yo había elegido en un principio en homenaje a mi madre:

Lirios y rosas blancas. Dieciocho en total. Mitad de un tipo y mitad del otro.

Así que todo se resume a lo siguiente: el asesino eligió el tipo de flores que yo había escrito en el primer borrador, y no el que figuró en el capítulo que finalmente se emitió.

¿Qué probabilidad hay de que ese hombre escogiera, de entre todas las combinaciones de ramos de flores posibles, aquella que me había enviado mi madre a casa y que luego incorporé al guion.

Ínfima.

De modo que solo queda una opción:

No es que el asesino tuviera acceso al material de la serie antes de ser emitido, sino que también conocía el manuscrito original.

El asesino de O'Brien, Cole y Fring, por lo tanto, debió de haber estado presente, al menos, en una de las reuniones dedicadas a la lectura del guion. Y esa es precisamente la información que le acabo de pedir a Hada.

El cerco se estrecha.

Mis divagaciones vuelven una y otra vez a Tom Sanders. Su coche cayó por el acantilado, y ahora ya sé que no se trató de un suicidio, sino que fue un accidente surgido de una disputa con Jeremy Haskins. Sin embargo, el cuerpo de Sanders nunca fue encontrado. ¿Y si sobrevivió y se está vengando de alguna manera? Aunque no tiene sentido que mate a mujeres anónimas. De querer vengarse, sería de Haskins, el causante de su accidente. No obstante, Tom Sanders estaba presente durante las primeras semanas de la serie, y por lo tanto conocía el guion original, el

primer borrador.

Terminados los bocadillos, estoy desgastando la pantalla del móvil con la mirada, esperando que Hada me dé señales de vida. Pero es el timbre de la puerta lo que suena.

No espero a nadie, y menos a quien me sonríe en el descansillo cuando abro.

Chase Donovan me sonríe desde el rellano. Lleva puesta una ajustada camiseta gris por encima de los pantalones vaqueros. Nunca he visto a nadie a quien le quede tan bien una simple camiseta de algodón, especialmente horas después de estar a punto de ser ejecutado. Aún tiene el pelo húmedo. De una mano le cuelga una bolsa de papel.

—¿Qué demonios te ha pasado? —pregunta.

—¿Qué?

—Tienes el aspecto de un gatito olvidado en la secadora.

—Estoy bien.

—¿Todavía con la ropa de ayer? —señala mi pecho, casi obligándome a bajar la mirada. Es verdad, se me ha olvidado por completo quitarme el traje. Suele pasarme cuando me sumerjo en un estado de concentración profundo, como cuando escribía una escena importante, o como esta mañana, tras el importante hallazgo de las flores.

—Caí dormido nada más llegar —me justifico. Me aparto para dejarlo entrar.

Con una cariñosa carantoña saluda a Alfred, que se ha acercado a olisquear al nuevo intruso. Es su manera de decidir si lo acepta. Mueve la cola, y más aún cuando Chase pasa sus dedos por detrás de su oreja. Este apoya luego la bolsa de papel en la barra americana y saca un bollo de chocolate de su interior.

—¿Un pepito? —me ofrece.

Lo rechazo. Ahora mismo no me entra nada. Como tampoco me entra en la cabeza que Chase cultive ese físico con una dieta a base de alimentos procesados.

Él se encoge de hombros y pega un generoso bocado. La crema que rellena el bollo se extiende hacia las comisuras de los labios. Chase la recupera con la punta del dedo y se lo lleva a la boca, produciendo un exagerado sonido de succión que en cualquier otra persona quedaría maleducado, pero que en él resulta un gesto interesante, diría que sensual.

—¿Querías algo? —la pregunta suena más antipática de lo que pretendo, pero no es fácil socializar después de una migraña y una noche casi en vela luchando con tus propios demonios.

Si la pregunta le ha ofendido, no lo demuestra.

—Me he levantado temprano para ir a por mi coche, y de regreso he pensado en pasar por aquí y ofrecerte algo para desayunar. —Alza el pepito como si fuese una copa de champán y le da un nuevo mordisco—. No es bueno estar solo después de una experiencia intensa como la de anoche.

—¿Tú vives con alguien?

—No, pero estoy algo acostumbrado a noches tumultuosas.

Me pregunto qué ha querido decir. Estoy a punto de preguntarle al respecto, pero él se

adelanta.

—¿De verdad estás bien? —Desliza una fugaz mirada a mi portátil, que permanece con el salvapantallas activado: una serpiente de colores recorre el fondo negro del monitor, al más puro estilo Windows 95—. Te noto tenso.

Tal vez no debería, al fin y al cabo, apenas sé nada de él, pero algo me empuja a contarle lo que he descubierto en compañía del amanecer. Cuando termino, me quedo observando atentamente su reacción. Después de todo, él es uno de esos miembros del elenco que asistió a las primeras reuniones donde se repasaba el guion. En cierto modo, mi descubrimiento lo sitúa en una larga pero muy concreta lista de sospechosos.

Chase me mira en silencio y sin interrumpirme ni una sola vez, seguramente evocando aquellos días.

—No recuerdo lo de las flores —dice, al cabo de un rato—. Aunque es lógico, la mayoría de los días llegaba de resaca. —Se lleva las manos a la cara—. ¡Por Dios! Esas sesiones de lecturas del guion con el elenco eran mortalmente soporíferas.

—Pues el ramo de flores cambió respecto al guion original. Puedo mostrártelo en mi ordenador, si quieres.

—No, descuida. Te creo —dice. Es como si tuviera algún tipo de alergia o trauma con los guiones. Al menos, con este en particular—. ¿Así que el asesino empleó un ramo de flores exactamente igual al que tú describiste para el guion original, pero que finalmente no apareció en la edición que finalmente se emitió?

—Exacto.

Comparto con él mi teoría sobre Tom Sanders.

Él se detiene en el hueco del pasillo, frente a un espejo alto que tengo en la pared del fondo. Examina su pelo. Se peina hasta que el último mechón está perfecto. Después flexiona un poco las piernas y hace como si tuviera una pelota entre las manos. Levanta lentamente los brazos imitando un lanzamiento, sin dejar de observar su imagen en el espejo, procurando que el brazo derecho quede recto y su muñeca flexionada.

Pongo los ojos en blanco.

—Triple sobre la bocina —celebra. En su cabeza ha debido de ser una jugada memorable, pero en el mundo real ha quedado patético.

—No tienes remedio.

—Lo sé —sonríe—. No, Sanders no me encaja. Esa teoría tiene demasiadas lagunas. Para empezar, aun suponiendo que sobreviviera a una caída desde un acantilado, cosa altamente improbable, y llevara escondido todo este tiempo, ¿por qué mataría a mujeres inocentes? No tiene sentido.

Es verdad, no lo tiene.

—Oye, y ese guion —añade—, ¿lo vio alguien más?

—¿Te refieres a alguien de la productora?

—Me refiero a alguien en general.

Me quedo pensando. Es una buena pregunta. ¿Enseñé el guion a alguien de mi entorno ajeno al trabajo? ¿Algún familiar o amigo? En tiempos, lo hacía. Quiero decir, cuando escribía novelas. Le mostraba los primeros capítulos a Patricia para que opinara. En contra de la creencia que existe entre los escritores de que no se debe confiar en la palabra de los seres queridos, precisamente porque te quieren y no te dirán que algo de tu texto está mal para no hacerte daño, con Patricia no era así. Patricia era implacable. Además de una excelente correctora, por cierto. Y, claro, dolía. Dolía un huevo cuando criticaba algún extracto del manuscrito y había que

volverlo a escribir. Así que, cuando me dejó, decidí que no volvería a compartir mi trabajo hasta que estuviera listo para el público. Ni siquiera con Hada, a pesar de su insistencia por conocer «lo que pasará en el siguiente capítulo».

—No, mis guiones solo salen de mi disco duro para ir a parar al de Evelyn Crowe y el resto del equipo —digo.

Chase vuelve a mirar mi portátil como si una idea estuviera llamando a la puerta de su cerebro. Parece que va a decir algo, incluso abre la boca un poco, cuando llaman a la puerta.

Ambos fruncimos el ceño a la vez.

—¿Esperas a alguien? —pregunta.

—No te esperaba ni a ti —digo—. Discúlpame, voy a ver quién es.

Al abrir la puerta me doy cuenta de que tengo manchado de sangre el puño derecho de la camisa. Rápidamente, con toda naturalidad, me lo remango hasta el codo. Cuando levanto la vista tengo que reprimir un gemido.

Los agentes Marcus Trent y Jerome Booker me observan desde el umbral. Mismos trajes, misma postura. Hasta tienen las manos entrelazadas a la altura del regazo de igual manera que el otro día. Si no fuera porque hoy no llevan puestas las gafas de sol, diría que acabo de abrir un portal espaciotemporal.

—Agentes, qué sorpresa.

—No finja que no se muere por darnos con la puerta en las narices, Galán —dice Booker. Los ojos sanguinolentos con los que me fulmina y la vena en la frente, más dilatada que la última vez, me indican que no están siendo unos días fáciles en el seno de la policía.

—¿Quieren pasar? —les ofrezco, expectante por qué fiesta podrá montarse en mi apartamento con Chase y los dos agentes.

Antes de moverse, Trent me mira la camisa, perplejo.

—¿Disfrazado a estas horas?

Al igual que con Chase, vuelvo a bajar la vista. Por un momento había olvidado que estoy ridículo. Y de una manera sospechosa, teniendo en cuenta la hora temprana que es.

—He estado en una fiesta —respondo para salir del paso—. Ya saben, el mundo del espectáculo y el de la noche están unidos. He llegado hace nada.

Realizo una cuenta rápida. Han pasado cuatro días desde que la pareja de agentes viniera a casa por primera vez para detenerme, pero tengo la sensación de que en esos cuatro días han sucedido más cosas que en todo el resto del año. Me miro las manos, los antebrazos, el puño remangado de la camisa, en busca de restos de sangre. Ya no se ve, pero la siento. Incluso la huelo.

—Sí, ya sabemos —repite Booker, haciéndome saber que no se tragan mis palabras—. ¿Y el mundo del espectáculo y de la noche también incluye una visita a comisaría para jugar a ser detective?

Carraspeo y me hago a un lado, como insistiendo mi ofrecimiento para que pasen.

—Tranquilo, Galán, no venimos a detenerlo —gruñe Booker con sorna, que sin embargo no deja de mirar a su alrededor como si acabara de entrar en un lugar maldito. Su cabeza en movimiento me recuerda a la bola ocho del billar rondando sobre el tapete.

—Hizo usted bien en presentar las denuncias en comisaría —comenta Trent—. Jeremy Haskins ya ha sido detenido, y en cuanto al otro hombre, no tardaremos en dar con él gracias a la información que usted aportó. —Mirando a Chase con una sonrisa y sin disimular cierta ascendencia, pregunta—: ¿Quién es este muchacho?

—Caramba —dice Chase—, no me llamaban muchacho desde que salí en un capítulo de la

telecomedia aquella.

Trent vuelve a reír.

—¿Actor?

—Suenan bien eso de actor —replica Chase, a quien no parece intimidar la presencia de los dos agentes—. Mejor que muchacho.

Trent lo observa en silencio, probablemente preguntándose por qué no reacciona como lo haría la mayoría de la gente ante las preguntas a bocajarro de un policía: tartamudeando y sudorando. No conoce a Chase Donovan; no entiende que sus mecanismos internos son distintos.

—Trabajé para *El asesino de novias* por un tiempo —aclaro—. Es... —dudo, intuyendo que mis próximas palabras acabarán pasándome factura— amigo mío.

A Chase se le suaviza la cara al oír la palabra «amigo» saliendo de mis labios.

—Bien. Tal vez su amigo pueda servir de ayuda también.

Cruzo una mirada con Chase, que, al igual que yo, parece no comprender.

—Díganos, agentes, ¿en qué podemos ayudar? —pregunto. No quiero problemas. Solo quiero que se vayan, a ser posible a atrapar al asesino.

—Hay novedades —dice Trent.

—¿Novedades? ¿Tan pronto?

Es casi un alivio sentir que mi teléfono móvil vibra en el interior de mi bolsillo. Me disculpo y me hago a un lado para tener un poco de intimidad.

—¿Estás solo?

Es Hada

—No.

—He recibido tu mensaje. ¿Qué has descubierto?

—¿Cómo que no pueden entregarlo hasta el mediodía?

—Vale, yo tampoco puedo hablar ahora, Evelyn me reclama. El caso es que tengo tu lista. ¿Te la mando por correo? Dí solo sí o no.

—Sí.

—OK.

Hada cuelga el auricular.

—Muy bien, pero entonces prefiero que pongan alfajores gratis. ¿Entendido? —le digo al auricular antes de colgar.

No puedo esperar. Me puede la curiosidad, así que abro la aplicación de email. Repaso en silencio la lista de nombres que constan en el correo electrónico que acaba de llegar de parte de Hada. Es extensa. Muchos nombres me suenan, otros no. Localizo a Chase a la mitad, como es de esperar. Ninguno me dice nada en especial, pero me guardo el teléfono en el bolsillo prometiéndome analizar la lista cuando tenga un momento a solas.

Al volverme, veo que Booker sostiene en su mano una bolsa de plástico con un puñal dentro suyo. Instintivamente, doy un paso atrás.

—Así que esas son las *novedades* que traen —dice Chase, impertérrito—. Un cuchillo.

—Es una daga peculiar. Tal vez sepan decirnos si la han visto alguna vez.

Con delicadeza desmedida, Trent coge la bolsa con el arma de las manos de Booker. Se la tiende a Chase.

—Cuidado —añade—. No lo saque de la bolsa. Es una posible prueba de un crimen.

Chase coge la bolsa por encima de la empuñadura de cuero de la daga y la mueve frente a sus ojos, como examinándola al detalle. El filo es largo y de fino acabado. Se me ocurre que es el arma que llevaría un príncipe en un cuento de hadas.

—¿Puedo saber de dónde han sacado ese puñal? —pregunto, tenso.

Booker pone los ojos en jarra. Parece que va a responder algo muy de poli, del tipo: «aquí las preguntas las hacemos nosotros», pero Trent se le adelanta:

—Lo encontró un funcionario anoche mientras limpiaba las calles. Estaba tras una pila de contenedores, en el callejón que sale de la calle South Spring.

—Así que el motivo de su visita es la búsqueda de su propietario —dice Chase.

—¿Encontraron huellas? —La pregunta me sale sola. Es lo primero que hay que tener en cuenta en una historia policíaca. Las malditas huellas.

—Las están examinando —replica Trent sin dejar de mirarme. Apenas pestañea. ¿Me está examinando? ¿Tal vez buscando alguna grieta en mi expresión?

—Pues yo no he visto ese cuchillo en mi vida —me defiendo.

—Claro que no —interviene Chase, y, dirigiéndose de nuevo a los policías—: Debieron acudir a mí primero, agentes.

Lo miro confundido.

—¿Y qué nos habrías dicho, listillo? —pregunta Booker.

—Que conozco bien esta daga, y que es un modelo único, pues fue enarbolada por Elijah Wood en la adaptación de la trilogía de *El señor de los anillos*, y posteriormente por Martin Freeman en la precuela. Hasta tiene su propio nombre: ¡Dardo! Una arma élfica maravillosa, sin lugar a dudas.

—¿Y sabe a quién pertenece? —indaga Trent.

—Claro. —Aún con el plástico protegiendo la daga, Chase se la cambia de mano y finge clavársela en el abdomen a alguien invisible con un movimiento rápido y ágil—. Es mía.

—¿Suya? —exclaman los dos policías al unísono.

Yo miro a Chase con asombro. Su confesión carece de toda lógica.

—Al menos, lo era. Lo gané en una subasta a cambio de veinte de los grandes. Una excentricidad, lo sé, pero Tolkien es mi debilidad, y un niño soñador siempre será un niño soñador —dice con una tímida sonrisa al mismo tiempo que observa su reflejo en el filo—. Lamentablemente, más tarde lo perdí en una apuesta.

—¿Qué apuesta?

—Me desafiaron: la daga a que no sería capaz de aguantar en *El asesino de novias* hasta el final del rodaje de, al menos, la primera temporada. Qué le vamos a hacer, mi libido descontrolada hizo que dejara de ganar un Cadillac nuevécito. Y quien ganó la apuesta se quedó con Dardo.

Un tintineo me saca de la historia de Chase. Es mi teléfono móvil. Lo tengo configurado para que solo me avise en caso de que me escriban Hada o Peter.

Es un mensaje de Hada. Lo leo. Trato de que no se me note ningún cambio en la expresión. Con el temblor repentino en las manos poco puedo hacer.

De pronto, pienso en las dudas razonables.

¿A quién beneficia más que la serie se convierta en un fenómeno viral?

¿Quién sufrió un episodio traumático en su vida que hace que aún tenga que llevar somníferos y antidepresivos en su bolso?

¿Quién tiene motivos, tal vez movidos por una envidia irrefrenable, para matar a mujeres pelirrojas y hermosas?

¿Quién, a diferencia de las tres víctimas, tiene que esconder su piel con pañuelos y jerséis?

¿Y quién, a diferencia de las tres víctimas, no llegó a casarse nunca, aunque sí estuvo prometida?

Y por último: ¿quién conocía el manuscrito original del guion?

La respuesta a todas esas preguntas está en la pantalla de mi teléfono móvil:

Ah, por cierto, falta un nombre en la lista que te acabo de enviar. A las reuniones iniciales también acudió Clarke, por supuesto. ¡Se me olvidaba la actriz protagonista!

—¿Quién fue el ganador? —exige saber Trent. Booker escudriña el rostro de Chase. En cuanto a mí, la boca seca me impide proferir sonido alguno.

—Ganadora —corrige Chase. De pronto, siento como si me pasaran una mano helada por la espalda—. Fue Mia Clarke.

Tras el bombazo inesperado, alza la daga.

—¿Puedo quedármela?

Cuatro días después de la emisión del tercer episodio. Apartamento de Toni. Día.

Mia Clarke fue detenida ayer. Los agentes Marcus Trent y Jerome Booker se presentaron en los estudios de la productora en mitad de la grabación y le pidieron que los acompañara a la comisaría. Ella, consciente de que, en realidad, no era una petición sino una detención, no se resistió. Solo pidió dos deseos: uno, hacerlo por la puerta de atrás, de manera que los reporteros y los fanáticos (a veces estos son la misma persona) aglutinados a las puertas de los estudios no la vieran subir a un coche patrulla; y dos, que le permitieran telefonear a un familiar que se ocupara de su hijo Duke. Él no debía enterarse de nada, o, al menos, de lo menos posible.

La policía satisfizo los dos deseos, los cuales de poco van a servir a la actriz de cara al proceso que hay abierto contra ella. Chase dijo la verdad: la daga encontrada cerca del escenario del primer crimen, un objeto de coleccionista, pertenecía a Mia. Otros actores testificaron a favor de este hecho. Además, el estudio dactilar, cuyos resultados han salido esta mañana, ha resultado inequívoco: el arma estaba llena de huellas de Mia. Ahora está a disposición de un juez. No pinta bien para ella.

—Wow...

Peter Montgomery escucha en silencio mientras le cuento las últimas novedades del caso. Tiene los ojos muy abiertos y solo me interrumpe para llevarse la mano al mentón y exhalar ocasionales ¡Wow! y ¡Vaya! Esta mañana muestra una expresión relajada y no se parece en nada al hombre que viene tres veces por semana y me tortura con sus manos fuertes y sus instrumentos deportivos. Es como si hoy se hubiera quitado la máscara de fisioterapeuta y entrenador personal y se hubiera puesto la de Peter, mi mejor amigo. Aun así, ha desplegado la esterilla en el salón y tiene preparadas las cintas elásticas y las mancuernas de cinco, pero ya hace media hora que ha entrado por la puerta y todavía no hemos empezado la sesión de estiramientos siquiera.

—Así que la protagonista de la serie mató a esas tres pobres chicas —resume, visiblemente perplejo. La voz sale rugosa de su garganta, así que abre su botellín y da un buen trago. Luego señala la esterilla y me hace un ademán—: Venga, Toni, tumbate.

Lo hago. Conozco la postura de memoria: boca arriba y con las piernas extendidas. El calor es agobiante. Siento la camiseta de poliéster pegada a mi espalda. El aire espeso y húmedo de la

mañana envuelve la ciudad como una manta mojada.

—Sí —respondo mientras dejo que Peter flexione mis piernas hasta que mis rodillas casi tocan mi pecho. En esta postura resulta difícil hablar—. Y solo Dios sabe a cuántas más habría matado si no la hubieran detenido.

Me entra un escalofrío al pensar en las ideas macabras que yo tenía preparadas para la segunda temporada.

—¿Quién lo iba a decir? Una mujer joven, talentosa, hermosa y con éxito, tirándolo todo por la borda. Qué manera de arruinar su vida.

Asiento. La cabeza se me va inmediatamente a Duke. El pobre chaval no tiene la culpa de las atrocidades de su madre, seguramente ni siquiera sepa lo que está pasando. Sin embargo, estará sufriendo, preguntándose qué ha sido de ella, por qué de repente ha dejado de estar presente en su vida. Y a quién acudirán a partir de ahora cuando los chicos de la cancha, o tal vez otros, se enfaden con él. Todo eso debe de estar preguntándose.

Peter libera mis piernas, permitiendo que mi caja torácica vuelva a expandirse. Siento los cuádriceps más relajados.

—¿Por qué lo haría? —continúa él, hoy más charlatán que de costumbre, a la vez que juega con mis articulaciones—. Es desconcertante que una celebridad como ella, alguien tan aparentemente admirable, que es un ejemplo para tantas chicas, pueda cometer unos actos tan terribles. —Habla con la mirada perdida en la pared—. Quiero decir, no la conozco en persona como tú, pero Mia Clarke siempre me ha dado la impresión de ser una mujer con los pies en la tierra, a pesar de las pocas excentricidades que pudieran conocerse de ella.

—Lamentablemente, es lo que suele pasar con los psicópatas. Cualquiera de nosotros puede ser uno de ellos, en realidad.

Arruga la frente y me mira, como reclamando un desarrollo de mi afirmación. Se levanta y lo sigo con la mirada mientras se acerca a la cocina. Apoyado en la encimera, cruza un tobillo sobre el otro y da un nuevo sorbo de agua.

—Piénsalo, Peter —continúo—. Nos movemos por la ciudad cada día, nos cruzamos con miles de rostros, intercambiamos palabras con algunos de ellos, sin sospechar que, tal vez, quien menos te lo esperas acaba de cometer un terrible crimen o está pensando en cometerlo. Es una premisa recurrente en las novelas negras, el género que yo escribía: todos, sin excepción, tenemos un lado oscuro. En la mayoría de nosotros está oculto, dormido, sepultado por toneladas de esperanza, ilusiones y buenas intenciones. Pero, a veces, esa capa es frágil, y basta con que la vida, en su libre albedrío, se exceda en uno de nosotros en su afán por ponernos a prueba. Entonces puede emerger ese punto oscuro.

—Hablas de libros, Toni.

—Muchas veces los libros son un reflejo de la realidad. ¿Quién te dice que yo no puedo coger un cuchillo de ese cajón y ensartarlo en tu pecho ahora mismo?

Es él quien lo abre. Sonriendo, deja la botella de agua, coge uno de mis cuchillos y lo alza frente a los ojos. Me fijo en que es el más afilado.

—¿Serías capaz? —me pregunta.

Resoplo con fuerza.

—Sabes que no. Era solo un ejemplo. Pero hubo un tiempo en el que tenía la pegajosa sensación de que alguien, llámalo Dios, Vida o Universo, me estaba castigando. Durante esa época nunca pensé en hacerle daño a nadie. En cuanto a mí mismo, en fin, sí llegué a sopesar...

—Tú tenías motivos —me interrumpe. Seguramente no quiere ni escuchar lo que estaba a punto de decir—. Te diagnosticaron esclerosis múltiple, una enfermedad que te acompañará de

por vida, y poco después tu mujer te pidió el divorcio. Cualquiera se habría hundido en una situación así. Pero ¿Mia Clarke? ¿Qué motivos tenía ella? Podría decirse que la vida la adoraba, como si fuese su niña bonita.

—La gente no sabe ni la mitad sobre ella —se me escapa. No sé por qué le estoy contando esto a Peter, pero el caso es que me muero por hacerlo.

—¿A qué te refieres?

Me siento en la esterilla con las piernas a lo indio y agito mi camiseta para sofocar el calor. Estoy rompiendo a sudar, y el tema de conversación no ayuda.

—Mia estuvo a punto de casarse por segunda vez —explico—. Canceló la boda cuando su prometido casi la mata al arrojarle aceite hirviendo. Estuvo mucho tiempo ingresada en un hospital, luchando por su vida.

Se lleva una mano a la boca. La que no sujeta el cuchillo.

—¡Joder...! —Su voz es ahora un susurro—. ¿Y tú la creíste?

Ladeo la cabeza.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Se encoge de hombros.

—No sé, es una buena actriz, ¿no? Experta en hacer que los demás creen historias fascinantes pero falsas.

—No me dio la impresión de que me estuviera mintiendo —digo, recordando los ojos llorosos de ella, su voz quebrada y el cigarrillo tembloroso entre sus delicados dedos.

—¿Por eso va siempre tan tapada y maquillada? —pregunta entonces.

Asiento.

—Todos soportamos peso sobre nuestros hombros —digo—. Algunos simplemente soportan un peso mayor.

—O tienen los hombros menos anchos —dice Peter. Como si su propia frase le hubiera recordado para qué ha venido, lleva sus ojos hacia las mancuernas. Espero que me ordene levantarlas y empezar con los ejercicios de fuerza, pero en su lugar dice—: Fue muy inteligente por tu parte descubrir lo del ramo de flores. Estás hecho todo un Sherlock Holmes.

Hago un gesto con la mano para restarle importancia.

—En realidad, ese dato resultó anecdótico. No fue relevante para desenmascarar a Mia. Si ese hombre no hubiera encontrado el cuchillo, Mia todavía estaría campando a sus anchas.

Peter ladea la cabeza en un ademán que afirma y niega al mismo tiempo.

—Fue una torpeza por parte de Clarke dejarse el cuchillo allí, de eso no cabe duda.

Pienso en silencio. A decir verdad, llevo las últimas horas dándole vueltas. ¿Mia deja el arma homicida cerca de la escena después de perpetrar uno de sus tres crímenes, sabiendo que podían vincular el machete con ella? Es raro, pero la vida está llena de situaciones raras. Decisiones equivocadas. Errores inexcusables. Por otro lado, ¿cómo es que nadie reparó en el arma hasta el otro día? No es aquella una calle principal muy transitable, de acuerdo, pero han pasado varios días desde que se cometió el crimen hasta que encontraron el cuchillo. Demasiados, a mi parecer.

El rostro de Mia se dibuja en mis retinas. Llevándose la copa de champán a los labios, pegando un tímido mordisco al macaron. La actriz puede ser muchas cosas, pero no me dio la impresión de que fuera una mujer que descuida los detalles.

Envidia. ¿Fue ese sentimiento lo que la movió a matar? Envidia y rabia, poderosa combinación. Recuerdo el momento en el que se despojó de su pañuelo y se desabotonó la blusa, y vuelvo a tener el mismo estremecimiento que me sorprendió esa mañana, cuando vi la piel que cubría toda la zona. Era la piel de un monstruo. *Hace tiempo que dejó de importarme lo que*

opinen los demás de mí, dijo sin pestañear, pero con un nudo en la garganta. Tal vez era un nudo que ocultaba un trauma mayor de lo que pretendía admitir. Tal vez se estaba mintiendo a ella misma. Lucy O'Brien, Barbara Cole y Amanda Fring eran las tres hermosas mujeres pelirrojas como Mia. Las tres lucían una piel sana y suave en todo su cuerpo. Como Mia, antes de que un loco quisiera quemarla viva.

Y las tres estaban recién casadas. Mia estaba a punto de pasar por el altar cuando ocurrió la tragedia.

¿Eran O'Brien, Cole y Fring aquello que Mia estuvo a punto de ser y le fue arrebatado, y por eso apagó su luz? Pienso ahora en los botes de antidepresivos y somníferos que asomaban en el interior de su bolso. Tal vez Mia Clark estaba pidiendo ayuda desesperadamente, movida por un trauma que nunca logró sanar.

O puede que, simplemente, sea una psicópata más.

¿Cómo era lo de Hannibal Lecter y Annie Wilkes? ¿Qué motivo tenían para perpetrar los crímenes que cometieron?

Basta con hacer hincapié en su perfil psicopático y ya tienes vía libre para desatar el terror.

Qué duda cabe de que Mia Clarke posee un perfil psicopático de lo más llamativo, dado su oscuro pasado. Por otro lado...

«¿Y tú la creíste?», ha preguntado Peter hace un momento.

Me detengo a pensarlo un instante. Tal vez era todo mentira. La historia de su prometido, el ataque con el aceite hirviendo y todo lo demás. Quizás se trate solo de una chiflada. Una actriz a quien absorbió alguno de sus personajes. Quién sabe, puede que ni siquiera Duke, si ese es el verdadero nombre del chico de la cancha, sea su hijo en realidad.

Pienso en su roce calculado con mi brazo, en cómo me sonrojé, y me avergüenzo. Me siento como un idiota al pensar que llegué a ruborizarme en su presencia. Porque, sí, admito que me gustó pasar esa mañana con ella, bebiendo café mientras compartíamos nuestras miserias. Rozándonos inocentemente y retándonos con la mirada como dos adolescentes que solo juegan a explorar sus verdaderos sentimientos. Ahora sé que estaba jugando conmigo, tanteando mis movimientos. *Ten cuidado, Toni* —me dijo al oído justo antes de que nos separásemos, con el fresco perfume embriagando mis sentidos—. *Cada paso en esta ciudad forma parte de un guion, así que acepta este consejo: si vas a seguir con esto, será mejor que aprendas a leer entre líneas.*

Leer entre líneas. Ella me lo estaba diciendo a la cara, y yo, embobado por su imponente carisma e indudable belleza, no supe verlo. Pero lo veo ahora. Y no siento más que rabia y lástima por esa mujer sobre la cuál está a punto de caer todo el peso de la ley.

Me doy cuenta de que Peter está balanceando la mano para que le haga caso.

—¡Eh, Toni! —Por fin tiene mi atención de nuevo—. ¿Entrenamos de una vez? Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

—No —digo en un arrebato.

—¿No?

—Enseguida entrenaremos. —Me incorporo y me coloco junto a él. Saco dos copas del armario alto—. Antes, brindemos.

—¿Brindar?

—Por la justicia. Por la derrota de Mia Clarke. Y porque las mujeres casadas de Los Ángeles pueden volver a salir a la calle sin miedo.

A Peter se le escapa una sonrisa de estupefacción. Me mira como si hubiera perdido el juicio.

—Pero ¿a estas horas? Creo que no deberías...

—Vamos, Peter, no irás a hacerle un feo a tu cliente. Desinhibete por una vez, solo hoy. Será

solo un trago. —Descorcho la botella de Moët & Chandon que he sacado del frigorífico.

—Un buen brebaje —comenta, observando la etiqueta.

—Lo tenía reservado para los próximos premios Emmy, pero algo me dice que no me invitarán a la gala.

De pronto siento una desbordante sensación de alivio. Es como si flotara.

Vierto un par de dedos del chispeante líquido en las copas. Le tiendo una a Peter.

—¡Por nosotros! —Levanto mi copa.

—Por nosotros. —Peter hace tintinear los vidrios, completando el brindis.

Con el movimiento, la manga de la camiseta se le ha corrido unos centímetros. Puedo ver algo escrito en la cara interior de su muñeca.

No es una inscripción. Fijándome más, veo que se trata de un tatuaje. Nunca me había fijado en él, Peter no es de los que llenan su piel de tatuajes.

Pero no es un tatuaje convencional, sino una serie de números, como una contraseña.

No, tampoco es exactamente una contraseña, sino una fecha.

Siento que se me eriza el vello de la nuca.

Lucho por no gritar. No quiero que él note nada raro en mí, aunque el corazón me va tan rápido que parece que va a estallar.

Tan solo me quedo inmóvil, mirando la fecha en el tatuaje de Peter:

21-03-2018

El día en que casi mató a su prometida: Mia Clarke.

Pongo una excusa rápida. Ni siquiera sé cuál, pues mi cerebro no está procesando la información con normalidad desde que he visto su tatuaje y he atado cabos. Es como si se hubiese paralizado de repente y solo pensara en escapar.

Dejo la copa de champán sobre la encimera y echo a andar. No quiero que me vea la cara, mi expresión me delataría. Peter dice algo que no proceso. Solo camino torpemente hasta llegar al baño y me encierro. Una vez dentro, echo el pestillo y me tapo la boca con las manos para sofocar el grito gutural que presiona mi garganta, clamando por salir. Es la rabia más pura.

No puedo creer que Peter, mi entrenador personal y uno de los pocos amigos que creía tener aquí, sea la expareja de Mia. Intento imaginarlo arrojando la olla de aceite hirviendo sobre su cuerpo, ingresando en prisión, y, por último... (ejercicio más presión contra mi boca, tengo que sentarme), por último, matando a esas mujeres. ¿Sería él capaz de todas esas atrocidades, o todo se debe a un malentendido por mi parte? Quiero, no, suplico por que sea así. Sin embargo, ¿qué posibilidades hay? Su edad y físico encaja perfectamente con la descripción que Mia hizo sobre él: *Un hombre ejemplar, maravilloso... Era guapísimo... Y un caballero, de los que quedan pocos... Él iba teniendo trabajo como entrenador entre las mujeres de clase alta...* En cuanto al tatuaje, deja pocas dudas, me digo, descorazonado. No sé si habrá otro estadounidense de mediana edad con esa precisa fecha tatuada en el interior de su muñeca derecha.

—¿Toni? —grita desde el salón. Yo abro los ojos; ni siquiera sabía que los tenía cerrados—. ¿Va todo bien?

Se me agota el tiempo.

Consigo recuperar el control de mis piernas y me incorporo.

No sé cuánto tiempo llevo aquí dentro. Peter no está aporreando la puerta, así que supongo que no demasiado. Me recompongo. Me miro al espejo —mi imagen es una sombra borrosa ahora— y me refresco con un poco de agua.

Nada mejora.

Siempre me he considerado una persona optimista, pero la cosa no pinta bien. Ahora lo entiendo todo. El asesino no tenía por qué trabajar en la serie, le bastaba con tener acceso al manuscrito del guion original, como deduje. Peter ha estado aquí todo este tiempo, desde el principio. Entrando y saliendo de mi apartamento tres veces a la semana. Y con plena confianza por mi parte. Con acceso total a mi ordenador, a mis textos, manuscritos y guiones... y a mis confidencias. Me doy cuenta de que he sido un idiota por haberle contado toda mi vida a un desconocido. Por haberle dado acceso pleno a mi vida. Supongo que es lo que sucede cuando te encuentras solo y alguien te abre su corazón, que le das el tuyo sin sopesar las posibles consecuencias.

De alguna manera, las muertes de O'Brien, Cole y Fring sí han sido culpa mía, después de todo.

Noto como mi mandíbula se tensa y las manos se me convierten en puños.

Me seco el rostro con la toalla y miro a mi alrededor en busca de un medio de escape desesperado. No lo encuentro, el cuarto de baño carece de ventana. Lo siguiente que hago es buscar el teléfono móvil para llamar a la policía. «¡Mierda, me lo he dejado fuera!» Me digo que no puedo encerrarme aquí eternamente. Tengo que salir y enfrentarme a él.

Giro el pomo intentando mantener la compostura, pero mis piernas tiemblan y mi corazón late con fuerza desbocada. Cuando por fin salgo, Peter está ahí, esperándome, con una expresión en su rostro que no acierto a descifrar. Ya no es el mismo. O tal vez sí lo sea, y es mi percepción la que ha cambiado de manera radical. Mis ojos se dejan caer a su muñeca, donde la manga de la camiseta vuelve a cubrir el tatuaje. En la mano sigue teniendo el cuchillo que antes ha sacado del cajón. El filo brilla ahora con más fuerza bajo la luz que entra por la ventana.

—¿Estás bien? —Ladea la cabeza como si me examinara—. No tienes buena cara. Tal vez no debiste probar el champán...

—Estoy bien. —No lo pretendo porque no me conviene, pero hasta yo percibo mis palabras demasiado cortantes.

Vuelve a ladear la cabeza, esta vez para el otro lado, y da un paso hacia mí.

—¿Toni?

—Me gustaría que te fueras. No me encuentro bien.

—Oh, ¿quieres que llame a un...?

—Por favor, vete ahora mismo de mi casa. Quiero estar solo.

De pronto, presencio una asombrosa transformación. Como el jugador imperturbable de póquer que muestra sus cartas ganadoras sobre el tapete, se le dibuja una sonrisa siniestra en el rostro a la vez que este parece iluminarse. Es como si, de repente, fuera otra persona, solo que con los mismos rasgos.

—Ay, Toni, ¿por qué tenías que descubrirlo? —dice, avanzando otro paso.

Mi cuerpo se tensa. No respondo. Quizá no sea capaz. Oficialmente, las cartas están sobre la mesa. Mia Clarke fue detenida injustamente y yo ahora me enfrento al verdadero asesino. Retrocedo instintivamente, mi mente trabajando a toda velocidad en busca de una salida. El baño está a mis espaldas y Peter bloquea la única salida. No hay escapatoria.

—Sabes demasiado, Toni —dice, en un tono grave y contenido que estremece más que el más aterrador de los gritos—. Todo iba bien hasta hace un rato. La ciudad de Los Ángeles por fin tenía a su culpable entre rejas, la poli se había colgado una nueva medalla, y tú y yo seguíamos siendo buenos amigos. —Siento que la bilis me sube hasta la garganta cuando pronuncia las dos últimas palabras. Trago saliva para contenerla—. Pero tuviste que estropearlo todo. Compréndelo. Ahora que lo sabes, no puedo permitir que vivas para contarlo.

Vuelvo a mirar el cuchillo. Me pregunto si será suficiente para cercenar mi dedo anular. Me pregunto qué objeto de boda dejará esta vez. Y acto seguido me doy cuenta de que no necesita nada de eso, porque yo no soy una mujer casada y pelirroja. Solo soy un obstáculo incómodo. Le basta con matarme, y ese cuchillo de cocina será más que suficiente para rajarme el cuello hasta que me desangre.

—¿Por qué, Peter? —pregunto, intentando ganar tiempo—. ¿Por qué mataste a esas pobres chicas? ¿Solo porque te recordaban a Mia Clarke?

Un brillo parece cruzar por sus pupilas, las facciones angulosas de su cara se contraen casi imperceptiblemente, y entonces caigo.

Era como si conmemorara el día que casi terminó con mi vida, dijo Mia tras hablarme del tatuaje.

—Fue por venganza —concluyo en voz alta—. Esas tres mujeres no eran un fin, sino un medio macabro hasta tu objetivo final, que no era otro que arruinar la vida de Mia Clarke. Escogiste a las víctimas con unas características concretas que Mia podría envidiar. Conocías el rumor del complejo que orbitaba en torno a ella y sabías que la investigación llevaría a la policía hasta ella. Pero no era suficiente, por supuesto. Tenías que poner el foco en el casting, así que accediste al guion de la serie a través de mi ordenador y se te ocurrió la idea: si matabas a tus víctimas replicando al villano de la serie, inmediatamente todos sospecharían de alguien de dentro de la productora. Por último, solo tuviste que dejar la daga de Mia, que lógicamente contenía sus huellas porque la pertenecía, cerca del lugar donde perpetraste uno de los crímenes, y ya tenías la alfombra roja puesta para la policía.

—Siempre has sido muy listo. —Hace una reverencia bajando sutilmente el mentón—. Es una pena que no vayas a poder utilizarlo en una futura novela.

—¿Cómo conseguiste hacerte con la daga de Mia?

Se encoge de hombros, y por un momento parece que va a estallar en carcajadas.

—Sé dónde vive. Y siempre fue una descuidada de mierda. Resultó sencillo encontrar a un ladronzuelo que estuviera dispuesto a pasarse por un revisor del aire acondicionado a cambio de una pequeña recompensa.

Mientras habla, recorro el salón con la mirada. La visión túnel se ha acrecentado, así que tengo que mirar muy bien cada punto de la estancia. Parpadeo tres veces y lo veo. Mi móvil, encima del sofá.

—¿Quieres esto? —Peter coge el teléfono y lo alza frente a mí. Solo un segundo. Después, lo arroja contra el suelo. Diminutas esquirlas de cristal líquido salen despedidas—. Ya no lo necesitarás más.

El estrés me golpea de nuevo como una ola implacable. Mis manos comienzan a temblar y mi visión se nubla finalmente. Las formas y los colores se desvanecen en un remolino confuso. Estoy perdiendo la vista de nuevo.

«¡Ahora no, por favor!»

—Peter... —intento razonar, pero él no me está escuchando.

Su rostro está distorsionado. Lo siento ya muy cerca de mí. De pronto, soy consciente de que no solo quiere matarme, sino que pretende hacerme daño. Mucho daño.

—Eras mi amigo. —Es mi pena la que habla. También he perdido el control de mis palabras.

Oigo una risa siniestra. Nunca lo había oído reír así.

—Durante los últimos meses de mi vida, he estado conviviendo con todo tipo de especímenes del mundo del espectáculo, mi querido Toni. Actores, actrices, directores... y guionistas, como tú. Me han enseñado que cada uno desempeña un papel. Lo mismo pasa en la vida. Mi papel es ser vuestro amigo. Dispuesto y amable, pero firme cuando hay que serlo y poco entrometido. Esto último es fundamental en un mundo de atrezo como este.

—Te has convertido en un actor de primera —le espeto.

—Solo porque tengo el mejor guion —ríe.

—Dices que has convivido entre actores. Aprendiste el arte del engaño muy bien. —Contengo un gemido irónico entre los dientes—. Yo conviví entre máquinas de resonancia, agujas y camillas, con el segundero del reloj haciendo tic tac en mi cabeza en una cuenta atrás imparable. Aprendí a morir muy joven. Así que... ¡que te den por el culo!

Escupo a la sombra borrosa que tengo delante y me preparo para el final. En cierto modo,

llevo cuatro años preparándome para él.

La sombra de su brazo se alza frente a mis ojos. Lucho por no encogerme ni salir corriendo. Simplemente, esperar el final. En ese momento, un relámpago pardo pasa a toda velocidad junto a mí, y de pronto ahí está Alfred. Da un salto y cierra las mandíbulas en torno al antebrazo con el que Peter sostiene el cuchillo. El arma se le cae de las manos y se desliza fuera de su alcance cuando el perro lo derriba entre fieros gruñidos. Nunca lo he visto así. Ruedan por la tarima entre gritos de dolor de Peter, que bracea y patalea para quitarse a la bestia de encima.

—¡Suéltame, maldito perro! —gimotea, lleno de odio y temor—. ¡Socorro! ¡Socor...!

El primer mordisco es rápido, una fiera dentellada le arranca la carne de la pierna. Peter grita, una mezcla de dolor y horror que reverbera en las paredes del salón. Está tendido en el suelo, y pugna por mantener a Alfred a raya mientras reprime más gritos de pánico. Resulta patético. Siempre ha sido patético, pienso, preguntándome por qué no me he dado cuenta antes. Me sorprende al sentir una profunda sensación de vacío.

Aprovecho el caos para apartarme y busco desesperadamente algo con lo que defenderme. Peter lucha por zafarse de Alfred, que sigue mordiendo y arañando con todas sus fuerzas. Finalmente logra empujarlo y se pone en pie entre tambaleos, furioso. En una parte del salón se oye el lamento agudo de Alfred y se me encoge el corazón. No alcanzo a verlo. Espero que esté bien.

Mi visión es apenas una mancha borrosa, pero puedo percibir la determinación en su rostro. No me queda otra opción. Y tengo que actuar con rapidez.

Tropiezo con una lámpara de pie y la sujeto con ambas manos. La levanto justo cuando Peter se está abalanzando de nuevo sobre mí. Con un último esfuerzo, lleno de adrenalina y miedo, dejo caer la lámpara sobre su cabeza.

Pero no acierto de lleno porque él me derriba un segundo antes del impacto. Los dos caemos al suelo. Siento un dolor agudo cuando mi cabeza aterriza sobre una esquina dura. Instintivamente, me llevo la mano a la zona. No veo nada —el sentido de la vista me ha abandonado prácticamente por completo cuando mis gafas han saltado de la nariz con la caída—, pero siento los dedos pringosos. Y el dolor persiste. Voy a desmayarme de un momento a otro. Pero no puedo permitírmelo, los gemidos de Peter suenan muy próximos de nuevo. Me ayudo de una mesa para levantarme y me dejo caer contra la encimera de la cocina. Ante mí, percibo que la sombra vuelve a la carga. No me queda margen. Entonces, mis dedos rozan una superficie fría y dura sobre la encimera. No me lo pienso, es mi instinto el que actúa. Aferro el cuello de la botella de champán y la hago estallar en la cabeza de mi atacante.

El líquido burbujeante sale despedido en todas las direcciones, así como cientos de diminutas esquirlas, y Peter se desploma, inconsciente. Lo sé porque no se escuchan más gemidos ni gruñidos. Las piernas dejan de responderme y caigo junto a él, jadeando, temblando. Alfred se aproxima. «Menos mal, viejo amigo». Lame mis manos con su lengua caliente y reconfortante.

Con esfuerzo, me arrastro y alcanzo el teléfono móvil con la esperanza de que el impacto contra el suelo no lo haya inutilizado del todo. Percibo luz en la pantalla, a pesar de que está agrietada al tacto. Hago un esfuerzo por enfocar y marco el número de emergencias con dedos temblorosos. Espero, escuchando el frenético latido de mi corazón y el suave murmullo de la respiración de Alfred.

—Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

—Ayuda... —digo. Apenas puedo formar palabras—. Han intentado matarme en mi propia casa.

La operadora me tranquiliza, asegurándome que la ayuda está en camino. Me dejo caer al

suelo y siento que la adrenalina empieza a desvanecerse. Las sirenas se acercan a lo lejos, pero es Hada quien llega primero. Más tarde sabré que ha venido para conocer cómo acabó el tema con Haskins en el Four Seasons. Se tiende conmigo y me abraza. Con Alfred y Hada acostados a mi lado, dos presencias calmantes, cierro los ojos, agradecido de tenerlos en mi vida en este mundo de locos, y, por primera vez en mucho tiempo, me siento en paz.

Dos días más tarde. Oficinas de la productora. Día.

El eco de mis pasos resuena en las desiertas oficinas de la productora. Todavía no he superado lo sucedido con Peter. Mi mente está en un torbellino de pensamientos, pero el mensaje de Evelyn Crowe a primera hora era claro: debía presentarme hoy, sin falta.

Camino directamente hacia el despacho de la jefa cuando paso junto a la puerta de Hada, que permanece cerrada. No es habitual. A través de la madera oigo que alguien se sorbe la nariz, y me detengo.

Llamo tímidamente con los nudillos.

—¿Hada? Soy yo, Toni. ¿Puedo pasar?

No hace falta que lo haga, porque es ella quien me abre la puerta. La imagen me detiene en seco. Hada tiene la cara hinchada, el surco nasolabial húmedo y los ojos enrojecidos. Sujeta una caja de madera a la que asoman artículos de escritorio de diferente naturaleza: una fotografía enmarcada, un par de cuadernos, un bote con bolígrafos y la planta carnívora que alimenta desde el primer día.

—Hada... —susurro, acercándome lentamente. Ella levanta la vista. Me mira con una mezcla de tristeza y vergüenza.

—Toni... —responde, intentando sonreír, pero el esfuerzo es en vano. Las lágrimas siguen cayendo por sus mejillas.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, con el corazón dolido por verla así. Tomo su mano entre las mías.

—Me han despedido. —Vuelve a sorberse la nariz. Yo saco un paquete de pañuelos del bolsillo y le ofrezco uno.

—¿Que te han qué?

—Despedido.

—¿Evelyn te ha echado? ¿Por qué?

—Porque estoy aquí para ser su secretaria, no para ayudar a otros empleados a conspirar contra los actores. Dice que me involucré demasiado en la trama de Jeremy Haskins... Que ayudándote, comprometí la confidencialidad y los intereses de la productora.

Con actores se refiere a Ethan Pierce y la noticia de su recién conocida homosexualidad.

Cuando Chase y yo nos interpusimos en los negocios sucios de Haskins, sabíamos que la historia secreta sobre la muerte de Tom Sanders, así como la homosexualidad de Pierce, saldrían a la luz. Pero no esperaba que se dieran tanta prisa. Ayer a primera hora, la imagen de Ethan Pierce ya copaba la primera plana de revistas, periódicos y programas de prensa rosa de todo el país. Mierda. Siento una punzada de ira. Hada solo trató de ayudarme a descubrir la verdad y salvar vidas. Es tan heroína como yo, y es injusto que pague el precio por eso.

—¿Eso ha dicho? —pregunto, más enfadado de lo que quiero mostrar delante de ella.

—En realidad, ha sido Dolan quien me lo ha comunicado.

—No me jodas. ¿Kip?

Aprieto los puños. Apuesto a que esa ameba mononeuronal no habría echado a Hada si ella fuera una norteamericana de melena rubia y largas piernas blancas.

—Hada, lo siento tanto... esto no es justo. —La abrazo, y ella apoya su cabeza en mi hombro, dejando que las lágrimas sigan fluyendo. Ninguna de las que ha derramado esa mañana ha sido por mí, pero tal vez las de ahora sí lo sean. En cierto modo, me siento responsable. Acaban de despedir a Hada por ayudarme con la investigación. Que gracias a ella se haya descubierto que Jeremy Haskins era quien difundía material en secreto y que se haya capturado al asesino de novias parece no significar nada para el dúo formado por Evelyn Crowe y Kip Dolan.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunto suavemente.

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé, Toni. Ahora mismo todo parece tan... incierto.

Le doy un apretón en la mano, tratando de transmitirle algo de consuelo.

—Encontraremos una solución.

—No pasa nada —me dice, dándose la vuelta hacia su mesa. Finge seguir vaciando el despacho, pero la conozco y sé que no quiere que la siga viendo llorar.

Respeto su deseo de estar a solas y me despido:

—Te llamaré luego y nos tomamos algo.

—Kombucha no, por favor —bromea entre sollozos.

Es la mejor, haciendo bromas hasta en un momento como este. Sonrío.

—Eso solo para mí. A ti te sacaré un whisky escocés.

Me toma la palabra antes de que vuelva a cerrar su puerta. Casi al instante, oigo abrirse la puerta contigua. Una figura alta y delgada aparece frente a mí, poniéndome los pelos de punta:

—Evelyn está esperándolo. —La voz de Kip Dolan es tan impersonal como siempre. Asiento y me dispongo a entrar en el despacho de la jefa, pero es ella quien sale primero.

—¡Toni! ¡Ya estás aquí!

Evelyn Crowe será pequeña de talla, pero tiene el paso largo y la voz potente. Me recibe avasallando.

—Hola, Evelyn —digo, seco, sin poder apartar de mi mente la imagen de Hada llorando en la sala de al lado.

—¡Qué alegría ver que estás bien! —Evelyn me coge de los dos antebrazos y aprieta fuerte. Siento la punta de sus uñas clavándose en mi piel. Entonces baja repentinamente la voz hasta llegar al susurro—: Hablemos en privado.

Los tres entramos en su despacho. Creí que nunca más tendría que pisar este sitio que me provoca escalofríos, pero aquí estoy. Kip cierra la puerta desde dentro.

En lugar de sentarse en su silla, al otro lado de la mesa, Evelyn apoya las manos en el borde y se queda de pie con los tobillos cruzados.

—Bueno, antes que nada, ¿qué tal estás? ¿Recuperado del gran susto?

Casi se me saltan las lágrimas ante tal muestra de consideración.

—Sobreviviendo —respondo. Estoy a punto de empezar una discusión sobre por qué acaban de echar a Hada. Total, a mí ya no pueden despedirme. Pero ella se me adelanta.

—Resulta que, al final, la policía se apresuró deteniendo a Mia, porque ella no tenía nada que ver. Yo no albergaba dudas de eso, pobrecita mía, con lo buena persona que es. —«Falsa, falsa redomada»—. Así que me alegro de que al final el asesino fuese su ex, así no tenemos que vivir con la congoja de saber que hemos estado trabajando a diario con un criminal —dice, aunque los tres sabemos que en realidad lo que está pasando por su cabeza es que la productora se ha librado de la mala propaganda. A nadie le gusta ser la empresa que tenía entre sus filas a un asesino en serie.

—Sí, Peter ya está en prisión preventiva a la espera del juicio —explico.

—Lo sabemos, Toni. ¡Increíble que tu fisioterapeuta acabara siendo el asesino! ¿No te parece? —Kip sonríe—. Claro que eso explica que tuviera acceso a los guiones.

—Sí. Tremendamente increíble —contesto.

Evelyn hace un aspaviento con las manos.

—En fin, cambiando de tema, creo que tenemos que agradecerte el hecho de que Jeremy Haskins haya sido desenmascarado —dice, y ladea un poco la cabeza.

Junto a ella, sobre la mesa, hay una revista. No me había percatado de ella hasta ahora, pero el titular captura mi atención:

EL DIRECTOR DE MONTAJE JEREMY HASKINS, QUE MANTENÍA EN SECRETO
UN ROMANCE CON EL ACTOR ETHAN PIERCE, ACUSADO DE LA MUERTE DEL
TAMBIÉN ACTOR, TOM SANDERS.

En una esquina de la portada, un robado de Pierce en bañador mientras sale de darse un baño en el Mediterráneo. «No son buenos tiempos para Derek Cross, ni en la realidad ni en la ficción», pienso con cierto placer.

—Buen trabajo, Toni —insiste ella.

—Gracias —mi voz sale seca. No hay lugar para cumplidos vacíos en mi estado de ánimo actual—. No lo habría conseguido sin la ayuda de Hada García —añado, deliberadamente mordaz.

Detecto un cambio en la expresión de Evelyn. Kip baja la mirada.

—Hada no tiene nada que ver con este tema, Toni —dice ella, volviendo a sonreír. Tengo que hacer un esfuerzo por no soltarle un improperio.

—¿Qué será de Clarke? —quiero saber.

—Vamos a conceder a Mia unos días libres. Fue muy duro para ella ser detenida. Por suerte, todo resultó ser un malentendido y la policía la soltó al día siguiente. Sabemos que le están lloviendo ofertas de muchísimos programas de televisión. Al parecer están deseando entrevistarla y que cuente su dramática historia de amor con el asesino de novias.

Abro mucho los ojos. El cinismo de algunos seres humanos nunca dejará de sorprenderme.

—Pero las ha rechazado —sigue Evelyn—. Ya sabes cómo es Mia, tan suya, tan hermética.

«Sí, ya lo sé». Asiento con la cabeza. Hablar de Mia hace que algo se reblandezca dentro de mí. He pensado en llamarla muchas veces en estas últimas horas, pero por algún motivo no me he atrevido a dar el paso.

—Hoy es su último día de trabajo hasta la semana que viene, que se reincorporará al rodaje

—dice, frotándose las manos como diciendo: «Un asunto menos del que preocuparse».

—Así que volvéis a rodar —comento.

—Sí, ahora que el asesino de novias ha sido detenido, Kip y su equipo han conseguido una orden del juez para volver a emitir la serie.

Kip se pasa la mano por la corbata y sonríe como un memo. Apuesto a que el comentario ha hecho que se le ponga un poco dura por debajo del pantalón.

—Pues felicidades —me limito a decir.

—¡No, Toni, felicidades también a ti! —Evelyn vuelve a pincharme con sus uñas, esta vez en los bíceps.

No puedo más que arquear las cejas.

—Ahora que se ha aclarado todo, vuelves a ser nuestro guionista principal —declara, sus ojos muy abiertos y fijos en los míos—. Y no tenemos un segundo que perder; la gente ya da por hecho que habrá una segunda temporada.

La propuesta cae sobre mí como una losa. Cualquiera habría saltado de alegría, pero yo solo siento una creciente sensación de amargura. Miro a Evelyn y después a Kip, que me sonríe con la mandíbula prieta. «Esto no te hace ni pizca de gracia, ¿a que no, cabrón?» Exhalo un bufido y digo sin rodeos:

—Gracias, pero no.

Evelyn y Kip se miran, sorprendidos.

—¿No?

—No —repito.

Percibo de soslayo que Kip vuelve a palparse la corbata, pero ya no sonríe.

—Pero, Toni, aún tienes contrato aquí —replica la jefa, en un tono que no tengo claro si se trata de una orden o una súplica—. Necesitamos que escribas el guion de la siguiente temporada.

Pienso en las lágrimas de Hada. Esa visión es lo que me hace responder:

—Evelyn —digo, intentando sonar decidido—. No te tembló el pulso para suspenderme cuando me señalaron como sospechoso de los asesinatos, y ahora encima has despedido a Hada, cuando todo lo que ha hecho ha sido por el bien de esta empresa. ¿Y pretendes que vuelva a trabajar para vosotros? Pues te deseo suerte, porque yo antes trabajaría en un Starbucks que venderte mis ideas por un sueldo y un seguro dental.

—Esto es un asunto legal. Hada comprometió la confidencialidad de la productora —interviene Kip, como si eso lo explicara todo.

—No lo veo así —replico—. Hada hizo lo correcto y la estáis castigando por ello. No puedo ser parte de una empresa que no valora la integridad y la justicia. Una que antepone la facturación por encima de vidas humanas.

Cuando termino, la voz me tiembla tanto que apenas se me entiende, pero intuyo que Evelyn ha captado el mensaje, porque se vuelve hacia Kip y lo mira como diciendo: «¿Puede hacer eso?» El gesto del abogado, encogiéndose de hombros como un inútil, tendrá que valerle como respuesta. Evelyn suspira frustrada.

—Toni, por favor, piénsalo bien. Esta es una oportunidad única.

—Ya lo he pensado. Mi respuesta es definitiva.

Sin decir nada más, la jefa se incorpora y sale del despacho hecha una furia.

Kip Dolan me da una palmada en el hombro.

—Enhorabuena, Galán. Acaba de cavar su propia tumba. Nunca volverá a trabajar en el mundo del cine.

Lo aparto de un manotazo y sale por la puerta.

—¡Lo lamentarás, Toni! —se oye gritar a Evelyn por los pasillos. Kip la sigue.

Me quedo a solas en el despecho de Evelyn. No quiero estar aquí ni un segundo más, y esta vez sí, espero que sea la última. Antes de salir por la puerta, cojo la revista y me la llevo conmigo. Algo me dice que la persecución de Pierce por parte de la prensa será un bonito pasatiempo en mi próxima visita al hospital durante mi siguiente sesión de tratamiento.

Nada me gustaría más que perder este lugar de mi vista para siempre y no regresar jamás, pero la conciencia y el sentido del deber me empujan a hacer una última visita a los estudios de grabación. Después, volveré a mi apartamento y decidiré qué haré con mi vida a partir de ahora.

Una maraña de periodistas hambrientos se ha reunido en el exterior de la caja de zapatos número dos. Me tenso al verlos, rompo a sudar por la parte baja de mi espalda y hasta me planteo darme la vuelta e irme por donde he venido, pero finalmente me obligo a seguir. «No tienes nada que temer, tú atrapaste al asesino de novias. Para ellos, eres un héroe», me digo. Pero, por algún motivo, no me resulto convincente.

Para mi sorpresa, descubro que no están aquí por mí. Apenas vuelven la cabeza cuando camino por su lado y cruzo la verja de acceso, así que me relajo y paso de largo.

Hoy los estudios están tranquilos, como si los envolviera una atmósfera de resaca incómoda. Apenas hay trabajadores empujando carros de ropa ni equipos de iluminación, y los vociferios habituales han sido sustituidos por un rumor tenue y respetuoso, casi monástico.

—Hoy no graba hasta dentro de dos horas —me informa Quincy Jones, a quien encuentro de pie, junto a la mesa alargada destinada al catering. Sostiene un termo que, sospecho, no contiene agua ni café—. La encontrarás en su caravana, como siempre —añade con cierta sorna.

Le agradezco la información. Antes de que desaparezca de su vista, me dedica unas palabras de reconocimiento. Al principio creo que se refiere al asesino de novias —al fin y al cabo, la detención de Peter ha permitido que la serie que dirige vuelva a emitirse—, pero, pensándolo bien, es posible que los tiros vayan por Haskins. No hay nada más irritante para un director que sus creaciones, especialmente los giros argumentales, se difundan antes de tiempo. Gracias a Chase y a mí, el director de montaje no volverá a traficar con material de la productora.

El sol me ofende cuando atravieso una de las puertas traseras que dan al descampado destinado para las caravanas. Busco la de Mia Clarke. Hasta hoy no había visitado esta parte de los estudios, así que tengo que preguntar de nuevo, en esta ocasión a uno de peluquería. Me indica con el brazo la tercera caravana empezando por el final; después de la de Ethan Pierce, es la más grande.

Con un pie apoyado en uno de los peldaños metálicos de acceso, mis nudillos tocan la puerta de Mia. Tímidos al principio, más fuertes una segunda vez, cuando no obtengo respuesta.

No hay nadie dentro. O tal vez Mia sí esté al otro lado de la puerta pero pasa de verme, después de que condujera a la policía contra ella. El director Jones ha dicho que tiene que rodar dentro de dos horas, así que no puede estar muy lejos.

De pronto lo comprendo. Su expareja, aquel con quien iba a casarse y que intentó matarla de forma siniestra, ha estado todo este tiempo conspirando contra ella desde las sombras. ¿Querría hablar del tema si estuviera en su lugar?

Comprendo su dolor. Y lo respeto.

—Buena suerte con ella —me dice un auxiliar de vestuario, que pasa a mi espalda empujando un perchero móvil. Lleva gafas de sol puestas y se parece un poco a Andy García, cuando Andy García se las llevaba a todas de calle—. No saldrá hasta que tenga que rodar.

Me vuelvo hacia la caravana y detengo mi vista en la cortina tras la ventanita.

«¿Estás ahí, Mia?»

Con un extraño vacío en el pecho, me dirijo de nuevo al Andy García de las gafas. Me fijo en que sostiene un cuaderno bajo la axila.

—¿Te puedo robar una hoja de ese cuaderno? —pruebo suerte.

—Claro. —Se encoge de hombros—. ¿Quieres un bolígrafo?

Niego con la cabeza a la vez que saco mi pluma del bolsillo delantero de mi camisa.

—No hace falta, siempre llevo uno encima. Gracias.

Un minuto después, una hoja de cuaderno doblada por la mitad se desliza por la rendija de la puerta de la caravana de Mia. Lleva mi nombre, y dice así:

Lo siento mucho. Espero que puedas perdonarme y que volvamos a brindar con champán.

Dale un abrazo a Duke.

El ejército de periodistas ha aumentado en número cuando salgo de los estudios de grabación. El revuelo ahora es evidente, difícil de ignorar. Pero, a pesar de que paso a escasos metros de ellos, ni siquiera me ven. Nada de esto es por mí, lo cual me alegra. En el centro del tumulto reconozco a Ethan Pierce. Está luchando por abrirse paso. Intenta avanzar hasta su vehículo sin contestar a nada, pero no le va a resultar fácil; es el hombre de moda y esa gente va a exprimirlo como a una naranja. No me gustaría estar en su pellejo, y sin embargo, no puedo evitar que se me dibuje una sonrisa en la cara.

Antes de mi diagnóstico, creía en el karma. Me parece que estoy recuperando algunas creencias olvidadas.

Estoy a punto de cruzar la calle cuando dos sombras alargadas se dibujan en el asfalto delante de mí. Me detengo y observo que las sombras hacen lo propio. Trago saliva y me vuelvo rápidamente. Dos hombres apuestos se muestran ante mí. El primero de ellos es más o menos de mi edad, tal vez algo mayor; es difícil decirlo. Es un caucásico de aspecto atlético. Su cabello castaño claro está ligeramente despeinado, aunque le queda bien. Viste pantalones vaqueros y una estilosa americana azul marino que contrasta con su camisa blanca desabotonada en el cuello. Me digo que podría ser un fantástico personaje protagonista en una de las ficciones que se ruedan a su espalda. La manera en que me mira —autoritaria y un punto amenazante, pero también sosegada— es desconcertante.

Su compañero, con algunas décadas de ventaja y vencedor en estatura, es Denzel Washington con traje. Su cabeza está completamente afeitada, lo que resalta la simetría de su rostro y su mandíbula cuadrada, donde se alojan dos labios prominentes y firmes, como si estuviesen permanentemente fruncidos. Sus ojos proyectan una intensidad y determinación inquebrantables. A pesar de ser menos corpulento que el otro, algo me dice que debajo de ese conjunto beis de traje y corbata se esconde un cuerpo que se mantiene en forma.

A pesar del calor y de que deben de estar sudando por debajo de las chaquetas, ambos huelen muy bien.

—¿Toni Galán? —pregunta el de piel negra, mostrando una identificación—. Mi nombre es Marcus Johnson y él es mi colega, Alexander Reed. Nos gustaría hablar con usted.

Leo lo que pone en su tarjeta. Marcus *Rhino* Johnson. Más tarde me preguntaré el por qué de ese apodo, y hasta llegaré a bromear al respecto, pero lo que ahora acapara toda mi atención es la inscripción que hay justo debajo.

—¿Detective privado? —leo, levantando la mirada hasta detenerme en sus ojos oscuros. Son como dos agujeros negros en miniatura.

—Tranquilo, no tiene de qué preocuparse. Relájese.

Pero desconfío, y no puedo evitar que mi vista se vaya al tercer piso del edificio de oficinas que tengo justo delante. Cristalera de la esquina, el despacho de Evelyn Crowe. «¿Qué tramas, vieja bruja?»

—¿De qué se trata? —pregunto, desconfiado.

—Nos gustaría que viajara a Nueva York y visitara nuestras oficinas —añade el otro, Reed.

—¿Ha dicho Nueva York? No entiendo...

—Estamos cortos de personal y la demanda sigue creciendo a medida que Manhattan se vuelve más peligrosa. ¿Ha oído hablar de todos esos actores y actrices que están mudándose a la Gran Manzana en el último año? Dicen que es por la alta presión fiscal que tenéis aquí, en California, aunque yo personalmente sospecho que hay más motivos.

Veo que Reed, el blanquito atractivo, sonríe como si fuese un tema de conversación que ha mantenido con su compañero varias veces en el pasado. Es una sonrisa arrebatadora. Caramba, se las tiene que llevar de calle.

—Vale, pero sigo sin entender lo que quieren de mí —digo, confuso—. ¿Necesitan que escriba algún tipo de artículo sobre el tema? Verán, yo escribo ficción, no...

Rhino Johnson me interrumpe con su carcajada. Es grave y limpia.

—Hemos seguido su trabajo en el caso del asesino de novias y en la trama de Tom Sanders —dice.

—Estamos muy impresionados, hacía mucho tiempo que no veíamos una resolución tan rápida en dos casos tan complejos.

Sin poder intervenir, me encuentro mirando a uno y a otro a medida que se intercambian el testigo de la conversación.

—¿Le interesaría trabajar como investigador privado? —concluye Johnson.

La propuesta me toma por sorpresa. No es algo que hubiera esperado, y mi mente se llena de dudas. Sin embargo, algo en la forma en que hablan, en la seriedad de sus rostros, me dice que es una oportunidad real.

—¿Por qué yo? —pregunto.

—Su habilidad para resolver los casos y su determinación son cualidades que valoramos mucho —Las cejas arqueadas de Rhino le otorgan un aire de perpetua vigilancia—. Pero no le vamos a mentir. Si estamos aquí, es porque ninguno de nuestros agentes tiene experiencia en el ámbito del espectáculo, y mucho menos contactos. Además, uno ya empieza a sentirse cansado y pensar en la retirada, voy necesitando un relevo. Verá, usted es hoy un personaje reconocido entre los círculos de actores y directores, en Nueva York todo el mundo habla del guionista que salvó a la estrella, Mia Clarke, de entrar en prisión.

—Se equivoca, yo no salvé a Mia. De hecho, contribuí a su detención, me temo.

—No se quite méritos, Toni —interviene Reed—. Gracias a usted, la expareja de Clarke ya no presentará una amenaza para ella nunca más. Es algo que ha impresionado a muchas celebridades, se lo aseguro.

—Los productores también lo adoran por su trabajo desenmascarando a Haskins y a ese periodista rosa —Johnson toma el relevo—. Como es lógico, ellos dan suma importancia a la

confidencialidad de sus obras, y más aún de sus vidas privadas. En conclusión, creemos que podría ser un gran activo para nuestro equipo. —Mira el edificio de soslayo y añade—: Y sabemos que acaba de quedarse sin empleo.

Pienso que hacen muy bien su trabajo, pues hace escasos cinco minutos que he rechazado la oferta de Evelyn. Cojo aire y lo expulso con fuerza. La oferta me pilla completamente desprevenido. No obstante, no puedo negar que me atrae. ¿Nueva York? Siempre he querido visitarla, y a pesar de que nunca he soportado el tráfico del centro de Madrid, tal vez allí no sea para tanto. Por otra parte, ¿detective privado? El solo hecho de pronunciar las palabras dentro de mi cabeza me estremece. Y además, está lo otro.

—Verán, me siento halagado, pero deben saber algo sobre mí. Es un tema de salud.

—¿Su enfermedad? —dice Johnson.

Me quedo a cuadros.

—Su contrato en la agencia incluiría un seguro privado con todos los tratamientos incluidos —apostilla Reed.

Siento acelerarse mi corazón. Esto último lo cambia todo. Con mi dimisión de la productora esta misma mañana no solo he renunciado a un trabajo bien remunerado, sino a un seguro médico de calidad. Sé que siempre puedo retomar el oficio de novelista, eso es algo que no me preocupa, pero los tratamientos mensuales son carísimos, aquí en Estados Unidos. Y lo último que quiero es regresar a España, donde me esperan los fantasmas de Patricia. Además, por qué no decirlo, la trama detectivesca en la que se ha convertido mi vida estos últimos días, la sensación de caminar sobre el alambre, ha despertado en mí un interés por la acción y el riesgo que desconocía.

—Puede tomarse su tiempo, no tiene que darnos una respuesta ahora —dice Johnson—. En cuanto a la visita a nuestras oficinas, cuadremos una fecha.

Mientras el detective habla, capto algo de reojo. Ese algo me obliga a girar la cabeza hacia el edificio principal de la productora. Hada acaba de salir por la cristalera batiente por última vez y la veo descendiendo las escaleras hacia el aparcamiento. La caja de cartón parece pesarle en los brazos y su rostro es el de alguien que está esperando a quedarse solo para romper a llorar. Aun después de dejar de verla, una vez ha desaparecido ella entre los coches estacionados, me quedo mirando, pensativo.

—Voy a necesitar a mi propia secretaria —exijo a Johnson, que se queda sorprendido.

Los detectives se miran entre sí y asienten.

—Sin problema. Contábamos con ello —contesta Reed.

—Me refiero a una de mi confianza. Escogida por mí.

Esta vez se toman un tiempo para contestar. Noto que lo están valorando.

—De acuerdo.

De pronto, tengo una idea loca, y sin pensar, hago otra petición:

—Y tal vez también necesite un ayudante.

Interior del Gilmore. Tarde.

Dos horas más tarde, estoy aparcando el coche frente a la puerta del Gilmore. A diferencia de la otra vez, hoy es de día, y el efecto del aire acondicionado en el interior del local me causa una sensación agradable en contraste con el bochorno de la calle.

Es viernes al mediodía, así que no hay prácticamente nadie en la zona de las mesas. Localizo a Chase sobre un taburete junto a la barra. Parece relajado, viendo un partido de baloncesto repetido en una de las pantallas. Me pregunto si habrá habido algún momento en la vida de Chase en que no estuviese relajado. Tiene una pinta de cerveza a medio beber.

Lo acompaño en la barra, y entonces noto que algo se mueve a mis pies, entre las sombras. Doy un respingo y retrocedo un paso cuando reconozco las fauces de la bestia. Es el pitbull que el otro día, en el desguace, nos confundió con su merienda.

Chase profiere una sonora carcajada.

—¿Qué haces con esto? —pregunto, sin desviar la mirada del can.

—La otra mañana, cuando volví a por mi coche, lo oí ladrar desde el interior del desguace. Al pobre lo habían dejado abandonado, y seguía sin comer. Se llama Logan.

—¿Como el protagonista de *Succession*?

—No, como Lobezno. Pero Logan Roy es el amo, estoy de acuerdo.

Asiento con la cabeza.

—Así que lo has adoptado.

—Digamos que somos compañeros de piso.

Miro a Logan. Tiene la respiración agitada y la boca semiabierta, lo que le genera una expresión divertida, como si estuviese sonriendo. Visto así, no parece tan fiero. Me devuelve la mirada y se relame. Su lengua es aún más grande que la de Alfred.

—¿Y ya ha comido?

—Sí, tranquilo, no le interesas como almuerzo. —Chase se agacha para rascarle el cuello y a cambio recibe un húmedo lametazo—. Pero cuidado, es tremendamente cariñoso. —Ríe Chase tras el ataque a traición—. Si te descuidas, te deja la cara empapada de baba asquerosa.

—¿Y puedes traerlo aquí?

—Este sitio es *pet friendly* —asiente.

Claro, ¿cómo no se me había ocurrido?

Tomo asiento en un taburete libre y pido una kombucha. El camarero, más que servírmela, me lanza el vaso sobre la barra. «Será *pet friendly*, porque *human friendly*, está claro que no». Por un momento, Chase y yo nos quedamos ahí, en silencio, simplemente mirando a la pantalla, hasta que él vuelve la vista y habla:

—Cuéntame las novedades.

Se lo cuento todo.

—Qué casualidad —dice, dando un nuevo trago al vaso. Se pasa la lengua por el labio superior para limpiarse los restos de espuma.

—¿El qué?

—Que tu fisio resultara ser la expareja de Mia Clarke.

Llevo dos días pensando en ello. No es una casualidad.

—Supongo que me eligió como su cliente por mi rol dentro de la serie. Entrando a mi apartamento tres veces a la semana se garantizaba acceso a mi ordenador e información de primera mano para ejecutar los crímenes a la vez que orientaba todos los focos sobre Mia.

Asiente.

—Y la obtuvo sin problemas. —Eso ha sonado a acusación.

Lo atravieso con la mirada.

—¿Se supone que debía desconfiar también de mi fisioterapeuta?

—Solo digo que conmigo fuiste más prudente. Hasta inventaste una identidad falsa —sonríe.

—Y aun así, aquí estamos.

—Sí. Aquí estamos. ¿Qué va a ser de él?

—Hada fue la primera que lo encontró cuando llegó a mi apartamento. Había perdido el conocimiento y tenía un brazo y una pierna malheridos. Alfred hizo un buen trabajo. La policía llegó pocos minutos después. Después de pasar por el hospital, fue detenido. Se espera que le caiga la perpetua, teniendo en cuenta sus antecedentes.

—Y todo por despecho. Qué pena.

—Ese hombre se la tenía jurada a Mia desde que ella lo dejó. —Pienso en el tatuaje—. No fue capaz de olvidarlo.

—¿Has hablado con ella? —pregunta Chase.

—No —respondo escuetamente. No me apetece hablarle de mi visita al *parking* de caravanas.

Veo que se queda mirando algo sobre la barra. Es la revista sensacionalista que me he llevado del despacho de Evelyn.

—Ayer estaba trasteando con el móvil y me saltó un anuncio con la noticia de la homosexualidad de Pierce. Está en todas las malditas partes.

—Es la noticia de la semana.

—¿Qué será de su amante?

—Al igual que nuestro amigo de chaqueta blanca, Jeremy Haskins pasará una buena temporada en prisión por tráfico de material confidencial y, sobre todo, por haber empujado a Sanders a la muerte.

—Ingenioso juego de palabras —bromea—. Pero aquello fue un desafortunado accidente.

Lo miro sorprendido.

—¿Lo defiendes?

Hace un ademán de indiferencia y se encoge de hombros.

—No creo que Haskins fuera un mal hombre. Simplemente cometió algunos errores que le

pasaron factura.

—Me alegro por la señora Haskins —digo. Sigo teniendo en mi teléfono móvil la fotografía del día de su boda—. Esa mujer al fin conoce la verdad sobre su marido. Con suerte, podrá rehacer su vida.

Chase alza su vaso.

—Creo que hicimos un buen trabajo, ¿no te parece?

Hago chocar mi kombucha contra su cerveza. Llegó el momento de mencionar aquello por lo que realmente he venido.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le tanteo.

Chase vuelve a encogerse de hombros.

—Mis planes no han cambiado. Ya encontraré algo.

—Admite que esta semana te lo has pasado bien.

Me muestra su sonrisa infantil. Por un instante, hasta se diría que se ha ruborizado.

—Han sido unos días excitantes.

Le hablo de la oferta de trabajo de Johnson y Reed, y lo hago de sopetón, a bocajarro.

—Necesitaré un acompañante —digo al terminar.

Mi proposición le pilla desprevenido. Por primera vez en la conversación, deja el vaso sobre la barra y se gira en el taburete hasta tenerme de frente.

—No me imagino viviendo en Nueva York, llevo mal el frío. Y además soy actor, no detective privado.

—Eres un buscavidas con habilidades en artes marciales y manejo de armas de fuego. No se me ocurre a nadie más preparado que tú, y no quiero a otro a mi lado. Si no vienes conmigo, rechazaré la oferta.

No contesta de inmediato. Creo que es la primera vez que dejo a Chase sin palabras.

—¿Te doy un tiempo para que lo pienses? —digo.

—Sí. —Apura el fondo del vaso de un trago y se incorpora—. Voy a dar una vuelta.

—¿Puedo hacer algo por ti? —pregunto cuando Chase está encarando la salida.

Se detiene.

—A decir verdad, sí.

Sonrío.

—Lo que quieras.

Acabamos jugando tres partidas en el billar del Gilmore. Y otras tres la tarde siguiente. Me gana las seis, y yo me prometo a mí mismo practicar hasta ganarle.

Volvemos a vernos al cabo de cuatro días, en la puerta de embarque del aeropuerto.

—Quien no se mueve, no siente las cadenas —es toda la explicación que me da. Me parece que la frase no es suya, pero creo entender lo que quiere decir.

Pasarán cuatro meses hasta que consiga ganarle una partida. Ocurrirá en un bar de Tribeca, Manhattan, y Chase pondrá como excusa el hecho de no haber dormido en toda la noche anterior.

Una joven estudiante del Upper East Side tendrá la culpa.

Para entonces, yo ya le habré encontrado el gusto al billar.

Fin.

GRACIAS POR LEER 'CRIMEN FUERA DE ESCENA'

Si has disfrutado de esta historia, no olvides dejar tu comentario al final de este ebook o en la página de compra de Amazon:

[Valora la novela en Amazon](#)

Tu opinión es importante para mí. Te estaría muy agradecido y ayudaría a que otros lectores conozcan la novela.

Pero no todo es Amazon en la vida. Si te apetece, dime lo que piensas de la novela o pasa a saludar en:

escritor@luisalbertosantamaria.com

ASUNTOS PENDIENTES (MÓNICA LAGO #6)

Reserva el próximo caso de la inspectora Mónica Lago a precio reducido



¿El asesino sigue en libertad! Un crimen sin motivo aparente, una red de intrigas y una carrera contrarreloj: ¿Podrán Mónica y Rayco desentrañar el misterio antes de que sea demasiado tarde?

Después de los eventos ocurridos en *Heridas Abiertas*, Mónica y un herido Rayco enfrentan un nuevo desafío: el asesinato de una ama de casa viuda desconcierta a los investigadores. Sin sospechosos ni motivos aparentes, lo que parece un homicidio aislado revela ser parte de una red criminal. Mónica y Rayco se ven atrapados en una trama peligrosa y profunda. Mientras tanto, Yago Flores, el exinspector jefe, despierta del coma con información crucial sobre el asesinato de su esposa.

¿Podrán Mónica y Rayco desenmascarar al cerebro detrás de este juego macabro? ¿Resolverá Mónica sus sentimientos hacia John, el padre de su hijo, y Andrés, su nuevo jefe? Y Yago, ¿logrará encontrar la paz que tanto anhela?

Sumérgete en ***Asuntos pendientes***, una novela policiaca llena de suspense, intriga y giros inesperados que te mantendrán al borde de tu asiento. Ideal para los amantes del thriller contemporáneo.

[Resérvala en preventa](#)

LA SERIE POLICIACA DE MÓNICA LAGO

1. ENTRE BAMBALINAS



Tras celebrar el final de la gira de teatro en la que está trabajando, Javier Conde despierta en el interior de un bodegón subterráneo empapelado con periódicos que llevan su imagen en primera plana. Está encadenado al suelo y tiene varios huesos rotos. Al escarbar entre sus recuerdos, Conde, popular actor de teatro, descubre que el motivo de su secuestro está relacionado con la obra en la que actúa.

[Lee Entre bambalinas](#)

2. ENTRE LÍNEAS



La inspectora Mónica Lago recibe la extraña llamada de un afamado escritor inglés durante sus vacaciones. Minutos después, los informativos sorprenden con la noticia de que dicho hombre ha sido encontrado muerto en extrañas circunstancias. Intrigada por el suceso, y movida por su anhelo de ayudar a su compañero, el subinspector Rayco Medina, a encontrar a su hija desaparecida, Mónica viaja a Londres.

[Lee Entre líneas](#)

3. ENTRE VIEJOS DESCONOCIDOS



Echando la vista atrás, todo comenzó el día del atropello. Fue en el verano de 1999 cuando las vidas de Diego y su pandilla comenzaron a desmoronarse. Veintidós años después, Diego lleva una vida tranquila en la villa costera de Getxo, su ciudad natal. Una mañana, recibe dos paquetes anónimos: contienen un reproductor de CD y un compact disc. Entonces se da cuenta de que el pasado está de vuelta. Y quiere cobrar sus deudas.

[Lee Entre viejos desconocidos](#)

4. SECRETOS ENTRELAZADOS



John Everett, novelista venido a menos, recibe un encargo peculiar: escribir las memorias del magnate discográfico que catapultó la carrera de Sol Monroe, joven cantante superventas que fue encontrada muerta en la bañera de su suite durante su última gira. Para ello deberá viajar a la mansión del multimillonario en la gélida sierra de Gredos, Ávila. Mientras, Mónica, suspendida de empleo y sueldo, espera en Madrid el primer hijo de la pareja sin saber que su destino está ligado al nuevo encargo de John.

[Lee Secretos entrelazados](#)

5. HERIDAS ABIERTAS

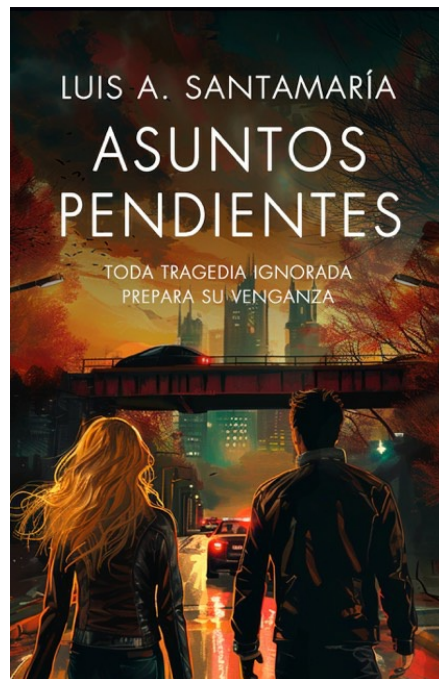


Cuando Yago Flores, el respetado inspector jefe de Homicidios, cae víctima de un enigmático atentado, Mónica se ve atrapada en una red de misterio y suspense psicológico que pone a prueba su tenacidad.

Un cadáver ha emergido en la Casa de Campo, lanzando a Mónica y su compañero Rayco Medina en una carrera contra el tiempo. La identidad de la joven muerta es un enigma; su historia, un laberinto de pistas crípticas y secretos que nadie quiere revelar.

[Lee Heridas abiertas](#)

6. ASUNTOS PENDIENTES



Después de los eventos ocurridos en *Heridas Abiertas*, Mónica y un herido Rayco enfrentan un nuevo desafío: el asesinato de una ama de casa viuda desconcierta a los investigadores. Sin motivos aparentes, lo que parece un homicidio aislado revela ser parte de una red criminal... o un asunto familiar. Mónica y sus compañeros se verán atrapados en una trama peligrosa y profunda.

¿Podrán Mónica y Rayco desenmascarar al cerebro detrás de este juego macabro? ¿Resolverá Mónica sus sentimientos hacia John, el padre de su hijo, y Andrés, su nuevo jefe?

[Reserva Asuntos pendientes](#)

UN LIBRO GRATIS

Consigue un ejemplar gratis de *El secreto de Oli*, novela que ya acumula más de 7.000 reseñas en Amazon, uniéndote a mi lista de correo:

[Lista de correo de Luis A. Santamaría](#)

TU LIBRO GRATIS TE ESTÁ ESPERANDO



«Os contaré la historia de cómo fui engañado por la persona que más quería.»

Así comienza Alfonso Morales el relato sobre cómo, hace 23 años, se vio sumergido en una atípica historia con una joven ambareña que le cambió la vida.

En la actualidad, Oli, un entrometido niño de diez años, descubre que una enfermedad letal amenaza la vida de su madre. Inmediatamente construye en su peculiar imaginación un plan para salvar a su familia. Para ello cuenta con la ayuda del 'Yayo', sarcástico cirujano retirado, conocido por los inmorales tratos utilizados con sus discípulos y que tiene buenas razones para no preocuparse por las consecuencias del mañana. Juntos se adentrarán en los oscuros misterios de la familia y en una trama en la que saldrán a la luz algunos turbulentos sucesos ocurridos en el pueblo pesquero de Ámbar: venganzas, corrupciones, traiciones... y un secreto que cambiará el destino de todos para siempre.



★★★★★

«Espectacular la manera en la que me enterneció el alma al principio de la historia para dar un completo giro a la trama con un final de auténtico suspense.»

También estarás al día de los nuevos lanzamientos, promociones y contenidos exclusivos.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por darle una oportunidad a este libro. Empezar una serie nueva nunca es fácil, por lo que aprecio de corazón que hayas decidido acompañarme en esta aventura. Tengo algunas personas en particular a las que agradecer esta historia. La lista no es muy larga, pero sí importante:

A Silvia, mi mujer, siempre. Desde que empecé a escribir, cuando aún éramos una pareja de tortolitos que empezaba a conocerse, ella siempre está ahí. Me da consejo, me hace creer que tengo una mente brillante, me anima a luchar por mis sueños y me convence de que mis libros son mejores que los mejores libros de cada momento. A veces acudo a ella cuando estoy bloqueado con la historia, y en unos minutos, siempre se le ocurre algo que me deja completamente alucinado. Con *Crimen fuera de escena*, sin embargo, ha ido un paso más allá. Es justo reconocer que una gran parte de esta historia salió de su cabeza. Silvia, tienes una creatividad e imaginación desbordantes. No sé qué haría sin ti. Te quiero infinit... bueno, tú ya sabes cuánto.

A mi lista de correo (ya somos más de catorce mil locos por los libros) y a mi grupo de lectores de Facebook (más de tres mil). Gracias por vuestros mensajes, vuestro sentido del humor, vuestras confidencias... Pero sobre todo, por vuestro aliento. Gracias por leer.

A Fernando Santamaría. Eres mi hermano favorito, y ha sido un placer revivir nuestro viaje por la costa californiana mientras escribía este libro. Y a Itziar de Andrés. Tú también eres mi hermana favorita desde hace años. Gracias a los dos por hacerme tío de la criatura más brillante y maravillosa del mundo.

A los que llegasteis a mi vida a causa de los libros, pero os querría a mi lado aunque dejara de escribir: Pablo Poveda, Ricky Braccaioli, Eva Alton, Luis David Pérez, Alberto Meneses, J.J.Fernández, Pepe de la Rosa y decenas de personas más. GRACIAS por hacerme mejor escritor.

A mi amigo y revisor, Alfonso Palazón. Eres un AMIGO, con mayúsculas, y un auténtico grano en el culo cuando tengo que leer tus contribuciones al texto. Pero es un grano en el culo que ha hecho que esta novela brille con luz propia. Así que gracias. Espero volver a sufrirte por mucho tiempo. Me hace muy feliz verte feliz, amigo.

Todos aquellos que habéis comprado este libro, en cualquiera de sus formatos. Ya sea que os haya encantado u os haya parecido horrible, porque con vuestra compra, habéis contribuido a la lucha contra esa injusta enfermedad que es la esclerosis múltiple. Y os doy las gracias por ello. Si queréis que la bola de nieve siga creciendo para que en un futuro próximo podamos mandar al carajo a la esclerosis, recomendad este libro a un amigo.

Ahora que habéis terminado, ¡ya podéis ir a devorar el siguiente!

Puedes encontrarme, entre otros sitios, en mi web de autor:

www.luisalbertosantamaria.com

ACERCA DEL AUTOR



Luis A. Santamaría (España, 1985) ganó el Premio Literario Amazon Storyteller con su novela *Entre líneas*. Desconoce si llegarán más premios, pero no le importa demasiado mientras se lo pase en grande poniendo en apuros a sus protagonistas desde su escritorio con vistas a la sierra de Madrid. Siempre que nuevas ideas sigan haciendo cola en su cabeza clamando por salir, como afirma, seguirá haciendo lo que más le apasiona.

Vive con su mujer, la verdadera artífice de las mejores ideas pero demasiado humilde para admitirlo públicamente, y Yoda, su perezoso perro mestizo que se asegura de que su dueño no procrastine.

www.luisalbertosantamaria.com

Sígueme en redes sociales:



OTROS THRILLER DE LUIS A. SANTAMARÍA

TRILOGÍA 'LA DESAPARICIÓN DE MARGOT LANE'

[1. Margot](#)

[2. Huida](#)

[3. Abismo](#)



SAGA TONI GALÁN

1. Crimen fuera de escena



SERIE OLI

1. El secreto de Oli

2. El aleteo de la mariposa

3. Veinte veintitrés



MÁS SUSPENSE

[Reflejos en el espejo](#)

[Mensajes ocultos](#)

